

HATE
LOVE



Nicole Williams

CRAASH

A novel



Libros del cielo

STAFF

MODERADORAS

Melii & Mery St. Clair

TRADUCTORAS

Mel Cipriano
Annabelle
Amy
Luisa
vane-1095
Juli_Arg
Monikgv

perpi27
LizC
Lucia A.
Mery
Vero
Majo_Smile ♥
Jo

munieca
Deydra
Madeleyn
Max Escritora
Solitaria

CORRECTORAS

Melii
Nats
Tamis11
Zafiro
KatieGee

LuciiTamy
Mel Cipriano
Juli_Arg
Chio
Max Escritora

Solitaria
moni.music
Suelick
Panchys

RECOPILOCIÓN & LECTURA FINAL

Juli_Arg

DISEÑO

Hanna_Marl

Sinopsis

Southpointe High es el último lugar donde Luce quería terminar su último año escolar. Justo entonces, tropieza con Jude Ryder, un chico que hace honor a su nombre, y es sinónimo de problemas. Él tiene una larga lista de antecedentes penales que puede sobrepasar cualquier tesis, su nombre provoca suspiros, gritos, y maldiciones de tantas mujeres que Lucy no se atreve a preguntar, y vive en la casa local para chicos, donde los disturbios parecen ser normales para los residentes. Lucy tiene un objetivo mejor, en el peor de los casos, estafalario. Vive usando sus satinadas zapatillas de ballet, tiene sus miras puestas en Juilliard, y ha sido cuidadosa en mantener los problemas lejos de su vida. Hasta ahora.

Jude es todo lo que necesita mantener alejado de su vida si quiere separar su pasado de su futuro. Mantenerse alejada, está a punto de descubrir, es la única cosa de la cual es incapaz de hacer.

Para Lucy Larson y Jude Ryder, el amor está a punto de convertirse en la cosa más desgarradora.

1

Traducido por Nats

Corregido por Melii

Los veranos me convertían en una idiota. Por eso me sentía contenta de que este hubiera casi acabado.

Cada año desde la pubertad, de mediados de Junio a principios de Septiembre, había estado segura de que encontraría en el mundo real al equivalente del príncipe azul. Llámame anticuada, llámame romántica empedernida, incluso puedes llamarme tonta, pero lo que sea que fuese, sabía el resultado final —era patética. Hasta la fecha, no había encontrado nunca a un chico digno de permanecer en la sombra del príncipe A; no era una sorpresa que después de cada verano descubriese más y más que los chicos eran algo así como un dolor en el trasero. Pero aquí, trabajando en mi bronceado en la playa pública Sapphire Lake un par de semanas antes de que empezara mi último curso de secundaria en un nuevo instituto, simplemente encontré a mi Príncipe Malditamente Caliente.

Llegó con un lío completo de chicos, lanzando una pelota de fútbol ida y vuelta, y especímenes como éste confirmaban que hubo algún tipo de regla divina en el mundo ya que el proceso de selección natural no creaba cosas como él. Éste era un dios, en algún lugar, de trabajo manual. Era alto, sus hombros anchos, y tenía esos oscuros ojos anillados con pestañas negras que tenían el poder de deshacer las mejores intenciones de una mujer. Por lo tanto, en términos no-patética, era simplemente mi tipo. Junto con el de todas las mujeres de habla inglesa del hemisferio norte.

Mi sorbete azul de frambuesa —que se convertía en papilla más que en granizado con cada mirada lasciva que daba— no podía siquiera competir por mi atención. No sabía su nombre, ni si tenía novia, ni si quería una, pero sí que yo me encontraba en problemas.

Sin embargo, fue cuando me esquivó y su aborde y su sprint cesaron cuando echó un vistazo en mi camino que supe que me encontraba en grandes problemas.



El vistazo era infinitamente más largo que cualquier otra mirada compartida con un extraño, pero lo que se transmitía en esas cortas conexiones cortaba a través de mí, dejando que alguna pieza de este extraño trabajara su camino dentro. Experimenté esto varias veces antes en mi vida, nada más que una conexión visual con un extraño que pasaba que me conmovió en un nivel instintivo. Sin ninguna razón en absoluto, era como si sintiese a mi alma surfear en un tifón, suplicándome para que le hiciera caso y siguiese en pos de ese momento de casualidad.

Hasta la fecha, nunca lo había hecho, pero la última vez que dejé pasar uno de estos momentos, fue el pasado otoño cuando un chico trabajando en un restaurante que mi familia visitaba durante las vacaciones entregó una pizza en nuestra mesa. Dejó caer la pizza en la mesa, nos dijo que la disfrutáramos, y entonces, justo cuando dejaba la mesa, nos miramos. El corazón me dio un vuelco, mi cabeza se volvió toda brumosa, y sentí este dolor por dentro cuando se giró y se alejó, como si estuviéramos unidos por una cuerda fija. Dejé exactamente cuatro de esos tifones-alma pasar sin explorarlos, pero hice un pacto de máximo carácter sagrado conmigo misma de que no dejaría ir a un quinto de la misma forma.

Nunca estuve segura de si la otra persona en el otro extremo de esa mirada sintió el mismo tipo de intensidad que yo, así que cuando el Príncipe Malditamente Caliente se giró, abordando a alguien hacia la arena, supe que corría el riesgo de que él pensara que era una de esas chicas que hacían del cazar muchachos hermosos ocupándose-de-sus-propios-asuntos una obra de arte. No me importaba, no dejaría otro de esos momentos marchar. La vida era corta y era una firme creyente de aprovechar el momento para la mayor parte de mi vida.

Entonces, llegó a otro punto muerto, como si mi mirada lo estuviese congelando en el lugar, antes de mirar hacia atrás. Esta vez no se trataba de un vistazo. Fue una mirada de unos buenos cinco segundos en donde sus ojos hicieron esa cosa estupefacta que los míos hacían por mí. Su sonrisa sólo había comenzado un viaje ascendente en su posición cuando la pelota de fútbol pasó zumbando justo al lado de su cara. Era uno de esos momentos que ves en las películas: chico mirando abiertamente a chica, ajeno al mundo que le rodea hasta que los cordones de la pelota de fútbol marcan su frente.

—¡Deja de mirar, Jude! —gritó el muchacho que había lanzado el balón—. Está demasiado buena, incluso para ti. Y puesto que tiene un libro, probablemente sabe leer, así que es lo suficientemente lista como para saber evitar a tipos como tú.

Deslicé mis gafas de vuelta a su lugar mientras el chico-casualidad perseguía el diminuto reclamo y dirigí mi atención de nuevo al libro mirado

debajo de mí, ya no me preocupada por tener que perseguirle para explorar si podía haber algo más entre nosotros que una mirada cargada.

Vi la reciprocidad en sus ojos, eso y más. Sólo era cuestión de cuánto tiempo quería jugar a hacerse el guay antes de acercarse. Tenía todo el día.

Eso era lo que me aseguraba a mí misma mientras él echaba al atrapado chico por encima del hombro y corrían hacia el lago, salpicando arriba y abajo hasta que el muchacho chillaba de risa. Me tranquilicé a mí misma de nuevo cuando él y el chico salieron del agua y regresaron al grupo de muchachos jugando al fútbol y se situaba justo donde lo había dejado, sin repartir ni una sola mirada en mi camino.

Traté de distraerme con el libro que tenía, pero cuando me encontré leyendo el mismo párrafo por sexta vez, me di por vencida. Seguía sin mirarme, como si fuera invisible.

Cuando una segunda hora pasó de la misma manera, decidí que era hora de tomar el asunto en mis propias manos. Si él no iba a venir a mí y yo no me sentía preparada para ir a él, tenía que hacer que lo hiciera. Encontré que los chicos son criaturas razonablemente simples de entender, por lo menos en un nivel primitivo —en mente, corazón y alma eran tan desconcertantes para mí como termodinámica— y desde que primitivo era un bonito término para hormonas furiosas, decidí usar su exceso por adolescencia a mi favor.

Agarrando el litro de agua de mi bolsa de playa, me levanté en postura, haciendo cada movimiento lento y deliberado. Por lo menos sin hacer el ridículo. Sus ojos no se fijaron en mí mientras me puse de pie y me ajuste el bikini, pero si unos pocos grupos de hombres. Buena señal de que lo hacía bien, pero mala señal que no estuviera dándose cuenta ya que todo este truco fue puesto en marcha por él.

Quitando el clip de mi abundante pelo, bajó por mi espalda, y lo sacudí en posición de buena medida. Prácticamente maldije entre dientes cuando me atreví a echarle un vistazo para encontrarle en el olvido total. ¿Qué tenía que hacer una chica para conseguir la atención de un chico en estos días?

Regresé a la mesa de picnic donde la más nueva incorporación a nuestra familia, del tipo peludo, seguía sonriendo a través de sus jadeos. —Aquí hay un buen chico —dije, arrodillándome junto a él donde usaba la sombra de la mesa a su favor—. Ya que eres del mismo sexo, aunque encuentro a tu especie mucho más atractiva en numerosos frentes, ¿tienes alguna sugerencia de cómo hacer que ese chico sea mío? —pregunté, echándole más agua en el cuenco mientras observaba a Jude interceptar

el balón en el aire. El muchacho jugó el mejor partido de fútbol que tuve el placer de ver.

Mi peludo amigo ofreció algunos lametazos sobre mi brazo antes de que su húmeda nariz empujara mi pierna. Podría haber estado leyendo un poco en su empujón de ánimo, pero cuando sus perrunos ojos rastrearon a Jude y su perruna sonrisa se extendía más, me reí. —Sí, sí. Ya sé que es un mundo de mujeres y eso, pero todavía hay algunas cosas antiguas —dije, rascándole detrás de las apelmazadas orejas—. Como el chico acercándose a la chica. No llares al movimiento feminista y me expongas o no habrá bistec para ti esta noche.

Palmeé su cabeza mientras ladraba su voto de silencio antes de regresar a mi toalla para tomar el sol. Mantuve mi cabeza hacia delante, pero mis ojos se hallaban tan cerca del rabillo como podían, observándole mientras lanzaba el balón a otro pequeño niño. Si levantarme, estirarme, y ajustar mi bikini no funcionaba, con la cena en menos de una hora, tendría que recurrir a drásticas, o desesperadas, medidas. Era tan terca como patética, y desde que había esperado tanto para que viniera, no iba a rendirme ahora. Renunciar no estaba en mi sangre.

Me estiré en la toalla, boca abajo, torciendo los brazos hacia atrás para tirar de la correa libre de su tensión. En mi experiencia como chica de diecisiete años, siete de esos años teniendo pechos que requerían un sujetador, deshacer el pequeño nudo en el centro de tu espalda tenía un noventa y cinco por ciento de índice de precisión de atraer a cualquier hombre en un radio de cinco toallas. Jude podría haber estado en la cúspide de los cinco/seis, pero era todo lo que me quedaba. El último truco en mi bolso.

Hice una almohada con mi vestido y fingí estar concentrada en nada más que minimizar las líneas de bronceado, pero cuando tomé un rápido vistazo de la zona, cada par de ojos masculinos en el radio de las cinco toallas me miraba. Excepto él.

Incluso hubo algunos silbidos de los labios de su compañero de fútbol, de los cuales me hice la ignorante, pero aún así, no dio la más leve mirada en mi dirección. Uno de mis amigos del antiguo colegio me había dicho que si alguna vez llegara el día en el que uno de nuestros objetivos masculinos no acudiese a nosotras después de este último esfuerzo, sería tiempo de avisar al Papa de que un milagro necesitaba ser inspeccionado.

Que marcaran a Roma en el móvil porque un milagro ocurría frente a mí mientras que el único chico al que quería hacerme notar era el único que no lo hacía. Malditos sean, casualidades y tifones-alma.

Le daría cinco minutos más antes de que me obligara a mí misma a tragarme el orgullo y hacer un movimiento. Sabía que si tenía que

acercarme a él, probablemente sería rechazada, pero no iba a dejar que otro de estos pasara de largo. Carpe diem, nena.

Me di cuenta de algo zumbando por encima de mí por el rabillo del ojo, pero no me pareció de mucha importancia, hasta que cierto cuerpo que había estado deseando encima, lo enganchó fuera del aire por la derecha antes de bajar a tierra de su impresionante suspensión en el aire. O al menos caer justo encima de mí.

No se estrelló contra mí tan fuerte, llevándome a creer que fue intencional, pero me las arreglé para gritar como una niña pequeña. Anudé mi bikini de nuevo en su sitio mientras él luchaba por reposicionarse.

—Mi nombre es Jude Ryder, ya que sé que estás casi babeando como un perro rabioso por saberlo, y no tengo novias, ni relaciones, ni doy flores o llamadas regulares. Si eso funciona para ti, creo que podríamos trabajar en algo especial.

¿Así que éste era el momento fortuito que había esperado la mayor parte de una gloriosa tarde de verano? Que desperdicio. No hubo nada en el otro lado de esa cargada mirada más que una oportunista... eh-hm aventura de verano. Señor ayúdame, iba a convertirme en monja si mi radar masculino no se reajustaba hacia chicos que no caminaran sobre sus penes.

—Y yo te daría mi nombre si realmente quisiera sacar adelante algo más contigo que decirte que te largues lejos de mí —dije, girándome sobre mi espalda, una vez me aseguré de que todo en la parte delantera se encontraba cubierto. Sin embargo, no sé si fue mi movimiento de torsión o su retorcido sentido del yo, su pierna capturó mi cadera mientras giraba y la siguió hasta rodearla. Súper, ahora el chico se encontraba a horcajadas sobre mí y, a pesar de estar enojada más allá del apaciguamiento, sentí que mi corazón latía a través de mi pecho como nunca antes lo hizo.

Me sonrió. En realidad, era más una sonrisa irónica. Una llena de actitud y ego. Era un poco demasiado sexy, y podría haber sido malditamente sexy si no hubiera tomado ya la decisión de no caer en las trampas de este chico. —Me preguntaba cuánto tardaría en tenerte en horizontal —dijo, sus ojos deslizándose hasta mi ombligo—. Aunque no soy del tipo chico-misionario que te gusta.

Lo que quedaba de mis nociones románticas de caballerosidad masculina y el amor a primera vista fue simplemente destruido. Nunca admitiría verbalmente que era una romántica, ese era uno de los muchos secretos que mantenía para mí, pero era un ideal especial y un chico tomó el último trozo al que me aferraba.



Empujando su pecho, lo que era como tratar de mover un tanque, me quité las gafas de sol para que pudiera ver mi mirada. —¿Eso es porque requeriría de una real, viviente, y que respirara mujer, no del tipo imaginario o hinchable, para tener sexo contigo?

Se echó a reír con esto, como si acabara de decir algo tan mono como un gatito. —No, el suministro de mujeres nunca ha sido un problema. Pero si lo son las que vienen llamando a mi puerta, ¿por qué debería ser el único en hacer todo el trabajo?

Ese sabor desagradable en mi boca podría haber sido sólo un poco de vómito. —Eres un cerdo —dije, empujándole de nuevo. Tan duramente que mis manos golpearon su pecho, pero era como si nada más que una simple ráfaga de viento llegara a él.

—Nunca dije ser otra cosa —respondió, levantando las manos en señal de rendición cuando llegué hasta él de nuevo con mis manos—. También supe que no pararías de mirar hasta que aprendieras la fría, dura verdad. Así que, considérate advertida. Puede que no sea el tipo de chico que lee libros de texto en la playa —dijo, mirando hacia mi libro abierto—, pero soy lo suficientemente inteligente para saber que chicas como tú deberían permanecer lejos de chicos como yo. Así que mantente alejada.

Mi mirada era oficialmente furiosa ahora. —Eso no será un problema una vez pares de mantenerme sujeta —dije, esperando que se moviera. Lo hizo, pero todavía tenía esa sonrisa arrogante. Odiaba ese tipo de sonrisa—. Y puedes considerarte advertido de estar traspasando mi propiedad personal. —Agarré mi toalla rosa de playa en explicación mientras una erupción de ladridos sonaban detrás de mí—. Y ten cuidado con el perro —me burlé de él mientras se situaba así mismo a mi lado, todavía a horcajadas—. Te puedes ir ahora.

Eso aniquiló la sonrisa de su cara. —¿Qué? —preguntó, las líneas de su frente tirando su gorro gris pistola-de-metal más bajo. ¿Y qué clase de persona lleva un gorro de algodón a la playa en un día de calor abrasador? Los mentalmente trastornados de los que necesitaba mantenerme alejada, justo esos.

—Lárgate —dije, echándole por señas—. He terminado de desperdiciar mis últimos preciosos minutos de una encantadora tarde de verano en ti. Gracias por la dulce distracción de ojos, pero puedo ver que no es más que eso. Ah, y por cierto, tu culo no es tan impresionante de cerca como lo es de lejos.

No tuve tiempo para maldecirme a mí misma por mi última precipitada pelea verbal porque su boca se abrió por un segundo. Era exactamente la reacción que había esperado. —Las chicas hablan un

lenguaje que nunca entenderé, ¿pero estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Si se trata de ti levantándote y caminando fuera de mi sol y mi vida de aquí hasta el final de los tiempos, entonces estamos en la misma onda —contesté, deslizándome más abajo en mi toalla para re-alinear la cara hacia el sol, tratando de fingir que su cara no era de lo que estaban hechos los pensamientos sucios. Salvo por una larga cicatriz que recorría en diagonal su pómulos izquierdo, podría haber sido clasificado como mental-idiotamente perfecto.

Perfectamente no mi tipo. Tuve que recordarme a mi misma eso. Y convencerme, también.

Sus cejas seguían todavía aplastadas juntas, como si estuviera tratando de averiguar el más enigmático de los acertijos.

—¿A qué se debe esa atónita mirada? —pregunté.

—Porque he venido a encontrar una chica que me envía de paseo —dijo, mirándome con algo nuevo en sus ojos.

—Siento mucho hacer añicos tu mundo de no-respeto a las mujeres, pero parece que mi trabajo aquí está hecho. —Me senté, arrastrando mi libro de texto dentro del bolso.

—¿Qué tipo de perro es ese? —preguntó bruscamente, tomando asiento en la arena junto a mí. El tono bajo de su voz desapareció.

Miré por encima de él mientras continuaba lanzando mis imprescindibles de día de playa en la bolsa, evaluándole para ver si hablaba en serio. Pasó de todo lo de montarme en la playa a una casual conversación. —Es una mezcla de razas —comencé lentamente, mirándolo por el raballo del ojo para ver si esto era una nueva trampa.

—Así que es un perro callejero —dijo.

—No —dije, mirando al bulto peludo, todavía enseñando los dientes en dirección a Jude—. Está bien equilibrado.

—Bueno ese es el mejor esfuerzo que he oído hasta ahora de hacer un pedazo de mierda parecer menos mierda —dijo, girando el balón en su dedo.

—No, esa es mi forma de ver algo como lo que realmente es —dije, segura de que sonaba más a la defensiva de lo que había previsto—. Ese “pedazo de mierda”, para que lo sepas, fue golpeado, pateado, no alimentado, y prendido fuego por sus anteriores dueños quienes le dejaron en el refugio cuando tuvo la desfachatez de devorar un sándwich de atún sin vigilancia. Ese “pedazo de mierda” fue programado para ser

sacrificado hoy por ninguna otra razón que dibujar la pajita más corta en la vida.

Jude miró en la lejanía, de vuelta al perro. —¿Conseguiste a este chico hoy? —preguntó, haciendo una mueca—. De todos los que pudiste escoger, elegiste a la más lamentable excusa de perro que he visto nunca.

—No podía dejar que le mataran sólo porque el barro de la Tierra lo arruinó, ¿no? —pregunté, a punto de una mueca de dolor mientras me preguntaba qué dirían mis padres—. Quiero decir, mírale. Ha sido maltratado brutalmente por humanos y la única cosa de la que se preocupa ahora mismo es de protegerme. ¿Cómo no podría salvarle?

—Porque es el perro más feo que he visto jamás —dijo Jude—. No tiene casi pelo y, no quiero acercarme porque temo que podría rasgar mis pelotas, pero estoy bastante seguro de que ese olor pútrido viene de él. A no ser... —Se inclinó hacia mí, moviendo mi pelo detrás del hombro mientras su nariz casi conectaba con mi cuello. Mi reacción inmediata fue estremecerme, este chico sabía lo que hacía y cómo el más ligero roce de dedos sobre las zonas adecuadas de piel o un cálido aliento exhalado sobre el punto derecho del cuello podía aplastar la más virtuosa de las intenciones de una chica, pero luché contra él. No sería una de esas chicas que se estremeciera en su presencia. No le hacía falta otro impulso a ese hinchado ego—. No, sólo huelo dulzura e inocencia por aquí —susurró casi contra mi cuello antes de mirar de nuevo al perro. Me sonrió, sabiendo exactamente lo que él hacía y lo que yo trataba de no hacer—. Te sugiero llevar a esa bolsa de pulgas a un auto-perrito¹ un par de veces. —Se rió cuando el perro comenzó a ladrarle de nuevo por su proximidad a mí, pero se apartó de nuevo—. ¿Qué pensaron tus padres cuando trajiste a Cujo a casa?

Esta vez hice una mueca.

—Ahh, déjame rellenar los espacios en blanco ya que estoy muy familiarizado con esa mirada. No saben que su preciosa hija coló tras su espalda y trajo a este animal con un pasado cuestionable a sus vidas.

Mi mueca se hizo más profunda mientras verbalizaba lo que me gustaría endulzar.

—Y ya que estoy en buena racha, déjame rellenar los espacios en blanco en cuanto a lo que su reacción será. —Se tocó la barbilla, mirando al cielo—. Te dirán que abandones esa cosa como un mal hábito y le envíes de vuelta a donde lo encontraste.

Solté una ráfaga de aire. —Probablemente —dije, tratando de formar una réplica para convencer a mis padres. Ya sabía que papá

¹ **Auto-perrito:** Como un lavadero de coches pero con perros.

estaría a bordo de forma predeterminada, pero mamá era otra historia y papá aprendió años atrás que la vida no era agradable si no se ubicaba en el mismo barco parental que mamá.

—¿Entonces por qué lo hiciste? —preguntó, todavía mirando al perro como si fuera un rompecabezas—. Porque no me pareces el tipo de chica que se rebela contra lo que dicen sus padres.

—No lo soy —respondí—. Pero hemos hecho una especie de gran cambio de vida recientemente y no fui capaz de renunciar a esto.

—¿Cambio de vida? ¿Renunciar a esto? —repitió—. Vale, mi interés alcanzó su punto máximo cuando me derribaste, ahora estoy absolutamente enamorado ya que hiciste de lo de adoptar perros un vicio. —Me sonrió de lado y juro que pude sentir mi estómago tocando fondo—. Así que, ¿cuál es el gran cambio de vida que están haciendo esos pequeños bonitos ojos azules?

Deslicé mis gafas de sol a su posición del principio. Si iba a encontrar una manera de ser condescendiente con mis ojos, no llegaría a verlos. —Vendimos la casa en la que crecí y nos trasladamos a nuestra casa del lago —comencé, tratando de sonar tan despreocupada como podía—, y la comunidad en la que vivíamos tiene estas ridículas, restrictivas cláusulas que no permiten ningún tipo de valla alrededor de la propiedad, así que tiene sentido que esos idiotas no permitieran un perro sin correa, ¿no? —Me exaltaba sólo de pensar en ello, mientras mis manos volaban expresándose—. No tenemos una caseta, no puedo tenerlo dentro de casa porque papá es alérgico, y tratas de ponerle una correa a este chico y casi se convierte en el Demonio de Tasmania. —Volví a mirar al perro, todavía mirando a Jude con recelo—. Es como si la idea de estar atado a algo lo enviara al límite.

—Conozco el sentimiento —dijo, mirando de nuevo al perro con algo nuevo en sus ojos. Camaradería, ¿verdad?

—Seh, seh —dije, alcanzando mi sorbete derretido—. Ya he pillado ese rollo tuyo de no estar atado a cosas como novias. No hay necesidad de una repetición instantánea.

Mientras tomaba el último y largo sorbo final del sirope azul de frambuesa, Jude me niveló con una mirada que contenía demasiada emoción para un hombre de tal carácter superficial. —Hay otras formas de estar atado a algo que a través de una mujer. De hecho, diría que estoy prácticamente atado a todo lo demás excepto a una mujer.

Vale, no esperaba que este momento de vulnerabilidad se deslizara de un tipo que probablemente pensara que una primera cita agradable

incluía una visita al asiento trasero de su coche. —¿Preocupado de elaborarlo? —pregunté, poniendo el vaso vacío en la arena.

—Ni siquiera un poco —replicó, mirando hacia el agua—. Pero gracias por preguntar.

—¡Jude! —gritó alguien en la playa.

Mirando por encima hacia el gritón, un hombre de mediana edad que era corpulento como mucho y obeso sinceramente, Jude hizo un gesto con la mano. —Ya voy, tío Joe.

—¿Ese es tu tío? —Mis ojos volaron de ida y vuelta entre Jude y tío Joe, no encontrando más parecido que el género.

Jude asintió una vez. —Tío Joe.

—¿Y esos son tus primos? —De nuevo, examiné al puñado de chicos de edades comprendidas probablemente entre el jardín de infancia hasta la secundaria, sin definitivamente encontrar alguna característica que les relacionara entre sí.

Jude asintió de nuevo mientras se levantaba de un salto.

—¿Es que todos ellos tienen madres diferentes? —pregunté, sólo burlándome en parte.

Eso le hizo reír con una risa que sentí todo el camino hasta los pies. —Creo que podrías estar en lo cierto.

Aceptando que el fin se acercaba, decidí cortar el lazo antes. —Bueno, fue... —Busqué la palabra correcta, llegando con las manos vacías—... algo conocerte, Jude —dije, mientras su sonrisa aumentaba por mi elección de palabras—. Ten una buena vida.

—Tú también... —dijo, sus cejas juntándose como si me buscara por algo.

—Lucy —ofrecí, sin saber por qué. Había dicho mi nombre un millón de veces y de diferentes formas, pero decírselo a él parecía extrañamente íntimo.

—Lucy —repitió, saboreando la palabra en su boca. Disparándome otra sonrisa ladeada, dio media vuelta y se dirigió hacia los chicos abandonando la playa.

—Oh dios, Lucy —me dije a mí misma, dejándome caer sobre mi toalla de playa—. ¿En qué pensabas? Ese fue un serio desengaño amoroso evitado.

Incluso mientras pronunciaba las palabras, con tanta convicción como pude, mis ojos no eran capaces de alejarse de él mientras deambulaba por la playa, haciendo girar el balón entre sus dedos.

Deteniéndose repentinamente, se dio la vuelta, esa sonrisa reformándose cuando encontró mi mirada en él. —Entonces, Lucy —gritó, metiendo la pelota bajo el brazo—, ¿cuánto más lejos vas a dejarme llegar antes de darme tu número?

Cualquier premonición que tuviese sobre Jude y desengaño amoroso yendo de la mano salió volando por la ventana. Quise levantarme y romper a bailar de tan feliz que me sentía.

Sin embargo, todavía tenía un poco de dignidad en nombre de todas las mujeres y no podía ponérselo tan fácil. —¿Cuán lejos crees que está el borde del mundo? —grité de vuelta, rodando sobre mi lado.

Jude meneó la cabeza, riendo silenciosamente —¿Estás jugando a hacerte la difícil, Lucy?

—No, Jude —repliqué, arqueando una ceja—. Soy imposible de conseguir.

Mentira descarada, pero él no tenía por qué saberlo.

—¡Jude! —gritó de nuevo tío Joe, esta vez sonando especialmente enojado—. ¡Ahora mismo!

Jude se tensó, la sonrisa vacilando. —¡Ya voy! —gritó por encima del hombro antes de trotar hacia mí. Arrodillándose, sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Número?

—No. —Me hallaba tan cerca de romperme que si preguntaba otra vez, sabía que me enterraría.

—¿Por qué?

—Porque tienes que currártelo más que algún intento poco convincente para conseguirlo —contesté, escuchando a mi conciencia preguntarme qué demonios hacía. Este tipo de chico era cada tipo de mal en la superficie, pero había algo más ahí, algo que había visto en ese destello de vulnerabilidad que me absorbió hacia dentro.

Inclinándose tan cerca que su nariz casi rozaba la mía, preguntó—: ¿Cuánto más?

Absorbí una lenta respiración, esperando que mi respuesta no pareciera como si estuviera hiperventilando. —Usa tu cerebro, desde que dejaste claro que no lo usas para fines académicos.

Aguardó varios segundos, tal vez esperando que retirara mi “difícil de conseguir” rutina. Sellé mis labios con más fuerza.

—Se me ocurrirá algo bueno —dijo finalmente, deslizando mis gafas de nuevo en su sitio—. Muy bueno.

—Si se te ocurre algo bueno —dije, contenta de que mis ojos estuviesen cubiertos así no podría ver la fiesta en mis pupilas—, no sólo te daré mi número, dejaré que me lleves a una cita. —Sentí que la desinhibida parte de mí surgía a la superficie e hice mi mejor esfuerzo para reprimirla. La parte de mí que trataba de convencerme que era mala, demoniaca, errónea, etc, etc, pero la parte que se sentía como si no estuviera luchando contra corriente cuando iba en su contra.

—¿Qué te hace pensar que quiero salir contigo en una cita? —Su cara se veía más seria de lo que un chico adolescente debería ser capaz de hacer.

Maldije en voz baja, queriendo expulsar otra cadena de ellos cuando la expresión de Jude se congeló. Quise contestar nada o agarrar mi toalla de playa y bolsa y largarme de aquí con mi rabo entre las piernas cuando una sonrisa dividió la cara de Jude por la mitad.

—Eres hermosa cuando estás siendo torturada, ¿lo sabías? —Se rió, dándole al balón otra vuelta—. Diablos, claro que quiero salir contigo. A pesar de que las citas no son realmente lo mío, creo que puedo hacer una excepción por una chica que rescata alimañas —justo en el momento, un gruñido sonó bajo el banco de picnic—, una que lee física cuántica en la playa —pude haberle corregido y decirle que repasaba Biología, no física cuántica ya que tomaba Biología AP para otoño, pero no creo que le hubiera importado, o sabido la diferencia—, y una que se une al camino Europeo, por no decir mi favorito, de broncearse haciendo topless. —La sonrisa de Jude aumentó, dándome un vistazo de su barbilla.

—Para alguien que prefiere la parte superior fuera, no te adhieres mucho a tu política personal —respondí, rozando con mis ojos por la larga manga térmica aferrada a su pecho por el sudor o el agua o una combinación de ambos. Aparentemente un sol lleno y noventa y cinco grados de temperatura no justifica derramar las capas en el libro de Jude.

Se encogió de hombros. —Aquí hay una obra de arte, una verdadera obra maestra, escondida debajo de esta camisa. —Sus músculos se enrollaron y se estiraron para marcar el punto. No es que necesitara ser convencida—. No puedo dejar que todo esto se muestre gratis al público.

Si no había ya cerca de tres docenas de banderas rojas sobre por qué debería evitar su sonrisa, sus flexiones, envuelta de pies a cabeza con cinta de precaución frente a mí, estaba la cuarta. Así que, ¿qué hice?

Exactamente lo que sabía que no debía.

—¿Entonces, cuál es el precio de entrada al Museo de Jude?



Su sonrisa se desvaneció en la nada, sus ojos hicieron lo mismo. — Para chicas como tú, con futuros el-mundo-es-tuyo —dijo, pisoteando la arena—, es caro. Demasiado caro.

Otro destello de vulnerabilidad. No sabía si tenía un mal caso de cambios de humor o en el fondo era un sensible hombre golpeándose contra las paredes para ser puesto en libertad. Pero quería descubrirlo. — ¿Ese eres tú diciéndome indirectamente que me mantenga alejada de ti?

—No —respondió, encontrando mis ojos—, ese soy yo diciéndote directamente que escuches a tu instinto y lo que sea que te esté gritando ahora mismo.

—¿Qué te hace pensar que sabes lo que mi instinto me dice?

—Gritándote —corrigió—. Y la experiencia.

Si Jude pensaba que la experiencia le había dado el manual de instrucciones de Lucy Larson, nunca había estado tan equivocado. —¿Así que nos veremos por ahí entonces?

Sacudiendo la cabeza, su sonrisa se abrió paso de nuevo. —Nos veremos por ahí.



2

Traducido por Nats

Corregido por Melii

Después de suplicar a los Darcy, a quienes solía hacer de niñera para cruzar el lago, para que cuidaran al cachorro una noche mientras planeaba que hacer con él, el mensaje de mi intestino tomó finalmente raíz y se extendió todo el camino hacia el descuido, liberando pedazos de espíritu de mi conciencia.

Jude Ryder no sólo era un problema, era un problema con una guarnición de peligro y un postre de angustia. No hablaba la jerga de los estereotipos, pero sabía que los caminos por los que íbamos nunca se cruzarían a menos que uno de nosotros se perdiera a sí mismo a unirse al otro.

Había trabajado duramente durante mucho tiempo como para permitir que el mío acabara en un callejón sin salida.

Incluso mientras me desviaba del Sunrise Drive para rebotar en el camino de tierra de nuestra una vez, segunda casa y presente vivienda principal exclusiva, las razones por las que debería eliminar de mi mente a Jude continuaron apilándose en una montaña que era incapaz de escalar. Sabía por qué no debería tener nada que ver con él y todo tenía sentido, pero lo que carecía de sentido me importaba un bledo. Algo luchaba, diciéndole a mis intestinos que tomara una caminata. Algo quería a Jude Ryder en mi vida, sin importar las consecuencias o el resultado.

Y lo que sea que fuese eso, me gustaba.

Aparqué mi pequeña máquina Mazda fuera del garaje, ya que había sido llenada hasta los topes con cajas y muebles de nuestra antigua casa, la cual era cuatro veces más grande. En un momento, nunca nos preocupamos por el dinero, pero después de que el imperio de papá se derrumbara, los ahorros se secaron y cosas como segundas casas y vacaciones europeas se convirtieron en lujos del pasado. El trabajo de mamá como arquitecto pagaba lo suficiente como para mantener a una familia de tres personas con vida, pero no una próspera. Incluso teníamos todavía todo el dinero que una vez tuvimos, vivo, pero la no prosperidad



continuaba describiendo a la unidad familiar Larson. No habíamos prosperado en cinco años.

Deslizando mi cobertor por encima del traje de baño para no tener que escuchar la siempre previsible y tan creativa conferencia de desaprobación de mi madre sobre regalar la leche antes de que alguien comprara la vaca, corrí por las desvencijadas escaleras de nuestro porche delantero.

—Hola, papá —dije mientras empujaba la puerta de tela metálica para abrirla. Después de cinco años, dejé de mirar por encima del desgastado sillón azul para comprobar que se encontraba allí, fascinado por la televisión o un crucigrama. Siempre si eran antes de las 7p.m. Después de las siete, se transformaba en chef gourmet improvisando con la cocina Francesa con tal instinto que nunca hubieses imaginado que era noruego.

—Hola, mi Lucy en el cielo². —Era su esperada respuesta, como lo había sido durante años. Mi padre no era nada sino un fan de los Beatles, y su segundo hijo fue nombrado por su canción favorita de todos los tiempos, para mortificación de mi madre. Ella era, si había tal cosa, una anti-Beatles. No sé cómo consiguió que no uno, sino dos niños llevaran el nombre de una banda que creó una generación, en palabras de mi padre, pero había un montón de cosas que no tenían sentido cuando se trataba de la relación de mis padres.

—¿Cómo fue tu día? —pregunté, sólo por costumbre. Los días de papá eran todos lo mismo. La única variación era el color de la camiseta que llevaba y el tipo de salsa que preparaba con la cena.

Acababa de abrir la boca cuando las primeras notas de la melodía Jeopardy sonaron y, como un reloj, salió de su asiento y dio zancadas hacia la cocina como si le fuera a declarar la guerra. —La cena estará lista en treinta minutos —anunció, apretando el delantal ceremoniosamente.

—Vale —dije, preguntándome por qué, después de todo este tiempo, seguía lamentándome por lo que mi padre y yo habíamos sido—. Voy a ducharme y bajaré a poner la mesa. —Me lancé hacia las escaleras en el momento en que oí el click clack de los tacones golpeando la grava, pero era demasiado tarde.

—Lucille. —La puerta metálica delantera chirrió abierta, dejando entrar un ineludible frente frío también conocido como mi madre—. ¿A dónde vas corriendo?

—Al circo. —Fue mi respuesta.

² Lucy in the sky with diamonds – The Beatles.



La reina del hielo polar fue más al sur³. —A juzgar por la forma en la que vas vestida, o apenas, y dada tu caída en picado del GPA en los últimos años, yo diría que una carrera como trapecista no es tan descabellado.

Sus palabras ya no dolían tanto, no más que una herida superficial. —Es bueno saber que estoy a la altura de tus expectativas —disparé de vuelta—. Me aseguraré de enviarte una postal cuando golpeé los grandes momentos con el Cirque Du Soleil.

Siempre partidaria de tener la última palabra, me di la vuelta y volé escaleras arriba antes de que realmente acabáramos. No obstante, sólo retrasaba lo inevitable. Volveríamos justo dónde lo dejamos en treinta minutos cuando papá hiciera sonar el cencerro. La cena sería interesante.

Cerrando de un portazo la puerta, me apoyé en ella, obligándome a tomar profundas respiraciones. En realidad, nunca me calmaban como se suponía que hacían, pero me empujaban lo suficiente desde el saliente para poder continuar con la siguiente cosa en la vida, por suerte, algo que no envolviera a mamá. Soy muy consciente de que la mayoría de las chicas adolescentes creen que sus madres las odian y viven para arruinar sus vidas.

Lo que pasa con mi madre es que realmente lo hace. Me odia, eso es, y desea que mi vida algún día sea arruinada como le arruiné la suya. No siempre fue así, la definición de seca, revienta-pelotas, desprecia-hijas, mujer de carrera. De hecho, el día en que mi padre comenzó a encerrarse con algunos problemas serios, perdí a la mujer que solía dejar notas en las servilletas de mi fiambra firmadas con corazón, mamá.

Esa persona nunca volvería, pero me seguía encontrando a mí misma deseándolo cada vez que deslizaba mi bandeja a través de la fila del almuerzo y agarraba un puñado de servilletas.

³ Se volvió más fría.

3

Traducido por Mel Cipriano

Corregido por tamis11

Algunas personas tenían gallos. Otros tenían relojes de alarma. Yo tenía a Los Beatles.

Mi padre era tan rápido como previsible, y esa mañana "Come Together" se ejecutaba a tres cuartos volumen, lo que significaba que eran las siete am. Para un adolescente en vacaciones de verano, Los Beatles eran tan bien recibidos como un chorro de alarma de incendio en el oído, al romper el alba.

Gimiendo mi camino fuera de la cama, me senté, poniéndome el primer par de sandalias a juego que fui capaz de localizar. Una mancha de lápiz de labios y una barrida rápida a través de mi cabello con los dedos, y yo me encontraba lista para la mañana. La invención del pantalón de yoga y la vinculación con una camiseta sin mangas clasifican en mi lista de los diez inventos más reveladores. El dúo elástico sirve como ropa de dormir, ropa de ejercicio, prendas de todos los días, y como el traje perfecto para una mañana en el estudio de baile.

Había un montón de cosas que podía dejar —champú, los callos de caramelo, el esmalte rojo de uñas, el sueño... infierno, los chicos— antes de tener que dejar el baile. El ballet para ser específica, pero no sólo eso. Todas y cada una de las oportunidades que tenía, me encontraba bailando. Yo había estado haciendo hip-hop, vals, tango, y piruetas todo mi camino por la vida desde que tenía tres años.

Cuando se anunció que estaríamos simplificando, es decir, reduciendo personal porque nos estábamos quedando sin dinero para nuestras vidas, tuve un encargo.

En realidad, era más como una exigencia.

Mis clases de baile en la Academia de Baile de Madame Fontaine debían continuar sin interrupción. O no ser canceladas por falta de fondos.

No me importaba si ya no tenía que usar la ropa de marca, e ir de compras en los días de medio precio de la tienda de ahorro local, o si mi



coche era reemplazado por el transporte público, o incluso si teníamos un techo sobre nuestras cabezas. Debía seguir bailando.

Era lo único que me mantenía a flote cuando sentía que me ahogaba. La única cosa que me ayudó a pasar los días oscuros. Lo único que parecía que todavía me recibía con brazos cálidos y un amor mutuo. Lo único que no había cambiado en mi vida.

Lancé mis zapatillas de punta sobre un hombro y el bolso sobre el otro, y abrí la puerta de mi dormitorio con un crack. La cabaña era un lugar destartalado, con mucho carácter, como mis padres la presentaron cuando compraron el lugar hacía ya una década, lo que había sido una buena manera de decir que era un pedazo de basura que tenía la suerte de estar todavía en pie, pero había aprendido hace dos veranos como aceitar las bisagras y aplicar la cantidad justa de presión al alza sobre el picaporte para abrir la puerta de medio siglo de antigüedad sin hacer ruido.

Esperé, escuchando los sonidos y ruidos, aparte del coro de "Come Together". Sólo cuando unos sólidos minutos habían pasado sin el click-clack de los tacones. O un trío de suspiros emitidos, fue que me di luz verde.

Mamá estaba de camino a su trabajo, o ya se encontraba allí, por lo que la costa se hallaba despejada. Después de la cena de anoche, en realidad, después de los últimos cinco años de cenas, evitar a mi mamá era una prioridad superior, justo debajo de baile.

Saltando por la escalera, una imagen apareció en mi mente. Una imagen que había tratado de borrar. Una imagen con las que mis mejores intenciones habían luchado inútilmente.

Jude Ryder, agazapado en la arena, a un suspiro de distancia, sonriéndome como si supiera todos los oscuros secretos de mi pasado y no le importara. Jude Ryder, dorado por un verano en la arena, los ojos líquidos de plata, músculos tirando a través de su camisa...

Mi pie se atascó en el anteúltimo escalón, si no hubiera contado con una buena cantidad de años de la gracia de la danza, estoy segura de que habría enterrado mi rostro en ese antiguo, Dios sabe lo que se esconde entre las grietas, tablón del suelo.

Asegurándome de que los zapatos, el bolso, y mi orgullo seguían intactos, me obligué a hacer un voto sagrado de que nunca iba volver a soñar, pensar, reflexionar, preguntarme, o sentirme lujuriosa sobre Jude Ryder.

Yo no necesitaba una petición firmada por las innumerables niñas que había seducido y dejado para saber que era un billete de ida a un

embarazo no deseado en el peor de los casos, o un corazón roto en el mejor.

—Nos vemos, papá —le grité, tomando una manzana del frutero—. Me voy a la práctica de baile, regresaré a casa en algún momento antes de la cena. —Agarré una botella de agua de la nevera, que se encontraba fuera de la puerta, dos latidos de mi corazón más tarde.

No importaba cuánto tiempo me quedara, no habría ninguna respuesta de mi padre. Ni siquiera un gesto de reconocimiento. Podría haber sido un maniquí en la silla, mirando distraídamente por la ventana hacia la nada.

Yo podría haber estado jodiendo a la mitad de la población del mundo en el mostrador de la cocina y a él no le hubiera importado. Ni siquiera me notó.

Recordándome a mí misma que insistir en la desgracia que era mi familia no arreglaría nada, volví mis pensamientos a otra cosa, cualquier otra cosa, que no estuviera relacionada con la familia.

¿Y dónde podía dirigir mis pensamientos?

Jude Ryder.

Yo tenía algún tipo de enfermedad, un pensamiento corriente de auto-destrucción pensamiento.

Camino a la Mazda, algo me llamó la atención. Algo que destacó por la forma en que vemos el sol por la mañana temprano. Algo que no había estado allí ayer.

Girándome hacia la playa, vi lo que era responsable de detenerme en seco a las siete de la mañana.

Era una especie de ciclón, un rectángulo que contenía una casa en miniatura, dos recipientes de plástico, y una cuerda de nudos en el interior de la misma. Una perrera.

La solución a uno de los problemas sin fin que ocupaban mi vida.

La respuesta a una oración silenciosa.

Caminando por la playa, mordiéndome el labio para contener las lágrimas fantasmas que habían comenzado a formarse, noté que había un lazo rojo atado al otro lado de la puerta del candado, y una nota doblada colgando debajo de ella.

Supongo que para el noventa y nueve coma nueve por ciento de las adolescentes, un criadero de perros de regalo clasificaba justo por encima de un mal día en la noche del baile de graduación, pero para mí, una chica que no podía encajar en el molde de lo normal aún si lo

intentaba, era como encontrar al último rompecorazones de Hollywood envuelto bajo el árbol de Navidad con una etiqueta que dijera: Disfrútalo.

Sonriendo como las colegialas, puse los ojos en blanco, y arranqué la nota de la proa, sin siquiera importarme quién había construido la perrera. Esto significaba que Mini Cujo podría quedarse conmigo hasta que yo lo rehabilitara para que pudiera ser adoptado por otra familia.

Mi sonrisa que parecía que no terminaría, lo hizo, bastante abruptamente, tan pronto como leí las palabras.

Así que. ¿Qué hay de esa cita?

Había sido firmado con nada que no sea una J, pero no necesitaba una puntuación perfecta, o tres cartas para saber quién la había dejado. Justo el hombre en el que necesitaba, pero no podía, dejar de pensar.

Justo el hombre que necesitaba nunca volver a ver. Justo el hombre que quería ver en estos momentos.

Si mi historial de relaciones fallidas todavía no lo había probado, esto lo hacía. Iba a terminar con un viejo pícaro y malévolo.

Haciendo un análisis rápido de la zona, no había ni rastro de un hombre cuyo rostro, cuerpo y sonrisa hubiesen sido tallados por los dioses. Me irrité conmigo mismo por sentirme decepcionada.

Era cierto que un tipo como Jude sabía exactamente lo que hacía y cuál iba a ser su siguiente jugada. Le dirigí una última sonrisa a la perrera antes de correr al Mazda. Las paredes de espejos y pisos de madera me llamaban y, como ya lo había admitido, la danza iba antes que los chicos.

Tal vez con excepción de uno.

Sacudiendo la cabeza y poniendo una tapa pesada sobre mi irresponsable e interna gemela malvada, di vuelta a la llave en el encendido y puse música hasta que los altavoces sonaron como si estuvieran a punto de estallar.

Aun así no podía borrar a Jude Ryder de mi mente.

Había caído. Caí tan fuerte sobre mi trasero que me quedé sin aliento. La última vez que había tenido una caída de cualquier tipo fue a los diez años y en el segundo día sobre mis zapatos de ballet. Me puse furiosa cuando la caída detuvo mi práctica corta. Y me enojé más con Becky Sanderson, quien había presumido que era una apuesta segura para Julliard, desde que íbamos en la escuela primaria, y había tenido un asiento de primera fila. Me puse como loca porque tendría un moretón del



tamaño del Cabo Cod⁴ en mi trasero hasta las vacaciones de invierno, porque había estado pensando en una persona especial en la que sin duda no debería haber estado pensando.

No sabía cómo ni por qué, pero Jude había desatado una granada en mi vida que diezmaba incluso en piezas más sagradas en un período menor a veinticuatro horas.

Quería maldecir al Creador por no completar el elenco femenino con un botón de suprimir para cuando se trataba de hombres, pero yo era demasiado supersticiosa. Me convencí de que la injuria a lo divino era seguida por un billete de ida al infierno. Y no al otro mundo, Satanás y el demonio vivían en el infierno. El infierno en la tierra.

Seamos realistas, yo ya me encontraba tan cerca que tenía que comportarme de la mejor manera cada segundo del día.

Conduciendo por el camino de entrada, me golpeé la cabeza sobre el volante, tratando de pensar en una ecuación viable para viajar en el tiempo, de manera que pudiera pasar mi vida rápidamente por un año.

Debido a que los perros son las criaturas más sensibles en esta tierra, una lengua caliente y húmeda se deslizó por mi mejilla.

—¿Por qué no puedes ser un adolescente, Rambo? —le pregunté, rascándole detrás de sus oídos.

Un ladrido y una sonrisa de perro fue su respuesta. Mi más reciente proyecto favorito, nunca mejor dicho, se ganó su nombre la noche anterior en lo de Darcy. Al parecer, un maratón de Rambo se transmitió toda la noche y cuando el señor Darcy había intentado apagar el televisor, el cachorro se lo había impedido, así que lo dejó encendido y, al amanecer, el perro, previsto para la eutanasia el mismo día que lo adopté, tenía un nuevo nombre.

—Muy bien, chico —le dije, frunciendo el ceño ante la casa de la playa—. Vamos a terminar con esto. —Atrapando las veinte libras de Rambo, fui directo a la caseta de perro como si fuera un territorio seguro. Como si demostrando que podía contenerlo, podría quedármelo.

—Aquí está tu nueva casa, Rambo —susurré mientras lo depositaba en el interior—. Sé un buen chico y no caves, ladres, o rasgues tu casa de perro en pedazos, ¿de acuerdo?

Comenzó la inspección de la perrera de inmediato, gruñendo en las esquinas donde supuse, un cierto conjunto de manos habían pasado mucho tiempo fijando las tuercas y los pernos juntos.

⁴ **Cabo Cod:** Península en el extremo oriental del estado de Massachusetts, al noreste de Estados Unidos.

—No eres un gran fan de Jude, ¿verdad? —le dije, de rodillas fuera de la puerta de la caseta—. ¿Por qué es eso?

—Probablemente porque los perros tienen una gran intuición.

Me sorprendí tanto por la voz detrás de mí, y su proximidad a mi cuello, que me tambaleé hacia atrás, cayendo sobre mi trasero. Para un gran total de dos veces ese día. A este ritmo, iba a convertirme en la primera tonta torpe.

—Maldita sea, Jude —le dije mientras Rambo rompía en otro ataque—. Existen estas grandes palabras de una sílaba que hacen referencia a saludos, y que se inventaron para que una persona —hice un gesto hacia él—, pueda avisar a otra antes de que...

—¿Caiga sobre su trasero? —terminó, ofreciéndome esa misma sonrisa que había sido mi perdición ayer y, según mi instinto torsión demostraba que también hoy.

—Sorprenderla —concluí, a punto de empujarme fuera de la tierra, cuando llegó a mis manos y me levantó. Me dije que el calor que corría por mis venas con su toque tenía todo que ver con el día de un verano caliente como Hades⁵.

Incluso en mi voz más autoritaria, no fue muy convincente.

Su sonrisa se marcó más. Sus ojos parpadearon. Sabía exactamente lo que su toque me hacía. Y odiaba que él lo supiera.

—Siento haberte asustado —dijo, dejando ir mis manos.

—Siento que te hayas golpeado el trasero, ¿quieres decir? —Le sonreí deseando que no me mirara como si pudiera ver y oír todo lo que sucedía debajo de mi piel.

Sus ojos giraron hacia el cielo. —Lo siento por todos los delitos anteriores, actuales y futuros que haré en tu presencia.

Desde atrás, escuché a Rambo empezar a lamer un poco de agua de su recipiente. —Todos los chistes y las bromas a un lado —le dije—, gracias. Esto es, posiblemente, lo más lindo que alguien ha hecho por mí.

Metiendo las manos en los bolsillos, se me quedó mirando. —No es la gran cosa.

—Sí, lo es —le dije, no iba a dejar que se deshiciera de aquello como si no fuera la gran cosa—. Aunque tengo curiosidad de cómo y cuándo llegó esta cosa aquí sin que haya oído o notado que alguien la construía.

⁵ **Hades:** Dios griego del inframundo.

—Ayuda que yo sea un constructor Ninja —dijo, dándome una sonrisa torcida—, y también ayuda el hecho de que vivo al lado. —Señalando con su barbilla hacia la cabaña de al lado, arqueó una ceja y me esperó.

—¿Fue tu familia la que compró el lugar de los Chadwicks el otoño pasado? —le pregunté, mirando la cabina en forma de A de la puerta de al lado. Había tenido la impresión de que todavía seguía vacante.

—De hecho, sí.

—¿Tú eres mi vecino? —Era el sueño americano de toda adolescente tener un vecino como Jude, así que ¿por qué mi estómago se sentía como si acabara de tragarse un ladrillo?

—No —dijo, frotándose la mano sobre su boca, tratando de ocultar su sonrisa—. Tú eres mi vecina.

—Bueno —suspiré—. Ahí va el vecindario.

Asintió con la cabeza, esos ojos grises suyos, hoy tan luminosos, eran del color de las monedas. —Ahí va.

Dos palabras. Dos palabras acompañadas de esa mirada, realizada por esos ojos, emitida por ese hombre.

Tuve la suerte de que mis rodillas no se aflojaran bajo el peso de ese desmayo.

—Entonces —Jude me escaneó—, vecina, ¿cómo suena el viernes por la noche?

—Suena como viernes en la noche. —Me dolía la espalda, gracias a los fuertes, muy poco atractivos, pedazos de mí volviendo a juntarse. Ningún hombre, un nivel por debajo de la divinidad o no, me hacía suspirar, pestañear y volverme enferma de amor.

—Débil, Luce —dijo, chasqueando la lengua—. Vamos a tener que trabajar en la velocidad y agudeza de tus respuestas si vas a pasar mucho tiempo conmigo. Soy difícil de seguir.

—Entonces la solución es fácil —dije, cruzando los brazos y recostándome en la perrera—. No voy a pasar mucho tiempo contigo.

—¿Así que has decidido caer en la cuenta y mantener distancia? —dijo, con voz más tranquila.

—Lucy, ¿caer en la cuenta? —Una voz que podría ser capaz de poner tanto frío en aquellas palabras, en medio de este calor, necesitaba de mucha habilidad y disciplina—. Eso es tan probable como yo tomando unas vacaciones de tres días en cualquier momento durante la próxima década.

Juro que si yo hubiese sido un perro, hubiera tenido los pelos de punta o el rabo entre las piernas. Con mi mamá, no sabía si luchar o acobardarme y exponer mi yugular.

—No sé nada de eso, señora —dijo Jude, caminando a mí alrededor, por lo que asumí que mi madre se había quedado sobre mí—. Luce parece de lo más inteligente. De las personas que tienen la cabeza bien puesta.

Mamá chasqueó la lengua tres veces. —La adulación no se considera una virtud, joven. Sobre todo cuando, a estas alturas de la vida, es utilizada por chicos con la esperanza de abrirse camino en los pantalones de una señorita.

—Mamá —le susurré, girándome.

—¿Quién es tu nuevo amigo, Lucy —preguntó ella, mirándolo de pies a cabeza como si fuera como todos los días y mucho menos útil que el poliéster.

—Jude. —Cuando ella actuaba así, yo mantenía mis respuestas en una palabra.

—Y me gustaría asumir que Jude —dijo, como si hundiera sus dientes en una rodaja de limón—, tiene un apellido.

—Ryder —contestó él, tendiéndole la mano, que ella miró como si fuera una carga entorpeciendo uno de sus proyectos.

—Ryder —repitió ella, aunque sonó más como si hubiera dicho “ride her”⁶—. Por supuesto que lo es.

Increíble. Mi mamá tenía que ser la primera mujer que había mirado a Jude, y no se sentía como si algo en su interior palpitara. Incluso un hombre, un hombre heterosexual, hubiera estado más impresionado por Jude que mamá.

—Otro perro —suspiró mamá, volteándose y observando la perrera y todo a su alrededor como si debiera ser enviado lejos de la ciudad en el próximo tren—. Mucho para darse cuenta. ¿Cuándo vas a aprender que no puedes salvar al mundo un alma perdida a la vez? —dijo, la dureza que drenaba de su voz, dejaba tras de sí nada más que la tristeza que realmente sentía.

Ella no esperaba una respuesta a esa pregunta, pero, a pesar de que me encontraba a medio camino de la puerta de la caseta y fuera del rango auditivo, todavía le ofrecí una. —Hasta que no haya más almas perdidas para salvar.

⁶ Juego de palabras entre Ryder y ride her (manejarla).

—Parece una gran dama —dijo Jude desde atrás. Podía sentir que la sonrisa en su rostro era fuerte.

—No tienes ni idea. —Me volví hacia él, deseando que cada vez que lo mirara no se sintiera como si estuviera cayendo por un abismo—. Así que piensas que soy lista, ¿eh?

—Sólo porque decidiste mantener distancia.

Echando un vistazo hacia la perrera, pensé en el tiempo, el dinero y la planificación cautelosa que debió haber tomado para construirlo sin que lo notara, no necesitaba saber los detalles más finos que conformaban a Jude Ryder. —¿Quién dijo que decidí mantener distancia?

—Tú lo hiciste —dijo, metiendo sus manos en los bolsillos de sus vaqueros desgastados de peltre.

—No, no —le dije—. Y si lo hice, me reservo el derecho a cambiar de opinión en cualquier momento.

—Si ese es el caso, entonces me reservo el derecho a retirar mi comentario anterior.

—Hiciste muchos de ellos, ¿exactamente de qué comentario estás hablando? —le pregunté.

Extendiendo la mano, pasó los dedos por los cordones de mis zapatos de punta colgados por encima de mi hombro, como si fuera capaz de romperlas si no tenía cuidado. —Que eras inteligente.

Él podría haber estado a punto de decir o hacer algo más, pero tendría que seguir siendo un misterio, porque en ese momento, "Eight Days a Week" de los Beatles resonó a través de las ventanas. La cena era en treinta minutos.

—¿Tienes hambre?

Acariciando las cintas de color rosa nuevamente, de la forma más cuidadosa que sus manos parecían ser capaces, volvió a mirar hacia la caseta. —Tal vez.

—¿Tal vez? —repetí, disparándole una mirada—. Eres un adolescente, uno de súper tamaño. Siempre debes tener hambre.

Hizo una pausa, el conflicto interno era tan fuerte que le cubría la cara.

—Vamos —insistí, agarrando su mano y dándole un tirón—. Mi papá es el mejor cocinero de todos y acabas de conocer a mi madre. No me obligues a ir allí sola.

Exhalando, sus ojos se dirigieron a los míos. —¿Estás segura?

—Absolutamente, positivamente, increíblemente, sin duda. —
Levanté una ceja—. ¿Quieres que continúe?

—Detente —dijo, apretando las manos sobre sus oídos.

—Vamos, Drama-saurus Rex —pedí, diciéndole adiós a Rambo, que
lucía feliz como una almeja royendo sus huesos, y llevé a Jude hasta la
calzada de piedra.

—Otro intento débil de humor, Luce —dijo, enrollando sus dedos con
los míos—. Tan débil.

—Perdóname, oh dios sagrado de la comedia.

Empujándome mientras subíamos las escaleras, sonrió con esa sonrisa
pícaro que me hacía sentir los latidos de mi corazón en la boca. —Es
bueno ver que estás dispuesta a admitir que soy un dios.

—Oh, Dios —suspiré, sacudiendo la cabeza.

—Exactamente —dijo como si fuera un hecho—. Es la forma en que
debes referirte a mí.

Dándole la mirada menos divertida que pude manejar, empujé la
pantalla abierta. Lo inevitable ya no podía esperar.

Sentarse a cenar con la familia era lo último en mi lista de
prioridades, especialmente teniendo en cuenta que las cenas en los
últimos tiempos habían estado marcadas por el silencio y más silencio. A
menos que cuenten las miradas que mi madre despedía como una pelota
de ping-pong entre papá y yo. Pero sentarse a una cena familiar con
Jude, un tipo del que sabía muy poco, que me cautivó peligrosamente y
que, al menos en la superficie, era un chico con el cual los padres no
querían que su hija adolescente gastara su tiempo, esta cena, estaba
segura, tenía el potencial para ser épica.

Un desastre épico.

—Algo huele jodidamente bien —dijo Jude para mí, olfateando el
aire que cargaba con aroma a limón y mantequilla.

Sus palabras no fueron escuchadas sólo por mí, como lo demostraron
las dos cabezas de mis padres volviéndose para mirarlo.

El doble golpe de cejas de mi madre llegó al mismo tiempo que sus
labios fruncidos. Mi padre sonrió. Verán, mientras mamá veía el mal en
todo, la maldición en la vida, papá veía lo bueno. O al menos solía
hacerlo, y todavía lo hacía de siete a nueve de la noche.

Jude eligió hacer frente a mi madre primero. —Lo siento por el
idioma, señora. —Guardó las manos en sus bolsillos—. Me crié en una casa
donde maldecir era el segundo idioma. Viene con tanta naturalidad que

ni siquiera me doy cuenta. Pero prometo intentar filtrarme cuando estoy en su casa.

Recostándose en la silla, ella se cruzó de brazos. —Siempre me ha parecido que la blasfemia es un sustituto de la inteligencia.

Mi boca se abrió. Incluso esto, para mi mamá, era cruzar un nuevo nivel de crueldad.

La expresión de Jude no cambió. —En mi caso, tengo que estar de acuerdo con usted. Mis tarjetas de reporte son como una pesadilla para cualquier padre.

—Y por la sonrisa en tu cara, deduzco que estás orgulloso de eso.

Y ahora, para unirse a mi boca en el suelo, quería meterme en un agujero y esconderme. Lo que sea que se escondía entre las capas que componen a una persona como Jude, ni un secreto, ni un crimen o delito merecía aquel grado de maldad.

Mirando hacia Jude, me encontré con su rostro, tan sereno como si estuviera diciendo “omm” durante su camino a yoga.

—No, señora —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿No como que estás orgulloso o como que no lo estás?

Deslizándolo su mano de la mía, Jude la miró de frente y respondió: No como que estoy orgulloso de muy pocas cosas en mi vida.

Mamá no tenía una respuesta inmediata para esto. Incluso en su pintado mundo negro, la honestidad de este tipo le daba una pausa. —Suenas como precisamente el tipo de triunfador que quiero para pasar tiempo con mi hija.

—Mamá —le susurré con mi voz de amonestación. No es que le afectara de ninguna manera.

—Eso es lo que le dije —aseguró Jude—, pero lo que he aprendido acerca de Lucy, en las pocas horas que hemos pasado juntos, es que es la clase de persona que no permite que nadie decida por ella.

El teléfono celular que mamá mantenía a un brazo de distancia en todo momento, sonó pidiendo atención. Por primera vez en quién sabe cuánto tiempo, hizo clic en el botón de ignorar. —¿Y qué más has aprendido acerca de Lucy? Puesto que eres el experto.

Tomó mi mano entre las suyas, y me deslizó una sonrisa. —Es inteligente, excepto cuando no lo es.

Zumbido de nuevo, mamá levantó el teléfono hacia su oreja. —Vaya revelación —le dijo a Jude antes de levantarse y marchar fuera de la

cocina, ofreciéndole al otro extremo de la línea, un saludo recortado seguido por un largo suspiro de tres segundos.

—Lo siento —le dije.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja— No puedes controlar las acciones de tu madre más de lo que ella puede.

—Mí —dije, tirando de él hacia delante. Uno de los padres fuera, uno más por ir—. ¿No estamos interesantes hoy en día?

—Ese es un término que nadie ha utilizado para describirme antes —contestó él, tirando de su gorrita justo por encima de las cejas. Para todas las mangas largas, jersey, gorras y botas para patear traseros que llevaba, empezaba a preguntarme si tenía la circulación de una mujer de ochenta años.

—Papá —le dije, tocando su hombro.

Él no apartó la mirada de las ollas y sartenes que chisporrotea y hervían en la estufa de gas. —Hola, mi Lucy en el cielo...

—Este es Jude —lo interrumpí, no quería verme aún más niña de lo que ya me sentía en su presencia.

Levantando un dedo, papá le dio a la salsa de mantequilla de limón un batido final y apagó todos los fuegos. No estaba segura de cómo era capaz de terminar una comida completa al mismo tiempo, pero era un fenómeno que se saltó una generación cuando se trataba de mí.

Dándose la vuelta, se limpió las manos en el delantal. . .

Oh Dios, ¿cómo había yo olvidado el delantal? Los ojos de Jude se desorbitaron, pero se recuperó tan rápido que papá ni siquiera se dio cuenta. No es que le habría importado si lo hacía. El delantal había sido un regalo de Italia, Roma, para ser exactos, y representaba la escultura de David en su gloria, en toda su gloria, colgando en lugares anatómicamente correctos.

—Hey, Jude⁷ —saludó papá, mirando muy contento con toda la transacción.

—Sr. Larson —saludó Jude, extendiendo su mano—. Lindo delantal.

Barajando la espátula en la otra mano, papá sacudió Jude. —Ya me gustas —dijo, limpiándose una racha de harina de la mejilla—. Un gran nombre, un gusto exquisito en trajes culinarios —continuó, antes de bajar la mirada donde la mano de Jude todavía envolvía la mía—. Y te gusta mi hija. Eres un hombre inteligente, Jude. —Con un guiño, papá giró de nuevo hacia la estufa, batiendo, volteando y agitando frenéticamente.

⁷ **Hey, Jude:** Otra referencia a una canción de Los Beatles.

—No es difícil reconocer algo especial cuando la vida te tira un montón de mierda en el camino —dijo Jude.

—Voy a levantar las manos al cielo por eso —concordó mi padre, mientras yo trabajaba en confirmar que mis pies estuvieran plantados en el suelo. Algo en la forma en que sus ojos se abrieron suaves cuando me miró y dijo “especial” hizo un trabajo sobre mí—. Lucy en el cielo —dijo, por encima de su hombro—. ¿Por qué no avanzas el disco unas cuantas canciones y pones para Jude aquí su canción de los Beatles?

—No —dijo Jude abruptamente. Papá y yo hicimos una pausa, mirando hacia él—. Mi madre adoraba a los Beatles, de ahí el nombre —dijo, la tensión había desaparecido de su voz—. He oído la canción el tiempo suficiente como para durar tres vidas.

Papá estudió a Jude un poco más antes de encogerse de hombros. —Bueno, no voy a torturarte con ella nunca más, entonces —dijo—. Pero es una gran canción para ser nombrado por ella. Posiblemente la segunda mejor. —Mirando por encima de mí, sonrió—. Justo después de Lucy in the Sky with Diamonds.

—Es una canción acerca de dejar que las drogas enmascaren el dolor de la vida —dijo Jude—. Creo que mamá todavía se hallaba chiflada por traerme al mundo cuando me nombraron.

Papá estudió a Jude otra vez, como si tratara de poner el dedo en algo que no podía identificar. —También es una canción de amor —dijo—, y dejar que ese amor entre cuando más lo necesitamos.

Jude hizo una pausa, algo tan fuerte pasaba por su mente que era visible en los planos de su rostro. Finalmente, se encogió de hombros. —Bueno, sea lo que sea, es sólo un nombre.

—Uno bueno —dijo mi padre, agitando la espátula—. ¿Cuál es tu apellido, Jude? —Papá levantó la vista mientras se servía el pollo.

—Ryder, señor.

—Hmm. —Arrugó la frente—. El nombre no me es conocido, pero tienes una cara que estoy seguro de que he visto antes.

La mano de Jude se tensó alrededor de la mía. —Me lo dicen mucho.

—¿Creciste por aquí?

—Crecí en todas partes —respondió Jude, su mano apretando con más fuerza.



—La familia de Jude compró el lugar de los Chadwicks —intervine, no estoy segura si fue más por Jude o por el bienestar de mi mano—. Tal vez por eso lo reconoces.

Papá meditó sobre esto poniendo salsa sobre los platos. —Tal vez —se dijo—. Tal vez no.

—¿Puedo ayudarte, papá? —le pregunté, tirando a Jude conmigo. Estaba segura que si dejaba ir su mano, podría ser la última vez que la tuviera en la mía.

—Estos dos están listos para ser servidos —dijo mientras terminaba de ponerle salsa a los otros dos—. Una cosa es segura, hijo. —Mi padre acarició el rostro de Jude—. La haya visto antes o no, esa es una muy linda cara.

Yo me acostumbré a ser avergonzada por mis padres, se había vuelto costumbre cuando mi padre se encontraba en el lado malo de la locura y mi madre era la mujer en el poster de la reina del hielo, pero esto golpeó su punto más alto. Papá, casi acariciando la mejilla de Jude, bailando alrededor de la cocina con el busto desnudo de una estatua antigua, sonriendo como si estuviera loco como un sombrero.

Si Jude todavía quería verme mañana después del calvario de esta noche, podía manejar casi cualquier otra cosa que le tirara. Esperaba.

Mirando hacia Jude, lo encontré mirándome, mirándome como si no pudiera evitarlo. Tal vez es porque yo había actualizado mi rostro de caucásico a Tomate Rojo.

Echando un vistazo hacia la puerta, miré de nuevo a él con expectación. No lo habría culpado tampoco. Como pariente de sangre de esta familia, quería escapar por la puerta más de una docena de veces al día.

Negando una vez, inclinó la cabeza hacia abajo hasta que pude sentir su aliento caliente en mi cuello. —No puedes deshacerte de mí tan fácilmente.

Yo luchaba contra un mal caso de escalofríos en todo el cuerpo, pero conseguí decir de una manera rápida—: Caray.

—¡Mags! —gritó papá hacia las escaleras, llegando a sacudir el infierno fuera de mí y recitar el gabinete de China, al mismo tiempo—. ¡La cena está servida! —Hizo una pausa en la parte inferior de la escalera, esperando una respuesta, que yo sabía hace mucho tiempo que nunca recibiría. El único ser humano en la tierra que mi madre descuidaba más que a mí, era mi papá. Unos segundo más pasaron antes de que se diera la vuelta y se dirigiera hacia la mesa donde Jude y yo tomábamos nuestros asientos.





—Espero que les guste —dijo mientras colocaba la Piccata de pollo delante de Jude.

Mirando hacia mí, con sus ojos llenos de intención, Jude respondió—: Ya lo hace.



4

Traducido por Annabelle

Corregido por Max Escritora Solitaria

Siempre había amado las fogatas. Pero una fogata de noche, compartiendo una manta con Jude y teniéndolo pegado a mi lado, con un padre a punto de irse a la cama, iba mucho más allá que cualquier amor.

Ésta era la fogata que superaba a todas las demás fogatas que hayan existido.

—Buenas noches, chicos —dijo papá, estirándose al levantarse. La cena había sido un evento placentero, gracias a que mamá se quedó encerrada en su oficina, regalándole un montón de malas palabras a la persona del otro lado del teléfono. Papá, extraño y todo, fue muy agradable, si podías ignorar el hecho de que la realidad escapaba de sus ojos. Había logrado aceptar esto como un hecho de la vida, y Jude tampoco parecía tener ningún problema con ello.

—Buenas noches, papá. —Mi corazón ya se encontraba acelerado. Sabía que una vez estuviéramos solos, algo sucedería entre nosotros. Durante toda la hora, la tensión era demasiada, mientras miradas expectantes, manos jugando hockey de dedos, piernas frotándose entre sí, y palabras no dichas habían hablado mucho más fuerte que cualquier cosa que nos hubiésemos dicho antes.

—Buenas noches, Sr. Larson. Gracias de nuevo por la cena —le dijo Jude a papá cuando éste se retiraba, colocando su mano sobre mi rodilla.

—Me gusta tu papá —dijo, mientras su pulgar acariciaba el interior de mi pierna. Fue imposible ofrecerle cualquier otra respuesta además de una sonrisa y un asentimiento—. Aunque todavía no se le puede aplicar ese veredicto a tu mamá —dijo, riéndose.

Otra sonrisa y asentimiento.

—Y me gustas tú —dijo en voz baja—. De hecho, me gustas mucho. —Quitando su mano de mi pierna, la levantó hacia mi rostro. Y luego la otra. Me sostenía tan firmemente que no podía mirar a ningún otro lugar

aparte de él, pero lo suficientemente delicado como para poder dejarme ir, si yo lo intentaba.

—También me gustas.

Curvó una ceja y esperó.

—Me gustas mucho —añadí, sintiendo tantas jodidas chispas que podría encenderme en cualquier momento.

Sonriendo, movió su pulgar hacia mi boca. Acarició la línea de mi labio inferior, y me estudió como si fuera algo que él podría poseer.

Yo estaba a favor del empoderamiento de la mujer y todo eso, pero estando detrás del calor de ese toque, solamente quería ser poseída en todas las maneras en que alguna persona pudiera poseerte.

Cuando estuve segura de que ya había pasado más de un minuto, abrí los ojos, pero perdí todo pasar del tiempo después de eso. Sus ojos eran del tono de gris más claro que alguna vez haya visto. —Puedes besarme, Jude.

Esperaba cualquier otra cosa menos que su frente se arrugara y que sus ojos se oscurecieran. —Sé que puedo hacerlo —dijo, su voz era tensa—. Sólo que no sé si debería.

Esa aflicción que se originaba justo en el centro de mí ser comenzó a propagarse. Sólo existía una forma de aliviarla. —Deberías besarme, Jude.

Sus ojos se volvieron aún más oscuros, pero nunca se apartaron de los míos. —No debería —dijo, deslizando una mano detrás de mi cuello, con uno de sus dedos rozando la piel debajo del cuello de mi camisa—. Pero en este momento, no me importa un cuerno.

Antes de poder comprender sus palabras, sentí sus labios. Eran tan poderosos como sus manos, pero gentiles al mismo tiempo. Separó los labios, y su gruñido vibró contra mi pecho, y antes de poder procesar si debía o no hacerlo, lancé mi pierna sobre su regazo, porque, más allá de cualquier razonamiento coherente, no lo tenía lo suficientemente cerca.

Con su lengua contra la mía, su pecho presionando el mío, sus manos sosteniéndome como si estuviesen tan hambrientas como las mías, me pregunté si este era uno de esos momentos que la gente recordaba en sus días más oscuros y sonreían. Yo no sonreiría solamente, estaría arrastrando este recuerdo en mi memoria hasta el día en que muriera.

Mis manos se deslizaron por debajo de su playera, rodando por su estómago hasta que no había más lugar a dónde ir sino hacia abajo.



—Luce. —Respiró cuando mis dedos se posaron sobre su cinturón—. Detente. —Sus manos sostuvieron mis caderas firmemente, pero su boca se apoderó de la mía otra vez.

—Me detendré cuando tú lo hagas —murmuré contra su boca.

—Maldición —suspiró, apartándome con sus manos, pero volviendo a darme la bienvenida con su boca.

—Si ya terminaste con ella, ¿puede ser mi turno ahora? —gritó una voz de pronto desde la playa.

—Mierda —siseó Jude, levantándome para ponerme de pie en un solo movimiento.

—¿Qué? —murmuré, pasando mis manos por mi cabello desordenado debido a los besos.

—Ve adentro, Luce —dijo, situándose frente a mí—. Ahora mismo.

—¿Por qué? —No me iba a ir a ningún lado. No con el hombre que podría hacerme eso aquí afuera—. ¿Quiénes son ellos? —pregunté cuando unas figuras oscuras caminaron hacia nosotros desde la playa.

Girándose hacia mí, sus ojos se veían tan perturbados que no podía determinar si eran más frenéticos que maniáticos. —No me hagas preguntas, Lucy Larson. Mete tu trasero en la casa ahora mismo. —Tomando mis hombros, me giró, y luego me empujó en dirección a la casa—. Ya, demonios.

Tenía un mal genio, lo cual no era bueno. Porque yo también tenía uno.

Me giré de nuevo, y le lancé una mala mirada. —¡Nunca vuelvas a empujarme! —grité—. Y nunca vuelvas a decirme qué hacer.

La expresión de Jude se suavizó antes de volverse desesperada. —Por favor, Luce. Sólo ve adentro.

Su súplica era tan honesta, y sus ojos tan impotentes, que casi le hice caso. Pero las tres figuras ya se habían acercado.

—¿Has estado evitándonos, Jude? —dijo uno, acercándose a la luz de la fogata. No era tan alto como Jude, pero sí más robusto. Me miró de arriba abajo como si me desnudara al mismo tiempo, y dijo—: ¿Conseguiste un fresco pedazo de trasero y no tienes la decencia de compartir con tus hermanos?

—¿Hermanos? —murmuré esta vez, permitiendo que Jude se colocara frente a mí y que se mantuviese allí.

—Metafóricamente, bebé —respondió el chico robusto—, y hermanos que lo comparten todo. —La amplia espalda de Jude era lo

único que me salvaba de otra violada con los ojos de parte del chico robusto—. Todo —repitió, contando una historia tonta en una sola palabra.

—Vince —dijo Jude, su tono era mórbido—, lárgate de aquí antes de que te obligué.

Vince se rió. —Sé que te gusta un pedazo de trasero, ya sea para patearlo, o para cogerlo, pero dudo que puedas con todos nosotros antes de que te derribemos. —Los otros dos chicos, que debían ser gemelos con una higiene bien particular, entraron al círculo—. Justo antes de que derribemos a tu chica. Cada uno de nosotros derribará a tu chica.

Debí haber estado aterrorizada. Cada instinto de supervivencia en mi interior debería estar trabajando a toda velocidad. Las adolescentes tenían pesadillas con situaciones como éstas.

Pero yo no. Ya sea por los puños tensos de Jude, o la furia que descendía de él, o el hecho de que mis instintos de supervivencia habían tomado un hiato, me sentía tan calmada como podía sentirme.

—Averigüemos cómo te salen esos planes —dijo Jude, con la mandíbula tensa—. Vamos, buenos para nada. ¿Quién va a ser el primero en venir por mí? —Esperó, llamando a cada uno con su dedo.

Esperamos por un rato. Ninguno, mucho menos los gemelos olorosos, parecían como si pudieran terminar vivos, o incluso caminando si se enfrentaban a él. Por las miradas que les lanzaban a Jude, pensarías que era la muerte en persona con un par de puños que aseguraban una buena golpiza.

—Te dejaremos solo —dijo Vince al final—. Dejaremos que termines con lo que viniste a hacer. Una última jodida de verano.

Jude hizo un sonido que parecía más a un animal que a un humano. —Esa es una movida inteligente, pero no va a salvarte de que te dé una gran paliza la próxima vez que te encuentre por ahí.

—Como siempre, Jude, un gran placer —dijo Vince, siguiendo a los gemelos que ya se encontraban a medio camino hacia la playa—. Y un consejo para ti, chica —dijo, moviéndose a un lado para poder mirarme. Cuando lo hizo, una sonrisa tan asquerosa como la propia definición de la palabra curvó sus labios—, cerciórte de que use condón. No quieres contagiarte de lo que ese mujeriego tiene creciendo allí abajo.

Todo el cuerpo de Jude se inclinó hacia adelante, quería perseguir a esos chicos y hacerles quien sabe qué, pero se detuvo. Dándome una mirada, sus hombros cayeron y sus brazos se relajaron a sus costados.

Ese tipo había sido lo más insultante, amenazador, burlón, y molesto que podía ser un hombre, sin embargo, Jude se quedó aquí. A un paso

frente a mí. Un hombre que sin duda, podía terminarlos en diez segundo, juzgando por la ira y la confianza que había presenciado en sus ojos.

Y se quedó allí conmigo. Ya sea para protegerme en caso de que las tres marionetas regresaran o para continuar justo donde lo habíamos dejado, no lo sabía con seguridad. Y no me importaba.

—¡Oye, imbécil! —le grité a cualquiera del trío que se alejaba en dirección a la playa. No podía ver muy bien en la distancia, así que supuse que me miraban cuando se detuvieron. Me cercioré de estar cerca de la luz de la fogata para que pudieran captar claramente mi mensaje. Levantando mi dedo medio, grité—: ¡Tengo mucho de esto para compartir!

—¿Qué demonios estás haciendo, Luce? —siseó Jude, volviendo a colocarme detrás. No pensaba en Jude como del tipo caballero, pero me gustaba, más de lo que cualquier mujer del siglo veintiuno debería.

—Ni siquiera una fracción de lo que me gustaría —dije, mientras la única respuesta que me dio el trío fue un coro de risas.

—Escucha, me gusta tu actitud de valiente que no acepta mierda de nadie, en serio —dijo Jude, girándose para mirarme—, pero no debes meterte con gente como ésta.

—¿Gente como ésta, o hermanos como éstos? —dije, tenía tanta energía nerviosa saliendo dentro de mí debido a lo que había ocurrido durante los últimos diez minutos, que no sabía qué hacer con ella.

Jude suspiró.

—¿Esos son tus hermanos? —dije una rápida oración para que no fuese verdad.

—En una forma —respondió, cerrando sus ojos.

—¿En qué forma?

Abriendo sus ojos, buscó mi mano. —En la forma que no es importante.

—Entonces que se jodan —dije, permitiendo que tomara mi mano cuando sabía que no debía hacerlo, antes de tener algún tipo de aclaración de quién o qué era él—. Debí haberlos insultado de nuevo. Son del tipo que solamente ladran.

—No —dijo firme—. Por favor, Luce. Éstos son de los bastardos que actúan. Pueden enterrarte los colmillos sin ningún tipo de advertencia. —Tomando mi brazo, me apretó contra sí, y me miró como si pudiera forzar que absorbiera sus palabras—. No te metas con ellos. Si ves que vienen por la acera, cruza la calle.

Esto provocó que rodara los ojos. Seguramente exageraba. No dudaba que los trillizos estúpidos ya hubiesen cumplido con su cuota de marihuana y de dañar propiedad pública, pero no eran lo suficientemente valientes para hacer las cosas que les ganarían un gran tiempo de cárcel si llegaban a atraparlos. La palabra cobarde se hallaba estampada en cada una de sus frentes.

—Mierda, Luce —dijo Jude, cruzando los brazos detrás de su cuello y girando hacia la playa—. Precisamente por esto te pedí que te mantuvieses alejada. Para que no te encontraras metida hasta los ojos en mi vida de mierda.

Ahora sus palabras de precaución comenzaban a tener sentido. El por qué decía que debía mantenerme alejada si era inteligente.

La cosa era que, si mantenerme alejada de él me hacía bruta, nunca quería volver a ser inteligente de nuevo.

—Jude —dije, enganchando mi dedo en su cinturón.

Girándose, me miró con ojos cansados. —¿Sí?

—Bésame.

Y luego de un momento, lo hizo.

No tenía ni idea de qué hora era cuando Jude y yo por fin logramos separarnos uno del otro, pero al meterme a la cama esa noche, supe que el sol estaría haciendo su debut en algunas horas, máximo. Eso significaba que tendría que soportar tres horas matadoras de practicar ballet con sólo dos horas de sueño. No me importaba. Cada minuto de mi falta de sueño fue gastado al perderme en los brazos de Jude.

Me obligué a cerrar los ojos y a apagar mi mente sobrecalentada, pero a sólo un latido, los abrí de nuevo. Rambo comenzó a ladrar como la advertencia de un huracán.

Salté de la cama y corrí hasta la ventana. Rambo no ladraba; tal vez gruñía, sonreía y daba algún quejido ocasional, pero nunca lo había escuchado chillar de ésta manera. Era como si él, o alguien cerca, estuviese a punto de que le quitaran la vida al ser estrangulado.

No podía distinguir mucho más que el destello de su casita para perros y lo que podrían ser sombras moviéndose por el viento, o personas correteando por el perímetro. Levanté la ventana para poder ver mejor, y una pared de llamas explotó alrededor y por encima de la casita de Rambo.

No fue algo que hubiese pensado. Simplemente fue una decisión del momento. Escalando fuera de la ventana, corrí rápidamente por el techo.



Lo único que tenía en la mente era salvar a Rambo de otro incendio. Uno del que en verdad tenía la posibilidad de salvarlo.

Cómo o quien había iniciado el incendio no fue ni siquiera una reflexión; simplemente tenía que llegar hasta él. Tenía que salvarlo.

Balanceando mis piernas sobre el borde del techo, mis pies aterrizaron sobre la baranda del porche, y luego sólo me tomó un salto para llegar al suelo. Lo había hecho millones de veces, pero no creo que ésta vez calificara como una escapada.

Los ladridos de Rambo habían parado cuando las llamas comenzaron, y no estaba segura si la razón detrás de eso era porque se encontraba demasiado asustado como para ladrar o si ya había muerto. Parecía incorrecto esperar lo primero.

Tomando la manguera conectada a un lado de la casa, la encendí y corrí hasta el patio. Me tomó una eternidad recorrer la distancia en dirección a la playa donde se encontraba la casita. Colocando mi dedo al final de la manguera, regué la puerta de la casita primero, esperando poder apagar las llamas de ahí y así poder abrirla y liberar a Rambo. No podía verlo por todo el fuego, pero tenía que creer que se encontraba bien.

No podría decirte si la risa detrás de mí acababa de comenzar o si ya tenía rato, pero cuando unas palmadas la acompañaron, finalmente los noté.

Manteniendo la manguera en dirección a la casita, miré sobre mi hombro para encontrar a Vince y a los gemelos caminando hacia mí. Sin el formidable cuerpo de Jude cubriéndome, ellos, y las miradas amenazadoras en sus rostros, me aterrorizaban.

—Así que, nos encontramos nuevamente —dijo Vince, separándose de los otros dos.

Me sentía como si fuera a vomitar, pero no permití que eso me impidiera responderle. —Tenía la esperanza de que lo hiciéramos, ya que no estaba segura si lograste ver mi mensaje de despedida.

Quitando una mano de la manguera, le volví a mostrar mi dedo.

Sabía que era infantil, sabía que era fuera de lugar, y sabía que era inútil contra tres hombres y lo que sea que me harían, pero en ese momento se sintió jodidamente bien.

El rostro de Vince decayó, como si no pudiera creer que le mostraba el dedo cuando era muy probable que mi perro se estuviera incendiando y que tres chicos que personificaban todo lo trastornado me miraban como si yo fuera el próximo paso en su escala de crímenes.

—Voy a disfrutar ver cómo ardes, perra —dijo, caminando hacia un lado—. Agarren a esa zorra para que le podamos enseñar modales.

Debí haber gritado, debí haber corrido, al menos debí haber soltado la manguera para poder usar ambas manos cuando los gemelos vinieran por mí, pero nunca fui esa chica que hacía lo que debía.

Mantuve la manguera hacia la casita, y miré hacia la casa de Jude, esperando a que en cualquier momento saliera corriendo a salvarme. Dos pares de brazos me tomaron por cada lado, retorciéndome con tanta fuerza que la manguera se salió de mis manos.

—¡Es mejor que me suelten ahora mismo! —les grité, luchando contra sus agarres—. A menos que quieran la marca de una golpiza en sus frentes. —Otra mirada por encima de mi hombro reveló que no había señales de Jude, ni siquiera el indicio de una luz en su casa.

—No va a venir a rescatarte, cariño —dijo Vince, acercándose—. Jude no es el tipo de chico que le gusta ser un héroe. Más bien es del tipo anti-héroe si entiendes lo que digo.

Esto se ganó un par de risotadas a cada lado de mí.

—Ja —resoplé—. Y esto viene de la persona que incendió a un pobre perro sólo para sacar a una chica de la cama e intentar intimidarla. ¿Eso te suena a alguien que podría reconocer a un héroe cuando lo viera? —Desde que tengo tres años, mi mamá me había dicho que mi boca sería mi muerte, y juzgando por el destello de homicida que cruzó por el rostro de Vince, tenía razón.

—¿Cómo me estás llamando exactamente?

Entrecerrando los ojos, enterré mis talones en la tierra. —Un cobarde.

No parecía físicamente posible que un chico tan robusto como él pudiese moverse tan rápido como lo hizo.

—Iba a permitir que vivieras —siseó junto a mi oído, mientras sus manos rodeaban mi cuello—, pero eso fue antes de que hicieras ese comentario. —Sus dedos soltaron mi cuello y fueron por mi cabeza. Sabía lo que iba a hacer, así que me llené de valor, pero esperar el dolor no lo hizo menos doloroso cuando jaló mi cabello tan fuerte que estuve segura que me arrancó la mitad.

—Tienes bonito cabello —dijo, mientras un sonido vagamente familiar se escuchó detrás—. Espero que lo hayas disfrutado.

El desagradable olor fue instantáneo, mucho más instantáneo de lo que le tomó a mi mente procesar y aceptar que éste tipo me achicharró el cabello.

Finalmente, grité.

—Tápale la boca, Zeke —ordenó Vince, empujando a uno de los gemelos—. Maldición. Los dos son unos inútiles.

Ya para este momento podía sentir el calor del fuego acercándose a mí cada vez más, incinerando mi cabello mientras subía. Sabía que no iba a salir de ésta con mi cabello, pero todavía había oportunidad, aunque remota, de salir de todo esto aún con mi vida. Me aferré a eso cuando mordí el interior del dedo de Zeke con tanta fuerza que pude saborear su sangre, y fue eso en lo que creí cuando pisé con todas las fuerzas que mi cuerpo de metro sesenta podía sobre el pie del otro gemelo.

Y allí, puse todas mis esperanzas cuando me di cuenta que no había más manos aprisionándome y que a mí alrededor sólo se escuchaba un trío de jadeos y gruñidos. Sentí el fuego tocando mi cuello, y ahora, en vez del olor a cabello quemado, en el aire, adhiriéndose a la capa de ozono, había un aroma tan horrible como el que me había imaginado que olería la piel quemada.

Corrí hacia el lago. Por supuesto, detenerse, caer al piso y rodar era el método más eficaz para extinguir el fuego, lo sabía en algún lugar de mi arrugada materia gris, pero cuando en verdad te estás quemando y un frío cuerpo de agua se encuentra a menos de seis metros, no piensas. Corres como loca y te lanzas al agua, prefiriendo morirte ahogada en esa agua fría a morirte quemada, si en verdad tuvieras alguna opción.

El agua me quemaba de una forma eufórica y dolorosa. No supe cuánto tiempo me quedé sumergida, pero quería quedarme más tiempo debajo. Allí debajo del agua había calma y silencio, y ningún olor desagradable subiendo por mi nariz. Fue un alivio tan grande, al flotar libre sin nada de fuego recorriéndome, que pensé que morir ahogada no sería una manera tan mala de partir.

Eso fue hasta que un par de manos atraparon mi cuello y me mantuvieron sumergida. El lago pasó de ser un lugar de refugio a ser un enemigo con dientes afilados.

Lo último de mi aliento fue burbujeando hasta la superficie cuando Vince me levantó, con sus manos aún apretadas alrededor de mi cuello. —Si yo fuera un buen chico, simplemente te ahogaría y terminaría con esto de una vez —dijo, llevándome fuera del agua—. Pero no soy un buen chico. —Trastabillé por la arena, y mi mirada pasaba desde la casita del perro envuelta en fuego hasta la silenciosa casa de Jude—. Vas a arder, perra.



Fue en éste momento que todo se sintió real. Como si me hubiese convencido a mí misma que todo lo que había ocurrido hasta ese momento había sido sólo una pesadilla, pero ahora me había despertado y sabía que a la duración de mi vida sólo le quedaban pocos minutos.

—Colton, busca la gasolina —dijo Vince, sacando algo de su bolsillo. Era una tira de tela, una mojada tira de tela que apretó bien fuerte—. No quiero despertar a los vecinos. —Me tuvo amordazada tan rápido y tan fuerte que fue muy obvio que ésta no era la primera, segunda, o décima vez que había hecho esto. Se había convertido en un experto en amordazar con el tiempo. Jude tenía razón, éstos delincuentes no jugaban.

Entonces, las lágrimas comenzaron. Odiaba llorar. De hecho, lo detestaba con pasión. Pero había algo en saber que iba a convertirme en una antorcha humana a la, ni siquiera legal, edad de diecisiete años, que tenía una muy buena manera de atraer un festival de llanto.

De nuevo mis ojos escanearon frenéticamente la casa de Jude, desesperada por verlo correr todo el camino hasta la playa para salvar el día.

Suspendiendo el bidón, Vince lo levantó sobre mi cabeza y comenzó a verter la gasolina, dejando que se deslizara sobre mí hasta que hizo un pequeño pozo en el piso a mis pies.

Vomitó. Como si mi situación actual no pudiera ponerse aún peor. La cosa menos afortunada de vomitar estando amordazada es que no hay ningún otro lugar para que la sustancia vaya, así que debe volver a bajar.

Y estuve lista para morir, por primera vez en mi vida. De hecho, quería que se apurara y me tomara. El destino finalmente me había alcanzado, listo para hacerme pagar el precio que había estado evitando desde hace años.

Prendiendo un encendedor, Vince me sonrió. —Algo me dice que vas a tener un ataúd cerrado —dijo, separándose, ya que según el galón de gasolina que había vertido sobre mí, iba a encenderme tanto que un satélite podría localizarme.

Cerré los ojos y susurré un oración, que decía cada noche antes de acostarme cuando era niña y luego, cuando esperaba escuchar el grito del fuego arrastrándose por mi cuerpo, escuché otro tipo de grito. Una que era tan desesperado y enrabiado al mismo tiempo que sonaba como si el diablo mismo hubiese decidido hacerle una visita al Lago Sapphire.

Al abrir los ojos, lo primero que vi fue el rostro de Vince eclipsado desde la dominación hasta el miedo, justo cuando algo pequeño lo golpeó directo en medio de sus ojos. Se impulsó hacia tras, tomando su

cabeza antes de caerse completamente. El encendedor se apagó y cayó de su mano.

Y luego, Jude se encontraba sobre él, apareciendo de la nada y lanzando puño tras puño en cualquier parte de Vince al que pudiera llegar. —¡Vas a tener que amarrarme mejor la próxima vez, enfermo hijo de puta! —A cada palabra le seguía un golpe, y cada uno aterrizaba como un trueno.

Me quedé allí, todavía en shock por apenas haber logrado eludir mi muerte, todavía en shock por haberme enfrentado a la muerte en primer lugar, y ahora, también en shock por ver a Jude golpear a otro hombre con tanto odio que parecía como si no le importara matarlo o no.

No me encontraba muy segura entre estar aliviada de que estuviera de mi lado o aterrorizada de que una persona como esa pudiera existir en el mundo.

Deteniéndose abruptamente, Jude se giró para mirarme. —Luce —dijo, su voz era calmada, sin mostrar ningún rastro de estar sin aliento, como uno esperaría que estuviese—, ve adentro y llama al 911.

Cuando me quedé paralizada en mi lugar, añadió—: Lo tengo controlado. No voy a permitir que te lastimen. —Justo en ese momento, los gemelos cobardes de la esquina unieron fuerzas y vinieron por Jude. O por mí, no estaba segura—. Anda, Luce —suplicó, señalando de nuevo hacia la casa—. Yo te protegeré.

Ésta vez, cuando intenté colocar un pie delante del otro, pude lograrlo. Subir por la playa era como si intentara correr un maratón en menos de una hora, mi cuerpo y mis pulmones se sentían demasiado fatigados, pero continué, dando rápidas miradas detrás de mí para cerciorarme de que Jude se estuviese defendiendo del trío.

Defenderse sería una forma modesta de decir que era completamente agresivo. No sabía cómo o cuando ese hombre aprendió a pelear así, pero esta noche no pude evitar estar agradecida por ello.

Justo cuando llegué a la esquina de la casa, noté las luces rojas y azules, seguidas de un policía alumbrando mi rostro con su linterna.

—Estamos respondiendo a un reporte que alguien al otro lado del lago notó un gran incendio producido por ésta área —dijo, caminando hacia mí mientras su compañero salía detrás de él—. ¿Ha visto algo, señorita?

—Aquí —dije, respirando pesadamente por mi viaje desde la playa—. El incendio es aquí. —Apuntando hacia abajo en la playa, el oficial volvió a mirarme, viéndome de verdad esta vez.

Sus ojos se agrandaron.

—Señorita, ¿necesita atención médica? —preguntó, lentamente caminando hacia mí, como si yo fuera mentalmente inestable, lo cual no se encontraba muy lejos de la verdad, a este punto.

—¿Tal vez? —respondí, insegura. La adrenalina todavía recorría mi cuerpo, y era tan intensa que no podía sentir ninguna de mis lesiones, o comprobar si es que tenía alguna.

—Hal, llama a los paramédicos.

Su compañero asintió y trotó hasta la patrulla.

—De acuerdo, señorita —dijo, deteniéndose frente a mí—. Soy el oficial Murphy. ¿Cuál es su nombre?

—Lucy —dije, aclarando mi garganta—. Lucy Larson.

—Bien, Srta. Larson —dijo el Oficial Murphy, sus ojos me recorrieron, intentando en vano de verme como si nada estuviese realmente mal—. ¿Hay alguien más allí abajo?

—Sí —dije, tomando su antebrazo y jalándolo hasta la playa—. Hay otros cuatro y mi perro. —Aunque si Rambo todavía seguía vivo y sonriente como siempre, eso significaba que los milagros existían, y había aprendido a la mala que creer en milagros era trabajo de los tontos.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Murphy, corriendo con prisa delante de mí.

—Sólo sé el primer nombre de tres de ellos. —Tres nombres que no era muy seguro si encontraríamos todavía vivos, y nombres que me querían muerta por ninguna razón lo suficientemente buena además del por qué no.

—¿Y el cuarto? —Murphy se detuvo, mirándome.

Tragué profundo. —Jude —dije—. Jude Ryder.

—Espera —dijo Murphy, su semblante cambió—. ¿Jude Ryder está allí abajo?

Asentí, mi frente se arrugó.

—Mierda —dijo en voz baja, antes de sacar su radio de su bolsillo—. Hal —suspiró—, llama por refuerzos. Jude Ryder está aquí.

Hal murmuró otra maldición antes de contestar. —Copiado. Ya mismo estoy llamando refuerzos.

5

Traducido por Amy

Corregido por Mel Cipriano.

Uno de mis lugares favoritos en la cabaña era el biombo en el porche. Me encantaba la vista, acurrucada en la vieja silla de mimbre con una manta retorcida a mí alrededor.

Eso cambió esta noche.

Algo acerca de ver al chico al que esperaba besar todas las noches hasta siempre, caminando lejos con los puños apretados, seguido por tres chicos, quienes tropezaban en lugar de caminar gracias al trabajo de Jude, lo que quedaba de la casa del perro y los recuerdos de un perro responsable del humo que había, tenía una manera de golpear la visión del mundo entero en tu trasero.

Los paramédicos se habían ido porque, aparte de la noción de unas calientes ampollas en la parte trasera de mi cuello, no había nada en el arsenal que pudiera arreglar mi pelo chamuscado. Mis padres finalmente se despertaron, una vez que llegaron tres autos patrulla con las sirenas encendidas. Mamá seguía colgada por su doble dosis de pastillas para dormir y tuve que darle un tranquilizante a papá cuando se enteró de lo que pasó. Entonces ahora, mis padres se encontraban sentados lo más lejos que podían del sofá de dos plazas de mimbre, con los ojos vidriosos, mirando hacia la playa, a mí, y a los autos de policía, tratando de decidir si esto era real.

—¿Sr. y Sra. Larson? —dijo el oficial Murphy aprovechándose del biombo-puerta antes de entrar en el porche—. Terminamos aquí. Acá esta mi tarjeta por si tienen alguna pregunta. —La deslizó en la mano de mi mamá, mirando entre los tres cómo si fuera la cosa más triste que hubiese visto esta noche. Él podría estar en lo correcto—. De lo contrario, los mantendremos informados. Ahora, Lucy —dijo, volviéndose hacia mí—, necesitamos que vengas a la estación a dar tu informe a primera hora de la mañana. ¿Necesitas que un auto patrulla te pase a recoger o vas a ir por tu cuenta?

—Puedo manejar —respondí, dándole una pequeña sonrisa.



Reflejando mi sonrisa, se puso en cuclillas a mi lado. —¿Estás bien, Lucy? —preguntó, descansando la mano sobre mi brazo—. ¿Puedo darte algo? —Me apretó el brazo, lanzándole una mirada a mis padres como si no pudiera entender por qué se hallaban allí mientras yo me encontraba aquí

—Sí —dije, tratando de no mirar el tercio del auto patrulla que había en el frente, donde una cabeza usando una gorra de lana era invisible—. Estoy bien.

—Bueno —dijo, levantándose—. Te veo en la mañana.

—¿Oficial? —Mamá se aclaró la garganta, sonando medio agradable. Deben haber sido las pastillas para dormir—. Para que quede claro, ¿El Sr. Ryder no vive en la casa de al lado?

—No, señora Larson —dijo—. A menos que cuente la ocupación ilegal a la casa del barco, sin ser invitado, hace unos pocos días.

—¿Ocupación ilegal? —repitió ella como si nunca hubiese odio las palabras.

—También conocido como allanamiento de morada, en mi línea de trabajo —explicó—. O como una ocurrencia regular si eres Jude Ryder.

—¿Ésta no es la primera vez que es arrestado? —preguntó mamá, mirándome fijamente mientras hablaba.

El oficial Murphy se rió entre dientes. —En ninguna parte cerca de aquí —dijo—. Sabemos acerca de Jude y los otros tres delincuentes desde que iban a la escuela primaria. Huevos malos, hasta el último de ellos —dijo, mirándome como si tratara de llevar un mensaje a casa—. Esos chicos son los que los padres rezan porque sus hijas no conozcan. Esos son el tipo de chicos que crecen a hombres que pasan su vida en la cárcel.

Mamá suspiró, sacudiendo su cabeza mientras papá disfrutaba los beneficios de la-la land⁸.

—Pero Jude me salvó de los otros tres —dije, sin saber por qué. Como me esperaba, no sabía nada sobre Jude. Me sentí traicionada y engañada. Pero de alguna manera, a pesar de todo lo que había en su contra, sentía la necesidad de luchar por él—. Me habrían matado si él no hubiera intervenido. —Me aseguré de hacer contacto visual con mi madre, dejar claro que Jude había sido el único capaz de salvarme ya que mis padres roncaban por las drogas durante horas.

—No cuestiono lo que dices, Lucy, pero en todos mis años de tratar con Jude Ryder, nunca he visto que se preocupara por alguien más que

⁸ **La-la land:** Es cuando las personas están pensando en cualquier cosa, es decir que están en su propio mundo.

por sí mismo —me dijo el oficial Murphy con una sonrisa simpática—. Chicos como ellos son incapaces de cuidar de alguien que no sea de sí mismos.

—No creo eso —dije, ignorando la mirada de mamá.

—Lo sé, Lucy. Sé que no lo haces —respondió Murphy, abriendo la puerta—. Jude no sería un capaz y exitoso criminal si no fuera encantador y manipulador, pero te digo qué, cuando Jude se libere, con suerte en las próximas tres semanas, pero probablemente en pocos días, déjame saber si escuchas de él ¿puedes? Si te llama para disculparse o pedir tu perdón, o diablos, incluso si llama para decir hola, me lo dices, y retracto lo que dije acerca de que no se preocupa por nadie excepto por él. Pero si no lo hace, ¿me harías el favor de olvidar que alguna vez conociste a Jude Ryder?

No sé con seguridad si negué o asentí con mi cabeza, pero el oficial Murphy tenía razón en una cosa.

No conseguí esa llamada ni en unos días, ni en unas semanas más tarde.



6

Traducido por Amy

Corregido por Mel Cipriano

Primero día de escuela. Una Estigmatizada nueva escuela. Último año.

La gente que dice que el infierno no existe está tan equivocada.

Southpointe High es todo lo que yo creía que sólo ocurría en la televisión-realidad. Las chicas eran dos veces más bonitas que la adolescente promedio, los chicos pasaban por estudiantes universitarios, los llamados geeks eran botados en los tachos de basura o empujados a los casilleros, varias maestras hacían deslumbrantes y obvios pases a los estudiantes varones, y presencié por lo menos una docena de transacciones de drogas entre los períodos.

Y aún no llegaba la hora del almuerzo.

El profesor repasó el plan de estudios semestral, que incluía la lectura y revisión de libros de séptimo grado. Cuando la campana sonó fue como si hubiese sido una alerta de bomba. Por ser la chica nueva, todo el mundo me hacía pasar al asiento más cercano a la puerta, luego me di cuenta que también estaba cerca de la campana, que era una explosión sónica.

Como los tres períodos anteriores, el cuarto implicó otro rollo de risitas y los ojos de todo el mundo mirándome como si fuera a salirme de mi piel. Iba a necesitar comprar más ibuprofeno porque lo estaría tomando cada cuatro horas a partir de ahora hasta el día de la graduación, el tres de junio. Y sí, ya tenía la cuenta regresiva.

—Así que tú eres la nueva chica con la que los chicos apuestan sobre quien se acostará contigo primero —dijo una muchacha que se encontraba cerca, tan hermosa que parecía de barniz.

—¿Perdón? —Trataba de ser amable, especialmente cuando no tenía ningún amigo aquí, pero no iba a darme la vuelta y exponer mi garganta.

La chica vino rápido, no iba a ser su tapete de entrada donde ella se pudiera limpiar el barro de sus Valentinis, pero sonrió, agitando su mano



en el aire. —No dejes que lo que la especie masculina diga o haga en torno a esas partes te ponga triste. Sé que el consenso general es que supuestamente han evolucionado de los monos, pero eso es sólo un insulto a los monos en mi opinión.

—Eeestá bien —murmuré, deslizando mi mochila al hombro.

—Soy Taylor —dijo, arreglando su cabello cuando un chico paso a su lado, dándole una mirada que debería ser reservada estrictamente para el dormitorio.

—Soy Lucy —dije, sin la seguridad de que ella podría ser el elemento necesario para mi primer amigo en la "Secundaria Infierno", o si era mejor ser alguien que mantiene a sus amigos cerca y sus enemigos más cerca.

—¿Tienes planes para el almuerzo, Lucy? —preguntó Taylor, balanceando su brazo con el mío y tirándome hacia la puerta.

No tuve oportunidad de responder.

—Tienes que sentarte conmigo y con mi grupo. No aceptaré un no por respuesta —me dijo, llevándome por el pasillo. Juro que cada cabeza se volvió cuando ella se pavoneó por el pasillo. Chicos guiñaron, silbaron, y miraron. Más que nada miraron. Las chicas fingían ignorarla, pero hubo disparos de miradas y miradas sucias desde ese lado.

—¿Gracias? —dije, insegura si debía estar agradecida.

—Las primeras impresiones son todo y la segundas impresiones son nada —dijo cuando irrumpimos en la cafetería. Ocurrió la misma reacción que en el pasillo. Lo que sea que Taylor tenía aquí, era algo muy poderoso—. Ahora tenemos un poco de control de daños para suavizar, pero creo que estaremos bien si sabemos cómo jugar.

Mi cabeza daba vueltas. —Y por control de daños, quiero decir, que los chicos ya están difundiendo rumores acerca de quién se va a acostar conmigo primero, o lo más pronto posible, o más difícilmente, o ¿qué importa? —¿Cómo hubiera estado de desilusionada creyendo que la escuela era ante todo un lugar para aprender? Tuve mis anteriores suposiciones otra vez.

—¿A los chicos? Por supuesto que no —dijo Taylor, moviendo hacia atrás una mesa de un rincón alejado—. Esa es la mejor forma de hacer un cumplido en sus libros. El problema son las chicas, más específicamente las novias de los chicos que toman apuestas con la chica nueva. Además, tu ropa no discute exactamente la imagen de puta.

Mi nariz se arrugó. La chica me hablaba en un lenguaje que no me era familiar, y le daba un golpe a mi armario. Mi falda era un poco corta.



sí, pero yo tenía una chaqueta de punto para dominarla, por el amor de Dios.

—Están en una notable ofensiva, una potente.

—¿Y eso sería? —Quise saber, preguntándome si alguna de las miradas sucias apuntaban a mí. De hecho, la chica de pelo oscuro, que no conocía el significado de menos es más cuando se trataba de la máscara, sin duda me miraba sucio mientras cubría con el brazo al muchacho a su lado.

—Ellas te etiquetaron como una puta —dijo Taylor encogiéndose de hombros—. Ya las he visto ponerlo en los espejos de dos baños con su lápiz labial pasado de moda y susurrarlo al menos cincuenta veces en el pasillo.

¿Era posible odiar más la secundaria? Sí, la respuesta es siempre sí.

—Fan-flipping-tastic? —respondí, con mis hombros altos—. ¿Y qué hice, o no hice, para merecer que los imbéciles de Southpointe High hicieran apuestas y las chicas con quienes salen me etiqueten como una puta?

Por supuesto que sabía que el mundo no era justo, no todo tenía sentido, o seguía un camino lógico y armonioso, pero al menos quería una razón por la que el mundoapestaba, si es que había alguna.

—Esa. —Taylor me detuvo, dándome vuelta, así que mirábamos la fila del almuerzo. Mi respiración se enganchó en mis pulmones, y siguió por un mal caso de vértigo—. Esa es la razón.

Su bandeja se deslizó hasta detenerse cuando sus hombros se tensaron. Un gorra gris en la cabeza se dio vuelta y me miró como si supiera exactamente donde me encontraba. Los ojos de Jude pasaron de carbón a plata fundida en el espacio de un aliento. Una sonrisa pequeña, pero honesta apareció, y sentí que mi mundo comenzaba a ser una espiral fuera de control otra vez.

—Tomo de esa estúpida sonrisa en su cara que los rumores son ciertos —dijo Taylor, tratando de moverme, pero no lo hice. Más sinceramente, no me podía mover cuando Jude me miraba de la manera en que lo hacía ahora—. Pero la regla número uno en Southpointe High es: si quieres mantener una reputación moderadamente limpia, no miras, hablas, o Dios lo prohíba, sales con chicos como Jude Ryder.

Dejando su bandeja balanceándose delante de otra con una sustancia gelatinosa verde, él se dirigió hacia mí, tallando una línea a

⁹ **Fan-flipping-tastic:** Expresión para decir que algo no es fantástico.

través de la cafetería llena. Cualquier persona que lo vio venir, y los que no lo hicieron fueron tirados por sus amigos más cerca, o codeados fuera del camino de Jude.

—¿Él va a venir aquí? —preguntó Taylor, sonando como si se hubieran volcado sus teorías y creencias sociales.

—¿Sí? —No parecía que la Tierra me estuviera destrozando.

Taylor sacudió su cabeza como si estuviera desesperanzada. —Jude nunca pero nunca, en un centenar de millones de años, persigue a una mujer. Es el perseguido, no el perseguidor.

Esta vez fue mi turno para encogerme de hombros. —Sólo viene a decir hola.

—Exactamente. Jude nunca dice hola a nadie —dijo impaciente—. Y repito, él es el perseguido.

Sentía como si todos los ojos en la cafetería estuvieran mirándonos a Jude y a mí. Esta era la escuela secundaria recién salida en la prensa por el drama desarrollado aquí. —Pensé que acabas de decir que si una chica se preocupa de su reputación, no pasa el rato con personas como Jude. ¿No es por eso que soy una puta identificada por los ojos de Southpointe High? ¿No pueden darle a una persona el beneficio de la duda?

—Sí, dije eso —afirmó Taylor, mirando a Jude de una manera que me hizo sentir territorial—. Pero ¿no te has dado cuenta de que con chicos como Jude, a las chicas simplemente no les importa su reputación?

No parecía ser una respuesta adecuada, así que salí de su agarre y me dirigí hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —Escuché a Taylor detrás de mí.

—Voy a decir hola.

—No puedes hacer eso —dijo entre dientes, corriendo hacia mí y agarrando mi brazo.

No estaba segura si esta chica tomaba drogas o se había olvidado de tomarlas, pero ella empezaba a molestarme. —Escucha Taylor —dije, girándome—. Si mi reputación puede dejarme como una puta por decirle hola a alguien, demonios, que así sea. —Tirando de mi brazo libre, vi los inicios de su mirada herida mientras caminaba.

Tanto que hacer para hacer amigos.

—Hola, Luce.

Si todavía tuviera pelo en mi nuca, este se hubiera erizado. —Hola, Jude. —Fue lo único que logré componer, me di vuelta. Todavía me sonreía como si fuese la mejor cosa que le hubiera pasado en la semana y



aparte de la cicatriz cruzando su ceja, se veía exactamente igual: ropas oscuras, sombrero oscuro, oscuros secretos.

—No esperaba verte aquí —dijo, metiendo sus manos en los bolsillos.

—¿En serio? —Me sorprendí, tratando de actuar como si no estuviera en un escenario con un montón de testigos—. Tampoco esperaba verte aquí, especialmente cuando la última vez que te vi fuiste llevado por un auto de policía.

Su expresión se retorció cuando se frotó la parte posterior de su cuello. —Sí, sobre eso. Supongo que tengo que dar algunas explicaciones.

—¿Algunas? —dije—. Yo diría que tienes una gran cordillera que explicar.

—Lo sé —dijo, su rostro sombreado—. Lo sé. —Por mi hombro, sus dedos retorcían mi pelo—. Tu pelo se ve bonito. —Tiro suavemente el extremo de mi pelo, donde ahora apenas rozaba mis hombros. Tuve la suerte que aún tenía pelo y la suerte de que conocía a una excelente estilista, pero he perdido un poco de mi largo cabello todo los días. Cada vez que vertía mucho champú en mi mano, cada vez que trataba de hacerme una cola de caballo, cada vez que lo giro con mi dedo. Es superficial, vano incluso para llorar, pero lo seguía haciendo.

—Bastante horrible —le contesté, tratando de decirme que el mareo que sentía era por que tenía el estómago vacío y no la forma en que sus dedos se deslizaban por mí pelo—. Por lo menos no soy calva.

Jude rió, una risa que llenó toda la cafetería. —Si alguien podría ser genial siendo calvo, serías tú, Luce.

—Así que, ¿cuándo saliste? —pregunté en voz baja, mirando alrededor.

—Todo está bien. Todo el mundo ya lo sabe —gritó Jude—. ¡Qué bueno para nada HIJO DE PUTA SOY! —Su voz tronó en las paredes de la cafetería, seguido por un coro de cucarachas sonando en las bandejas—. Salí hace un par de semanas —dijo con un tono de voz normal, levantando un hombro.

Traté de no actuar rechazada. —¿Y no podías llamar?

—Claro que podía llamar, Luce —dijo Jude, con voz tensa.

—Entonces, no llamaste.

—¿Necesitas una respuesta a eso o sólo estás buscando una manera de hacerme sentir más mierda de lo que ya me siento?

—¿Te sientes una mierda? —dije, dando un paso adelante—. ¿Te sientes una mierda? —repetí, sólo porque se sentía bien—. Casi fui



quemada hasta la muerte por un par de tus conocidos que nunca tuve el honor de conocer si no fuera por ti. Mi perro fue quemado hasta la muerte. Tuve casi un metro de mi cabello en llamas, fui amordazada y dosificada en gasolina gracias a tus amigos. Soy oficialmente una puta honoraria de Southpointe High, ya que de alguna manera todos saben que te conozco, lo que significa que dormí contigo de seis maneras el domingo. —Le di a la audiencia exactamente lo que quería, un maldito show, y no se habían perdido ni un caliente minuto de él.

—Ahí está, ahí esta tu respuesta —respondió Jude, su mandíbula contraída—. Ese es el por qué no llame. Ese es el por qué no fui a tu puerta al segundo en que fui liberado como yo quería. Soy un cáncer, Luce. Y no del tipo que puedes matar con la radiación. Soy del tipo que te mata al final. —La vulnerabilidad que noté antes en esos transparentes ojos, apareció allí de nuevo, ahogándose en ellos.

Me sentía demasiado enfadada, o demasiado herida, para que esos ojos me afectaran. —Bueno, gracias por nada. Ten una buena vida.

Darle la espalda delante de todos los ojos de la cafetería e irme fue posiblemente la cosa más difícil que había hecho hasta ese día.

No sabía donde ir, pero no podía estar caminando en círculos furiosos alrededor de la cafetería a menos que quisiera añadir a mi larga lista de títulos el de ser mentalmente inestable. Así que, tragué mi orgullo y mi opinión de que Taylor podría ser la mujer más manipuladora que jamás haya caminado sobre la tierra, y dirigí mi trasero de vuelta a su mesa.

—No esperaba verte de nuevo —dijo Taylor, crujiendo una zanahoria y dándome una mirada que hubiera aplastado a la mujer más pequeña.

—¿Por qué? —dije con toda la indiferencia que pude—. Te dije que sólo quería decir hola a un viejo amigo.

—Eso fue un infierno de hola —dijo en un tono irritante, antes de tomar un sorbo de bebida dietética. El grupo de chicas sentada a su alrededor, no eran tan genéticamente bendecidas, pero aún así suficientemente bonitas como para mirarme con sus narices quirúrgicamente moldeadas, riéndose en sus latas de bebida dietética.

—Fue lo que fue, Taylor —dije, tirando de una silla y sentándome. No necesitaba una invitación para hacerlo—. Fue un infierno de despedida.

—No se vio de esa manera —replicó, mirando por encima de mi hombro.

Dándome vuelta en mi asiento, encontré a Jude en el lugar exacto en donde lo dejé, mirándome con una intensidad que nunca experimenté antes, me miraba como si le importara una mierda lo que pensarán de él haciéndolo.

Volteándome de regreso, traté de mirar como si nada. —Ah, Taylor, no sé. Estoy segura que toda la gente sabe que las apariencias engañan. —Sacando una manzana de mi bolso, hundí mis dientes en ella, y le di una sonrisa desafiante.

—¿Qué significa? —dijo, inclinándose hacia adelante.

Me enojé con la persona equivocada, lo sabía, pero había sufrido bastante en la vida como para reconocer esa pequeña mierda cuando la vi, y esta chica era la reina de lo pequeño. —Te tomaré a ti, por ejemplo. Alguien como tú, bonita en una forma tradicional, quirúrgica —una combinación de inhalación se extendió alrededor de la mesa—, y todo eso puedes decir y usar en una oración palabras como “mitigar” —daba vueltas en mi interior, dejando que las chicas lo entendieran—, bueno con alguien así, no esperas que sea tan insoportable o desagradable.

—Hola, señoritas —interrumpió un recién llegado, dando un codazo a un par de chicas con la boca abierta antes de detenerse detrás de la silla a mi lado—. ¿Está ocupado este asiento?

Negué con la cabeza, poniendo la botella de agua en mi bolso. Sonrisa demasiado brillante, rayas muy rubias, bronceado demasiado falso, camisa demasiado planchada. Atractivo de una manera muy vainilla, y definitivamente no en un modo atractivo para mí.

—Debes ser la chica de la que todos hablan —dijo, sentándose.

Risas se extendieron en la mesa.

Su rostro se puso rojo, dándose cuenta de su error. —O sea, todos hablan en el sentido de que eres la chica nueva —aclaró, lo que no hizo nada más que ganar otra ronda de risas en la mesa.

—Claro que es eso lo que quieres decir —dijo Taylor en voz baja.

Él le lanzó una mirada de dame-un-respiro antes de mirarme. —Soy Sawyer —dijo, sonriendo con esa artificial sonrisa blanca—. Sawyer Diamond.

Oh, hombre. Incluso su nombre era demasiado... molesto. Si papá se enteraba de que iba a la escuela con un chico de apellido Diamond, iba a hacer un matrimonio por conveniencia. Su Lucy en el cielo... con Diamond.

—Lucy —dije, tomando un sorbo de mi agua, recordándome que hacer decisiones precipitadas con el calor de la ira era siempre una mala idea. La próxima vez que me encontrara alejándome de alguien, daría un millón de vueltas antes de sentarme en esta mesa de nuevo.

—Lucy —repitió, sacando un sándwich de su bolsa de almuerzo—. Un bonito nombre para una bonita chica.

Yo me hallaba a medio de rodar los ojos cuando sentí una figura siniestra cerniéndose sobre mí.

—Estás en mi asiento, Diamond.

No miré hacia atrás. No lo necesitaba. Reconocería esa voz si la oyera en mi otra vida también.

—No me di cuenta que este asiento hablara. —Sawyer se retorció en su lugar, cuadrando sus hombros.

—Tu error —dijo Jude, agarrando el respaldo de la silla de Sawyer—. Tienes mucho de ellos, ¿no?

Sawyer se paró, dándose vuelta hacia Jude. No era tan alto como Jude, pero cerca, y estaba lejos de ser tan completo como Jude.

—¿Con cuidado de no expandirlo, Ryder? —dijo, cruzando sus brazos.

—No realmente —respondió él, mirando a Sawyer a propósito—. Tú y yo sabemos de lo que estoy hablando.

Tenía el presentimiento que añadiría una pelea en la cafetería a la lista de cosas que sólo ocurren en los realities, y aunque me sentía muy enojada con Jude, no podía quedarme mirando como lo llevaban a golpes de nuevo.

Apareciendo, me deslicé entre los dos. —Me voy. Puedes tomar mi asiento, si quieres. —No lo miré a los ojos. No quería recordar a lo que le daba la espalda.

Sin otra palabra, me alejé, saliendo de la cafetería, a un ritmo más bajo que el trote.

No sabía qué se requería para estudiar en casa, pero me gustaría tener diez horas al día, siete días a la semana, sin baños o tiempos para comer, si eso significaba nunca volver a este pozo de mierda negro otra vez.

Esquivando a los estudiantes, no paré hasta que encontré una sala vacía. Metiéndome en el armario más cercano, me deslicé en una esquina, poniendo mi cabeza entre mis piernas. Quería llorar tanto en ese momento, quería soltar todas las lágrimas que había retenido durante años, pero algo no permitió que salieran. Algún bloqueo mental dentro de mí no permitía la liberación que necesitaba desesperadamente.

—Maldición —murmuré, golpeando mi puño en el armario.

—¿Luce?

Justo lo que no necesitaba en ese momento. Y a la vez lo único que necesitaba.

¿Por qué él tenía que ser todo lo que necesitaba y lo que no necesitaba a cada momento?

—¿Cómo me encontraste? —dije, manteniendo mi cabeza agachada.

—Fue fácil —dijo, sentándose junto a mí—. Todo lo que hice fue seguir las maldiciones.

Me reí. Demasiado. Siempre me encontraba emocionalmente inestable en estos momentos, cuando necesitaba llorar y no podía.

Era un desastre emocional al lado de un hombre que se define como un desastre y que, si lo dejo entrar en mi vida, mi mundo se convertiría en lo mismo. Se deslizó más cerca de mí, enganchando su brazo alrededor de mi cuello, y me atrajo hacia él. Tendría que haberme resistido, o por lo menos poner un poco de lucha dado que no sabía nada del pasado, presente y futuro de Jude, pero no lo hice.

—¿Entonces? —preguntó, con la voz amortiguada por lo que quedaba de mi cabello.

—Entonces —dije, mientras una manada de niños arrastraban los pies cerca de nosotros. No dijeron nada cuando estuvieron a la vista de Jude, pero se dieron codazos con tanta fuerza en el pasillo que los podía escuchar. Sentada aquí sola, me acurruqué en Jude, era probable que hiciera maravillas en mi inmaculada reputación.

—Tiempo de la explicación —dijo, como si no hubiera alternativa.

—Tiempo de la explicación. —Ahora era mejor que más tarde, aunque antes hubiera sido mejor que ahora. Oh bueno, me quedaría con lo que pudiera conseguir de Jude.

—Cuando quieras —dijo.

Entonces, me encontré a mí misma nadando en cartas blancas, preguntas y respuestas con Jude. Mi mente quedó en blanco, como si ninguna pudiera cambiar algo de lo que sentía por él. Era una cosa loca para una chica concluir eso cuando se trataba de alguien como Jude.

Si aún no lo había confirmado, me faltaba un tornillo.

—Ven. —Me dio un codazo—. Puedes preguntarme lo que quieras y te contestaré, o quizás no.

—Que comunicativo de tu parte —dije, sonriendo en su camisa.

—Sólo tenemos unos minutos antes de que suene la campana, así que mejor empieza. No soy el tipo de estudiante que se preocupa por llegar tarde, pero supongo que tú eres del tipo que lo hace.



De hecho, he tenido una buena cantidad de tardanzas. En mi puritana, de sangre azul, escuela privada, había sido algo rebelde porque no me asustaba usar una mini falda, o una capa extra de lápiz de labios, o saltarme de clases de vez en cuando. Sin embargo aquí, en Heathen High¹⁰, mis momentos rebeldes calificaban para la santidad.

Oh esperen, olvidé que ya había sido etiquetada como una puta por la población estudiantil.

Jude me codeó de nuevo, así que lo empujé, lo que no facilitaba el interrogatorio.

—Has estado en la cárcel antes. —No era una pregunta, ya lo sabía, pero supongo que necesitaba que me lo confirmara.

—Sip. —Su respuesta fue cortante.

—¿Cuántas veces?

—Once o doce. Perdí la cuenta.

Sabía que Jude era bastante conocido por la policía, pero había subestimado cuán bien.

—¿Por qué? —pregunté, trabajando para mantener mi voz.

Mi cabeza se levantó cuando Jude se encogió de hombros. —Sobre todo por meterme en peleas, y una vez por tener drogas.

Santa mierda. —¿Qué tipo de drogas?

No se detuvo para responder. —Metanfetamina.

Santa mierda. —¿La consumías? —¿Era incorrecto rezar para que se la hubiese dado a otra persona?

—Nah —dijo—. Trataba de venderlo. Yo era un tonto y codicioso hijo de puta a los trece años. No funcionó bien para mí, así que lo dejé. No he vendido drogas en cuatro años.

—¿Y sabes de esos tres chicos porque tu vives con ellos? —Aparte de esa primera mañana después de la noche del caos, no había hablado con ellos. Intenté no pensar en ellos, pero me disponía a destrozar la puerta cerrada para revelar quién era el verdadero Jude.

Por primera vez durante nuestra sesión de preguntas, se puso rígido. —Sip —dijo, moviendo su gorra de lana.

—¿Y el tío Joe trabaja ahí?

¹⁰ **Heathen High:** Secundaria que odia a los cristianos.



Jude se rió en una nota baja. —Si llamas a descansar su trasero gordo en un sofá mientras una docena de niños se vuelven mierda de mono, entonces sí, trabaja allí.

—¿Hace cuánto tiempo vives ahí? —Me senté más derecha, lo miré y él se encontraba en otro sitio. Algún lugar oscuro.

Al igual que un interruptor encendido, se estremeció. Dándole a su cabeza una sacudida rápida, se acaró la garganta. —¿La policía no te dio esa información? —dijo, trabajando su mandíbula—. Ellos usualmente se muerden las uñas para divulgar las metidas de pata que hago.

Este era un territorio de minas en el que caminaba en puntillas, no estaba segura de cuánto más lejos podría ir antes de que explotaran. —Tenía la esperanza de oírlo de ti. Pero alguien parece haber olvidado mi número de teléfono. Y mi dirección. —Sonreí hacia él, y finalmente, se ablandó.

—Cinco años —dijo.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Está bien. —Otro tono cortante, nada de amor al hogar en respuesta, lo que significaba, supuse, que había un millón de oscuros secretos debajo de esa roca.

—¿Por qué terminaste ahí? —Por más desesperada que estuviera por preguntarle cosas, si alguna vez tenía la oportunidad, cada una me hacía retorcerme en el asiento.

—Mi mamá se fue. Mi padre fue a la cárcel.

—Lo siento —susurré. Dios, me sentí como si fuera la peor clase de persona por pensar mal de él—. ¿Tu padre saldrá pronto?

—Nop. —Esperaba que la pared frente a nosotros estallara en llamas por la forma en la que él la miraba.

—¿Qué hizo para ir a la cárcel?

—El tipo de delito por el cual las cárceles se inventaron.

Un escalofrío me recorrió la espalda. —¿Y tu madre? ¿Por qué se fue?

—Porque odiaba ser una esposa y odiaba aún más ser una madre —dijo, y las comisuras de sus ojos se arrugaron—. Porque era egoísta y quería ser libre y no tenía sentido de la lealtad.

Levanté mi mano y la deslicé entre las suyas. —¿Crees que alguna vez volverá?



Jude resopló. —Nop, Mamá se fue lejos —dijo—. Aunque tengo este hermoso regalo de despedida que llevo en el bolsillo —dijo, deslizándolo un pedazo de papel viejo arrugado del bolsillo de atrás—. Bueno, esto y el gorro viejo tejido a punto, o una mierda así, que llevo en la cabeza.

No sabía si quería leerlo, de hecho, estaba segura de que no quería, pero no podía decir que no cuando Jude me lo entregó. No podía decir que no cuando una persona me daba la única cosa que tenía de alguien que había amado. Tomé una bocanada de aire y lo desdoblé. —Esta es la letra de Hey, Jude —dije, desconcertada.

—Tienes razón —dijo, su voz tensa.

—¿Esto es lo que tu madre te dio antes de irte?

—Bueno, no me lo dio, lo dejó en mi mesa de noche antes de fugarse rápidamente en la mitad de la noche, pero sí, fue suficientemente considerada para escribir la letra de una canción despreciable. Ni siquiera un Te amo o Atentamente, Mamá. Bonito, ¿no?

Doblándolo de nuevo, se lo entregué. —¿Por qué lo llevas contigo?

La tensión de su mandíbula aumentó. —Esto me recuerda lo que puede pasar cuando amas a alguien. —Puso el papel de nuevo en su bolsillo y golpeó la parte posterior de su cabeza en el casillero detrás de nosotros.

Hasta la fecha, era probablemente la cosa más triste que había escuchado.

—¿Y el gorro? —Comprendí por qué el hilo era tan delgado y desgastado, lo usaba todo los días desde hace cinco años.

—La misma razón —respondió, deslizándolo hasta sus cejas.

—Bueno, eso es algo deprimente —dije, tratando de pensar en alguna manera de desviar la conversación en otra dirección—. ¿Tienes hermanos o hermanas? —Señor, tenía la esperanza de que no hubiera ninguna respuesta desgarradora.

Jude negó con la cabeza. —Sólo yo. Gracias a Dios, que mi madre y mi padre se detuvieron en uno —dijo, mirándome—. ¿Qué hay de ti?

Me congelé. Ese no era el callejón oscuro en que quería que la conversación fuera. —Tenía un hermano mayor.

—¿Tenía?

Cerré mis ojos, tratando de decir eso lo más neutral que pudiera. —Murió hace cinco años.

Jude se detuvo. —¿Qué pasó?

Mordí mi labio, mirándolo. —No estoy lista para zambullirme en eso aún —dije, tratando de no sonar tan triste como me sentía—. Especialmente con el conjunto de “tú mamá te dejó y tú papá está en prisión”. Mi tolerancia a la depresión oficialmente ha sido alcanzada. —Traté de sonreír, pero no lo logré.

—Lo siento, Luce. La vida es una mierda algunas veces —dijo, dándome un apretón—. Estoy seguro de que era un gran tipo.

—El mejor —le dije, estudiándolo—. ¿Sabes? A veces me recuerdas a él.

Sonrió con una de sus sonrisas honestas. —Entonces, tiene que haber sido un tipo fenomenal.

Intenté sonreír otra vez, y ésta sí funcionó. —Lo era.

—Ahora que tenemos nuestros pasados de mierda fuera del camino, ¿tienes algo más de lo que mueres por preguntarme? —Había un toque de esperanza en su voz, espero que para hacer la inquisición más probable.

No hubo suerte.

—Dime la verdadera razón por la que no llamaste —dije, jugando con el dobladillo de mi falda—. ¿Tienes novia? —No sabía quien era o podría ser, pero ya la odiaba.

El alivio de Jude en la pregunta fue visible en todos los planos de su cara. Sonriendo hacia mí, dijo—: Infiernos, no.

—No quieres una —dije, recordando nuestra primera conversación.

—Ese solía ser mi MO¹¹ —comenzó, mirando por mucho tiempo a mis labios, tanto que sentí como empezaba a temblar—, pero ahora no estoy muy seguro.

—Bien, entonces no me llamaste, no porque tienes novia —dije, marcando la explicación probable número uno, moviéndome hacia la número dos—. ¿Así que decidiste que no querías nada de mí? —Tragué, preparándome para cualquier respuesta que saliera de su boca.

—Luce, para ser la especie inteligente, las mujeres pueden ser muy tontas algunas veces. —Rió, levantando su dedo índice a mi barbilla y girándola hacia él—. No te llamé por lo que dije, no saldrá nada bueno de estar conmigo. No significa que pase, pero las cosas tienden a ir como la mierda a mí alrededor.

—Porque eres un cáncer —dije, repitiendo sus palabras, pero no las creía.

¹¹ MO: Modo de operación.

—Exactamente.

Dejé salir un suspiro de frustración pura. —¿Quién te dijo eso?

Otra mirada lejana. —Alguien que solía ser importante.

Parecía que todas esas respuestas deberían estar marcando las preguntas en mi mente, al contrario, sólo sirvieron para añadir más. —Esta es la cosa, Jude, todo el mundo ya piensa que soy una puta por ti, ¿cuán peor puede volverse si seguimos pasando al rato?

—Mucho peor —murmuró antes de que su cabeza se volviera hacia mí. Esa mirada de enojo desenfrenado regresó en sus ojos—. Espera, ¿me dijiste que te están llamando una puta?

—Um. —Me paralicé, familiarizada con el carácter explosivo de Jude—. Aparentemente.

Jude golpeó el casillero más cercano tan fuerte que el metal se hundió bajo su puño. —Bastardos —dijo entre dientes, saltando—. Te veré pronto, Luce —dijo mirándome—. Necesito hacer algo.

—Jude —advertí—. No vale la pena. —Porque en realidad no lo hacía. Nunca dejaría que lo que los demás pensaran de mí dictara lo que soy, y no iba a empezar ahora.

—Un infierno que no —respondió, ya dando grandes zancadas por el pasillo.

Un par de chicos lo saludaron al pasar. Su respuesta fue otro puño en el casillero.

En el quinto período me hallaba casi al lado del éxtasis, cuando el entrenador Ramstein nos dijo que no había necesidad de cambiarnos ya que había una especie de asamblea de primer día, a la cual teníamos que asistir.

Mi elevado estado de ánimo cayó en picada cuando subí a los pisos del gimnasio brillante. Sabía que no todo el mundo me miraba, pero se sentía así. Fila tras fila llena, me encontré con ojos conocedores y sonrisas. Algunos fueron lo suficientemente descarados para susurrar la palabra con “p” lo suficientemente fuerte como para que pudiera oírla.

Maldita sea, ahora si me enojé. No quería enemistarme con todos aquí en Southpointe, pero lo iba a descartar si no comenzaban a cerrar sus trampas. No me parecía justo un título que había sido puesto sobre mí sin siquiera haber participado en la diversión de ganar ese nombre.



Caminé hasta el final del gimnasio y me senté en la última fila de la sección de las gradas. Tuve un banco entero para mí.

Enderecé mi espalda, miré hacia arriba, haciendo un punto para ver cada mirada que apuntaba hacia mí.

—¡Atención, por favor! —Habló una cansada voz a través de un micrófono. A juzgar por el traje de una década atrás y las sombras en sus ojos, debía ser el director. El rugido en el gimnasio no bajó—. ¡Atención, por favor! —repitió con una voz aún más cansada. El pobre hombre iba a tener un año difícil si ya se sentía exhausto el primer día.

Me pareció ser la única estudiante prestando atención, así que por eso, cuando alguien apareció detrás del director y le arrebató el micrófono de su mano, me dio tiempo para murmurar una maldición en voz baja antes de que alguien se diera cuenta de lo que ocurría.

—¡Cállense, ustedes hijos de perra! —La voz de Jude vibró en la sala y todos se callaron.

El director intentó recuperar el micrófono, pero Jude lo levantó encima de su cabeza, que se alzaba unos buenos tres metros sobre el pobre y sonrojado director. Jude negó con la cabeza una vez y alzó una ceja. Cualquiera de las silenciosas palabras que el director escuchó fue suficiente para que retrocediera.

Bajando el micrófono, Jude me miró, otra vez sabiendo exactamente donde me encontraba en esta multitud de un par de miles de persona. Su mirada se detuvo en mí por otro segundo antes de volver su atención a otra parte.

—Me pongo en contacto con ustedes montón de bastardos porque me importa una mierda lo que piensen de mí —comenzó, caminando alrededor del podio—, pero no voy a soportar que traten de arruinar la reputación de una chica inocente.

Quería mirar alrededor de la habitación, para ver las caras con los ojos abiertos, y mandíbulas abiertas, pero no podía quitar los ojos de Jude. Él defendía mi honor y, si lo hacía de la forma correcta o incorrecta, era la cosa más malditamente sexy, y más romántica que me había pasado.

—Lucy Larson es una amiga, y creo que todos saben que si fuera una chica cualquiera con la que tuve sexo, no estaría aquí ahora. —Hizo una pausa, esperando o amenazando a cualquiera que quisiera ponerse de pie y decir lo contrario.

Seré honesta, midiendo la expresión de la cara de Jude, temía que pudiera ser levantado como un objeto por toda la asamblea y sacado en una bolsa de cadáveres.

—Si escucho un pequeño pensamiento sobre ella siendo una puta — Jude apretó su puño cuando pareció que hacía contacto visual con cada estudiante de Southpointe High—, espero que no les gusten sus piernas porque les voy a quebrar ambas.

Ahora, para coincidir con los demás, mi boca cayó abierta.

—Si alguien necesita cualquier aclaración al respecto, puede encontrarse conmigo en el estacionamiento. —Dejó la no tan sutil advertencia flotar en el aire durante un minuto antes de pasar el micrófono al director.

El director hizo un gesto a otro administrador antes de mirar expectante a Jude. Riéndose, Jude siguió al director por las escaleras del auditorio.

—No sería el primer día de escuela si no te veo en mi oficina antes del quinto periodo, señor Ryder. —El director suspiró.

—Sí, pero se trataba de una buena causa, director Rudolph — contestó Jude, guiñándome un ojo antes de salir del aún silencioso gimnasio.



7

Traducido por ♥...Luisa...♥

Corregido por Juli_Arg

El coche de mamá se encontraba aquí. Eso fue lo primero que noté mientras salía de la cabina después de la escuela. Nunca llegaba a casa tan temprano, era como un pecado mortal para ella salir de la oficina antes de las cinco.

Así que, por supuesto, había elegido el peor día que yo había tenido en años para romper esta regla. Habría puesto el Mazda en reversa, si no hubiese estado observándome desde la ventana de la cocina. Me esperaba.

Justo cuando crees que no hay a dónde ir sino hacia arriba.

Desabrochándome el cinturón, agarré mi mochila y salí al encuentro de lo inevitable. Abrí la puerta de tela metálica, inhalé y entré.

Mamá se encontraba sentada a la mesa, dos vasos de té humeante delante de ella. La sonrisa más grande que mamá podía formar se posicionó. —¿Cómo estuvo tu primer día?

Épicamente horrible. El peor primer día de clases en la historia del mundo. Humillante. —Bastante bien —le respondí, tomando la taza de té que me extendía.

—¿Sucedió algo especial? —preguntó, sonando interesada.

Fui nominada la puta de la escuela al final del primer período. —En realidad no —le dije con un encogimiento de hombros.

—¿Tienes amigos? —Tomó un sorbo de té, sin dejar de mirarme con esa sombra de una sonrisa.

He hecho un montón de enemigos. —Unos pocos. —Mentir no debería ser tan fácil.

—¿Has visto alguna cara familiar?

Mis padres eran más o menos anti-fans de Jude. Si lo supieran, considerarían seriamente sacarme de Southpointe y mandarme a otro distrito escolar o vender sus órganos en el mercado negro para enviarme de vuelta a la escuela privada, sólo para asegurarse de que no tuviera que

pasar junto a él en el pasillo. Mientras que cualquier otra parte de Southpointe apestaba, una parte muy grande no lo hacía. Claro, no tenía, ni probablemente tengo amigos allí, el plan de estudios era el que empecé en la escuela primaria, y era muy viejo, cada sala, habitación, pared olía como una bolsa de deporte antigua.

Pero Jude se encontraba allí. Y de alguna manera, nada más que eso importaba.

—Nope. —Mi voz se rompió, alertando inmediatamente a mi mamá. Bien, así que mentir no era tan fácil—. Quiero decir, es una gran escuela. Estoy segura de que reconoceré algunas personas con el tiempo.

—Hmm —murmuró en su té. Tramaba algo. No sabía qué, pero cuando cualquier padre "tramaba algo", nunca era algo bueno—. Podría haber jurado que vi un autobús de Southpointe detenido en Last Chance Boys' Home en mi camino al trabajo.

No iba a dejar que arruine mi único pedacito de sol en ese infierno. —¿Es esta la parte en dónde esperas que te asegure que realmente no me importa, de hecho, es probablemente lo mejor, que me saques de una escuela privada en mi último año porque no tienes dinero, y esté tirada en alguna mega escuela que tiene detectores de metales en todas las entradas? —le dije, golpeando mi té sobre la mesa—. Porque a lo mejor podemos omitir estas tonterías y, por una vez, ser honestas con la otra.

Dejó su taza de té, tratando de alcanzar su sien. Esta fue la primera vez que mamá bajó sus muros en años, no sabía cómo manejar la situación.

—¿No has escuchado alguna respuesta de Juilliard todavía? —preguntó en tono cansado.

Suspiré, deseando nunca haber aplicado en primer lugar. Mi confianza en mí misma realmente no necesitaba otro rechazo más. —No —dije, tratando de hacer que sonara como que no me importaba, pero maldita sea, lo hacía.

Quería asistir a Juilliard antes de que pudiera deletrearlo. Era una bailarina, había definido mi vida desde que podía deslizarme en mi propio tutú. No me podía imaginar una vida mejor que bailar por un escenario, delante de un público, hasta la vejez o hasta que mis piernas cansadas me detuvieran, y Juilliard me daría esa oportunidad.

—Todavía es temprano, Lucy —aseguró, viendo a través de mi acto indiferente.

Levanté un hombro. —Ya veremos. —Había aplicado a otras universidades públicas como mi red de seguridad, pero no eran más que eso. Sólo establecidas para atraparme por si fallaba en mi objetivo.

Después de haber tenido suficiente corazón a corazón por un día, me volví hacia las escaleras.

—¿Lucy? —Me detuve en el primer escalón, mirando hacia atrás. Mamá miraba en donde mi cabello rizado se curvaba sobre mis hombros—. ¿Cómo estás?

Después de cinco años, tenía que trabajar más duro que una sobre-elaborada taza de té y un par de preguntas marginalmente interesadas para obtener la respuesta honesta a esa pregunta. —Bien —le dije, mirándola a los ojos.

—¿En serio?

Por supuesto que en realidad no. Había perdido a toda mi familia en el lapso de un día y nunca los había conseguido de regreso. Y eso era sólo el primer eslabón de la cadena. —En serio. —Me moví por las escaleras más rápido, pero no lo suficientemente rápido.

—Ya sabes, Lucy, si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar —arrastró la voz de mamá por las escaleras—, sé que probablemente sería el último lugar en la lista, pero estoy aquí si me necesitas.

No podría haber estado más sorprendida si hubiera bajado la mirada, para encontrar que mis piernas se habían transformado en una cola de sirena.

—Uh —farfullé, buscando las palabras adecuadas—. Gracias, mamá. —Eso funcionaría.

Antes de que cualquier otra transacción de otro mundo pudiera tener lugar, corrí el resto de las escaleras y me deslicé debajo de mis cobijas hasta soñar con un chico con ojos hermosos y un pasado feo.

Caminando a través de los detectores de metales en el segundo día parecía menos extravagante, y las miradas que los estudiantes dejaban caer sobre mí, se volvían sonrisas y unos pocos, incluso saludaron. Al final del primer periodo, me preguntaba si este era el mismo cuerpo estudiantil. Todo el mundo me saludó en los pasillos, cinco personas se ofrecieron a prestarme una pluma en Trigo cuando pregunté, y una de los apóstoles de Taylor me felicitó por mi elección de atuendo. Era un giro de 180° con respecto a ayer, que o bien la totalidad de los estudiantes habían sido lobotomizados o Jude era un jugador de gran alcance en Southpointe. Un jugador muy potente.

Tenía mi respuesta al final del tercer periodo, cuando alcancé a ver a Jude caminar por el pasillo con sus maneras en frente de mí. La sala se encontraba repleta, hombro con hombro, pero donde quiera que

andaba, la multitud se apartaba, como el agua rompiendo contra una isla.

Me hipnoticé tanto mirándolo partir los mares, que no me di cuenta cuando cierta persona que había tratado de evitar toda la mañana me dio un codazo.

—Hola, hermosa —dijo Sawyer, lanzándome un guiño.

Oh, hombre. ¿Los chicos seguían consiguiendo sexo con esa línea vieja y cansada? Si es así, abofetearía abiertamente a cada última chica que se había enamorado de éste, hasta que las hiciera entrar en razón.

—¿Sawyer? —dije, mirando por encima. La sonrisa de luz de carretera alcanzó su punto máximo—. Retira esa línea, ¿quieres? Es una mierda.

Su rostro se ensombreció por la menor de las ventanas antes de que regresara y en toda la gloria Sawyer. —Eso fue una asamblea ayer. Obligado a pasar a la historia de Southpointe seguro —dijo, a la par conmigo mientras aceleraba. Conocía a tipos como Sawyer, habían sido un centavo de una docena en mi vieja escuela y lo que no funcionaba para mí era que eran más chicos que hombres, más charla que acción. Yo era un tipo de chica que prefería hombres de acción.

—Síp, el solo de trombón realmente pateo culos —le dije, haciéndome la tonta, porque no me importaba y era más divertido.

Sawyer hizo una pausa. Pude ver que se rascaba la cabeza internamente. —Así que tú y Ryder, ¿eh?

Sawyer tenía más huevos de los que le di el correspondiente crédito. Fue el primero en sugerir que Jude y yo éramos un elemento en mi presencia. Valiente dado las amenazas de muerte de ayer. —Somos amigos —le dije, tratando de poner un poco de aire entre nosotros, por lo que su hombro no acariciaba el mío con cada paso.

—¿Amigos? —dijo—. Parecía más que eso. Parecía algo.

Me mordí el labio antes de decir lo primero que me vino a la mente. El hecho de que tenía tendencia a la ira no significaba que tenía que dejar que mi temperamento gobernara mi vida, aunque ahora era uno de esos momentos en que deseaba liberarlo de la correa.

—No es nada —le dije, agachándome entre unos pocos estudiantes para llegar a mi casillero.

Sawyer se deslizó a mi lado. —Bien —dijo, inclinándose hacia el casillero de al lado—. Eso hará las cosas más fáciles cuando te lleve al baile de bienvenida.



No sé cuántas revoluciones giré el combo en mi armario, pero eran más de diez y menos de cien. La única cosa peor que no tener una cita para la bienvenida sería tener a Sawyer como una cita. Era el tipo de persona que alquilaba una habitación de hotel antes de escoger un ramillete y equipar una cena de langosta con un sexton toda la noche.

—Digamos que ¿te recojo a las ocho?

No sabía qué día era la bienvenida, pero sabía que no quería ir con él. Sabía lo que quería decirle en un lenguaje no tan propio de una señorita, pero no sabía cómo poner mi negación muy bien. La sutileza nunca había sido mi punto fuerte.

Renunciando a mi combo, inhalé. —Sawyer —comencé, volviéndome hacia él. Su rostro se veía tan condenadamente seguro que estuve tentada a usar mi versión de “desmontarlo” con él.

—Luce ya tiene cita para la bienvenida.

Jude nos pasó y se cuadró delante de Sawyer. —Ve a buscarte otra chica, Diamond. Esta está fuera del mercado y es lo suficientemente inteligente como para ver a través de tu mierda, incluso si no lo estuviera.

La sonrisa de cien vatios de Sawyer desapareció. Empujándose de la taquilla, se puso cara a cara con Jude. —Pensé que eran sólo amigos.

—Bueno, te has equivocado.

—Ya me lo había figurado —dijo Sawyer, sin volverse y correr como lo hacia la mayoría de la gente cuando se encontraban en contra de Jude—. Tú no eres el tipo de persona que mantiene chicas como amigas. Perdón por confundir a Lucy como disponible. No sabía que ustedes tenían una cosa de amigos con beneficios sucediendo.

Sin previo aviso, Jude empujó a Sawyer con tanta fuerza que cayó de nuevo en el rebaño de los estudiantes que se dirigían a clase.

—Jude. —Tiré abajo mi bolso y lo agarré del brazo, tratando de tirarlo hacia atrás, habría funcionado si pudiera empujar del campo a un semi camión.

—Luce —susurró, mirando hacia atrás a donde mis dedos le rodeaban el brazo—. Déjame ir. Estoy bien.

Sólo porque habría sido inútil si hubiera querido convertir la cara de Sawyer en un saco de boxeo, hice lo que me pidió.

Caminando hacia Sawyer, quien luchaba por recomponerse, Jude se puso sobre él, sus venas abultadas en la frente. —Escúchame, pequeño idiota pomposo, y escúchame muy bien. Nunca —le espetó—: ¡NUNCA! Vas a irrespetar tanto a Luce de esa manera otra vez, porque ese será el

segundo de tu último aliento, ya que, Dios me ayude, estaré tan encendido en tus talones, que no sabrás que iré tras de ti hasta que el diablo este comprobando tu nombre en esa hoja de votación nominal. — Todo el mundo se había detenido para mirarnos, pero en lo único que me centré era en Jude. Su ira era tan intensa, que cada parte de él temblaba, pero se las arregló para contenerla. Para evitar hacer lo que mejor sabía hacer. Herir cosas.

—Ahora déjame aclarar esto para ti, ya que eres el más tonto pedazo de mierda con el que me he encontrado. Luce y yo somos amigos. Y la voy a llevar al baile. Y no vas a insinuar, verbalizar, o incluso pensar en nada sobre ella que sea menos que honorable. ¿Me entiendes? —La cara de Jude se puso roja, una pulgada por encima de Sawyer, y las venas se veían desorbitadas hasta el punto de reventar. Sawyer había sido un idiota, sí, pero uno habría pensado que acababa de cometer un asesinato en primer grado por la reacción de Jude. Tuve que admitir que, por mucho que confiara en Jude, me asusté.

Empujándose hacia arriba fuera del suelo, Sawyer se reunió con la mirada de Jude. —Lo tengo.

—Ahí hay una pequeña perra —dijo Jude, acariciando la mejilla de Sawyer—. Ahora lárgate de aquí. ¿No va siendo hora de golpear culos en el vestuario para ti y tus novios?

Se fulminaron con la mirada el uno al otro por un segundo antes de que Sawyer se volviera hacia mí, donde todavía me encontraba pegada a mi casillero. —Me pongo al día contigo más tarde, Lucy.

—No, si te pillo en primer lugar —murmuró Jude, mirando a Sawyer hasta que desapareció por una esquina.

Los observantes se dispersaron, aunque algunos permanecieron alrededor, esperando alguna acción después del partido.

—Lárguense —ordenó Jude, agitando las manos a los rezagados. No había visto a los deportistas olímpicos moverse tan rápido.

—¿Así que me llevas al baile? —le dije, logrando obtener el récord mundial por el tiempo más lento en abrir mi casillero.

—Así es —dijo, girando sobre sus talones. Sus ojos brillaban y su rostro era cada plano de confianza. Era condenadamente sexy, pero no podía saber que lo pensaba.

—¿No crees que necesitas preguntarme primero? —Me centré en intercambiar los libros del tercer período para el cuarto, aunque las esquinas de mis ojos ardían de verlo.



Se acercó a mí, estando tan cerca que sentí su calor palpitante. —Luce, ¿vas al baile conmigo? —Su voz era suave y baja. Y eso me hizo sentir cosas que no necesitaba si iba a llegar al cuarto período sin estar confundida.

—Pensé que querías mantener esta fachada de amistad entera. —No jugaba a hacerme la difícil, me aseguraba de que realmente sabía lo que quería. Este era un hombre que mantenía una nota de su madre en el bolsillo trasero para recordarle lo que pasaba cuando te permitías amar a alguien.

—Me importa un bledo las fachadas. Me importa como un demonio que la gente te muestre un poco de respeto —dijo, el calor ardiente en sus palabras—. Vamos, ven conmigo.

—Pensé que no hacías toda la cosa de flores, citas, y novia. —Cerrando mi mochila, cerré de un golpe mi casillero y me volví para mirarlo.

—No lo hacía —dijo, y me dio esa sonrisa que sólo podía significar que vio a través de mí—. Pero creo que cambiaste mi opinión sobre todo eso.

Mi corazón se detuvo y hacía una acrobacia en el siguiente latido. —¿Es eso un cumplido?

Su mirada cambió al techo. —Puedes tomarlo como quieras si vas conmigo.

—Jude. —Rodé los ojos.

Sabía que me desgastaba y en este momento, era otra sonrisa disparatada lejos de alejarme. Tomó este conocimiento para su ventaja.

Apretándose contra mí, su mano encontró mi cadera. Apoyándome contra la pared de casilleros, su otra mano vagó por mi brazo hasta que se moldeó alrededor de mi cuello. Pasé de ser una chica, ligeramente inocente a la que le gustaba bailar, a una mujer con una canción en mi mente. Me dolía todo el cuerpo y, cuando sus labios apenas rozaron los míos, se sentía como si el dolor estuviera a punto de explotar.

—Ven conmigo —susurró, chupando mi labio inferior.

Podría haberme preguntado por mi bazo y habría estado de acuerdo con la misma rapidez. —Está bien. —Asentí, sonando tan inestable como me sentía.

Echándose hacia atrás, su rostro era victorioso. —¿Así que eso es un sí?

—Jude —le dije medio tratando de recuperar el aliento—, eso fue un infierno sí.

Acariciando un rápido beso en mi mejilla, se dirigió hacia el vestíbulo. —Va a ser un infierno de noche, Luce. Me alegro de que podré pasarla contigo.

La Bienvenida con Jude Ryder.

Había mucho de malo en eso, tenía que estar en lo cierto.



8

Traducido por ♥...Luisa...♥

Corregido por Juli_Arg

El resto de la semana fue sorprendentemente suave y emergió un patrón diario. Llegaba a la escuela, Jude esperaba por mí. Caminaba a través de los detectores de metales, Jude me acompañaba a clase. Traté de hacer del curso elemental algo estimulante durante la clase, y Jude hizo los cinco minutos a pie entre la clase más estimulante. Comí el almuerzo con Taylor y sus amigos después de que me lavara con mil y una disculpas y excusas, pero mi atención se centró en Jude, que a veces hablaba más con su silencio que a través de sus palabras.

No trató de besarme de nuevo, pero podía sentir cuando lo quería, y yo casi siempre lo hacía, pero él parecía insistente en mantener cierta distancia entre nosotros. No sabía si esto era sólo un espectáculo para Southpointe o si había decidido que tenía más material de amiga que de novia. Tomaría a Jude de cualquier manera en que pudiera tenerlo, pero prefería la opción donde podía darle un beso cada vez que quería.

—¿Puedes creer este tiempo? —me saludó Jude, después de empujar al estudiante que se encontraba a mi lado en las gradas. Mirándome, sus ojos se ampliaron antes que de repente mirara hacia otro lado.

—No. —Me castañeteaban los dientes—. ¿Podría alguien por favor decir que el clima aún es de verano? —La lluvia había empezado primero, y luego el viento, y luego los cincuenta grados de temperatura¹². En esta zona del país, cincuenta era bajo cero¹³.

La multitud rugió de ira bruscamente, lanzando palomitas de maíz y los envases vacíos de bebidas al campo de fútbol. Era el juego de bienvenida de Southpointe y decir que perdíamos sería un insulto a los perdedores en todas partes. Ni siquiera estábamos en el marcador y en la parte del equipo contrario se leía cuarenta y dos puntos. Y era sólo el comienzo en el segundo tiempo.

¹² 50 °F equivalen a 10 °C.

¹³ -50 °F equivalen a aproximadamente -45 °C.



—¿Esta llovizna? —dijo Jude, pasando un brazo alrededor de mí y tirándome contra él. Por alguna razón, el calor estremeció cada parte de mí—. Esto es buen tiempo.

Levanté la mirada lo suficiente para dispararle una mirada rápida. —Lo dice el hombre que no es dueño de una prenda a menos que sea gris.

—¿Estás diciéndome algo, Luce? —preguntó, frotando mi brazo fuertemente.

—¿Quién yo? —Agité mis pestañas con inocencia—. ¿Pero por qué gris? ¿Por qué no negro? ¿No es más tu escena, más “podría patear tu culo la próxima semana”?

Se mordió el labio, tratando de no reírse muy probablemente. —El negro absorbe todos los colores, los acepta, los lleva en él y los define. El gris no tiene nada más que a sí mismo. No absorbe nada más que a sí mismo.

Esto era claramente algo que había pensado. No llevaba gris porque era su color favorito, lo llevaba por una profunda razón filosófica. Como había descubierto esta semana, Jude era todo el tipo de misterio que atraía a una mujer y todo tipo que ella nunca podría revelar. Era cada enigma por el que yo quería respuesta.

Entonces, una ráfaga de viento tan desagradable disparó agujas en mi mejilla cortando mis breves pensamientos. Enterré mi cabeza en el pecho de Jude, maldiciendo el tiempo en voz baja.

—¿No revisaste el informe meteorológico? —gritó Jude por encima del viento.

Me eché a reír. —¿Se ve como si lo hubiera hecho? —Tenía tejanos cortados, sandalias y una camiseta de tiras. Una camiseta de tiras blanca...

—Menos mal que yo lo hice —dijo Jude a mi lado, mientras una manta vieja era lanzada como paracaídas a mí alrededor.

Suspiré de alivio y vergüenza al mismo tiempo. Había estado tan malditamente fría que no había tenido suficientes células cerebrales trabajando para recordar que me encontraba vestida de blanco en un aguacero torrencial. Ahora todas las sonrisas anchas a mí alrededor de mis compañeros de clase tenían sentido.

—Gracias —suspiré, acurrucándome bajo su brazo otra vez mientras me convertía en una momia cubierta.

—Podría decir lo mismo —respondió, dándome una sonrisa de oreja a oreja.

Le di un codazo, deshaciéndome de su abrazo. Sin embargo, el deshacerme no funciona, sólo me abrazó con más fuerza.

—Estoy bromeando, Luce —dijo, a través de su risa—. Pero vamos, que estás rodeada por un montón de imbéciles que tienen una cosa en su mente en todo momento. Tener una imagen de ti así —dijo, mirando bajo mi cuello—, no es bueno para el corazón o las hormonas.

No sé si alguna vez había alcanzado el nivel de sonrojo que tenía mi cara en este momento. —Y por imbéciles, ¿te estás incluyendo o excluyendo en esa categoría?

—Después de verte así —dijo, y las gotas de agua corrían por su rostro desde su saturado sombrero de lana—, definitivamente me incluyo en la categoría de imbécil.

Traté de darle un codazo a través de la manta, pero él me había ligado tan fuerte que no podía moverme. Me encontraba impotente a su lado.

—¿No se supone que la realeza debe estar delante?

Fruncí el ceño hacia abajo, donde ocho chicos y siete chicas se encontraban sentados en sillas decoradas con papel crepé, usando coronas y sosteniendo varitas o bastones o algo atroz. Cuando Taylor llegó rebotando hacia mí después de un segundo en que anunciaran que yo había sido elegida como una de las dos reinas de la Bienvenida para la clase de último año, no estaba segura de si el shock o la mortificación era mi primera respuesta. En primer lugar, porque era casi seguro que Jude había amenazado con la pérdida de una extremidad a todos los que no votaron por mí, y segundo, porque yo iba contra todas las formas de votación por los chicos populares más populares. La realeza de la Bienvenida, el Rey y la Reina del baile, el cuerpo asociado de estudiantes, mejor aspecto, más probabilidades de éxito... señala el dedo en la boca ahora. Estos tipos de títulos nunca eran de nadie más que de los populares de nivel superior cuyos padres y abuelos y antepasados habían usado los mismos títulos antes de ellos.

Eso fue, hasta hoy. Yo no era popular y, dado mi opinión sobre todo este asunto, teniendo esa ridícula corona sobre mi cabeza y la varita metida en el bolsillo de atrás me sentía mal.

—Sabía que tenías algo que ver con esto, Jude Ryder. —Volví mi mirada más poderoso hacia él—. Y no esperes que esto sea algo que te perdone u olvide.

Él luchaba contra una batalla perdida para contener su sonrisa. —No sé de qué estás hablando. No puedo hacer nada si la secundaria Southpointe te elige su nueva chica “eso”.



Tuve la tentación de arrancarme la corona y romperla en dos delante de él, cuando Taylor me devolvió el saludo, su propia orgullosa corona brillante en la parte superior de su húmedo peinado caniche.

—Oye, Pinocho —le dije, examinando su rostro—. Tu nariz apenas creció como cinco pulgadas.

—Lo que sea, princesa.

Volviéndole una impresionante mirada furiosa, la multitud colmo otra cadena de maldiciones y basura hacia abajo en el campo. Entonces, alguien con mala puntería —o muerto en la precisión— detrás de nosotros arrojó una botella medio vacía de refresco de naranja, y se estrelló justo en mi sien.

Me sorprendió más que nada, pero la cara de Jude hizo la cosa del Sr. Hyde. Las venas ya se veían desorbitadas cuando se dio la vuelta en la grada, mirando hacia arriba y abajo de las gradas antes de que sus ojos se pegaran a alguien.

—¡Oye, imbécil! —gritó, empujando a través de la fila de atrás—. ¿Adónde crees que vas?

Sacudiendo la cabeza, volví mi atención de nuevo hacia el juego, tratando de ahogar las maldiciones y amenazas de Jude, mientras él pasaba con sus hombros a través de la multitud. En ese momento, el mariscal de campo era empujado, empujado duramente, y la pelota salió volando en las manos del equipo contrario.

Otro touchdown y nuestro mariscal de campo no se levantaba. La multitud se quedó en silencio, mientras un par de chicos con pantalones holgados de color caqui corrían al terreno de juego. Se pusieron en cuclillas junto a él, moviendo y rotando algunas cosas hasta que lo incorporaron. El jugador lesionado sacó su casco antes de arrojar un brazo por encima de cada uno de sus hombros.

Era Sawyer. Más como, por supuesto que era Sawyer.

Era el mariscal de campo estereotipado. Casi quise animar al otro equipo cuando comenzó a cojear por el campo, utilizando a los chicos a sus lados como muletas. Me dije a mí misma que sería amable, él no podía evitar ser un idiota. Ese grado nacía con el hombre.

—Oh Dios mío, Lucy —gritó Taylor, apareciendo de la nada a mi lado. Su traje de porrista rojo y dorado, relucientes pompones, coronada con una tiara y la varita, era la encarnación de todo lo malo con los concursos de popularidad de la secundaria.



—Por favor, Taylor, por el amor de todos los acrónimos del mundo —sonreí angelicalmente hacia ella—, no se te ocurra decir oh Dios mío otra vez.

Pasando arrolladoramente sobre mi petición, repitió—: Dios mío, Sawyer está fuera. Al igual que, posiblemente, fuera de la temporada por lo que el entrenador Arcadia acaba de decirle a Jason, quien le dijo a Jackson, quien me lo dijo.

—Espera —dije, agarrando sus brazos—. ¿El entrenador Arcadia? ¿Al igual que en Bill Arcadia? —Desde la parte de atrás, no podía decir que ese era el entrenador A, allí abajo en el banquillo, pero no pensé que fuese probable que hubiese otro Arcadia que fuera entrenador de fútbol en la zona.

—Sí, creo que ese es su nombre de pila —dijo Taylor, mirándome como si esperara a que le siguiera una noticia escandalosa—. Se trasladó hace unos años de una escuela privada pija. Al parecer, hay una razón jugosa acerca del por qué, pero no he tenido el intelecto para eso todavía. ¿Lo conoces?

Suspiré de nuevo. Esa parecía ser la respuesta adecuada para cuando Taylor se encontraba cerca. —Era el entrenador en mi vieja escuela. Todos conocían al entrenador A —le expliqué, pero esa era toda la explicación que daría. Taylor y yo éramos amigos casuales, pero nunca confiaría en ella con una pieza de información que no estuviera bien con todo el colegio enterándose.

—¿Ibas a esa escuela? —Me apreció como si fuera positivamente imposible.

—Síp.

—Y te has transferido a Southpointe ¿por qué?

Manteniendo una cara seria, respondí—: Por los académicos.

Sin ver la ironía en esto, o tal vez Jude tenía razón y resultaba imposible cuando se trataba del departamento de humor seco, se agarró de mi brazo de nuevo, frunciendo el ceño hacia abajo a las líneas laterales. —Con Sawyer fuera de juego y Lucas en probatoria académica, estamos jodidos.

Me quedé mirando el marcador.

—Estamos aún más jodidos —dijo Taylor, haciendo una mueca al marcador.

Mirando por encima de mi hombro, realmente deseaba que Jude hubiese terminado con su persecución y viniera a rescatarme de Taylor y su dramaton sin fin. Lo encontré subiendo por las escaleras de concreto.

apuntando una botella de agua vacía a un chico que luchaba lo más rápido que podía por subir las escaleras. Jude arqueó la espalda y uso su brazo en espiral lanzando la botella directamente a la parte posterior de la cabeza del tipo. Unos treinta metros de distancia.

Tenía la respuesta a los problemas de todos.

—Disculpa, Taylor —dije, caminando alrededor de ella—. Tengo algo que hacer.

—No tardes mucho —me gritó—. La Realeza de la Bienvenida hace su debut durante el medio tiempo.

Le disparé un pulgar hacia arriba y fui corriendo por las escaleras. El juego se encontraba todavía en el tiempo de espera mientras el personal de Southpointe, así como el entrenador, se apresuraban a averiguar qué banco era el más caliente para el que sería un mariscal de campo cuando salté por encima de la valla. Empujando mi camino a través de los entusiastas y los jugadores de fútbol que se rascaban la cabeza, me acerqué por detrás y toqué al entrenador en su hombro.

Él no se volvió al principio, se había envuelto en una intensa toma de decisiones con el resto de su cuerpo técnico. Así que lo golpeé de nuevo.

—¡Entrenador A! —grité por encima del ruido.

—¿Qué? —gritó, dándose vuelta. La mirada de irritación en su rostro se derritió en cuanto me vio—. ¿Lucy?

—Hola, entrenador —salude, sintiendo como si tuviera que darle un abrazo, excepto que eso sólo iniciaría un nuevo rumor de que era una especie de seductora de profesores o alguna mierda loca como esa. El entrenador había sido entrenador de fútbol de mi hermano desde séptimo grado: había sido como familia no oficial.

—¿Lucy? —repitió, mirándome como si no pudiera estar aquí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy una estudiante —le dije, sintiendo la cicatriz que me gustaba mantener suturada, rasgar abriéndose de nuevo—. Me traslade este año.

—Eso es grandioso —dijo, señalando a uno de sus entrenadores asistentes—. Pero quiero decir, ¿qué estás haciendo aquí? —Hizo un gesto señalando al campo de fútbol que tocaba con mi pie.

—Oh —dije, mirando a Sawyer, que tenía su pie elevado. Él me miraba, sonriendo con su sonrisa de Sawyer, y saludando. No le correspondería, jugador lesionado o no—. He venido con una solución a su situación de falta de mariscal de campo.



El entrenador sonrió con diversión. —Por supuesto que sí, Lucy. ¿Aún tratando de salvar al mundo?

—Siempre —dije—, y en caso de que no lo hayas notado, está funcionando. El mundo todavía está aquí.

Negó con la cabeza, sin dejar de sonreír. —¿Y cuál es la solución a mi problema de mariscal de campo?

—¿Conoces a Jude Ryder? —Miré hacia arriba en las gradas, donde Jude había vuelto a nuestro lugar y miraba a su alrededor por mí.

—Todo el mundo lo hace —dijo, observándome como si me hubiese vuelto loca—. ¿Cómo Jude Ryder resolverá mis problemas?

Ni siquiera hice una pausa. —Déjalo jugar como mariscal de campo —le dije. No dejé que el entrenador ahogándose en su propia respiración me detuviera—. Es más fuerte que tus dos mejores hombres juntos, tiene un brazo que Manning envidiaría, y es preciso como lanzador.

La expresión del entrenador A no cambió.

—Lo he visto, entrenador. Él es el verdadero negocio.

Se quedó en silencio por un rato, valorándome. Sabía por experiencia que no era una idiota cuando se trataba de fútbol. Había estado en por lo menos veinte partidos al año desde que era una niña pequeña, no era por lo que él luchaba. Era la parte de Jude estando fuera de forma.

—Dale una oportunidad —le dije, no por encima de estar suplicando—. No es como si pudieras perder más de lo que ya estamos haciendo.

El entrenador A murmuró algo entre dientes.

—Voy a perder mi licencia por esto, pero ¿qué demonios? —dijo, deslizándose su gorra. Mirando por encima de mí, levantó una ceja—. Entonces, ¿dónde está el nuevo mariscal de campo de la secundaria Southpointe?

Le lancé una sonrisa que él imitó. —Correcto —empecé a decir, girando para estudiar las gradas. Sin embargo, un amplio pecho bloqueaba mi línea de visión—. Aquí —terminé, ese sentimiento cálido, acalorado regresando justo en donde había quedado.

—Te doy la espalda por dos segundos y desapareces —dijo Jude, su frente arrugada—. ¿Cómo puedo cuidar de ti si no sé dónde estás?

—¿Cuidar de mí? Jude, estamos en un juego de fútbol de secundaria. —Esta cosa de ser protector se había ido a un nivel completamente nuevo.

—Exactamente. Hay al menos tres docenas de formas en que una chica como tú podría lastimarse en una de estas cosas. Si quieres ir a otro sitio, sólo tienes que esperarme la próxima vez e iré contigo. —Su cara se llenó de preocupación, lo que me preocupaba. Este tipo territorial era un poco demasiado. Me encontraba a favor de proteger a tu mujer y todo ese credo, pero no con el “no puedes ir a ninguna parte, hacer cualquier cosa, o tener tus propios pensamientos sin mi aprobación”.

—Jude —agarré el costado de su brazo—, cálmate. Sólo me ponía al día con el entrenador A.

—Ahora probablemente no es el momento de estar hablando con el entrenador Arcadia, Luce —dijo Jude, mirando a Sawyer, que seguía observándonos. Jude sonrió como el diablo mientras Sawyer se apoyaba en la banca—. Parece que el hombre tiene que ocuparse de algunos problemas.

—Sus problemas están siendo atendidos ahora —le dije, cruzando los brazos uno encima de otro.

El entrenador A levantó la vista de su portapapeles, valorando un segundo a Jude y probablemente adivinando su decisión. —Vístete, hijo —le ordenó, señalando hacia los vestuarios—. Creo que puedo detener a los árbitros unos minutos más, pero no mucho más que eso. Quieren ir a casa y secarse tan desesperadamente como el resto de nosotros.

—Espere, entrenador. —Jude levantó la mano—. ¿Por qué me ordena ir a cambiarme? No soy uno de sus jugadores golpeadores de culos.

El entrenador A me miró. —Ya está.

Jude fue rápido. —¿Luce?

Una palabra y él bien, podría haber tenido una docena de preguntas. El hombre había dominado el arte de la inflexión.

Arqueando una ceja, saludé con la mano con un pompom imaginario. —Vamos, Southpointe.

9

Traducido por Vane-1095

Corregido por Juli_Arg

No había más que un centímetro y medio de espacio libre en la primera grada. Funcionaría. No había manera que me perdiera a Jude trotando fuera de ese vestuario.

Si él lo hacía.

No sabía que tan enojado se encontraba conmigo en mi última contienda de resolver los problemas del mundo, pero si tuviera que adivinar, diría que entre un furioso jugador de fútbol americano y un tejón rabioso.

Apretándome entre dos chicos con pechos desnudos y “Vamos Espartanos” pintados de color rojo sangre a través de su estómago, me sumí todo lo que podía ser sumido y esperaba poder aguantar la respiración durante dos trimestres y medio más.

—¡Lucy! —gritó una voz sobre mí—. ¡Lucy! —Y otra vez.

Por más que lo intenté, no pude escapar de la niebla asfixiante que era Taylor Donovan. —¡Ven aquí! —me indicó, señalando un espacio entre ella y sus apóstoles de pie aplaudiendo, pateando, y ra-ra-reando.

Estar en frente y en el centro de un sándwich de animadoras no era mi primera opción, pero era mejor que mi situación actual. El chico medio desnudo a mi derecha echó los brazos al aire, gritando—: ¡Vamos, Spartanos! —Y dejó claro que no creía en poseer, o incluso usar, desodorante.

Píntame carmesí y dorado y llámame Vamos, Lucha, Win Wendy—no podría llegar lo suficientemente rápido a las porristas.

—¿Qué hacías allá arriba entre Dumb y Dumber¹⁴? —preguntó Taylor, entrelazando su brazo con el mío—. Te das cuenta que probablemente hiciste su noche porque estoy segura de que era la primera vez que cualquiera de los dos había llegado a alguna parte cerca de atrapar una sensación.

¹⁴ **Dumb y Dumber:** Tonto y retonto.



—Eww. —Me estremecí—. Taylor, por favor comprueba esa imagen visual. Estoy totalmente asustada ahora.

—Bueno, tienes suerte de que yo te salvara —dijo, señalando a unas porristas. No era una gran sorpresa que fueran las chicas que se sentaban en la mesa del almuerzo, pero los únicos nombres que recordaba eran Lexie y Samantha—. Además, una chica como tú pertenece aquí. Vi tu rutina en el gimnasio y obviamente has hecho eso antes.

Por supuesto que Taylor era la única persona echando un vistazo a mi rutina de baile improvisado mientras esperaba a todos los demás para vestirme. —Animé en mi última escuela —dije—, pero sólo porque no tenía equipo de baile.

—Bueno, tenemos un grupo de baile aquí, pero es justo donde van las chicas demasiado gordas y feas para animar. —Ni siquiera una pizca de remordimiento en su declaración—. Tú no quieres ser parte del equipo de baile. Perteneces a nosotras.

Algunas de las otras chicas en círculo a nuestro alrededor, asintieron con la cabeza.

—Desde que Holly no volvió este año, tenemos un uniforme extra y no podemos formar una pirámide adecuada sin una décima compañera en el equipo.

—Gracias por la oferta, Taylor, pero en realidad, soy más el tipo de chica de equipo de baile. Además, he oído que Southpointe ha ganado algún campeonato de estado...

Levantó su mano para cortarme. —Eres material de animadora. Eres grandiosa, tienes experiencia y el noventa por ciento de la población masculina ya se masturba por ti. —Otra imagen visual sin la que podría haber vivido—. El otro diez por ciento sigue sin declararse en el departamento de sexualidad —susurró.

—Hay un popurrí de razones para unirse si alguna vez he escuchado algo —murmuré, preguntándome si era mejor oler las axilas rancias y recibir "accidentales" sensaciones toda la noche.

Y fue entonces, cuando Jude salió corriendo al campo. Olvidé a Taylor, las axilas, y todo el maldito mundo. No había nada más que él. Y una dorada licra formándose sobre partes que flexionaba y estiraba y ponía y me hacía olvidar cómo parpadear.

—¿Quién, en toda la verde Tierra gracia de Dios —dijo Taylor, asomándose por la cerca—, es eso?

Justo en ese momento, miró por encima, encontrándose con mis ojos, y la sonrisa que estalló en su cara no podría ser disimulada por la

guardia del frente del casco. Extendiendo el brazo, él señaló hacia a mí todo el camino por el resto del equipo de Southpointe apiñados en la línea de veinte yardas.

—Eso, Taylor —dije, tejiendo mis dedos a través de la cerca—, es Jude Ryder.

—Sabía que había un Dios —suspiró ella.

—Sí —concordé, sonriendo mientras él se retorció en la licra—, no hay duda de que lo hay.

—Así que ustedes son...

—Taylor —le advertí, girando hacia ella.

—¿Qué? —dijo, ajustando la corona sobre su cabeza—. Definitivamente algo está pasando entre ustedes, y lo único que estoy más segura que eso es que no es sólo una relación de amistad.

—Somos amigos —dije, porque no tenía ningún otro título para lo que éramos. Nos habíamos besado de formas que eran ilegales en cuarenta y nueve estados, pasamos juntos cada momento libre en la escuela, me cuidaba, me miraba, pero estábamos, hasta donde yo sabía, no en forma exclusiva. No tenía demanda sobre él, aunque lo deseara. ¿Pero él quería lo mismo?

—Cariño, una chica no puede mantener a un hombre como ese como un amigo. Es un amante o un ex-amante, pero nunca un amigo. Un hombre como ese no fue creado para ser amigo de una mujer, fueron creados para hacer a una mujer alcanzar un Do alto tres veces seguidas en fila.

Otra colorida imagen visual por Taylor Donovan, aunque esta no me preocupaba mucho. —Lo siento, Taylor. No sé qué decirte. Me preocupo por él. Se preocupa por mí. Si eso no nos hace amigos en tu libro, sigue adelante y márcanos como quieras.

Sus cejas se arquearon por las nubes.

—A excepción de eso —le aclaré.

El timbre sonó y los dos equipos se alinearon, Jude en el lugar del mariscal de campo viéndose como un gigante jugando un juego con un montón de munchkins¹⁵. Agarrando un pompón de Taylor, lo levanté en el aire y sacudí el infierno fuera de él. —¡Vamos, Espartanos! —grité—. ¡Vamos, Ryder! ¡Vamos a ver lo que tienes!

¹⁵ **Munchkins:** Son nativos del ficticio País Munchkin en el Mago de Oz. Son descritos como de pequeña estatura, y llevan solo azul.



Era un largo camino que recorrer, y él se encontraba agachado en posición, pero habría apostado mis gastadas zapatillas de punta que llevaba una sonrisa de suficiencia.

—Hut. Hut. ¡Hike! —gritó el centro, pasando el balón de regreso a Jude. Se podía sentir el aliento colectivo que contenían cada uno de los fans de Southpointe en las gradas.

Jude lo atrapó con facilidad, y en lugar de tirarlo a una respetable distancia de veinticinco metros para hacernos la primera oportunidad, acunó el balón en su costado y salió corriendo. De hecho, corrió, corrió como si estuviera huyendo de los policías. Sonreí, dándome cuenta que su velocidad probablemente tenía algo que ver con los policías.

Era una apuesta arriesgada, ansiando correr en la zona de anotación cuando se encontraba a ochenta metros a la espalda, pero la única persona que no parecía preocupado era Jude. Corrió como si no pudiera terminar en la zona de anotación. Corrió como si nadie pudiera detenerlo.

Y nadie podía.

Jugador tras jugador de Cascade High, trataron de boquearlo o taclearlo, algunos incluso trataron de hacerlo tropezar o caer agarrándolo del casco. Ninguno tuvo éxito. Los que perdieron el estable brazo de Jude, se desprendieron como si no fueran de un equipo de jugadores de fútbol de calidad.

En los cincuenta, la multitud rompió en un rugido. Todo el mundo gritaba y gritaba, agitando los brazos en dirección a la zona de anotación. Más allá de todas las reglas de física, el ritmo de Jude aumentó.

Para el momento en que cayó en los veinte, no había más jugadores de Cascade High para detenerlo. Todos decoraban el césped artificial como una caja de palillos de dientes caídos. Jude bailó los últimos metros hasta la zona de anotación, temblando y brillando en esos pantalones dorados, provocando un aumento en los gritos de las mujeres.

Una vez en la zona de anotación, clavó la pelota y luego se volvió hacia la multitud. Todo el mundo se volvía loco, como si acabaran de presenciar el nacimiento de Jesús y la invención de la electricidad al mismo tiempo. Jude era una estrella de rock, su salvador, y ellos le rendían homenaje.

Sin un momento para disfrutar la gloria de la carrera de ochenta metros y unas mil personas coreando su nombre, dio zancadas hacia las líneas laterales. Pasando al entrenador, que todavía seguía congelado en su lugar, más allá de los jugadores en el banquillo sosteniendo sus manos

arriba, y por encima de la cerca en un movimiento perfecto. No se detuvo hasta que se hallaba sudado y sonriente delante de mí.

—Oye —susurró, deslizando el casco de su cabeza. La lluvia entrando en contacto con su frente sudorosa—, ¿Te gusto un poco como corrí allí afuera?

Sonreí mientras deslizaba su gorrita tejida alrededor hasta que quedó en el lugar correcto. Era como una maldita mata de seguridad. —Estuvo bien. —Lo minimicé, encogiéndome de hombros.

—¿Bien, huh? —De hecho, con nuestros cuerpos así no podríamos estar más cerca a menos que estuviéramos desnudos—. Esa fue una jugada muy inteligente allí, Luce. Ofreciéndome voluntario al equipo de mierda para vengarte de mí por conseguir que te voten como Princesa Southpinte oficial —dijo, agitando mi corona.

—Fue inteligente ¿no?

—Ha sido una buena, te daré eso —dijo, frotando la parte posterior de su cuello—. Pero lo peor de todo es, Luce, que nunca, nunca dejo a alguien más tener la última palabra.

—Por favor —dije, haciendo una mueca—. ¿Qué vas a hacer? ¿Tenerme preparada y ser una pateadora de respaldo?

—No —dijo, bajando sus manos a mis caderas. Mi garganta se secó—. Voy a hacer algo mucho mejor que eso.

—¿Ah, sí? —dije, haciendo una mueca—. ¿Qué es eso?

Elevándose por encima de mí, me guiñó un ojo. —Esto —dijo, inclinándose para que mis labios cayeran justo sobre los suyos. Y si fue él o yo quién empezó a moverse primero no importa porque era evidente de que no se terminaría pronto.

Lluvia. Jude. Yo. Besándonos.

Claven un tenedor en mí, porque ya fue hecho.

—Sr. Ryder. —Una voz embotada cortó a través del estruendo de ruido de la explosión que nos rodeaba—. ¡Sr. Ryder!

Jude gimió contra mis labios, sin dejarme ir cuando se volvió hacia el entrenador A.

—¿Piensa que ya termino aquí? —preguntó el entrenador A, sonriendo—. Tenemos un partido que ganar.

—Creo que nunca voy a terminar aquí, entrenador —respondió de regreso, ganándose unas cuantas risas desde las gradas y haciéndome tirar de mis dedos.

—En ese caso, concluya y traiga su culo de vuelta aquí —gritó—. Los mariscales de campo titulares no salen con sus novias, cuando tienen cuarenta puntos que hacer.

—Este lo hace —susurró Jude, alzándose en puntillas y besándome otra vez—. Espérame después del partido. Tengo un asunto pendiente contigo. —Dejándose abajo, tiró de la manta apretada alrededor de mí de nuevo, antes de saltar sobre la valla y correr hacia el campo.

No sé cómo fue capaz de saltar y correr así cuando yo no era capaz de moverme. ¿Qué demonios había pasado? Fuera lo que fuese, quería aclararlo y repetirlo hasta tomar mi último aliento.

—Que. Demonios.

Exactamente mis sentimientos.

Taylor se acercó a mí, con los brazos cruzados, y empezó a señalar. —¿Amigos, eh?

—La amistad es un elemento fundamental en nuestra relación. —Todavía me encontraba sin aliento, pero por lo menos podía formar frases corrientes.

—Sí, pero no la definición de elemento. Obviamente. —Por alguna razón, Taylor parecía enojada. Supongo que revocaría mis privilegios pom-pom.

—¿Ah? —Volví a las respuestas de sílabas.

—Jude Ryder te besó frente a un pueblo de tropecientos personas y no lo negó cuando el entrenador Arcadia te llamó su novia.

Ahora, que las secuelas del beso se iban, podría formar y pensar una cadena lógica de pensamientos, y lo que Taylor decía era verdad. Jude podría haber publicado nuestro momento en internet para la cantidad de gente que lo habría y podría verlo, y él no se había estremecido cuando el entrenador utilizó la palabra con "N".

—¿Soy su novia? —Se suponía que debía ser una pregunta para mí misma, pero Taylor no podía dejarlo pasar sin una respuesta.

—Eres la primera —dijo, mirándose como si fuera un rompecabezas—. Eres una perra con suerte.



10

Traducido SOS por Madeleyn y Vane-1095

Corregido por Nats

Eso era en lo único que pude pensar la noche siguiente cuando necesitaba toda mi atención en prepararme para el baile de bienvenida —siendo la primera novia de Jude. Al principio fue un título con el que me hallaba sobre la luna sólo por usarlo, pero tras haberme organizado toda la noche como haría cualquier chica adolescente que se precie, no estaba tan segura de cómo me sentía al ser la primera de Jude ahora.

Novia, eso es.

Un tipo como él, con una reputación como la suya, habría atravesado probablemente decenas de mujeres. A pesar de que ninguna fue su novia, gran cosa, tuvieron relaciones íntimas con él de una manera que yo ni siquiera había tocado. Aunque me sentía segura de que quería tocar eso, saber que no sería la primera, o la décima, o —contuve un escalofrío— la centésima, como que le ponía freno a todo ese sentimiento especial de ser su primera novia.

No era tan ingenua como para esperar que un novio mío no tuviera una historia. Infiernos, yo misma tenía una que no me calificaba exactamente como brillante y nueva, pero la etiquetar-y-a-la-bolsa reputación de Jude era bien conocida a través de tres condados y una línea de estado.

Ahora, yo era toda segundas-oportunidades. Campeona de segundas oportunidades, no había nada que hacer con eso. Mi preocupación radicaba en tener que soportar a cada mujer que le diera una sonrisa sugerente o un vistazo y preguntarme si esa fue alguna vez una de las conquistas de Jude por aquellos tiempos. Tenía derecho a cometer errores y arrepentimientos, ¿pero podría yo vivir con eso y sus consecuencias?

Dejando caer el último rulo de calor de mi cabello, me di cuenta de que sólo existía una manera de averiguarlo. La única manera para enterarme de si podía manejar todo lo que venía con Jude, su pasado, su aparente incapacidad para hablar de algo personal, su “toma el futuro



como viene", sería tomarlo día a día. La única manera de saber si Jude Ryder rompería en última instancia mi corazón sería abriéndoselo.

Esa epifanía debería haber sido más aterradora de lo que fue. Angustia o no, me encontraba en el camino. Completamente, como me gustaba decir, porque esa era la única manera de asegurar que la relación tuviera una oportunidad.

Revisando mi teléfono, suspiré de alivio. Todavía me quedaban quince minutos para terminar mi maquillaje, ponerme mi vestido, y recoger mi ingenio, ya que era necesario para pasar una noche pegada a Jude.

Y fue entonces, cuando sonó el timbre.

Me dejé a mí misma caer en un segundo de pánico antes de luchar con mi bata y correr escaleras abajo. Papá y mamá habían salido en una especie de cita rara, gracias a mí. Había comprado una tarjeta de regalo de su Café francés favorito en el lago y un par de pases para el Cineplex. Incluso hice las reservas para asegurarme de que estarían fuera cuando Jude se presentara.

Era un engaño y no quería que Jude pensase que me avergonzaba de él, pero mis padres eran personas complicadas con recuerdos que no permitían segundas oportunidades. Además, eran padres de una hija adolescente. Papá me había dicho una vez, profundamente colorado con "la charla", que con niños todo de lo que tenía que preocuparse era de penes, pero con niñas tenía que preocuparse de lo demás. Esa pequeña joya se había quedado conmigo, probablemente porque cuando tenía doce años, no podía oír la palabra pene sin romper en un ataque de risa.

Sabía que si Jude y yo continuábamos a este ritmo, no podría mantenerlos en secreto de él, pero por esta noche, era la solución más fácil a la situación que era Jude.

Abriendo la puerta, traté de no asombrarme, pero esa era la única cosa que parecía apropiada con Jude Ryder de pie bajo la luz del porche delantero, vistiendo un esmoquin y una caja de ramillete en la mano. Su fiel gorro en su lugar. Si alguien podía mezclar lo formal con lo grunge¹⁶—si alguna vez surgía— tenía que ser él.

—Llego pronto —comenzó—, así que debería echarle la culpa a perder la noción del tiempo completamente, pero en realidad no podía esperar para llegar.

Deja de mirar, Lucy. Deja de mirar, Lucy, era mi mantra, pero no funcionaba.

¹⁶ **Grunge:** Moda deliberadamente desordenada y con estilo descoordinado.



—Bien, no te lo tomes a mal, porque estoy disfrutando de la vista —continuó, alzando la vista al techo—. Realmente disfrutándola, pero me prometí que sería uno de esos educados caballeros toda la noche y no me lo estás poniendo nada fácil.

Mi cabeza seguía nublada y todavía era incapaz de hablar, pero al menos pude reunir una expresión de confusión.

—Ah, diablos, Luce —maldijo Jude, haciendo una mueca cuando tomó una pequeña mirada de mí—. Olvidaste atar tu maldita bata de baño.

Bajando la vista lo confirmé. Nada más que un sujetador sin tirantes, un par de bragas a juego, y un infierno de un montón de piel en plena pantalla. ¿Un inocente error? Quizás. ¿Lapsus freudiano¹⁷? Posiblemente.

—Lo siento —dijo, girándome para cubrirme.

Escuché sus pasos mientras venía tras de mí. Cepillando el cabello lejos de mi cuello, su boca cayó justo por debajo de mi mandíbula. —Yo no —susurró, chupando la blanda piel.

Un toque, un beso, y yo era un desastre. En ese momento, no quería más que darme la vuelta en sus brazos, deshacernos de la ropa, y no dejar nada a la imaginación por el resto de la noche. Era intoxicante y abrumador, y en alguna parte, muy profundamente, sabía que era marginalmente poco saludable.

—Ve a buscar tu vestido para que pueda mostrarte —dijo, presionando un beso final en mi cuello antes de retroceder.

—¿Por qué no nos saltamos el baile? —Me volví hacia él, jugando con la cuerda de la bata.

—Maldita sea, Lucy —gruñó, usando mi nombre completo por primera vez en un largo tiempo—. Está tomando hasta la última gota de mi fuerza de voluntad no tirarte sobre la mesa y hacerte todo con lo que he fantaseado una y mil veces —dijo, agitando sus manos de mí a la mesa, al cielo—. Pero eres mejor que eso. Te mereces algo mejor que eso. No ser una de esas chicas tomadas en la mesa de la cocina de sus padres. Mereces mucho más que eso —dijo, desafiándome con sus ojos—. Así que deja la bata en su lugar y no me tientes otra vez.

Me sentí avergonzada y rechazada, pero especial y halagada al mismo tiempo. Era una mezcla muy confusa de emociones. —Lo siento —

¹⁷ **Lapsus freudiano:** Se lo llama a aquel acto que manifiesta una forma de expresión diferente y aún contraria a la intención original del sujeto. Es decir un desliz, falta o equivocación cometida por un descuido.

dije de nuevo, disparándole una sonrisa incómoda cuando empecé a subir las escaleras.

—Oye —agarró mi mano—, no te disculpes. Te deseo de todas las formas en las que un hombre podría desear a una mujer. Es sólo que no quiero arruinar esto, ¿está bien?

—Está bien.

—Estoy en territorio desconocido aquí, Luce. Necesito un poco de ayuda. —Sus dedos se curvaron a través de los míos.

—Yo también —contesté.

—Seh, lo supuse. —Me apretó la mano antes de dejarla ir—. Entonces te ayudaré, también. Ahora ve a vestir ese culo tan sexy y entonces podré bailar contigo toda la noche.

—Bien, mandón —dije, subiendo las escaleras—. Ponte cómodo. Bajaré en cinco.

—Oh, y Luce —gritó, chasqueando los dedos. Me volví a mirarlo desde lo alto—. Cuando se trata de seleccionar la ropa interior —sus ojos brillaban—, obtienes un sobresaliente.

Como si necesitara otra confirmación, los hombres eran criaturas imposibles. Sonriéndole, ceñí mi apretada bata. —Y cuando se trata de eliminar la ropa interior, obtienes una chupada de culo.

—Ah, Luce —dijo, agarrando la barandilla—, ahora esa es buena. Salir conmigo ha mejorado enormemente tu estilo cómico. Aprendiendo por ósmosis, supongo.

Golpeé una mano en mi cadera. —¿Cómo puede alguien que sabe qué es la ósmosis reprobar todas sus clases? —Jude no era tonto, pero sus calificaciones reflejaban lo contrario.

—Talento inequívoco, nena —respondió, sonriendo como el diablo—, talento inequívoco.

Acababa de deslizar mi último pendiente cuando oí el familiar sonido de los neumáticos crujiendo sobre la grava.

—Luce —dijo la voz de Jude por las escaleras—, ¿esperas compañía?

Agarrando mi chaqueta vintage de la cama, salí corriendo de mi habitación, oyendo el familiar sonido de la retracción de la puerta del garaje.

—Son mis padres —dije, bajando por las escaleras.



La frente de Jude se arrugó. —¿Y no saben que soy yo quien te está llevando al baile de bienvenida?

Deteniéndome al final de las escaleras, sacudí la cabeza.

—Y como soy tan bueno adivinando, diría que ni siquiera saben que vamos a la misma escuela, ¿no? —preguntó, tratando de hacer como si no fuera nada pero para mí, se sentía como la peor clase de traición.

Negué con la cabeza, incapaz de mirarlo.

—Muy bien, ¿cuál es mi estrategia de salida? —preguntó, mirando alrededor de la habitación—. ¿Puerta principal, puerta trasera, o una ventana? —No sonreía, hablaba en serio. Algo se rompió en mi corazón.

—No hay estrategia de salida —dije, tomando su mano y caminado a través de la sala de estar—. Me gustaría presentarles a mis padres mi cita.

—Esto va a ser bueno.

—Seh —dije con sarcasmo—, será una explosión.

—¿Algún consejo? —dijo, situándose junto a mí en la puerta de la cocina.

—Sí —dije, mirando la puerta del garaje abrirse—. Abróchate el cinturón.

—¿De quién diablos es el coche en...? —Mamá llegó a un abrupto final en el umbral. Tan abrupto que papá rebotó contra ella.

—Papá, mamá —me aclaré la garganta, poniendo cara de todo-está-normal—, están en casa temprano.

—Tu padre no se sentía bien —dijo ella en tono cortante, nivelándome con la mirada.

Me aclaré la garganta. —¿Recuerdas a Jude?

Entrando a la cocina, le dio a Jude esa mirada. La misma que le había dado cuando lo conoció. La que decía que volviera al agujero del que había salido. —Una difícilmente olvida el rostro de un criminal siendo llevado fuera de su propiedad en esposas.

Ese destello de mal genio pedía a gritos ser liberado de su cadena.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Jude se adelantó. —Llevando a Luce al baile de bienvenida, señora.

—No —dijo ella—, ciertamente no lo haces. ¿Dónde están tus amigos, por cierto? —continuó, mirando por encima de su hombro como si esperara encontrarlos descansando en la sala de estar—. ¿Están en el asiento trasero, esperando quemar el resto del cabello de mi hija? ¿O en el

estacionamiento de la escuela, dispuestos a echarle un galón de gasolina de nuevo?

Jude hizo una mueca, bajando la mirada.

—Mamá —advertí—, esos chicos no eran amigos de Jude. Y corta el acto de madre preocupada, es un poquito demasiado tarde.

—¡No te atrevas a hablarme de esa manera, Lucille! —gritó mamá, señalándome—. Estás encerrada hasta el día en que te mudes de esta casa por mentirnos a tu padre y a mí. —Realmente podría ejercer su dedo índice como arma—. Y sí, esos eran —le miró—, son sus amigos. Decidiste no mirar los reportes policiales que yo sí vi. Esos chicos y Jude cometieron su primer crimen juntos años atrás. Tráfico de drogas, ¿no? —dijo, no como una cuestión a ser confirmada o negada—. Jude y el resto de esos chicos drenadores-de-sociedad de esa casa necesitan ser encerrados y que tiren la llave. No merecen tener trabajadoras chicas buenas como citas a futuros bailes de bienvenida.

Me tambaleé hacia delante, a punto de decir algo fuerte y mezquino, cuando Jude me apartó.

—Nunca dije que mereciese eso —dijo Jude, mirando a los ojos de mi madre.

Podría decirse, en base a los vasos sanguíneos estallando en sus ojos, que esto la enojaba seriamente, que esta persona no cedía a su superioridad y bajaba su mirada.

—Y esos tipos nunca fueron y nunca serán mis amigos. Si alguna vez encuentran la manera de salir de la cárcel y me encuentro con ellos, repararé todo el daño que se llevó a cabo en Luce.

—Qué refrescante. El delincuente sugiriendo reparar violencia con violencia.

—A veces esa es la única respuesta —dijo Jude, flexionando sus dedos en mi mano.

La cara de mamá se ensombreció. —Y a veces consigue que las personas que más quieres sean asesinadas.

Una figura se movió detrás de mamá. No me había dado cuenta de que se encontraba allí, su presencia era tan ausente. Arrastrando los pies alrededor de ella y de nosotros, la cara de papá lucía tan sombría como la de mamá. Tocó mi hombro al pasar. —Buenas noches a todos.

Debería haberse vuelto viejo, de luto por la persona que mi padre fue una vez, y a veces, odiaba la cáscara de ser humano en la que se había convertido, pero no fue así. Él había comprobado todas las facetas



de su vida, dejando a las reglas de locura y compulsión sus pocos momentos conocedores.

Mamá juntó las manos sobre su cara. —Lucy, es hora de decir buenas noches.

Agarré el brazo de Jude, guiándolo por la puerta principal. No podía salir de esta casa de locos lo suficientemente rápido. —Buenas noches, mamá.

—¡Lucielle Rosyn Larson! —gritó detrás de nosotros—. Ve arriba como el infierno ahora mismo. Y usted, señor Ryder, lárguese de mi propiedad antes de que llame a la policía. —Su voz ahora era menos enojada y más desesperada.

—¡No, mamá! —grité, dejando suelto mi mal genio—. Me voy al baile y voy con Jude, porque estoy con él y él conmigo y si no puedes manejar eso, ¡entonces puedes decirle adiós a tu única hija!

La apuñalé en la parte blanda y se registró inmediatamente en su cara. —Este chico estuvo a punto de matarte, Lucy —dijo en un susurro.

Seguía en cada fase de cabreo, así que mi voz era cercana al susurro. —¡Este hombre también salvó mi vida! —Tirando la puerta abierta, prácticamente me lancé por las escaleras con la mano de Jude en la mía.

—Lucy —suplicó desde la sala de estar.

—Estaré en casa sobre la una —dije, por encima del hombro, la ira regulándose a un ruido sordo ahora que sabía que había ganado la batalla. Pero estaba segura de que no la guerra. Habría mucho que pagar mañana por la mañana, así que me aseguraría de que esta noche realmente contara—. Todo estará bien —enfaticé, antes de girar la esquina de la entrada.

—Cuando dices cinturón de seguridad —dijo Jude, sacando un juego de llaves de su bolsillo—, quieres decir prepararse para el maldito apocalipsis.

—Más o menos —dije, arrugando la nariz—. Lo siento por eso.

Jude le quitó importancia con un gesto de la mano, pero no podía esconderme cuánto le habían cortado las palabras de mi madre. Justo como ella esperaba que lo hicieran.

—No, fueron horribles, horribles cosas que decir a otro ser humano —dije—. Mis padres son gente complicada. —Lo desestimé, sin saber cuándo o si alguna vez podría explicar el desastre que era la familia Larson.

—Luce —dijo Jude, deteniéndome—. Sé que pedazo de mierda soy y no es horrible o injusto o incorrecto que la gente me llame por lo que soy.

Pero me gusta pensar que las personas pueden cambiar, y te juro que voy a dejar atrás mi pedazo de mierdez. —Sus ojos lucían tan serios, que pensarías que iba a ponerse sobre una rodilla.

—¿Mierdez? —dije—. Eso es algo que me perdí en Webster's¹⁸.

—Nop —dijo—. Es una con derechos registrados del diccionario urbano¹⁹ de Jude Ryder.

—Lindo. —Me reí, caminando de puntillas por la grava para no tropezarme por las piedras con mis tacones de diez centímetros—. Y en el libro de mierdez de Lucy Larson, no tienes ningún lugar en la lista.

—Esa puede ser la cosa más romántica que alguien haya dicho jamás de mí —dijo, haciéndome cosquillas en los costados—. Algo acerca de una sexy mujer en un maldito vestido fino mintiendo a través de sus dientes sobre mí no siendo un pedazo de mierda es un verdadero cambio.

—Me alegro de... —Y me di cuenta del coche aparcado en el camino de entrada, y me detuve en seco—. ¿Qué es eso?

No dije nada, pero sabía que el reluciente auto color plata era rápido, costoso, y atraería a todos los policías en un radio de kilómetro y medio.

—Es un auto —dijo Jude, abriéndome la puerta.

—No me trates como a una de esas chicas de una noche —dije, mirándole.

—Dios mío, mujer —dijo, inclinándose sobre la puerta del coche—. ¿Qué tiene que hacer un hombre para ganarse un pase libre contigo?

—No creo en pases libres —lancé de vuelta—. Creo en la honestidad. Estoy chapada a la antigua con eso.

—Es un Chevelle del 66 —dijo, cerrando la puerta antes de que pudiera preguntarle más.

—¿Es tuyo? —pregunté mientras se sentaba en el asiento del conductor.

—Nop. —Giró la llave y el motor regresó a la vida—. Pertenece a un amigo mío.

¹⁸ **Webster's:** Se refiere a la línea de los primeros diccionarios desarrollados por Noah Webster en el comienzo del siglo 19, y también a numerosos diccionarios relacionados que añadieron el nombre de Webster para compartir prestigio. El término es una marca registrada en los E.E.U.U para completos diccionarios del idioma inglés.

¹⁹ **Urban Dictionary:** Es un sitio web que contiene un diccionario de jerga de palabras y frases en idioma inglés.

—¿Un amigo de la casa de los chicos? —Sabía que este tipo de preguntas le hacían tensarse, como bien reflejaba su apretada mandíbula, pero no entendía por qué.

—¿Parece como si alguno de nosotros tenga algún familiar al que le importemos una mierda, trabajos que paguen una miseria o una maldita herencia que permitiera que tipos como nosotros pudiesen permitirse un coche como este? —Estirando su brazo a través de mi asiento, miró sobre su hombro, y salió a la carretera.

Mamá nos miraba desde la ventana de la sala, por primera vez viéndose tan perdida como mi papá. Algo pesado cayó en mi estómago, algo que se sentía muy parecido a la culpa.

—Defensivo —murmuré, mirando por la ventana lateral.

—Tus padres por poco me llamaron el chicle de las suelas de sus zapatos. Fallaste en mencionar, o más bien optaste por no hacerlo, que era tu cita para esta noche. —Una vez en Sunrise Drive, aceleró el Chevelle—. Soy el chico malo que se aprovecha de la buena chica. Así que sí, estoy un poco a la defensiva en estos momentos.

Ni siquiera había pasado media hora de nuestra primera cita real y ya discutíamos. Nos encontrábamos en un maravilloso precedente de cualquiera que fuese la carretera por la que nuestra relación iba cuesta abajo.

Luchando contra el instinto de reacción de devolverla, respiré lentamente y luego me volví en mi asiento. —Escucha, siento no haberle dicho a mis padres sobre ti. En serio —añadí cuando vi que hizo una mueca—. No les dije no por quién eres, sino por quiénes son ellos.

—¿Por quiénes son ellos? —repitió. No sonaba como si estuviera comprándolo, pero esa era la verdad.

—Sí.

—¿Y quiénes son exactamente, Luce? —preguntó, manejando hasta que se detuvo en un semáforo en rojo.

—Personas tristes y asustadas que han perdido mucho en la vida y están temerosas de perder más —dije, jugueteando con las asas de mi bolso.

Apretando su mano en el volante, me miró. —¿Y qué sucedió en sus vidas para que estén tan tristes y asustadas? —se burlaba de nosotros, de ellos, pero simplemente no lo entendía, y jamás me sentía de humor para hacerles entender lo que ni yo misma entendía.

—Vida. —Era la única explicación que tenía.



Resopló. —¡Que abierta, toda una respuesta mundial!

Realmente trabajaba duro para mantenerme en frío. —Lo aprendí observándote —respondí, maldiciendo las lágrimas que se formaban. Me había convertido en un desastre lloriqueante tras conocer a este chico.

El semáforo se puso en verde, pero Jude seguía mirándome. Levantando el pulgar hasta la esquina de mi ojo, dejó que las lágrimas corrieran por su mano. —Mierda. Soy un idiota —dijo, mientras un coche tocaba la bocina detrás de nosotros. Levantando su mano en la ventana trasera, Jude apagó el coche—. Lo siento, Luce. Quería que esta noche fuera genial y me parece que no puedo hacer ni decir nada bien. No estoy enojado contigo, ni mucho menos. Estoy enojado conmigo mismo. Entiendo por qué tus padres no me quieren y entiendo por qué no les hablaste de mí. Entiendo todo eso —dijo, golpeando el tablero de instrumentos—. Esa es la realidad, sólo desearía que la realidad se tomara unas vacaciones ¿sabes?

Otro claxon, esta vez no tan educado. Golpeando el tablero de nuevo, Jude abrió la puerta. —Discúlpame un segundo —dijo, mirándome mientras se arrastraba fuera de su asiento.

Me volví en mi asiento, no muy segura de lo que sucedía. Jude anduvo hacia la camioneta detrás de nosotros y comenzó a golpear la ventanilla del conductor de vidrios polarizados.

—Oye, idiota. ¡Abre la puerta y resolvamos esto como hombres! —Alcanzando el mango, Jude intentó abrir la puerta, pero el conductor era lo suficientemente inteligente como para haber cerrado con llave—. ¿Qué? ¿Crees que puedes joderle la mierda a un hombre cuando está tratando de tener una conversación seria con su chica? —gritaba, y el tráfico que se aproximaba se detenía para ver qué demonios pasaba. Me acurruqué en mi asiento, preguntándome por enésima vez qué era exactamente lo que había sucedido en la vida de Jude para hacerlo de esta manera. Tan enojado, tan cerrado.

—La próxima vez que piense colocar su mano en la bocina, será mejor que esté listo para poner el dinero en su boca y pelear como un hombre —gritó Jude, alzando los brazos al aire—. ¿Lo pillas, cobarde de mierda?

Girándose, regresó dando grandes zancadas hacia el coche. Un puñado de personas asomaba sus cabezas por las ventanas, mirándonos como si fuéramos amenazas para la sociedad. Me encogí mucho más.

En su asiento, Jude cerró de un portazo y, mirando a ambos lados en primer lugar, pasó la luz roja una vez más.

Respirando profundamente, me miró, su rostro suavizándose. Como si no acabara de actuar todo Hulk en una intersección. —Puedes preguntarme lo que quieras, Luce. No puedo prometer que vaya a responderte a tu gusto, pero puedes hacerlo siempre.

Mi primer pensamiento fue que debía estar en alguna receta médica y que había olvidado tomar su dosis diaria, pero luego me di cuenta de que esta pequeña actuación de nada-ha-pasado era una rutina. Me sentía tan familiarizada con este mecanismo de defensa que podría haber escrito un libro de psicología.

—¿Qué demonios fue eso?

Entrando en el estacionamiento de la escuela secundaria, tomó el último lugar en la parte trasera. Mirando por la ventana, suspiró. —Ese fui yo perdiendo mi mierda. Sucede continuamente, Luce. No lo planifico, y ni siquiera lo quiero, pero el noventa por ciento de las veces, no puedo controlarlo.

Allí se encontraba, esa ventana de vulnerabilidad, tan honesta, tan dolorosa, que me recordó por qué me encontraba aquí, ahora, con Jude Ryder.

—Quiero ser un hombre mejor, pero no sé si puedo serlo —continuó, reclinándose en el asiento—. Necesitas saberlo si vamos a llevar esto a alguna parte, porque...

Y entonces hice algo, dependiendo de las visiones del mundo, muy imprudente y equivocado o no muy adecuado para la situación.

En un fácil movimiento, gracias a mi década y media como bailarina, me encontré a mí misma sentada a horcajadas sobre sus piernas y, antes de que pudiera pensármelo dos veces, apreté mi boca contra la suya.

—Luce. —Logró murmurar Jude contra mi boca inflexible.

—Cállate, Ryder —contesté, mordiéndole el labio inferior.

Renunciando a la dominante fuerza que era yo, sus manos se deslizaron por mi cintura, afianzándose en mi trasero. —Mis labios están sellados —susurró, volviendo a nuestra inquebrantable unión.



11

Traducido por Juli_Arg

Corregido por Zafiro

Dios mío, mujer. —Su respiración era tan dificultosa, que su voz no sonaba más como suya—. Misericordia.
—No creo en la misericordia —le contesté, arrastrando mis labios por su cuello.

—Está bien, no voy a echar un polvo en el asiento delantero de un coche, y si sigues haciendo eso —dijo, tratando de arquearse lejos de mis labios. Fue un intento fallido—. Tendré que sacar toda mi fuerza de voluntad, para cambiar de escenario.

La puerta se abrió de golpe, trayendo una ráfaga de aire fresco y el ruido de música cliché de baile de secundaria. Gemí.

Se rió entre dientes mientras me sacó fuera de su regazo y del coche empañado. —Y pensé que nosotros, los hombres éramos bastardos en celo.

Ajustando mi suéter, me pasé los dedos por el pelo. —Así lo creo —impliqué.

—Tu ramillete —dijo, la sesión completa de media hora archivada en la parte posterior de su mente así como así. Yo todavía respiraba como un perro en celo.

Recuperando la caja de plástico del asiento de atrás, salió del coche. —Ya que tu vestido es negro, le pondré a la dama alguna cinta negra y plateada entre las rosas —dijo, deslizando el ramillete en mi muñeca como si fuera uno de los momentos de mayor orgullo de su vida—. ¿Te gusta?

—Ahora —le dije, sonriendo. Debe de haber gastado una fortuna. Rosas rojas corrían hasta la mitad de mi antebrazo—, es un ramillete muy bonito, Sr. Ryder.

Sonrió abiertamente. —Vaya, gracias, señorita Larson. — Manteniendo su codo para mí, miró hacia el gimnasio—. ¿Vamos?

Suspiré. —Ya que no me dejas otra opción.

Cubriendo mi mano con la suya, besó la parte superior de mi cabeza. —No es que me preocupe o me queje, pero ¿qué fue eso de allá atrás? —Oí la risa tonta en su voz.

—¿Desde cuándo los chicos necesitan una explicación para llegar a segunda base con una chica?

—Desde que la chica eres tú —dijo, su mirada fija sosteniéndome como si yo fuera algo que perdería si miraba lejos. Nunca me habían mirado de esa manera. Toda mi vida lo había esperado, y aquí llegó, ahora, a los diecisiete años, en el estacionamiento de la secundaria de mi nueva escuela, con un chico llamado Jude Ryder.

Esto, aquí mismo, era algo muy poderoso.

Manteniendo la puerta del gimnasio abierta, me llevó dentro. Algunas canciones de hip hop eran tocadas sólo para darles a los chicos una excusa para frotarse contra una chica como un jodido perro y el gimnasio entero parecía haber sido rociado en Pepto-Bismol²⁰. El arco iris entero de rosas se hacía presente: fucsia en los globos, tulipán en el papel crepé, pastel en los recortes de cartón de corazón, magenta en las serpentinas espirales que caían desde el techo.

Este empapado terreno rosa era una imagen robada de mi peor pesadilla.

—Oh. Mi...

—Rosa —insertó Jude, haciendo una mueca mientras entrábamos al gimnasio.

Al otro lado de la habitación, pegada a un tipo como un pedazo de Velcro, Taylor agitó los brazos hacia mí. Casi me estremecí de nuevo cuando noté su vestido cóctel rosa fluorescente, lleno de lentejuelas. Que alguien llame a los admiradores del Club de los años 80 porque esta perra sólo arrancó uno de sus vestidos. Mi vestido largo con corpiño tipo corsé era insípido en comparación con todos los otros vestidos de ahí.

—Bien, apresúrate y baila conmigo antes de que corra —le dije, tirando de su chaqueta.

—Con mucho gusto —respondió él, entregando nuestros pases.

Caminando hacia la pista de baile, bajó la mirada a sus pies y luego a mí. —Bien, aquí está otro pequeño dato sobre mí ya que dices que no soy la próxima especie.

Levanté las cejas y esperé.

²⁰ **Pepto-Bismol:** Es un medicamento para los problemas estomacales.

—No soy muy buen bailarín —dijo, rascándose la parte posterior de su cuello.

—¿Como que no puedes bailar o no bailas? —Me encontraba familiarizada con ambos tipos.

—Más bien como que nunca he bailado.

—¿En serio? —le pregunté.

—En serio.

Era la primera vez que lo había visto inseguro. —Por suerte para ti, trajiste a una chica que bailó antes de que empezara a caminar.

Envolvió sus brazos alrededor de mí y me acercó. —Qué suerte la mía.

—Está bien, voy a hacer esto sencillo —dije, deslizando mis manos sobre sus hombros—. Sólo tienes que seguir mi ejemplo y estarás bien. —Entonces, como la pro baile que yo era, me paré de puntillas hasta que me encontraba a nivel del labio.

—Tal vez tengo esta cosa de bailar en mí después de todo —dijo, apretándome fuerte contra él.

—Seré yo quien juzgue eso —dije en voz baja, presionando mis labios en los suyos y, sin más, éramos las únicas personas en la pista de baile. Los únicos en el universo. Jude era la enfermedad de la que no quería ser curada. Era el intoxicante del que nunca quería librarme.

Sus manos acunaron mi cara y me besó más fuerte. Quería embotellar aquel beso y tomar un trago de ello cada hora de cada día.

—¿Luce? —dijo, pasando su dedo por mi mejilla.

—¿Sí? —dije, escondiendo mi cabeza bajo su barbilla.

—Tus tacones de aguja están perforando un infierno en mis pies.

Bajando la mirada, vi que mis pies, de hecho, cubrían los suyos. Dando un paso atrás, puse mis tacones de aguja de nuevo en tierra firme. —Vaya.

Se rió. —Algo de la bailarina que eres.

—Lo siento, no tengo mucha experiencia tratando de enseñar a alguien a bailar al mismo tiempo que está poniéndome fuera de mí con sus besos.

—Poniéndote fuera de ti con mis besos, ¿eh? —dijo, metiendo mi cabello detrás de mi oreja.

—Al igual que tú, absolutamente, no te regodeas en aquella hazana.

La canción de los empujones y rozamientos²¹ terminó y comenzó otra. Jude y yo nos estremecimos al mismo tiempo. —Estos golpes musicales —dijo, agarrando mi mano—. Y te ves como que necesitas un poco de ponche.

—No sé nada de ponche, pero necesito algo —le dije, levantando las cejas.

—Tú —me acercó más, hablándome al oído—, estás haciendo extremadamente difícil mantener mi mejor comportamiento.

Mirando hacia adelante, traté de fingir que cada toque que me daba no me desintegraba. —No es mi problema.

Enrollando su brazo alrededor de mí, me tiró cerca. —Está a punto de serlo.

—Jude Ryder. —Las palabras que eran más arrastradas que habladas se oyeron detrás de nosotros—. Si no estuviese tan malditamente caliente aquí, habría pensado que el infierno se había congelado. Jude yo-no-tengo-compromisos-conversaciones-telefónicas -o-desayuno Ryder en un baile de instituto.

Dándose la vuelta, Jude me mantuvo cerca de él. —Allie —dijo, sonando como si acabara de emitir un anti-saludo.

—Ah, y por cierto, eso no era lo mejor para mí. Y ya que sé que te has estado preocupando sin parar sobre ello —dijo ella, apoyando una mano sobre su cadera—, encontré un viaje a casa.

Clásicamente encajaba en el molde de lo que los chicos buscan para una sola noche, casi me sentí mal por ella. "Casi" terminó cuando cerró sus dedos alrededor de la solapa de la chaqueta de Jude. Mis garras proverbiales salieron.

—¿Qué es lo que quieres, Allie? —Él perdía la paciencia y yo estaba muy familiarizada con cuan rápidamente las pistas se agotaban una vez que empezaba por ese camino.

—Ahora hay una pregunta capciosa si alguna vez he oído una —dijo ella, tirando su pelo rayado rojo y rubio sobre su hombro.

—Bueno, he estado sobre esta montaña rusa de locos antes y me voy a bajar ahora mismo —dijo él, dirigiéndome lejos.

²¹ En el original "bump and grind", que es una manera de bailar sensualmente y el bump se refiere al movimiento de empujón que hace el hombre, y el grind se refiere al rozamiento de los cuerpos, uno al otro.

—Vamos, estoy bromeando. —Se rió ella, agarrando su brazo—. Sólo quería conocer a tu nueva amiga. —Me sonrió toda inocencia, pero yo conocía su juego y no iba a ser su peón para jugar.

—Esta es Luce —dijo, inclinando mi barbilla hacia arriba con su dedo y presionando el beso más dulce que alguna vez le habían dado a mis labios.

—Tendría que serlo si estás con ella.

Ese dulce beso fue casi destripado por el comentario desagradable.

Los ojos de Jude flamearon mientras se volvía hacia ella. —Si no fueras una mujer, una triste excusa como lo eres tú, te enseñaría un poco de respeto, Allie. —Su voz temblaba por la ira, que se hallaba tan cerca de desbordarse.

—Jude, detente —ordené, dando un paso por delante y empujándolo hacia atrás—. No sabe lo que dice, está borracha.

—Mira a quién estás llamando borracha, puta —se burló Allie.

Quería darme la vuelta y golpear su cara maquillada, tanto que mi mano hormigueaba, pero por una vez en mi vida, no era la única exaltada. Intenté contenerlo cuando él se lanzó de nuevo hacia delante.

—No, no está borracha —dijo Jude, paseándose en su lugar—. Por una vez. ¿Cómo funciona esta cosa de completa sobriedad para ti, Al?

Ella resopló. —Como si te preocupara. A ti no te importa si estoy borracha o drogada o sobria. Mientras esté horizontal y servicial.

Había sido suficientemente malo para ella insinuar que yo era una chica fácil, pero ahora saber que había tenido relaciones íntimas con Jude de un modo que yo aún no, me hizo querer golpear algo con fuerza. Lo más cercano, salvo Jude, era su huesuda y burlona cara.

Tomando un respiro, aparté la mirada de ella y miré a Jude. —Vamos, vamos a salir de aquí. No vale la pena.

—Y tú tampoco lo valdrás mañana, cariño.

Negué con la cabeza hacia él, pero no tomó mi no tan sutil advertencia. Pasando alrededor de mí, le dio una sonrisa torcida a Allie. —Hay dos tipos de chicas en el mundo, Al —dijo, hablando en voz tan alta que la mitad del gimnasio podía oírlo—. El tipo de chicas con las que follas y el tipo de chicas con las que te casas. Esta es la manera en la que el mundo fue hecho, así que no lo tomes contra Luce porque tú eres de una clase y ella es de la otra. —La cara de Allie tomó el color de su corto vestido de calle, y no era del tipo rojo de vergüenza, sino el tipo de rojo lívido "te mataría ahora mismo si no fuera ilegal". —Ahora vete y búscate

algún otro tipo para follar así puedes perseguirlo a cada paso en vez de a mí.

—Jude —dije en voz baja, mirándolo. Esa sonrisa todavía seguía inclinada sobre su rostro, pero sus ojos eran de color negro. No sabía que era capaz de decir palabras tan crueles, y si Allie no hubiera arrojado el bocado de mierda que tenía, me habría sentido mal por ella—. Vamos —le dije, llevándolo lejos de una molesta ex-amante y algunas docenas de curiosos—. Vamos a un lugar tranquilo.

No dejé ir su muñeca hasta que estuvimos fuera de la puerta del gimnasio y a mitad de un pasillo oscuro, no confiando en que él no regresaría de nuevo a otras cincuenta rondas con Allie. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos en el pasillo como para poder oírnos hablar sobre la música, me detuve. No logré decir mi primer palabra antes que él.

—Luce, sé que dije algunas cosas allí que probablemente no debería haber dicho, y no traté a una mujer como un hombre debería, pero no puedo y no voy a tolerar que alguien, hombre o mujer, hable de mi chica así. —Me miró, con sus ojos pidiéndome perdón tanto como no lo hacían.

Sólo escuché dos palabras. —¿Tu chica? —repetí porque necesitaba confirmación.

Agarró mi cara, descansó su frente contra la mía. —Mi chica.

—¿Y la fecha de caducidad indicada en el título sería? —pregunté porque tenía que hacerlo. Era Jude Ryder. La leche dejada sobre el mostrador no expiraba tan rápidamente como las chicas de Jude lo hacían.

—¿Qué tal si lo tomamos un día a la vez? —respondió, aquel aliento cálido nublando mi mente otra vez.

Quería tanto besarlo que tuve que luchar contra cada impulso y el instinto primitivo para impedirme no entregarme al deseo porque necesitaba aclaraciones. Necesitaba respuestas. —Pensé que una chica como yo, del tipo que se casa —comencé, dándole una mirada—, tenía derecho a más de un día a la vez.

—Lo tienes —dijo, dejando ir mi cara y dando un paso atrás hasta que se encontraba apoyado contra la pared opuesta—. Pero yo no.

Procesar pensamientos lógicos era más fácil con él a un metro de distancia. —¿Es esta una de tus líneas para romper cuándo una chica te pide algo más que un permiso de veinticuatro horas, Jude?

Tocando la parte posterior de la pared con sus talones, miró por el pasillo. —No, esto es lo que contesto cuando la chica de la que me estoy

enamorando fuertemente, la única chica de la que me he enamorado duramente, quiere estar en una relación con alguien como yo.

Y estábamos de vuelta en la línea de salida. El conjunto Jude-no-merezco-nada-sino-pila-tras-pila-de-mierda lo llevaba sobre mi último nervio. —Sabes, Jude, eres la mitad de lo difícil que crees que eres —dije—, y dos veces más bueno de lo que esperas ser. Así que no trates de venderme lo de soy-una-cosa-cancerígena otra vez porque no lo compro.

Los ojos le brillaban cuando me miró. —No lo haces, ¿eh?

—Nop. Te conozco, Jude Ryder, y espero que alguien como tú pueda darle a alguien como yo, algo más que un día a la vez.

—Y luego ¿qué? ¿Quieres que haga algún comentario lame culo de que estaremos juntos siempre? ¿Que tomaremos nuestros último aliento juntos uno al lado del otro en la cama? —dijo, su voz suave.

—Soy realista —le dije—. Mentir y hacer promesas acerca de para siempre es casi tan malo como un día a la vez.

—¿Y entonces, mi dulce, hermosa y complicada Luce, qué quieres de mí?

Me quedé mirándolo, pero no me sentía segura de si podría tenerlo. No estaba segura de si una persona como Jude podría ser reclamado. —Eso es algo que yo sé y tú averiguarás.

—Oh, Luce —dijo, haciendo una mueca—, justo cuando pensaba que mejorabas, me ofreces una línea como esa.

—Ryder —advertí—, buen intento de intentar desviar el tren, pero estoy al volante y tengo el derecho de permanecer en las vías hasta que respondas a mi pregunta.

Golpeó la parte trasera de su cabeza contra la pared varias veces. —Está bien, así que algo entre un día a la vez y para siempre —dijo, buscando en el techo una respuesta que me tranquilice—. Pero quieres una respuesta sincera, ¿no?

—Sólo tendrías que aclararlo —gemí.

Asintió con la cabeza una vez, mirándome a los ojos. —¿Qué tal... —dijo, haciéndome tonta con la mirada en sus ojos—... estaré aquí, otro día y cada día, mientras tú lo quieras?

Finalmente conseguí aquel todo, sin embargo, mi corazón latía acelerado. —¿Y esa es la respuesta honesta?

Jude cruzó los dedos sobre el pecho. —Honestamente.

—Esa es una respuesta malditamente buena, Ryder —le dije, caminando hacia él. Era un momento de intimidad y vulnerabilidad, y la

pasión sin duda se encontraba allí también, pero todo lo que quería era estar en sus brazos. Las bocas se unieron, las manos explorando, ninguna otra cosa podría haber hecho el momento más devorante de lo que ya era.

Acercándome más, sus brazos me abrazaban como si fueran incapaces de dejarme ir. —Esta es una respuesta malditamente buena también, Luce.

Me reí en su camisa, preguntándome cómo un chico con su reputación podía oler a jabón y a sol y podía decir las cosas más dulces que había oído. Entonces fue cuando, como se convertía en un patrón en Southpointe High, tuve una revelación.

Nuestras reputaciones no dicen quién somos realmente, sólo lo que la gente dice que somos. Algunos de nosotros cayeron en aquella trampa, mientras otros lucharon su vida entera para liberarse de ella. Jude no era el chico malo con un futuro sin salida, más de lo que yo era la puta desagradable que todo el mundo decía. La diferencia entre nuestras reputaciones asignadas fue que Jude la aceptó como si fuera su penitencia por alguna fechoría.

—¿Así que crees que me conoces completamente? —preguntó después de unos minutos de silencio.

—Más o menos.

Jude asintió con la cabeza encima de la mía. —Está bien. Entonces, ¿cuándo es mi cumpleaños?

No tengo ni idea.

—¿Cuál es mi segundo nombre? —preguntó—. ¿Cuál fue el nombre de mi primera mascota? ¿Cuál es mi promedio? ¿Cuántos puntos he tenido? ¿Qué talla de zapato llevo? —continuó, lanzando un torrente interminable de preguntas, ninguna de las cuales sabía y todas eran impersonales y respuestas de una sola palabra.

—Así que tal vez lo que necesitamos es tener un día de P y R o algo para sacar todos los detalles fuera del camino —le contesté, preguntándome cómo podía saber tan poco de él, y sentir aún que nunca había conocido a alguien mejor—, pero sé lo suficiente como para saber que nada de lo que puedas decirme sobre ti, me podría hacer cambiar esto.

—No sabes cuánto me gustaría que fuera verdad —dijo sobre mi cabeza, pasando sus dedos hacia arriba y abajo de la longitud de mi espalda.



Mientras me debatía sobre si responder o simplemente dejar que cuelgue en el aire, algunas parejas llegaron corriendo por el pasillo.

—Ryder, hombre —llamó el tipo de delante, moviendo sus cejas a los dos presionados contra la pared—. Pensé que el vestuario era más tu dominio.

—Sigue corriendo, idiota —gruñó Jude, golpeando el aire detrás de su cabeza—. Morrison —dijo Jude, agarrando al segundo hombre corriendo—. ¿Cuál es el asunto? ¿Sus citas los persiguen con una alianza o algo así?

—Hay una carga de mierda de policía que acaba de llegar. Están buscando por todo el gimnasio y tenemos un problema de parafernalia sobre nosotros —dijo, dando golpecitos en el bolsillo de la chaqueta—. Podrías querer tomar la salida trasera si tienes el mismo problema.

Los brazos de Jude se tensaron a mí alrededor. —Mierda —maldijo por lo bajo. Empujándonos de la pared, agarró mi mano y empezó a correr por el pasillo—. Vamos, Luce. Tenemos que salir de aquí.

Mi estómago cayó. Ningún hombre inocente correría de la policía del modo que lo hizo. No podía creer que tenía drogas, porque había visto bastantes drogadictos en el patio, entre las clases de mi última escuela para reconocer los síntomas y Jude no presentaba ninguno, pero yo no tenía el coraje para creer que corría debido a algo peor. Solamente le dejé halarme por el camino porque huir de los policías con él era mejor que quedarse atrás.

Jude dobló a otro pasillo justo cuando, al final del primero, la banda de chicos corría hacia la puerta abierta de golpe con un flujo de linternas y gritos.

—Maldita sea —susurró Jude, empujándome más rápido por el pasillo. Me merecía algún tipo de medalla o premio por la velocidad en la que corría a pesar de la altura de los tacones que llevaba puestos.

—¿Te importaría decirme qué está pasando? —grité mientras empujaba una puerta de metal. Nos encontrábamos afuera, cerca del estacionamiento.

Dándose la vuelta, la cara de Jude lucía torturada. Nunca lo había visto tan deshecho. —Me tengo que ir, Luce. Y no puedo llevarte conmigo.

Tantas palabras querían salir, pero ninguna lo hizo.

La mejor respuesta que pude decir fue—: Ellos están aquí por ti.

Asintió con la cabeza, mirando entre yo y la puerta a través de mi hombro. —Y si estás conmigo, te van a llevar también.



Me mordí el labio, dándome cuenta de que me hallaba a punto de ser abandonada en la acera. —Está bien.

—Maldita sea, Luce, lo siento. Hice algo realmente estúpido —dijo, agarrando mis brazos.

Me hice una promesa a mí misma que no iba a llorar. Me obligué a mirarlo, mirándolo airadamente a la cara, lo que era una hazaña imposible. —Será mejor que te vayas entonces.

—Luce —dijo, rogándome por algo que no me disponía a dar.

—Sólo tienes que irte, Jude —dije en voz baja, mirando al estacionamiento.

Se inclinó, queriendo besarme o abrazarme, pero no me sentía lista para ser consolada.

—No —dije, dando un paso atrás—. Vete.

Su rostro se rompió, sombreando sus ojos casi al instante. Retrocediendo, mantuvo los ojos fijos en mí por un momento antes de girarse y correr como si el diablo acabara de llegar a Southpointe High.



12

Traducido por Juli_Arg

Corregido por Zafiro

Jude y el Chevelle tenían una ventaja de diez segundos antes de que una línea de ruidosos coches de policía llegara al estacionamiento después de él. Me quedé allí, congelada como un gnomo de césped, mirando todo como si no fuera la realidad.

El hombre del que yo pensaba que me había enamorado derrapó fuera de la zona de estacionamiento, golpeando los reductores de velocidad con tanta fuerza que el Chevelle volaba, mientras un escuadrón de coches de policía iba detrás, no podía ser verdad. Capté un breve atisbo de él antes de que saliera del aparcamiento y su rostro se veía extrañamente tranquilo. La única manera en que una persona pueda estar tranquila en una situación como ésta es porque ha estado en muchas otras antes, es como despertarte y ponerte tus pantalones una pierna a la vez.

Un montón de oficiales entraron por la puerta por la que acabábamos de salir y corrieron a la derecha por delante de mí, sin tener ni idea de que yo había estado asociada con Jude.

—Sospechoso de robo de vehículo se dirige al norte de la Avenida Hemlock —dijo la voz en el otro extremo del radio transmisor cuando el último oficial pasó junto a mí.

Robo. Robo de un auto.

Este último dato fue la gota que colmó el vaso. Me caí al suelo, envolviendo mis brazos alrededor de mis piernas y cerré los ojos, rezando para despertar.

—Así que aún no lo han hecho durante la noche —dijo una voz chasqueando la lengua mientras un destello de tela metálica roja entró en la vista—. Déjame adivinar —dijo Allie, despreciándome—, ¿en el armario del conserje?

No necesitaba esta mierda ahora mismo.

—¿No? Entonces en el vestidor de las chicas, ¿no? Esa es una de las favoritas de Jude.



Yo era una chica dura, pero esta noche fue más que difícil. No tenía lo que hacía falta para pasar por esta montaña de mierda.

—Está bien, así que fue en el sofá del despacho del director.

—¡Fuera de aquí! —le dije, en mis brazos cruzados.

—¿Cómo se siente? Ser dejada en la acera como el pedazo de basura que eres —dijo, de rodillas junto a mí—. Por lo menos cuando terminaba de follarme, tenía unos pocos minutos de caricias y una cama cálida.

—Allie —gritó una voz desde atrás—. La fiesta en lo de Morrison está recién empezando. No querrás llegar tarde.

—Bueno, si es Sawyer Diamond cabalgando en su caballo blanco. —Se rió Allie. Sawyer llegó a mí alrededor, con la chaqueta colgando de un hombro—. ¿Esperas anotar con las sobras de Jude? Porque apostaría a que está madura para un rollo de rebote en la cama ahora mismo.

—Maldita sea, Allie —dijo Sawyer, agarrando su codo y dirigiéndola lejos, cojeando en su tobillo malo—. Es mucho más fácil estar a tu alrededor cuando estás destrozada, en tu forma alegre es mejor mantenerte lejos.

—No eres divertido —dijo ella, tratando de quitar su codo fuera de su alcance.

—¡Conner! —le gritó Sawyer a un hombre que subía a una camioneta cuya parte trasera desbordaba con estudiantes—. ¿Tienes sitio para una más?

—¿Se ve como que lo tengo, Diamond? —gritó de nuevo Conner, acelerando su motor—. Hay sólo un sitio en un regazo.

—Eso es perfecto —respondió, entregándole a Allie a otro chico en la camioneta que la montó sobre él. A ninguno de los dos parecía importarle el acuerdo del regazo.

—¿Nos vemos en lo de Morrison? —llamó Conner por la ventana mientras el circo humano salió del estacionamiento.

—Tal vez más tarde —dijo Sawyer, tocando la caja de la camioneta, cuando pasó de largo.

Acercándose, se puso en cuclillas junto a mí, balanceando su chaqueta sobre los hombros encorvados. —¿Lucy? ¿Estás bien?

Decidir con quién preferiría estar encerrada en un armario ahora mismo, Sawyer o Allie, era como escoger el menor de dos males. —Estoy fantástica —le respondí, con mi cabeza todavía acurrucada en mis rodillas—. ¿Podrías darme algo de espacio, Sawyer?

—No —dijo, pasando rápidamente junto a mí—. Eso no va a suceder.

—Está bien, te lo pedí agradablemente una vez, pero no lo haré otra vez —le dije, el calor goteando en mi torrente sanguíneo—. Vete. Lejos.

—Tal vez no me escuchaste la primera vez. No.

¿Todo lo demás se había ido al infierno esta noche, por qué no esperaría que Sawyer fuera con la corriente infernal?

—Si estás esperando las sobras, puedes dejar de esperar ahora —comencé—. Si estás ofreciendo ser un hombro para llorar, no lloro. Si estás esperando decirme “te lo dije” o convencerme de lo perdedor que es Jude, guarda tu respiración. Si...

—En realidad —interrumpió Sawyer—, sólo quería asegurarme de que llegues a casa a salvo.

Silencio. Mortal.

—Sawyer, lo siento —le dije, sintiéndome como un ser humano terrible—. Estoy muy enojada y la tomé contigo porque eres el único aquí adelante con quien tomarla.

—Tengo tres hermanas mayores —dijo, empujándome—. Estoy acostumbrado a esto.

Girando mi cabeza, lo miré. Sonreía abiertamente, mirándome como si fuéramos buenos amigos. Necesitaba a un buen amigo.

—¿A tu cita no le importará si me llevas a casa? —le pregunté, mirando alrededor por alguna mujer sola flotando en la distancia.

—Vine solo —dijo, haciendo saltar sus hombros.

—Oh —dijo, sentándome. No sabía mucho de Sawyer Diamond aparte de saber que no era el tipo de hombre que iba solo a los bailes por necesidad—. ¿En serio?

—Realmente esperaba ir con esta chica —dijo, mirando por encima de mí—, pero terminó yendo con otro tipo.

Exhalé, mirando hacia el espacio vacío en la parte posterior del estacionamiento. —¿Algún otro tipo que la abandonó debido a que los policías fueron tras él?

—Algo así —dijo, poniéndose de pie—. Vamos, deja que te lleve a casa para que puedas poner fin a esta noche. —Extendió su mano para que la tome, y sentí natural aceptarla. Como si no luchara con cada fuerza de la naturaleza en este universo y el próximo, por mantener un asimiento de ello.

Poniéndome de pie, me quité el polvo y alisé las arrugas de mi vestido. —Estoy tan aliviada de que hayas llegado y te hayas hecho cargo de la situación con Allie, que podría darte un beso ahora mismo —le dije, antes de darme cuenta de lo que había dicho y a quien se lo había dicho.

Por supuesto que él no podría sólo reírse de ello o fingir que no lo había oído todo. —Y felizmente obligaría.

Traté de reírme de su respuesta, pero el resultado fue muy malo. Sonaba más como la histeria del permanentemente torpe.

Otros pocos segundos de risa digna y Sawyer inclinó la cabeza. —Estoy aquí —dijo, agarrando mi mano y caminando conmigo a través del estacionamiento.

Su mano era cálida y fuerte, pero un poco blanda para un chico. Bajando la mirada a nuestras manos entrelazadas, la mía parecía encajar perfectamente en la suya, pero se sentía mal.

Deslizándonos hasta un elegante coche blanco, abrió la puerta del pasajero. Levanté mis cejas.

—Estoy pasado de moda —explicó—. No lo digas.

—Además, tienes tres hermanas mayores. —Me deslicé en el asiento, mirándolo.

—Exactamente —dijo antes de cerrar la puerta—. ¿Hacia dónde me dirijo? —preguntó mientras se arrastraba en el asiento del conductor y giró la llave de nuevo.

—Vivo a través del lago en Sunrise Shore —le dije, tratando de no pensar en lo que había estado haciendo hace una hora, en esta misma zona de aparcamiento. Traté de tragar el nudo asfixiante en mi garganta mientras Sawyer salía fuera de la zona de estacionamiento, dejando tras de sí unos pocos buenos y un montón de malos recuerdos.

—Tomaré un helado con chocolate caliente con chocolate extra y dos cerezas en la parte superior. —Sawyer me miró a través del asiento, levantando las cejas.

—Eso va a ser tres cincuenta y ocho en la primera ventana —crujió el altavoz trasero.

—Realmente, no tengo hambre —le dije mientras Sawyer salió adelante. No podía imaginar comer en estos momentos.



—No tienes que tener hambre para disfrutar de las propiedades curativas de una montaña de helado y un río de chocolate —dijo, sacando su billetera fuera del bolsillo trasero. Le entregó a la cajera uno de cien y ella lo miró como si no hubiera delito mayor en el país de la comida rápida.

—Y yo aquí bajo la creencia de que el helado te engorda —le dije, tratando de fingir que mi corazón se hallaba en lo que Sawyer hacía para animarme. Nada, ni siquiera un pase VIP a Disneyland, podía saltar por encima de ese obstáculo.

—Tonterías —dijo, entregándome un helado tamaño gigante—. El helado hace que cualquier situación, especialmente de este tipo, al menos, sea el cincuenta por ciento mejor. —El cajero le entregó una cuchara que él clavó en la montaña de crema batida, esperándome. Los autos se alinearon detrás de nosotros, pero obviamente no se movería hasta que yo diera un mordisco.

Hice rodar mis ojos y hundí la cuchara. Era sólo una cucharada de crema batida, con un toque dulce de azúcar, pero Sawyer tenía razón. Me sentí mejor, no mejor como para levantarte en tu asiento y alzar las manos al cielo, pero lo suficiente para contar.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí con la cabeza lentamente. —Mejor.

—Bueno, mi misión aquí ha terminado. —Con eso, Sawyer puso el coche en marcha y salió rápido del autoservicio como si estuviéramos viajando por Rodeo Drive.

Tomando una cucharada de helado, eché un vistazo hacia él. Lo notó.

—¿Qué tienes en mente, Larson? —preguntó, tratando de sonar como si estuviera hablando con uno de sus compañeros, pero no me miraba como a uno de sus amigos.

—No quieres saber —le respondí con la boca llena de helado.

—Claro que sí.

Di otro mordisco, así podría pensar en algo diplomático para decir. Sí, nada venía a la mente.

—Lo que quiero decir con que no quieres saber es que no quiero decirte. —¿Por qué tengo que ser tan francamente honesta?

—Oh —dijo, girando hacia Sunrise Drive—. Cambiemos de tema, entonces.



Guardó silencio durante un kilómetro más o menos, sin presionar. Cualquier otro estudiante del instituto habría exigido cada detalle del drama del evento de esta noche. Otro punto para Sawyer. Había marcado muchos esta noche, y empecé a darme cuenta de que había sido rápida para juzgarlo, como todo el mundo lo había hecho conmigo. No era el atleta cliché de preparatoria. Quiero decir, realmente hacía deportes y llevaba una gran cantidad de polos de marca, pero también era atento y amable y ayudó a una chica cuando nadie más lo haría.

Sawyer Diamond se encontraba en peligro de ser etiquetado como un chico bueno en mi libro.

Nos detuvimos en la entrada de mi casa un minuto más tarde y me sorprendí al encontrar que había terminado casi la mitad de la tina de helado. Estaría bailando el culo mañana por la mañana. Literalmente.

—Gracias por el paseo, Sawyer —le dije, dándome vuelta en mi asiento—. Estoy segura de que hay alrededor de mil otras cosas que preferirías estar haciendo en la noche de regreso a casa, pero significa mucho para mí.

—En este momento —dijo, desabrochando su cinturón de seguridad e inclinándose hacia mí—, no hay ningún otro lugar donde prefiera estar.

Me obligué a no rodar los ojos en esa línea. Un punto hacia adelante y un punto hacia atrás señor Diamond.

—Buenas noches —le dije, agarrando el mango.

—Espera, Lucy. —La mano de Sawyer tomó la mía—. He estado yendo y viniendo todo el viaje aquí sobre si es conveniente o no decirte nada, pero no sería un amigo muy bueno si no lo hago. —Tomó la cubeta de helado deritiéndose y lo puso en el asiento trasero—. Sé que te gusta Jude, y tal vez eso es en tiempo pasado después de esta noche.

Ese hoyo en mi estómago volvió, el helado estaba condenado.

—Sawyer —comencé, con ganas de pararlo porque no me sentía segura de querer saber todo lo que era Jude, porque entonces no podría tener ninguna excusa para quedarme con él.

—No es el hombre adecuado para ti, Lucy —comenzó, pero algo en la mirada que le di o la ira empezando a irradiar fuera de mí lo detuvo.

—Yo voy a decidir quién es y quién no es el adecuado para mí, Sawyer —le dije, dándole otro empujón a la puerta.

No me soltó la mano. —No, espera, no te vayas así, Lucy —dijo, tomando una respiración profunda—. Tienes razón. No tengo que decirte qué hacer o de quien tienes que mantenerte alejada.



Condenadamente correcto, mi voz interior respondió.

—Pero hazme un favor. La próxima vez, si hay una próxima vez, que veas a Ryder —Sawyer hizo una pausa, mirando como si estuviera librando una batalla que se encontraba a punto de perder—, pregúntale sobre Holly.

Aquella sensación punzante me ponía los pelos de punta. —¿Quién es Holly?

—Esa es una historia sobre la que tiene que contarte Jude, no yo.

¿Y se suponía que las mujeres eran criaturas exasperantes? Ya era hora de otro censo. —¿Entonces por qué la mencionaste?

—Porque tienes derecho de saber en lo que te estás metiendo.

Sabía que tenía el derecho, pero no estaba segura de querer reclamarlo. No había nada más que decir. —Buenas noches otra vez —le dije, saliendo del coche. Me dejó ir—. Gracias de nuevo por el viaje.

Me sonrió. —Gracias por dejarme darte un paseo —dijo—. ¿Nos vemos el lunes?

Me deslicé en mi suéter. —A menos que la costa oeste caiga en el océano.

—Entonces, con todas las catástrofes naturales, personales y económicas a un lado, ¿nos vemos el lunes? —Su sonrisa infantil me hacía sonreír, era imposible de resistir.

—Sólo saca el infierno fuera de aquí, Diamond —dije, cubriendo mi sonrisa cuando cerré la puerta.

Dando un saludo, Sawyer dio la vuelta al camino de entrada y agitó la mano mientras se iba.

Vi a su auto irse hasta que sus luces traseras fueron devoradas por la noche, tratando de decidir lo que sentía por Sawyer. Por su buena apariencia, sería el candidato perfecto para el premio al joven del año, pero hay algo más, algo que todavía no podía identificar, que hacía que el pelo de mi nuca se erizara cada vez que me encontraba a su alrededor. No era nada más que un instinto, pero era algo que no podía ignorar.

Preguntándome por qué seguía de pie en medio camino de la entrada contemplando algo sobre Sawyer Diamond en la medianoche, sacudí mi cabeza para aclararla y me di la vuelta para entrar.

Una luz aún se encontraba encendida en la sala de estar. Un encogimiento era total cuando abrí la puerta principal. Por supuesto que era mamá, encorvada sobre su escritorio en su computadora portátil.

Sus hombros se levantaron cuando la puerta se cerró detrás de mí.

—Hola, mamá —le dije, porque mientras más rápido esto comenzara, más rápido podría terminar.

Girando en su silla, se quitó las gafas y me miró. Realmente me miró, como si no me hubiera visto en años y tratará de memorizar cada línea y plano de la Lucy de diecisiete años de edad.

—¿Fue un chico diferente quien te dejó del que te ha llevado? —No había rabia, ni hielo en su voz, sólo preguntó.

Asentí, deslizándome de mis tacones y pateándolos a un lado.

—¿Y la razón de esto es...?

No tenía una respuesta. No sólo para ella, ni siquiera para mí, pero me esperaba.

—Creo que todavía ni siquiera sé por qué —le contesté, mirando hacia las escaleras. No quería nada más que lanzarme en un pijama y ahogar esta noche completa con algún sueño.

Mamá se mordió el labio, enfrentándose a algún debate. —¿Te lastimó? —escupió, mirándome casi tan asustada de la pregunta como de mi respuesta.

Una vez más, hay una respuesta fácil para esto, pero yo sabía lo que quería decir exactamente. —Por supuesto que no —le contesté, en dirección a las escaleras.

—Lucy —dijo, parándose.

—Mamá, sé que estoy en graves problemas —le dije, apoyando mi mano en la barandilla—. Sé que estoy castigada hasta el día en que cumpla los dieciocho por mentirte y escaparme esta noche, pero en este momento sólo quiero ir a la cama y olvidar que esta noche alguna vez ocurrió. ¿De acuerdo? —Por tercera vez esta noche, me sentía a punto de llorar. Eso era inaceptable.

—Está bien —dijo, sentándose de nuevo—, pero quería decir lo que dije, Lucy. Puedes hablar conmigo si lo necesitas.

—Sí, está bien. Gracias —le dije, arrastrando los pies por las escaleras.

—Y ¿Lucy? —gritó detrás de mí—. Tenías razón, estás castigada, pero sólo hasta el final de la semana.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que mi madre y yo acabábamos de tener una conversación constructiva.

13

Traducido por Monikgv

Corregido por moni.music

Temía poner un pie en los pasillos de Southpointe el lunes en la mañana —qué rumores se habían desatado durante el fin de semana, cuáles verdades fueron confirmadas, y qué nueva reputación me esperaba.

Esa podría ser la razón por la que me quedé encerrada en el Mazda después de haber aparcado en mi espacio. Me convencí a mí misma de que no me había acobardado, simplemente disfrutaba de las últimas canciones de mi nuevo CD, pero el hecho de que me había puesto mis lentes de sol con forma de ojos de gato y que me encorbaba hacia abajo, era cobardía sin ninguna duda.

Sabía que la primera campana sonaría pronto porque el aparcamiento se encontraba mayormente lleno de autos y vacío de estudiantes, pero aún no podía alejarme de la seguridad de mi auto. Me había preparado durante todo un día para este momento, salir delante de todo el mundo que sabía lo que había pasado la noche del sábado, con la cabeza en alto y mucha confianza, pero no funcionaba.

De nuevo contemplando las ventajas de la educación en casa, encendí el auto de nuevo, concluyendo la calificación del día de hoy como un día libre. No pude pensar en un momento en el que me sintiera más enferma.

Revisando mi espejo retrovisor, puse al Mazda en reversa, encontrándome a mí misma con la esperanza de echarle un vistazo a alguien a quien no debería. Entonces, algo brilló en mi visión periférica mientras un golpe en mi ventana le siguió.

Ahí se encontraba Sawyer Diamond, sonriéndome como si fuera la mañana de un lunes cualquiera, sosteniendo un ramo de flores. Me saludó con la mano. —¿A dónde crees que vas?

Bajé mi ventana. —A cualquier lugar menos aquí.

—¿Y la razón es? —dijo, dándome las flores a través de la ventana. Era un ramo mixto envuelto en papel de estraza y una cuerda comprada en una de esas elegantes boutiques sin duda. Eran hermosas, pero no

sabía si me sentía lista para aceptar flores de Sawyer o de lo que aceptar esas flores significaría.

—Estoy contemplando establecer nuevas metas y convertirme en desertora de la escuela —le dije, mirando hacia la escuela—. Escuché que hay una escuela de belleza genial en el centro de la ciudad.

Sawyer se rió, inclinándose en mi puerta. —Sí hay una, de hecho, pero es para chicas que quedaron embarazadas o que no saben diferenciar la parte trasera de la portada de su libro de álgebra.

—Suenas perfecto —dije, tomando fuertemente el volante, tratando de fingir que un par de chicas que pasaban a un lado de nosotros no susurraban una a la otra sobre mí. No fue fácil dado que lanzaron al menos cuatro miradas de reojo en mi dirección antes de que se perdieran de vista.

—Vamos —dijo Sawyer, inclinándose sobre mi regazo y arrebatando las llaves fuera de la ignición—. Hora de ir a clases.

—Dame eso —le ordené, tratando de quitárselas.

—Puedes tenerlas de vuelta después del sexto periodo —dijo con calma, guardándolas en su bolsillo. Por el brillo en sus ojos, no pude decir si lucía más entusiasmado sobre la posibilidad de que yo tratara de tomarlas o sobre tenerme de rehén aquí todo el día.

—Sawyer —gemí, calculando cuánto tiempo me llevaría el caminar hasta mi casa—. No necesito esto en este momento.

—Sí, como que sí lo necesitas —dijo, moviendo mi puerta abierta—. He visto las vidas de muchas chicas descarrilarse gracias a un respetable ciudadano. —Lo fulminé con la mirada a través de mis ojos de gato, quien no será nombrado, editó, tendiéndome la mano—. No quiero ver a otra más.

—Todos van a estar mirándome y hablando y susurrando durante las clases sobre mí. Necesito estar en un mejor estado mental para manejar ese tipo de ridículo.

Tomó mi mano en la suya y la apretó. —No, no lo harán —prometió—. No los dejaré.

—¿No los dejarás? —repetí, mirando su mano alrededor de la mía—. ¿Qué eres, el padrino de la mafia de Southpointe?

—Mis antepasados eran Menonitas o algo así, así que no estamos muy interesados en la cosa de la mafia —dijo, pasando a través de mi regazo y tomando mi bolso—. Pero dame un poco de crédito. He acumulado mucha influencia en esta escuela con los años. —Dándole un tirón a mi mano, señaló hacia la escuela.

—Déjame adivinar, es tu atractivo juvenil y tu sonrisa —dije, deslizándome fuera de mi asiento y cerrando la puerta. No podía creer que era obligada a asistir a clases por Sawyer.

Me sonrió. —Mi familia es dueña de un agradable lugar junto al lago y he hecho algunas fiestas geniales a través de los años.

—Ah —le dije, mientras unos chicos lo saludaban a través del patio. Los saludó, y continué—. Nada como el señuelo del alcohol y nada de acompañantes para convertirte en el dios del mundo de los adolescentes.

—Precisamente. —Se rió, abriendo la puerta para mí. Después de pasar los detectores de metales, Sawyer seguía justo a mi lado, dando vuelta por el pasillo—. Creí que tenías que estar con el cuerpo académico estudiantil en el primer periodo —le dije, mientras unos estudiantes pasaban a nuestro lado, chocando manos con Sawyer y apenas notándome. Era como si él fuera un dispositivo de camuflaje personal.

—Así es.

—¿Entonces por qué vienes a Literatura conmigo?

—Porque quiero —dijo sin detenerse.

Era un poco extraño, Sawyer pegado a mí como pegamento, trayéndome flores, y todo el rollo, pero me sentía más firme con él a mi lado, con los pies en la tierra. Y necesitaba tener los pies sobre la tierra para pasar un día como éste.

—¿Y el Sr. Peters va a estar de acuerdo contigo paseándote por la clase y pasando el rato como si fueras el dueño del lugar? —Sawyer tenía influencias, pero no tantas.

—No creo que le importe.

—¿De verdad? —dije, deteniéndome fuera de la puerta de la clase.

Me dio una sonrisa tímida. —Mi papá está en el consejo escolar. Mi abuelo estuvo antes que él. Mi familia ha cavado más de metro y medio de profundidad dentro de esta escuela.

Increíble. —Bueno, entonces —dije, moviendo mi brazo a través de la puerta—, después de ti.

Deslizándose a través de la puerta, tomó mi mano y me llevó consigo. Todos en clase alzaron la mirada, mirando entre nosotros como si no estuvieran muy seguros de lo que pasaba, pero casi se podía ver a la mitad de la clase haciendo poco caso de inmediato y la otra mitad mirando otro segundo y volviendo a tomar sus libros de texto. ¿Qué clase de influencia tenía Sawyer aquí en Southpointe y cómo podría replicar ese elixir?

—Hola, Sr. Peters —saludó mientras nos guiaba hacia un par de asientos en la parte de atrás del salón—. Me voy a sentar aquí esta mañana.

Los ojos del Sr. Peters cayeron sobre mí en una manera que yo reconocía, incluso él sabía lo que había pasado en el baile de bienvenida, antes de asentir a Sawyer.

—Espero que disfrute los puntos más finos de la literatura, Sr. Diamond —dijo, volviéndose hacia el pizarrón.

Me miró, sus ojos brillaban. —Oh, lo haré Sr. Peters —dijo—. Lo haré.

Los siguientes tres periodos fueron de igual manera, a pesar de que dije “de ninguna manera” a Sawyer cuando trató de venir conmigo. No era porque no me sentía agradecida por todo lo que ha hecho, cómo suavizó lo que debió haber sido un día infernal, pero no podía llevarlo a todas partes como si fuera una manta de seguridad durante todo el año. Me dio la luz de la confianza que necesitaba para pasar el resto del día.

No era totalmente inmune a las miradas de lado o las voces silenciadas, pero eran una fracción de lo que había anticipado y sabía que eso tenía que ver con Sawyer. Me encontraba en deuda con él, pero no sabía si eso era algo que quería.

Taylor se veía como si su cabeza estuviera a punto de estallar en el momento en el que yo serpenteaba hacia nuestra mesa en la cafetería. Después de haber ignorado sus primeras cinco llamadas el domingo en la mañana, sólo apagué el teléfono. No sería capaz de esquivar sus preguntas por más tiempo.

—¿Se te cayó tu teléfono en el servicio o algo así? —preguntó antes de siquiera haberme sentado.

—Mi batería murió y no pude encontrar mi cargador —le dije, sonriendo inocentemente como ella. ¿Se consideraba una mentira si lo había hecho para mantener a bocas chismosas como la de Taylor en la oscuridad?

Su rostro cambió, realmente se la creyó. —Pobrecita —dijo Taylor, apoyando su mano en mi brazo—. Como si tu fin de semana necesitara ponerse peor.

Le dije “mm-hmm” a través de un sorbo del jugo de naranja.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —dijo, inclinándose más cerca. Lexie y Samantha dejaron caer sus ramas de apio y se inclinaron sobre la mesa.



Yo sólo quería acabar con esto. No cesarían hasta que me sacaran toda la información, y sabía que si no les daba lo que querían, las mentiras serían creadas para llenar los espacios vacíos.

—¿Por dónde quieren empezar? —les pregunté, poniéndole la tapa a mi jugo de naranja.

—¿Sabías que él había robado el auto? —susurró Taylor, mirando con complicidad alrededor de la mesa.

—Por supuesto que no —les respondí ofendida, hasta que me di cuenta de que mi respuesta las había decepcionado. En los libros de esas chicas, sería al menos uno o dos tonos más genial si hubiera estado al tanto o hubiera sido parte de toda la cosa del robo del auto.

—¿Has hablado con él?

Me dolía pensar en él; dolía aún más admitir que no había escuchado nada sobre él.

—Nop.

Taylor y sus apóstoles lucían decepcionadas de nuevo. —El rumor por aquí es que evadió cerca de cien autos de policía, devolvió el auto a su dueño, y luego caminó directo hacia el precinto del centro y se entregó a sí mismo —dijo Taylor, moviendo y sacudiendo sus manos tan neuróticamente que me deslicé unos centímetros hacia atrás—. ¿Qué escuchaste tú, Lucy?

—Un montón de nada —le contesté, ya agotada por la gran inquisición y sólo llevábamos tres minutos de la hora del almuerzo. A penas empezábamos.

—¿Entonces es cierto que sólo te dejó atrás? —preguntó Lexie, masticando la punta de su palito de zanahoria. Estas chicas comían más malditos vegetales crudos que una familia de conejos.

—Sip —dije, mirando sobre mi hombro, rogando por algún tipo de distracción—. Fue trágico.

—¿Cómo llegaste a tu casa? —preguntó Lexie, moviendo su zanahoria.

Iba a contestarle cuando Taylor me sonrió, arqueando una ceja. —Escuché que te llevaron al instante en un cierto BMW 325i.

—Ni siquiera sé que significa eso —dije, mirando hacia atrás de nuevo. Aún nadie viene a mi rescate. Rayos, a este punto de la interrogación, no me importaría que fuera un loco enmascarado llevando una motosierra sobre su cabeza.

—¿Sawyer te llevó a tu casa? —La zanahoria media masticada cayó de la mano de Lexie.

—¿Sí?

Levantándose rápidamente de su silla, Lexie me miró. —¿Cómo?, Lucy Larson sin duda ha hecho sus rondas alrededor de Southpointe, ¿verdad? Todo en una sola semana. —Afilando su mirada hacia mí, se giró y salió de la cafetería.

—No te preocupes, ya se le pasará —dijo Taylor, moviendo sus manos en el aire—. Ella y Sawyer salieron durante un par de años y tuvieron una desagradable ruptura unas semanas antes de empezar las clases.

—¿Dos años? —dije, teniéndole un nuevo respeto a Sawyer. Un compromiso de dos años con el genio que era Lexie Hamilton debió haberle garantizado un asiento entre los dioses—. Ella me odia. Me va a odiar por un largo, largo tiempo.

Enroscando su dedo hacia mí, Taylor se inclinó. No me moví más cerca. —Lexie odia a todo el mundo. Sólo no le digas que te lo dije.

—Que bien por ella —dije.

—Guau, Lucy Larson —dijo Taylor, sacando unos polvos compactos de su bolso—. De alguna manera, te las arreglaste para domar al indomable de Jude Ryder, por poco tiempo pero lo hiciste, y luego pasaste directo al soltero más cotizado y codiciado a-ser-marido de Southpointe. Eres oficialmente mi héroe.

Samantha soltó una risita. —¿Estás buscando aprendices en este momento?

—Sólo los moralmente perjudicados —murmuré, mientras Taylor se empolvaba la nariz y Samantha tomó un sorbo de su refresco de dieta con una pajita. Me encontraba rodeada de un conjunto de futuras esposas de Stepford, con suéteres color duraznos y cremas. ¿Qué demonios hacía?

—Sawyer alucinante Diamond —dijo Taylor, sacudiendo la cabeza.

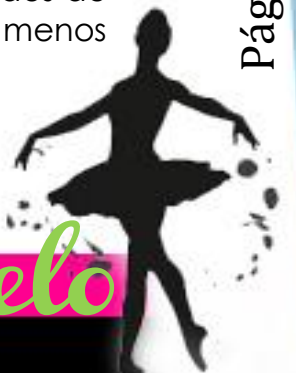
—Increíble.

—Lo soy, ¿no?

No se cuál de las tres saltó más, pero los polvos compactos de Taylor se hicieron añicos al caer al suelo, así que ganó algún tipo de premio.

—Dios, Sawyer —dijo Taylor, recogiendo los triángulos destrozados de polvo—. No vuelvas a atacar sigilosamente a un grupo de chicas a menos que quieras obtener un codazo en las pelotas.

Él se tocó la cabeza. —Anotado.



—¿Qué quieres? —preguntó Taylor, derritiéndose un poco bajo su sonrisa.

—Vine a pedir prestada a Lucy. —Sus manos apoyándose sobre mis hombros—. No les importa, ¿verdad chicas?

—Eso depende —dijo Taylor, mirando las manos de Sawyer en mí.

—¿De qué?

Taylor me deslizó una mirada. —De para qué vienes a pedirla prestada.

—Los negocios de un hombre son solo de él —le respondió, tirando de mi silla.

—Excepto cuando no lo son —dijo Taylor en voz baja, antes de hacer un túnel con sus manos y susurrarme al oído—. Espero un reporte completo.

Saltando de mi silla, me despedí de Taylor y Samantha y me volví hacia Sawyer.

—Sácame de aquí —articulé.

Me tomó de la mano y me llevó fuera de la cafetería. —Vamos.

Si esto es lo que tener cada cabeza volviéndose hacia mí, con ojos escandalizados se sentía, no quería nunca tomar ese puesto. No entendí cuál era el gran problema con el hecho de Sawyer y yo caminando juntos, pero ellos sí. Probablemente tenía que ver con él tomándose de la mano, la cual debí haber alejado, y los rumores que se formaron y fueron escritos en el libro de los hechos después del baile de bienvenida.

Una vez que estuvimos fuera de la cafetería, exhalé. —Gracias.

—Te veías como si tuvieras dolor físico allá dentro —dijo, llevándome a un pasillo más tranquilo—. Tenía que salvarte de eso.

—Estoy feliz de que lo hicieras —le dije, mirando alrededor. No había nadie cerca y sabía que si alguien pasaba por aquí, Sawyer y yo juntos en un pasillo despejado comenzaría una nueva ronda de rumores—. ¿Por qué lo hiciste?

Inclinándose en unos casilleros, Sawyer metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones. —Quería disculparme —comenzó, tomándose por sorpresa—, no debí haberte dicho nada, bueno o malo, sobre Jude. Cualquier relación que tuvieron no era de mi incumbencia. Siento haber tratado de meterme.

Su disculpa me tomó por sorpresa, pero escuchar el nombre de Jude me afectaba más. Cada vez que lo escuchaba, otra daga se clavaba en mi corazón. Se convertía rápidamente en un alfilerito.

—No estoy segura de si alguna vez hubo una relación —admití, dejando que mi cabeza cayera contra la pared—, y si hubo una, ya no hay más.

Debía ser porque él había robado un auto, o porque había sido arrestado más veces de las que podía contar con las dos manos, o porque personificaba todo lo que a las chicas se nos enseñaba a mantener lejos desde que estábamos en primaria. Pero no era por ninguna de esas razones. Yo conocía a Jude y no tenía ninguna relación porque si en serio se hubiera entregado, no se habría tomado la molestia de llamarme primero. Ni para asegurarse de que había llegado bien a mi casa ni para explicarme que demonios había pasado el sábado en la noche. Si tuviéramos algún tipo de relación, Jude se habría preocupado lo suficiente por contactarme, pero no lo hizo.

—Lo siento, Lucy —dijo Sawyer, volviendo su cabeza y mirándome.

—No, no es cierto —dije, riendo sobre el hecho de que Sawyer había sido con quien me había abierto sobre Jude, pero sabía que tenía que ver con la manera en la que su rostro siempre era cálido y sus ojos nunca me juzgaban.

—Lo siento por ti y el dolor que esto te ha causado —dijo—. Pero no me siento mal por Ryder. Me puede besar el trasero la próxima vez que lo vea.

Otra daga justo a través del ventrículo izquierdo. —Me gustaría ver eso.

—Quédate atenta —dijo mirando lejos—, que tal vez sí. Jude Ryder finalmente podría recibir una dosis de su propia medicina antes de que todos vayamos a la universidad y él se quede atrás como un desperdicio del espacio condenado de por vida.

14

Traducido por Monikgo

*Corregido por Suelick**

La segunda semana de clases fue diez veces menos dramática que la primera. De hecho, me sentía como si me estuviera estableciendo en un patrón de normalidad, cuando me abrí camino a través del detector de metales, el viernes en la mañana. Obtuve As en todas mis clases, era un poco difícil pero cuando se calcula que uno es igual a uno y que el escribir preguntas, era tan difícil como saber que pasaría en mi último año.

También me había unido al equipo de baile, ignorando las advertencias de Taylor, sobre que mi popularidad bajaría al menos un cincuenta por ciento e ingrese al club del Medio Ambiente, el cual según ella haría caer el otro cincuenta por ciento que faltaba.

Ahora era cero por ciento popular.

Incluso he tenido que poner algunos límites entre la Srta. Taylor y sus amigas, tratando de respetarse la mayoría de días. Hasta mamá y yo habíamos tenido un par de conversaciones tranquilas.

La vida no se había sentido así de normal en años, y mientras había llorado por normalidad hace tanto tiempo, debí haberme sentido cautivada por ella, pero no lo hacía. Sabía que tenía algo que ver con cierta persona de la cual aún no había escuchado nada, y era a la que debía evitar desde hoy hasta mi muerte, pero había aprendido de la manera difícil que el corazón quiere lo que el corazón quiere. Y yo quería a Jude.

Pero no dejaría que me tenga, como un padre que no dejaría a su hijo comer un segundo pedazo de pastel porque sabe que no es lo mejor para su goloso, amado e impulsivo hijo. No podía dejar que mi corazón tuviera lo que más quería porque sabía que eso lo llevaría a su destrucción.

—Buenos días, hermosa.

Le di un codazo a Sawyer mientras nos instalábamos en nuestra rutina matutina.



—Vete feo, y no vuelvas hasta que se te ocurra algo mejor que decir.

—Sólo espera, he trabajado en unas cuantas frases y creo que vas a estar bastante impresionada el próximo lunes —me respondió, entregándome mi café con leche y chocolate de las mañanas que había comenzado a traerme hace un par de días atrás.

—Lo dudo —le dije.

—Tú diciéndome feo cada mañana, eso realmente podría herir mi delicado ego, si no estuviera seguro de que sólo estás bromeando —dijo saludando con la cabeza a un par de compañeros del equipo de fútbol que pasaban de largo.

—O si no, estás realmente seguro de que no eres feo.

—¿Estás diciendo que piensas que soy ardiente? —preguntó sonriéndome malvadamente.

—Si eso es lo que escuchaste, necesitas un par de audífonos —le dije tomando un sorbo de mi café—. Simplemente confirmaba que no eres feo.

—Creo que ese es el peor cumplido que me han dado —dijo abrazándome y juntándome hacia él.

La relación con Sawyer era fácil, la mayor parte del tiempo, pero cuando se iba por otro camino, siempre trataba de atraerme en un incómodo abrazo o me tocaba con cierta mirada en sus ojos.

—¿Cómo está tu tobillo Diamond? —Una voz gritó detrás de nosotros. Una voz que me congeló los pies al suelo, pero que me derretía en cualquier otro lugar.

Viniendo hacia nosotros, Jude se cruzó de brazos, mirando fijamente el brazo que Sawyer tenía a mí alrededor, antes de mirarme. Nunca había recibido una mirada tan llena de emociones. Jamás me habían mirado de esa manera, haciendo que mi respiración se hiciera lenta y dolorosa a la vez.

Levantando un hombro, Sawyer miró hacia su tobillo vendado. —Tratando de sanarse.

Los ojos de Jude no dejaban los míos. —Hablabas de tu otro tobillo.

Tomándolo por sorpresa, Sawyer hizo una pausa. —Está bien —respondió.

—¿Quieres tomar este camino? —le preguntó Jude, avanzando hacia nosotros, mientras todavía me miraba. El moretón en su mejilla todavía se veía igual. Yo no sabía que esperar de una persona que había estado una semana en prisión, la cual pudiera haber salido luciendo

diferente, tal vez ese hubiera sido el caso, pero para alguien que había estado en prisión trece veces hasta ahora, era como un día más en el parque.

—Tienes tu brazo en algo mío —dijo Jude, sus ojos destellaron cuando miró a Sawyer.

—Creo que esta propiedad cambió de dueño cuando tú la dejaste botada en la acera. —Sawyer trató de sujetarme juntándome hacia él, pero no antes de que yo me saliera por debajo de su brazo.

Volviéndome hacia él, le di una mirada clara antes de girar hacia Jude y darle la misma mirada. No había trabajado hasta el cansancio para sacar las notas que obtuve, ni trabajé incansables días de verano sirviendo mesas, ni había creado mi camino como una mujer fuerte, para ser reducida a un objeto por el que dos chicos celosos peleaban.

—No soy propiedad de nadie —dije levantándole mi dedo a Sawyer—. No soy tuya —dije, antes de darme vuelta y encontrar los ojos de Jude—. Y tampoco soy tuya.

Decir eso la primera vez fue definitivamente más fácil de lo que pensaba y eso enfurecía a mi psicoparental de yo sé lo que es mejor para ti.

—Ahora ustedes dos, déjenme en paz.

Empujé con los hombros a Sawyer, poniendo el café con leche de vuelta en sus manos, no quería nada de él antes de salir a través del pasillo lleno de gente, tratando de calmar a mi corazón que por primera vez esta semana, se sentía tranquilo.

Y no quise aceptar la razón del por qué, tal vez sería porque podía sentir sus ojos en mí durante todo el recorrido del pasillo, e incluso después de dar la vuelta a la esquina, aún podía sentir su mirada sobre mí.

Me sentía tentada a saltarme el primer periodo y aún más tentada a saltarme todo el día, pero no lo hice. Me levanté por mi propio esfuerzo y me recordé a mí misma que no iba a dejar que dos chicos, sobre todo un chico, me tomarán como una de esas chicas que tiraban sus vidas por el excusado. Yo era fuerte y sabía cómo superarme, maldita sea, era mejor que eso.

Sin embargo lo que tenía en mente era que pude haberme saltado el primer periodo, pero en el momento que la campana sonó y yo no había escrito ni una línea sobre Oliver Twist. Aunque, lo leí hace dos años y obtuve una A en mi resumen.



Mientras recogía mis libros, noté a cada estudiante mirándome mientras se dirigían hacia la puerta. Eso fue suficiente para ponerme en alerta y no querer descubrir lo que me esperaba al otro lado de esa puerta.

La clase se había vaciado, incluso la Sra. Peters se había ido antes de que hubiera tomado el valor de tomar mi bolso.

—Hola Luce. —Jude dio un par de pasos dentro del aula, cerrando la puerta detrás.

Me odiaba a mí misma por querer que venga a abrazarme y me diga que todo estaba bien, que no había nada que no pudiéramos superar y que lo del último fin de semana había sido un terrible malentendido.

Era una ilusa.

—No voy a hablar contigo —le dije, tratando de caminar a un lado de él, pero se paró delante de la puerta.

—¿Y por qué no?

Mirándolo, crucé mis brazos. —No pretendas que nada pasó. Sabes por qué no voy a hablar contigo o por qué no voy a hablarte nunca más.

—Eh Luce —dijo, inclinándose contra la puerta—. Estás hablando conmigo en este momento.

No me sentía de humor para tonterías, menos de Jude.

—No estoy hablando, te estoy casi gritando lo suficientemente para dejarte saber que ya se terminó lo que sea que teníamos —dije, sin tener nada más que decir, sobre lo que tuvimos—. Ya se terminó.

Bajando la mirada, examinó el suelo parado.

—¿Se terminó?

—Sí —dije, tratando de sonar como si no me importara.

—¿Esto tiene algo que ver con Diamond? —La furia hizo su camino en su rostro.

—No —dije, tratando de empujarlo fuera de la puerta—. Tiene que ver contigo.

—Déjame explicarte —dijo, tomándome por los brazos.

Me solté lejos. —Podrías explicarme hasta que tu rostro se ponga azul y no hay nada que puedas decir que me haga cambiar de opinión.

Los músculos en su cuello se estiraron.

—¿Entonces finalmente has decidido tomar mi consejo y mantenerte lejos de mí?

—Finalmente —dijo, mientras mi garganta se trababa alrededor de esa palabra.

Asintió, deslizando su gorro hasta sus cejas.

—Bien —dijo—. Es lo mejor de todos modos.

Justo cuando empezaba a creer que mi herida no podía doler más.

—Entonces creo que no hay nada más que decir —dijo, apartándolo de la puerta.

No se movió.

—Sí, sí hay —dijo, mirándome con sus ojos color gris—. Sigo debiéndote una explicación.

—Gracias, pero no —dijo, tratando de deslizarme junto a él—. Seguiré mi camino.

La mano de Jude se centró sobre la manija de la puerta.

—No antes de que te explique lo que pasó el sábado.

Me encontraba a punto de caer otra vez, dejándolo entrar de nuevo. No estaba segura si tenía algo que ver con la manera en que sus ojos se veían perdidos o la manera en la que me sentía perdida, pero sabía que no podía dejarlo volver.

—¡No necesito una explicación, Jude! —dijo gritándole—. Estuve ahí. Pude ver todo por mí misma, en lo que a mí respecta, cualquier relación que tuvimos se acabó, y ya terminé de hablar, de gritar, y de escucharte, así que guarda tu aliento porque ya terminé de gastar el mío contigo.

Esta vez cuando lo empujé para pasar, no me detuvo. Y sin embargo, una parte de mí deseaba que lo hiciera.

Jude me siguió todo el día, lo que significaba que todos miraban como si yo fuera un fenómeno de circo y todo el mundo se mantuvo alejado de mí y de mi sombra de un metro ochenta y dos centímetros y noventa kilos. No dijo nada más, pero era obvio que quería, y era claro también que esperaba que yo diera el primer paso. Espero que disfrute esperando por eso toda la vida.

Me escapé del sexto periodo unos minutos antes, corriendo hacia mi auto, exhalando una vez que estuve en el estacionamiento y ninguna sombra imponente apareció en mi espejo retrovisor. Una montaña de cosas por hacer requería de mi atención, tenía que resolverlas, eso me daba tiempo para así poder levantarme mañana con un plan en mente, pero no podía solucionarlas aún.

Sólo una cosa era capaz de ahogar todo lo que tenía en mi mente y, por suerte para mí, el estudio de baile se encontraba vacío cuando llegué. Era el mismo lugar en el que había aprendido a bailar. Pasé de ser una niña dando vueltas en tutu a una bailarina competente con su vista puesta en Julliard, todo gracias a la ética profesional que había aprendido de mi padre, la gracia que mi madre juraba que la obtuve de su lado de la familia, y la paciencia de la casi santa Madame Fontaine.

Ella abrió su estudio hace treinta años, convirtiendo un edificio viejo, en el histórico estudio más famoso del distrito. No era nada lujoso, y tampoco tenía muchos estudiantes, pero Madame Fontaine había formado a las señoritas más importantes de todo el este europeo. Era una leyenda en el mundo del baile, bien conocida por su actitud de másticalos y escúpelos, pero para mí, era una santa.

Fue la única persona con la que pude hablar durante un tiempo de mi vida en el que nadie más era capaz de hablar. Me ayudó a encontrar la luz en la oscuridad, me amenazó con mi vida e integridad física cuando le dije que pensaba renunciar al baile. Sólo porque temía que fuera en serio, me quedé, trabajando a través del dolor, y pronto me di cuenta de que el baile no sólo simulaba el dolor, también lo sanaba. El baile me salvó en formas que ni mis padres, ni los doctores, ni yo pudimos.

Desde que el baile se convirtió en mi cielo, Madame Fontaine se convirtió en mi ángel.

Metiendo mi cabeza en la oficina, la encontré oscura y vacía así como al resto del estudio. En su escritorio había una bandeja de galletas de avena envueltas con plástico, con una nota rosa pálido encima en forma de tipi²² que decía Lucy.

Sacando una galleta por debajo de la envoltura, tomé la nota.

Como se que te olvidaste de comer, aquí tienes el intento de nutrirte. No le digas a nadie que me he ablandado con mi vejez. Trabaja duro y baila con más fuerza.

Y ahí se encontraba la Matilda Fontaine que era una leyenda. Galletas primero a cambio de trabajar hasta tener los pies despellejados.

Trabajar mis dedos, pies, piernas y mente hasta que estuvieran heridos era exactamente lo que necesitaba. No me molesté en cambiarme mis pantalones ni mi suéter; sólo me hice un moño en mi pelo y até mis zapatillas. Poniendo a Tchaikovsky²³ en el equipo de sonido, subí el

²² El tipi es una tienda cónica, originalmente hecha de pieles de animales como el bison y popularizada por los pueblos indígenas de los Estados Unidos de las Grandes Llanuras.

²³ **Tchaikovsky** fue un compositor ruso del período del Romanticismo

volumen y realicé un Grand jete²⁴ antes de que la primera nota hiciera vibrar los vidrios en el estudio.

Por regla general, los bailarines siempre calientan antes de hacer que la pista de baile se prenda en llamas, pero mi corazón había retumbado desde las nueve en punto de la mañana. No sólo había entrado en calor, me había sobre calentado.

Bailé hasta que se puso el sol y el cielo se oscureció. Bailé hasta que el mismo CD sonó por tercera vez consecutiva. Bailé hasta que ya me había tomado dos litros de agua. Pero no importaba qué tanto había bailado, o qué tan intensamente me concentraba en perfeccionar cada uno de mis movimientos, nunca dejé de pensar en Jude.

El salón quedó en silencio por cuarta vez mientras el final del Lago de los Cisnes de Tchaikovsky llegaba a su fin. Yo me encontraba empapada, sin aliento, y con un dolor desde el cuello hasta los dedos de los pies. Fue un buen día de baile.

Alcanzando mi otro litro de agua, un silbido resonó a través del salón. Incluso en un silbido, sabía que era su voz.

—Dios, eres hermosa —dijo mientras me daba la vuelta para mirarlo—. Un hombre podría vivir una vida eterna viéndote bailar así.

—Me preguntaba cuánto tiempo te llevaría encontrarme —dije mientras Jude salía de las sombras de la oficina. Había envejecido una década en seis horas. Las ojeras debajo de sus ojos eran de un tímido tono de negro, su piel oliva se había palidecido, pero eran sus ojos los que habían envejecido aun más.

—Sólo el tiempo que me llevó caminar de la escuela hasta aquí —respondió, a horcajadas en la puerta.

—He estado aquí durante unas buenas seis horas. —Tomé un largo sorbo de agua y luego me dejé caer en el suelo, colocando mi espalda contra el espejo en la pared.

—He estado aquí casi todo ese tiempo —dijo, señalando detrás, donde la oficina de Madame Fontaine miraba hacia el estacionamiento—. Pero no quise interrumpirte, así que sólo actué como Tom el mirón²⁵ y te observe a través de la ventana. —Sonrió, arrastrando sus botas hasta el marco de la puerta—. Además me sentía un poco asustado sobre qué dirías o harías si te interrumpía.

²⁴ **Grand jete** es un largo salto horizontal, empezando con una pierna y aterrizando con la otra. En este paso las piernas se lanzan a 90° grados con un salto de altura correspondiente y un desplazamiento corporal.

²⁵ **Tom el mirón** se refiere a un personaje de la leyenda de Lady Godiva que no pudo resistir la tentación de mirar a la mujer por un agujero.

—Ah —dije doblándome a través de mis piernas para estirar los músculos que se encontraban a punto de romperse—. Ahí está la verdad, por fin —murmuré lo suficientemente alto para que pudiera escucharme.

—Necesito decirte más verdades, Luce —dijo, luciendo tan perdido como jamás lo había visto. Esa apariencia atrajo a las emociones más profundas de mi corazón, y me vi como algo más que un amigo para Jude. Antes de saber lo que iba a hacer, di unas palmadas en el suelo de madera para que se sentara junto a mí.

—Necesito estirarme, y parece que tú necesitas hablar —dije, forzándome a mí misma parecer normal tratando de no quebrarme—. Terminemos con esto.

Cruzó el cuarto, su cuerpo lucía aliviado pero su rostro se veía preocupado.

—Era cierto lo que dije. Esa fue la cosa más hermosa que he visto —dijo, deslizándose a mi lado—. No sabía que eras tan talentosa. Vas a ser la estrella de alguna enorme producción de ballet donde los millonarios pagaran como mil dólares por un asiento en primera fila —dijo, mientras yo trataba de no sonreír ante su obvia ignorancia sobre el ballet.

Me reí mientras me enderezaba y cruzaba mi brazo izquierdo frente a mí.

—Creo que tienes razón. Estoy bastante segura de que mi vida está destinada a tener mucha mierda —citó, codeándolo con mi otro brazo.

—La tuya y la mía nena —dijo, inclinando su cabeza hacia arriba—. Pero la mía de verdad y la tuya sólo en sentido imaginario. Tu nombre va a terminar iluminado y el mío va a ser remplazado por un número en la lista de algún guardia.

Estirando el otro brazo, inhalé, tratando de unir todo el enojo que tenía por él unas horas antes. No pude hacerlo.

—¿No has escuchado el dicho de que tu pasado no tiene que dictar tu futuro?

Su frente se arrugó mientras desenvolvía su regalo filosófico. Abrió su boca; nada salió, así que la cerró de nuevo. Ver a Jude trabarse al hablar me hizo sonreír; es algo que lo hace menos intimidante.

Finalmente, dijo—: Esa es una mierda fastidiosa muy inteligente —dijo, colgando sus brazos sobre sus rodillas—. ¿Quién dijo eso?

Doblando una pierna sobre la otra, me encogí de hombros.

—Yo.



—Eres una pequeña señorita muy lista, ¿sabías Luce? —dijo, admirándome con ojos cálidos—. No sólo tu nombre estará iluminado, vas a tener cerca de tres acrónimos²⁶ después de tu nombre: Lucy Larson, M.D, P.H.D, y alguna otra palabra inteligente que poner.

—Suficiente con los halagos, Ryder —dije, secándome la frente con la parte de atrás de mi brazo—. Tienes algunas explicaciones que dar. Algunas explicaciones honestas que dar —edité

—Sí, así es —dijo, golpeando su cabeza contra el espejo—. ¿Por qué la verdad es tan difícil de admitir?

—Porque es honesta —dije.

—Eres tan condenadamente inteligente —dijo en voz baja, mirándome.

Este hombre era el Papa, el presidente y el dios en esquivar temas. Lástima porque trataba con la reina, madre santa y emperatriz que podía ver a través de toda su mierda.

—Ryder. —Volví su cara hacia la mía. Lo encaré con una mirada sin sentido—. Explicación. —Me incliné, levantando las cejas—. Ahora.

—Mandona también —murmuró.

Como que jugar gentilmente no llevaba a ningún lado, lo codeé en las costillas y decidí hacer que esta conversación rodará.

—¿Entonces robaste un auto? —¿Cómo podía hablar tan normal sobre esto? Sólo hay una respuesta para esa pregunta. Jude Ryder.

—Prefiero el término tomar prestado —dijo juntando sus manos.

—Supongo que la mayoría de los criminales lo hacen —dije, mordiendo mi lengua por las palabras que salieron de mi boca, aunque ya era muy tarde.

—No, tienes razón —dijo, tratando de aliviarme después de mi malvada observación—. Soy un criminal. Un criminal en repetidas ocasiones, y si tuviera dieciocho años, habría sido encerrado por al menos un mes entero, y no sólo unas noches. Va para mi expediente como ladrón de autos, pero sí, en mi mente esa noche, tomé prestado el auto.

Inhalé una dosis de paciencia. Esta conversación era territorio nuevo para mí y me quedaba sin compasión. —Explícame por qué a tus ojos, tomaste prestado un auto robado.

²⁶ **Acrónimos:** Es la suma de los significados de las palabras, convirtiéndolos en una sigla que se pronuncia como una nueva palabra.

Se movió en su lugar. —El Chevelle se encontraba parqueado en el garaje de un amigo. Damon es unos años mayor que yo y se habría graduado de Southpointe, pero se retiró después de su primer año y abrió su propio garaje. Se especializa en reconstruir autos viejos, con piezas reales y los transforma en verdaderas bellezas, doctores y abogados pagan mil dólares por ellos —dijo, animado—. Debiste haber visto cuando este llegó, era en verdad un pedazo de chatarra, ni siquiera muy bueno para ser chatarra, y Damon...

—Jude —lo detuve—, me emociona ver que tienes una pasión en tu vida aparte de las mujeres y ser el presidente honorario del Club de los Chicos Malos de América, pero tengo cerca de quince minutos antes de que mis padres comiencen a llamar a mi teléfono si no estoy en la casa.

—Lo siento —dijo, resonándose el cuello—. Así que hago trabajos para Damon de vez en cuando. Tengo la habilidad de meterme debajo del capote de una máquina sexy y hacerla ronronear.

Mordí mi labio para no reírme. —Apuesto a que sí.

—Ah Luce —dijo arrugando su nariz—. Tienes una mente muy enferma.

—Aprendí del mejor.

—Ouch —dijo—. Bien merecido.

—Mucho —añadí.

—Entonces alguien sólo llevo el Chevelle la semana pasada para tener todo un trabajo detallado en él. Damon salió de la ciudad por el fin de semana para visitar a su novia en el lado este del estado, así que me dejó a cargo del garaje.

Aquí es donde empecé a contraerme de dolor porque comencé a ver la imagen conectada en los puntos que dibujaba para mí.

—Vino el sábado y Damon se fue, el dueño no esperaba su auto de vuelta hasta el lunes, y las llaves aún seguían en el taller —dijo tomando aire—. Y yo, siendo el moralmente corrupto e idiota que soy vi una oportunidad que no podía pasar por alto.

—Si Damon fue al lado opuesto del estado, y el dueño no planeaba recogerlo hasta dentro de un par de días, ¿cómo los policías descubrieron que tú lo tenías? —pregunté, sintiendo una compasión que emergía poco a poco dentro de mi corazón.

—Porque no seguí mi regla número uno de siempre esperar lo peor. —Suspiró, frotándose sus antebrazos—. La chica de Damon escogió la noche del sábado para terminar con él, así que cuando regresó al garaje y

vio que el Chevelle desapareció, asumió que lo habían robado y llamó a los policías.

—Espera —dije sintiéndome un poco tonta—. ¿Por qué Damon iría al garaje a las diez, un sábado por la noche? Eso es trabajar veinticuatro horas y siete días a la semana.

—Hay un pequeño ático sobre el garaje donde vive —respondió Jude, mirando al frente.

—Y los policías encontraron el auto y te encontraron a ti, y te arrestaron.

—Abreviando ese fue el peor momento, en que todo se complico.

—Más o menos.

—¿Pero no pudiste decir tu parte de la historia? —pregunté, tomándome mi tiempo para desatar mis zapatillas porque necesitaba algo más en que enfocarme.

—¿No entendieron que fue sólo un honesto error?

—Tomé un auto que no era mío Luce —dijo Jude, su voz tranquila—. Desde el punto de vista de los policías, no es un honesto error. Además, llamaron al dueño y el tipo ese está tan enojado, que está amenazando con demandar a Damon. Por nada más que unos pocos kilómetros en uno de los seis autos que ni siquiera se hubiera dado cuenta que desapareció si Damon —interrumpiéndose a sí mismo, golpeó el piso con el puño—. Si yo no hubiera tomado el carro en primer lugar.

—Dios Jude. —De nuevo, no tenía palabras.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Así que no sólo he puesto en peligro el negocio de un amigo por el que se ha matado trabajando para convertirlo en algo, le adicioné otra marca a mi expediente, y probablemente me quedé sin trabajo también.

No sabía cómo solucionar ninguno de esos problemas, y era la experta en solucionar problemas. Lánzame un problema y te daré una respuesta, pero ahora no se me ocurría nada.

—¿Puedes buscar un nuevo trabajo? —pregunté finalmente, con un débil intento de solucionar los problemas de Jude.

Se rió en voz baja.

—Vivo en un hogar para chicos y tengo el expediente de un criminal experimentado. Ni siquiera puedo ser contratado para freír hamburguesas. Trabajé fuera de los estándares legales para Damon porque no apruebo el chequeo de antecedentes y el estado dice que el hogar satisface todas

nuestras necesidades, así que técnicamente no nos permiten tener ingresos remunerados hasta que nos vayamos.

Tomando una de mis zapatillas, admiró los listones rosa pasando sus dedos entre ellos.

—Si alguna vez necesitas algo, dinero o lo que sea —dije aclarando mi garganta—. Tengo algún dinero ahorrado de haber trabajado sirviendo mesas durante los veranos. Podrías tomar un poco cuando...

Jude levantó su mano.

—Luce gracias, pero no —dijo cerrando sus ojos—. Es muy dulce que lo ofrezcas, pero no voy a tomar dinero de nadie, de ti mucho menos. No soy un caso de caridad y no recibo limosnas.

—Nunca dije que lo fueras.

—No, no lo hiciste —dijo, abriendo sus ojos y mirando directamente a los míos—. Pero todos los demás sí.

Eso puso un bulto en mi garganta que no podía tragar. Aclarándola de nuevo, dije—: ¿Para qué necesitas el dinero? ¿Estás ahorrando para la universidad o un auto o algo así?

Rodó sus ojos sobre lo de la universidad.

—¿O piensas gastarlo en goma de mascar? —pregunté apoyándome en él.

—Ese es más mi estilo, pero no. Tengo responsabilidades, ¿sabes? Cosas que necesitan que me ocupe de ellas.

Eso no lo sabía, pero no me sentía lista para saber cuáles eran sus responsabilidades

—Cosas de las que me tengo que hacer cargo y, antes de trabajar para Damon, el único trabajo para el que era capaz de trabajar era el de tráfico de drogas. —Me miró, observando mi reacción.

Por fuera, no le mostré nada. Por dentro, me caía en pedazos. Jude muy probablemente tenía el corazón más grande que he visto en un hombre. También tenía el historial de arrestos más largo que he visto en un chico. Era el clásico ejemplo, tener buenas intenciones pero no las lograba. Tiene tantos problemas sobre sus hombros y no hay manera de que yo los solucione por él. Jamás me había sentido tan impotente en cinco años.

Apoyé mi frente en mis rodillas dobladas. —¿Por qué tomaste el carro, Jude? —No era algo que haya querido decir en voz alta, sólo una meditación interna de ¿por-qué-es-el-universo-tan-injusto?

—Vamos Luce —dijo mientras jugaba con su sombra en el espejo—. No podía llegar a tu puerta principal con nada más que mis dos piernas para ir al baile.

—¿Por qué no fuimos con otra pareja entonces? —dije frotando las curvas de mis dañados pies—. ¿O por qué no pudimos ir en mi auto? Incluso te habría dejado manejar. —Ya ni siquiera me sentía enojada con toda la situación. Una mala decisión hecha con buenas intenciones, seguida por una cadena de desafortunados eventos que chocaron contra él como dominós.

—Porque ya estoy cansado de ser una sanguijuela de la sociedad o de todos a mí alrededor. Porque estoy cansado de tomar limosnas y estoy cansado de los rostros de los que dan limosnas. Pero realmente, sobre todas las cosas, porque la chica a la que llevaba se merecía lo mejor —dijo, deslizándose junto a mis piernas, cogiendo mi pie de mis manos—. Déjame hacerlo —dijo, mientras sus manos agarraban mi pie mientras gentilmente masajeaba mis músculos.

—Jude, no soy una chica que quiere o necesita lo mejor, estaría en el arco iris sólo por el hecho de estar con un chico que cumpla con las expectativas y siempre y cuando el chico con sea el mejor.

Se concentró en mis pies, tocándolos como si fuera capaz de quebrarlos por la mitad.

—A ti siempre te toca lo peor.

Me quedé callada porque no estaba segura que decir, no me desharía de todo lo que aún siento por él, a pesar de que sé que debía hacerlo. Una parte de mí quería a Jude como nunca he querido a nadie antes, y la otra parte me aseguraba de que si seguía el impulso de este deseo, terminaría en más pedazos que cuando empecé.

—Y para que sepas, sé que esos pedazos de mierda están diciendo que te dejé porque me harté de ti o no quería que fuéramos tan despacio o al menos una docena más de otras explicaciones basuras, el hecho es que te dejé porque no quería que estuvieras conmigo si me atrapaban —dijo, sus hombros se tensaban debajo de su suéter gris—. No quería que trataran de etiquetarte como una cómplice o algo parecido. —Me miró con esa apasionada mirada suya—. Así que ahí está, esa es la verdad. No dejes que esos idiotas traten de torcerla para hacerte sentir mal, ¿está bien?

Debí haberme sentido mejor, sabiendo que no me había abandonado como si fuera la basura de la semana pasada, pero no pude, sabiendo que había sido una de las que creían esa teoría. Jude

merecía tener al menos a una persona de su lado, y esa persona debí haber sido yo.

—Oye Luce —dijo girando sus manos sobre mi otro pie—. ¿Estás bien?

Cerré mis ojos, porque esa era mi última defensa contra las lágrimas. —Estoy bien.

—¿Luce? —dijo con voz más aguda—. Mierda, no llores. No lo valgo, no valgo siquiera el pensar en llorar.

Respiré dos veces lentamente antes de abrir mis ojos. —No estoy llorando —dije tratando de convencernos a ambos—. Sólo estoy frustrada y se me ponen los ojos llorosos cuando me pongo así.

Me estudió durante otro momento antes de desviar su atención de vuelta a mis pies.

—¿Por qué estás así?

—Escoge un tema, cualquier tema y hay una gran posibilidad de que estaré frustrada por eso.

—Ese fue un buen intento tratando cambiar de tema Luce, dime la verdad —dijo mientras abría su boca para hablar—. ¿Por qué estás frustrada exclusivamente ahora?

Para responder esto honestamente requeriría de tomar en cuenta múltiples aspectos, un día entero de explicaciones que me dejen transparente y expuesta en todos los sentidos que una chica teme. Así que escogí la menos complicada, la respuesta más acertada que podía darle en este momento.

—Estuve frustrada desde las doce de la noche hasta las doce del medio día del sábado pasado y todo el maldito día a causa de eso —comencé, tratando de detener la explosión de palabras—. Sigo frustrada porque no entiendo cómo pudo salir mal todo, no entiendo por qué tomaste el auto en primer lugar.

—Tomé el auto —dijo comenzando antes de que lo interrumpiera—. Y tomaría mil más, porque incluso aunque digas que no quieres lo mejor, quiero darte lo mejor.

—¿Por qué, Jude? ¿Por qué estás tan determinado en que necesito lo mejor? —pregunté inclinándome hacia adelante.

Levantó un hombro con ojos decaídos.

—Porque Luce, eres la persona más importante en mi vida.

Y ese fue el punto para estallar.



No pude detener las malditas lágrimas, una persona a la que había conocido hace unas semanas, la que dio la espalda cuando más necesitaba a un amigo, la persona que trató y seguía tratando de convencerse a sí misma de que no era el hombre del que debía enamorarse. Y esta persona era la más importante para él.

—No merezco ese título —dije jugando con la manga de mi suéter.

—¿Por qué? —preguntó, levantando mi barbilla con su mano hasta mirarnos—. ¿Porque por fin aceptaste la clase de tumor que soy y te sientes culpable?

Mis ojos destellaron. —No.

—¿Entonces por qué? —preguntó con curiosidad pero no lucía enojado.

—Porque tú y yo tenemos muy malas experiencias como para tener un buen futuro. —Esa era la verdad, sin tener que excavar dentro del asunto. No tenía que sacar lo del incendio, ni los rumores o el auto robado, porque todo se hallaba ahí entre las líneas.

—Mierda, Luce. —Arrugó la frente—. ¿No fuiste tú quien dijo que tu pasado no tiene que dictar tu futuro?

Nunca me había sentido tan hipócrita. Mis hombros cayeron de puro agotamiento, mental y físico.

—¿O eso va para todos menos para mí?

La vida de Jude había estado llena de suficiente mierda, así que no me necesitaba, pero yo no podía hacer esto. Lo sabía, con total certeza, saldría en peores condiciones de las que ya había salido si dejaba a Jude entrar a mi vida de la forma en la que él quería.

—Jude —dije, mordiendo mi labio—. Es sólo que no puedo. No puedo hacer esto.

Su expresión se entristeció.

—Sé que no merezco una segunda, tercera o la maldita oportunidad que sea, pero tú y yo tenemos algo especial Luce y lo sabes. Dame otra oportunidad, una más, y caminaré en una línea tan recta que todo el mundo pensará que he sido poseído.

Dios, quería mirar lejos de esos ojos, pero no podía. Eran imposibles de ignorar.

—Una oportunidad más. No porque la merezco, si no porque los dos la merecemos.



Si estas primeras lágrimas de cocodrilo que he llorado en años eran una indicación de que debíamos tener un futuro juntos, eso hacía que mi decisión fuera más fácil.

—No puedo —susurré.

—¿Por qué? ¿Porque no puedes o porque no quieres?

Una mentira era la única esperanza que tenía para convencerlo de que no luchaba contra el impulso de estar con él.

—Porque no quiero estar contigo, Jude. —Las palabras ardían en mi garganta.

Su rostro se deprimió por apenas un segundo antes de que se volviera más serio.

—Mentira —dijo sacudiendo su cabeza—. Estoy tan acostumbrado a lidiar con mentirosos que sé cuando una mentira viene antes de que la persona abra la boca.

Era la peor mentirosa y Jude era el mejor en descubrirlo, lo que significaba que no podía salirme con la mía. Razón número mil del por qué Jude y yo nunca funcionaríamos.

—No soy exactamente una matona, ladrona o una traficante indistinguible, como para mentir sobre lo que digo, así que deberías evaluar tu detector de mentiras.

Sus ojos se quedaron mirándome fijamente.

—Bien, convénceme entonces, convénceme de que no me quieres como yo te quiero.

No me iba a dejar ir tan fácil. Era tan romántico como irritante.

—He dicho todo lo que...

—Que se jodan las palabras —me interrumpió—. No creo nada de lo que has dicho, convénceme con acciones.

Respirar se volvió algo difícil de hacer.

—¿Quiero saber qué significa eso?

Luego, sin ningún aviso me jaló de los pies, deslizándose a través del suelo hacia él. Inclinandose hacia mí, sus ojos miraban hacia mis labios.

—Bésame —dijo mientras su boca se acercaba a la mía—. Convénceme de que no soy más que un chico cualquiera que dejaste en el pasado.

No sabía qué hacer y en ese momento sabía que estaba arruinada.

—No es buena idea —dije con voz temblorosa.

Su mandíbula se tensó mientras sus brazos se enrollaban alrededor de mí.

—Diablos, bésame, Luce.

Así que lo hice, y en el momento que mis labios tocaron los suyos, el dolor que sentía en mis huesos desde la semana pasada, se evaporó así de fácil.

Presionándose contra mí, Jude bajó mi espalda hacia el suelo, su boca nunca dejó la mía. Su peso se encontraba sobre el mío, aprisionándome, evitando que me desmoronara. Esto sólo hizo que lo besara con más fuerza.

—Diablos, Luce —respiró cuando mis manos deslizaron hacia su camisa intentándola sacarla de su apretada espalda.

Y luego su mano se encontraba bajo mi suéter levantándolo, tocando partes de mí que yo necesitaba que explorara. Nos sentamos por un momento y levanté mis brazos en el aire, esperando que me sacara lo que llevaba. Empezó a quitarlo con una sola mano en un segundo, antes de acostarme de nuevo en el piso.

Estábamos cerca, una palabra mía se interponía entre él y yo durante todo el camino. Él se encontraba listo, y yo había estado lista desde el día que lo vi por primera vez. No pensaba sobre nuestro pasado cuando su mano se deslizó por debajo de mi sostén, y no pensaba sobre nuestro futuro cuando su boca tomó la mía; no pensé siquiera sobre el presente, porque ya lo vivía.

Su boca se movió hacia mi cuello mientras sus manos viajaban debajo del elástico de mis pantalones, bajándolos. Levanté mis caderas para hacerle el trabajo más fácil.

—¿Estás segura? —dijo cubriéndome de besos en la línea que llegaba hasta mi cabello.

Nunca había estado más segura sobre lo que me preguntaba, pero una señal de realidad se abrió camino dentro de mi nirvana²⁷ como si no necesitara que me lo recordaran, la realidad realmenteapestaba algunas veces.

—Espera —dije respirando entrecortadamente, queriendo poner un pedazo de cinta adhesiva en mi boca inmediatamente después de haber dicho eso.

Su cuerpo se tensó sobre el mío, sus manos se detuvieron en seguida. Pero a su boca le tomó un poco más de tiempo.

²⁷ **Nirvana:** en la filosofía shramánica, nirvana es el estado de liberación tanto del sufrimiento como del ciclo de renacimientos.

Finalmente movió su rostro hacia al mío, mostrándome una sonrisa inquieta.

—Está bien —dijo—. Esperaré

Podía escuchar sus silenciosas preguntas escritas en su rostro. ¿Por qué? y ¿Durante cuánto tiempo?

Felicitaciones a Lucy Larson, por ser capaz de cambiar a un tonto Don Juan.

—No es porque no quiera, porque sí quiero —dije mientras mi corazón aún latía a mil por hora—. De verdad quiero, pero no quiero que nuestra primera vez sea en un piso de madera estando toda sudorosa y usando ropa interior vergonzosamente aburrida.

Es por eso que siempre salía de casa con algo no tan divertido.

Sonriéndome, me besó en la nariz. —Será en algún otro momento —dijo subiendo mis pantalones hasta mi cintura.

—En cualquier otro momento —enfaticé, convencida de que el sudoroso sexo con Jude en el piso en el que he bailado por quince años era mucho mejor que retrasar el sexo. Iba a decirle eso cuando se sentó, poniéndose a mi lado.

—Por cierto, fallaste la prueba de convencimiento. —Tomó mi suéter y lo puso sobre mi cabeza.

—¿Eso fue antes o después de que me quitara esto? —dije poniendo el suéter en su lugar.

Me dio una mirada tranquila.

—Antes.

—Sólo comprobaba —dije, poniendo las mangas de mi camiseta hacia arriba de mis codos, porque besar a Jude Ryder era en todo sentido una de las cosas más ardientes, subiéndome hasta la temperatura de mi cuerpo.

—¿Entonces esta fue tu primera vez?

—Voy a pedir que me aclares eso, antes de que no pueda mantener mis manos alejadas de ti —dijo respondiéndome con ojos excitados.

—¿Esta fue la primera vez que estás con una chica en un estudio de ballet... —comencé—... y te rechaza? —Sonreí, tomando un sorbo de agua.

—Es la primera vez —dijo sujetándome entre sus brazos.

—Por lo menos tengo una de ellas —lo molesté, mientras envolvía mis brazos sobre los suyos.

Levantó mi barbilla con su mano y la inclinó hacia arriba. No habló hasta que lo miré a los ojos. —Tú tienes todas mis primeras veces —dijo—. Eso es todo lo que importa.

Le di un beso en la boca.

—Pero, Luce, necesito que me prometas algo —dijo frunciendo el rostro—. Sé que tengo una suerte de mierda pero si alguna vez llegó a echar a perder las cosas de nuevo, por un malentendido o si sólo hago algo estúpido para lo que fui creado y arruino todo —se detuvo, exhalando—, quiero que me prometas que te alejaras de mí. Abandóname como si fuera un mal hábito y no mires atrás porque Dios sabe no puedo ser yo quien se vaya de tu vida, ya que soy incapaz de hacerlo.

En realidad, si me estás escuchando, púdrete.

—No lo harás —dije queriendo y deseando que esas palabras fueran ciertas.

—Lo sé, pero me sentiría mejor si lo prometieras —dijo acariciando con su mano mi mejilla—. Más motivación para no echarlo a perder.

—Está bien —dije, arrepintiéndome por lo que iba a decir—. Lo prometo.



15

Traducido por perpi27

Corregido por Nats

¿Te vas a meter en problemas? —susurré a través del asiento. Por qué susurraba en mi propio coche, no sé, pero algo sobre el edificio oscuro y solitario frente al que nos detuvimos dictaba que hablara en voz baja—. ¿No tienes algún tipo de toque de queda?

—¿Tú? —bromeó Jude, inclinándose sobre la repisa y haciéndome cosquillas.

—Sí, lo tengo —dije, sacudiéndome lejos—. Y ya me pasé la hora. Así que estoy castigada, y realmente no me preocupa lo que significa estarlo. Entonces estoy doblemente castigada ahora.

—Te encontrabas en el estudio de baile —dijo, aclarándose la garganta—, perfeccionando tus movimientos. ¿Cómo pueden tus padres castigarte por eso?

—Eres alguna clase de retorcido —dije, empujando su brazo antes de mirar hacia atrás en Boys Home Last Chance. Nada parecía amable ni caliente ni propicio para educar chicos jóvenes en hombres. Se veía como el tipo de lugar al que retarías a tus amigos a subir el día de Halloween y tocar el timbre—. ¿Estás seguro de que no vas a meterte en problemas? —Miré la hora en el panel de control, no era exactamente medianoche, pero casi para que contara.

—No mientras use la ventana de atrás y no me pillen —dijo, alcanzando la manija.

—¿Jude? —dije, serpenteando los dedos sobre el volante, buscando las palabras adecuadas.

—¿Sí? —Soltó la manija y se volvió hacia mí.

—Quiero realmente que todo esto funcione.

—Yo también —agregó.

—Sólo quiero ponerlo todo sobre la mesa ahora antes de que vayamos más lejos. —Me sentía nerviosa, y cuando me ponía nerviosa, mi voz se hacía más alta.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, adivinando que no buscaba la historia de su vida, pero sí algo específico. Tenía razón.

Respirando profundamente, continué. —¿Hay alguien de tu pasado que podría interponerse entre nosotros? —dije, mirando por encima de él—. ¿Cualquier persona en tu vida de la que necesite saber?

Jude inclinó la cabeza, perplejo. —¿Hablas de una chica?

—No específicamente, porque no sé si quiero saber de las chicas de tu pasado, simplemente necesito saber si hay una con la que todavía tengas algún tipo de vínculo. —Traté de borrar el nombre de Holly de mi cerebro a lo largo de toda la semana, pero era chica, simplemente no olvidábamos los nombres de las ex de nuestros chicos.

—Oye —dijo, bajando la cabeza hasta que su rostro nivelaba el mío—. No, Luce. Sólo tú. Y no dejes que nadie, sobre todo tu misma, te convenza de lo contrario.

Todo dentro de mí suspiró con alivio. —Bien, gracias —dije, desenredando mis dedos del volante.

—¿Hay algo más que quieras poner sobre la mesa?

Mirándole, humedecí mis labios. —Nada que no sea yo.

Sus ojos se abrieron con sorpresa antes de que pudiera recuperarse. Riéndose, dijo—: Cuando quieras, Luce. Dime el día y el lugar. Suministraré la mesa.

—Asegúrate de desinfectarla primero —dije, después de que abriera la puerta—. No quiero pillar nada de lo que se haya puesto antes que yo.

Deteniéndose con la mano en la puerta, de repente se dio la vuelta y se lanzó de nuevo al coche. Tuvo su boca sobre la mía antes de que mi corazón pudiera reaccionar, y luego, una vez que alcanzó velocidad de vuelo, se apartó. —Solo tú, Luce. Nadie más. Nunca lo ha habido.

—Eso suena como un práctico caso de memoria selectiva —dije, deseando que regresara y terminara lo que había empezado.

—Trato de mantener sólo los buenos recuerdos —dijo, saliendo del coche—. Si a eso le llamas memoria selectiva, estoy bien con eso.

—Yo también —contesté después de que se fuera, viéndolo desaparecer en la oscuridad o en el reformatorio, no podía estar segura.

Se convertía en una vista familiar. Una luz encendida en la ventana por la noche, la silueta de mi madre detrás de ella. Estaba en profunda mierda o en la más profunda futura mierda por llegar tan tarde desde que era la segunda noche de mi condena a tierra en la larga semana. Agarré

mi bolso, bajé del Mazda y marché por las escaleras, ni siquiera disimulando mis pasos. No estaba segura de qué esperar cuando entrara por esa puerta, adivinar a mamá era un poco como lanzar una moneda al aire. Por la mañana, podía llegar a ser fría, esquiva, y actuar como si yo fuera la perdición de la humanidad, y por la tarde podía estar haciendo galletas y preguntando si había aprendido algo interesante en la clase de ese día.

Durante años fui capaz de predecirla, siempre sabiendo qué esperar, por lo que en consecuencia adaptaba mi vida alrededor de eso. Ahora, ya no. Para una adolescente que, como raza, prospera en la manipulación de las rutinas y pautas de sus padres para que pueda salir con total libertad, debí quedar devastada más allá de la reparación. Pero no lo hice. Ver las piezas de mamá, la de mi infancia, volver a juntarse, me hizo sentir como que tal vez había esperanza para nuestra familia después de todo. Quizás podríamos volver a lo que fuimos, sin olvidar nunca, pero seguir adelante.

Era un deseo ingenuo, pero me aferré a él.

Al abrir la puerta, me detuve, esperando que mamá diera vueltas a mí alrededor, no sabiendo si reiría o me regañaría. No hizo nada. Su atención se centró en su portátil y nada más.

—Hola, mamá —saludé, dejando caer mi bolso en una silla cercana—. Me voy a la cama.

—¿Lucy? —dijo, sonando confundida. Girando en la silla de su escritorio, me miró y luego al reloj de pared detrás de mí. Sus ojos se abrieron—. ¿Acabas de llegar?

Genial. Se acababa de convertir en mi papá. No tenía ni idea de qué narices pasaba en su casa, pero fue lo suficientemente cordial como para no levantar la voz.

—Sí —dije, cogiendo una manzana del mostrador—. Fui al estudio a practicar una nueva rutina. Se me fue la hora. Lo siento. —Me sentía lo suficientemente avergonzada como para bajar la cabeza. Mentir no era algo que quisiera anunciar como habilidad superior en mi currículum algún día.

—Oh, ya veo —dijo, colocando las gafas en su frente—. Está bien, sólo llama la próxima vez que vayas a llegar tan tarde, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. —Tomé un par de galletas porque, por primera vez en una semana, tenía hambre—. Buenas noches, mamá —dije, subiendo por las escaleras.

—Lucy, espera —dijo, agarrando algo de su escritorio y cruzando la habitación—. Esto vino hoy. —Sonreía, sonreía. Mi madre había sonreído antes, pero no podía recordar en qué época.

Al mirar la carpeta de papel manila que sostenía, entendí por qué. Mis rodillas se doblaron a la derecha antes de que me derrumbara en la escalera.

—Juilliard —dijo, sujetándola contra mí con ambas manos como si fuera una ofrenda.

Había esperado esto durante el último año. Bueno, lo hacía desde el día en que me enteré lo que era Juilliard. Aquí estaba, en las manos de mi madre, decidiendo por mí lo que el futuro me depararía.

Saber que un sobre tenía la última palabra en dejarme vivir el sueño que siempre había querido era agobiante.

—Esto es bastante grueso —dijo mamá, extendiéndola más cerca—. Mis habilidades psíquicas me dicen que esto es un paquete de bienvenida. Así que rómpelo y celebremos.

Juilliard. Danza. Sueños. Futuro. Todo se encontraba allí, o no, en un sobre. Pero no me sentía preparada para ello.

—Gracias, mamá —dije, cogiendo el paquete y subiendo las escaleras.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó, mirándome como si me hubiera cogido un desagradable caso de locura.

—Ahora no —dije, bostezando—. Estoy agotada y probablemente me dormiría antes de leer el primer párrafo. Lo comprobaré mañana.

—¿Lucy? —Su voz era tensa y preocupada.

—Está bien, mamá —dije, mirándola desde el escalón superior—. Te lo juro. Simplemente estoy cansada. Te prometo que serás la primera en saberlo una vez abra este bebé. —Agité el paquete hacia ella.

—Vale —dijo, añadiendo su mirada haz-lo-que-quieras—. A veces no puedo entenderte.

—Eso hace a dos de nosotras —murmuré, corriendo todo el camino a mi habitación.

El paquete me persiguió desde mi escritorio todo el largo fin de semana. Mamá no insistió en el tema y no pude encontrar las narices para abrir el maldito sobre. Ni siquiera le mencioné nada a Jude cuando llamo a

primera hora del sábado. Quería que estuviéramos juntos esa noche otra vez, a lo mejor cena y película, o tal vez empezar justo donde lo habíamos dejado en el estudio, pero al parecer, con excepción de las funciones relacionadas con la escuela, los fines de semana en el reformatorio eran sinónimo de trabajo.

Así que en medio de la lucha interna en mi dormitorio, tomé unos paseos y apreté los dientes y bailé sobre el dolor que infringí la noche del viernes. El lunes por la mañana no pude llegar lo suficientemente rápido.

Aparqué el Mazda y me sentía toda lista a través de los detectores de metal diez minutos antes de que la clase comenzara. Las salas se encontraban vacías salvo para unos pocos estudiantes de hora cero y los cansados maestros. Sabía que no debería buscar a Jude antes de la clase, pero no me impidió venir a su casillero para asegurarme. Mi ceño se formaba frente a su casillero vacío cuando una fuerte mano agarró la mía y empezó a guiarme por el pasillo. No me era necesario identificar el gris térmico o la usada gorrita tejida para saber qué mano sostenía la mía.

Jude no dijo nada, ni siquiera me miró, sólo me llevaba a través del pasillo, empujándonos a un cuarto oscuro en el extremo de la sala.

—Buenos días a ti también... —Pero mis palabras fueron interrumpidas cuando me empujó contra la pared, sus manos y su boca aterrizando en mí como si hubiera estado muerto de hambre todo el fin de semana.

Le devolví el beso, enrollando mis brazos alrededor de su cuello. Y luego, porque no lo tenía suficientemente cerca, usé mi fuerza y flexibilidad de bailarina para buen uso y salté, rodeando mis piernas alrededor de sus caderas. Gimió, apretándome con más fuerza contra la pared, su boca moviéndose en y sobre la mía con tal furia que no podía respirar. No me importaba. De hecho, morir porque Jude Ryder me había dejado sin aliento sonaba como algo que añadir a la lista de objetivos en la vida.

Justo cuando me sentía segura de que este era el momento y el lugar en el que llegaríamos hasta el final, su boca se desaceleró al mismo tiempo que me bajaba al suelo. Ahora no era el momento para la desaceleración, no cuando todo se aceleraba en mí, a punto de estallar si no seguía adelante.

Gemí cuando presionó un beso final en mi boca.

—Buenos días —dijo, sonriendo como un idiota.

Gemí de nuevo cuando retrocedió.

—También te extrañé.



Traté de congelarle con la mirada, pero al parecer era una imposibilidad física cuando la persona que acababa de robarte el aliento sonreía frente a ti. —Eres malo.

—Lo sé —dijo, cepillando mi cabello hacia atrás—. Pero esta imagen ha estado persiguiéndome durante el fin de semana. Lo necesitaba.

—¿Has soñado con esto todo el fin de semana? —Mi estómago seguía haciendo flip-flops.

—Era en todo lo que pensaba.

Hizo doble flip-flop. —¿Cumplió con tus expectativas?

—Las superó —dijo, inclinándose—. Pero en mis sueños llevabas esa falda tan corta de uniforme y nada debajo. —Sentí curvarse su sonrisa mientras besaba mi cuello.

—Mañana será otro día —jadeé, apretando las piernas juntas en agonía—. Sigue soñando a lo grande.

—Lo haré —murmuró al oído antes de hundir sus dientes en mi lóbulo.

—No te tragues el pendiente —dije, mi respiración entrecortándose de nuevo—. He oído que la plata esterlina realmente puede alterar el estómago.

—No hay pendiente —dijo, perforando otro bocado dulce en mi oído.

Gemí de nuevo, pero esta vez no era del tipo frustrado. —Entonces debe haberse caído mientras me tenías inmovilizada contra la pared —dije, mirándole mientras me agachaba al suelo, pasando mis manos a lo largo de la alfombra.

—¿Estás segura de que tenías uno? —preguntó, escudriñando el suelo sobre mí—. No recuerdo haber visto uno.

—Creo que te has olvidado de cuatro sentidos esta mañana y sólo has puesto en uso el del tacto. —Alcé la vista hacia él, sentándome sobre las rodillas para abarcar más de la alfombra. La clase comenzaría en cualquier momento y acordonaría la sala entera antes de abandonar mi pendiente de plata favorito.

Acercándose, continuó explorando el suelo conmigo. —Esto es lo que pasa por ser mi sentido favorito, por un desliz.

—¿Bromeas? —dije sarcásticamente, lista para sacudir todas las plantas e inspeccionar la alfombra centímetro a centímetro.

—¡Oww! —aullé, cayendo de nuevo sobre mis rodillas, esperando que un pedazo de cabello no hubiese sido arrancado.

—Luce, espera. No te muevas —dijo Jude, manteniendo mi cabeza en su lugar—. Tu cabello se ha enganchado en algo.

Traté de empujar en la dirección opuesta, pero se encontraba bien pillado. —Está atrapado en tu hebilla —dije, maldiciendo al destino por permitir que el cabello así de corto quedase atrapado en tan pequeña pieza de metal.

—Deja de moverte —dijo, sosteniéndome—. Empeoras las cosas.

Me aparté de nuevo, haciendo una mueca de dolor. —Deja de decirme qué hacer y empieza a desenredarlo entonces.

Se echó a reír, tratando de detenerse, pero no podía parar.

—Estás disfrutándolo, ¿no? —dije, mirándole a través de la maraña de pelo.

—Me gustaría poder decir que no, pero estaría mintiendo —dijo en medio de su risa.

—Eres tan desagradable —dije, agarrando sus caderas y preparándome para la extracción de pelo.

Justo cuando apreté los dientes, a punto de azotar la cabeza hacia atrás, la puerta se abrió, las intermitentes luces de arriba después.

—Tío —dijo una voz, deteniéndose en el umbral.

Otro chico asomó la cabeza sobre el hombro del primero. Levantó un teléfono celular y apuntó a donde me encontraba arrodillada delante de Jude, con las manos en las caderas, sus manos en mi cabeza, y un flash se disparó. —Esto irá a Internet.

Cuando todo se hallaba dicho, hecho y desenredado, Jude y mi imagen iban acumulando likes, consiguiendo unos diez mil visitantes antes de que sonara el timbre del comedor. Dos estudiantes de segundo año tenían sus teléfonos rotos por la mitad y nunca se atreverían a caminar de nuevo solos por un pasillo en el que estuviera Jude, pero por lo demás logró lo impensable y mantuvo su infernal genio enjaulado. Salvo unos teléfonos y una pared inocente, la ira de Jude fue controlada. Me sentía tan sorprendida e impresionada de que no explotara en un ataque masivo que logré mantenerme bastante zen con la totalidad de Southpointe, así como la parte occidental del país, manteniendo un ojo en nuestra sesión de fotos. De hecho, ni siquiera sentía la necesidad de defendernos o de explicar lo que había ocurrido en realidad antes de que terminara de

rodillas, con las manos en sus caderas, y con la cara en la bragueta porque, bueno... nadie en su sano juicio podría creer la verdad.

Así que tuve que soportar otra oleada de miradas y susurros, a chicas mirándome como si tuviese una luz roja diciendo "descarada" generada por el diablo para diezmar el mundo, y chicos mirándome con los ojos dilatados y sonrisas intencionadas, como si me imaginaran de rodillas delante de ellos. Las chicas que tenía, simplemente me dejaron de lado porque pensaban que si lo había hecho una vez, ¿qué me detendría de tirarme a sus novios en el laboratorio de biología? Tenía esa especie de desdén porque era chica. Sin embargo, los chicos no eran más que perros, la boca se les hacía agua por cualquiera o lo que quiera que consiguieran. A un par de esos repetidos ofensivos los cortaba al pasar.

—¡Oye, Morrison! —Jude se deslizó en la línea junto a mí, gritándole al chico que me miraba de manera familiar frente a unas pocas personas—. Vuelve tus ojos a menos que quieras perderlos.

Morrison inclinó la barbilla hacia Jude. —Ryder, eres un afortunado hijo de puta.

Un impulso que era casi imposible de resistir se levantó, ordenándome que tirara mi tazón de gelatina roja coronada por una cucharada de crema batida directamente a la cara de suficiencia de Morrison. Punto blanco.

Jude se puso delante de mí, apretándome detrás de él con su antebrazo. —Si te refieres al hecho de que mi novia es una inteligente, elegante, dulce, justa chica, tienes razón —dijo, enderezando a Morrison—. Pero si te refieres a algo mucho menos honorable, entonces podrías querer hacer algunos ajustes a las aplicaciones de la universidad porque no creo que la Estatal de Arizona vaya a quererte si no puedes correr con el balón.

Morrison saludó a Jude y se dio la vuelta, mientras una ronda de risas atravesó el trío de amigos en la fila del almuerzo.

—Malditos hijos de puta —murmuró Jude, mirándoles a la nuca—. Oigo a cualquiera hablando o posando sus ojos sobre ti otra vez y les mostraré cómo se hacen las cosas en el nivel inferior de la cadena.

Abriéndome paso en torno a él, le encaré. —¿Eso suena como alguien que está comprometido a permanecer en el lado bueno de la ley? —pregunté, arrastrando un trozo de pizza en mi bandeja—. ¿Suena como alguien que le prometió a su...?

—Novia. —Llenó el espacio en blanco, serpenteando sus brazos alrededor de mí.

—¿...a su novia que no haría nada para ensuciar esto? Porque ir a la cárcel por intento de homicidio podría ser considerado como motivo para arruinar las cosas.

—Mujer —suspiró, apoyando su mejilla contra la mía—, estás reventando mis bolas. En todas las formas.

—¿Cuál era la promesa que ibas a hacerme sobre no tocar a Morrison y su grupo de mestizos? —dije, mirando a la señora del almuerzo que ni siquiera trataba de ocultar la sentencia en sus ojos. Alguien más había visto nuestra foto.

—Bien —cedió, guiándome hacia el patio. O bien leía mi mente o sentía lo mismo que yo: ¿cansado de las miradas y de esquivar enfermas preguntas?—. No voy a tocar a los Jockeys idiotas²⁸. —Agarrando el asa de la puerta, la abrió para mí—. Pero no puedo prometer que no pague a alguien para que les pegue —añadió mientras pasaba.

Le di en el estómago.

—Encontré tu pendiente —dijo, sacándolo de su bolsillo.

—¿Dónde? —pregunté, tomándolo y deslizándolo en su lugar.

—Dentro de mis bóxers.

—¿Cómo diablos terminaron ahí? —pregunté, evitando la suave imagen de sus boxers.

—No lo sé —dijo, mientras caminaba por el patio casi vacío—. Pero diremos que estuve a punto de ser perforado. Ahí abajo.

Me reí, dándole al pendiente que faltaba una palmadita. Había tenido una mañana mejor que yo. Nadie levantó la mirada hacia nosotros mientras caminábamos por el césped y nos acomodábamos en una mesa vacía. Era un día frío, de esos en los que habrías querido traer un jersey, pero mientras Jude me rodeaba con su brazo, me encontré deseando que nunca tuviese que traer un jersey cualquier otro día.

—Novia, ¿eh? —dije, poniendo la pizza delante de él.

—Novia —afirmó—. Sin cuestionamientos.

Le sonreí a mi bandeja. —¿En qué número me sitúas?

Suspiró. —En el uno. Y única. Te lo dije antes, Luce. Eres mi primera y, si Dios quiere que no joda esto, la última.

Fue una buena cosa que no le hubiera hincado el diente a la manzana que tenía porque me hubiera ahogado. Debería haberme

²⁸ **Los Jockeys:** son es un atletas cuya profesión es conducir caballos en competiciones de carrera de galope. en este caso el insulto lo toma como atletas que se masturban.

asustado más allá de la reparación, mi novio que había estado en la cárcel tantas veces como las citas que habíamos tenido, lanzando un para siempre en una conversación normal, pero no lo hizo. No decía matrimonio mañana y bebé al siguiente, simplemente algún día, tal vez. Y algún día, quizás sonaba demasiado atractivo para mí en formas en las que una chica de diecisiete años que sueña con un futuro brillante no debería.

—¿Con cuántas has estado, Jude? —dije, preguntado posiblemente la peor pregunta que una chica debería hacerle a un tipo como Jude. Esperaba que un número inferior a cincuenta.

Bajó la rebanada de pizza antes de tomar un bocado. —Las suficientes como para saber que algo especial se acerca.

—Y si cuantificaras lo suficiente, ese número sería... —Dejé caer mi manzana también. Con esta clase de conversación dando vueltas sobre nosotros, la disminución de apetito era un efecto secundario esperado.

—Luce, no quiero hablar de mi pasado. No quiero discutir a fondo una y otra vez las veces que he jodido las cosas —dijo, sus manos apretándose en puños—. Sé que las chicas tienen cierta fascinación enfermiza por conocer el nombre, la hora y cómo nos tiramos a las chicas antes que ustedes, pero no te lo voy a decir. Son muchas, probablemente incluso más de las que piensas —mi estómago se contrajo—, pero no quise a ninguna y ninguna me quiso tampoco.

—Suenas romántico —murmuré, empujando mi bandeja a distancia.

—Tú eres la que quería saber —dijo, colocándose a horcajadas sobre el banco para mirarme—. Escucha, con un tipo como yo, no hagas preguntas que no quieras saber, Luce, porque haré mi maldito mejor intento para ser honesto contigo. No hurgues en mi pasado a menos que quieras que salga por otro lado que no te gustaría.

Me enteré de eso hace un tiempo, ¿pero cómo se puede tener una relación con alguien a quien no conoces a nivel de pasado, presente y futuro? —Así que si no te gustaban y no se preocupaba por ti, ¿por qué... —Cada término rebotando en mi mente era peor que el anterior... lo hiciste?"

—¿Quieres saberlo? —preguntó, desafiándome con los ojos—. ¿De verdad quieres saber este tipo de cosas?

Asentí una vez porque era una niña estúpida.

El gesto de Jude se hizo eco del mío. —Para mí, fue un escape. Una manera de olvidar que mi vida era un abismo de mierda por un rato. Y para las chicas —dijo, levantando sus hombros—, una forma de joder a sus psicóticos padres alcaldes cuando descubrieran que sus preciosas hijas se

habían liado con el chico malo por excelencia. Eso, o que simplemente se interesaron en mí y querían saber cómo era en la cama. —Puse fin rápidamente a la sonrisa que se elevaba por un lado cuando mi codo conectó con su estómago.

—No es gracioso —regañé, frunciendo el ceño a la mesa de picnic, ya que era imposible fruncirle a él.

—Lo siento, lo siento. —Se rió, frotándome los brazos—. A veces la única forma de poder recordar mi apestosa vida de mierda es a través del humor —dijo, alzando mi cara—. Pero restando el humor, la verdad es que no me preocupé por ellas, y no se preocuparon por mí. —Me miró fijamente a los ojos, y por cómo lo hacía se notaba que era sincero.

—Está bien —dije, aliviada de que este tema estuviera oficialmente fuera de los libros ahora.

—Y si te ayuda saberlo, el sexo fue frustrante e insatisfactorio.

—No sirve de nada, pero gracias por la nota de pie —dije, arrebatándole mi manzana.

—Sabes, parece que hacemos bien eso de besar la mierda del uno al otro o de hablar de temas que están mejor guardados en las tumbas de los que fueron enterrados —dijo, masticando un bocado de la pizza—. ¿Por qué no podemos tener simplemente una normal, rutinaria conversación?

Procesé esto mientras masticaba mi manzana. —Tienes razón —dije—. Cómo puedes ser mi novio si no conozco tus puntos de vista políticos, o lo que opinas sobre el tiempo, o lo que pensabas de la última película que viste en el cine.

—Buen punto —dijo riendo, bebiéndose una lata entera de gaseosa en cinco segundos—. A la mierda, la mierda de todos los días. Y los temas de descomposición de cadáveres. Sigue besándome, o cualquier otra cosa que pueda tener en mente —dijo, meneando las cejas sugestivamente—, hasta que haya acumulado la suficiente locura en mi cabeza como para no poder hablar correctamente.

—Eso suena como una relación satisfactoria —dije, girando y extendiéndome sobre el banco para mirarlo. Tenía razón en una cosa; se acabó toda esta charla a la hora del almuerzo.

La pizza se le escapó de las manos y cayó al suelo. —Te lo demostraré —dijo, mirando mi boca.

Se encontraba casi tan cerca de tocar la mía como para poder saborearlo cuando una mochila golpeó en la mesa frente a nosotros.

—Hola, Lucy.

—Señor, ayúdame.

Las frases de Jude y Sawyer se solaparon mientras se miraban entre sí.

—Ryder —dijo Sawyer, tendiendo la mano. Se quedó allí por un rato hasta que Sawyer la metió de nuevo en el bolsillo—. ¿Cómo te va?

—Hasta ahora, fantásticamente.

Le pateé su pierna con la mía en señal de advertencia. Hasta ahora, Sawyer jugaba limpio.

—Por supuesto —dijo Sawyer, mirando del uno al otro—. Siento interrumpirlos. Sólo quería decir algo y luego los dejo.

—Genial —dijo Jude, rodeándome con sus brazos. Tan posesivo—. Dilo.

Sawyer sonrió. —No quería que tuvieras una idea equivocada de mí si escuchaste que llevé a Lucy de vuelta a casa tras el baile. Vi una amiga que necesitaba ayuda y la socorrí. Sé que es tu chica, Jude.

—¿Significa eso que dejarás de observarla cada vez que la veas en el pasillo? —preguntó Jude, mirando a Sawyer.

—Lo intentaré —dijo, estirando el cuello—. Es una chica hermosa, Ryder. Eres un hombre afortunado.

—No me digas lo que tengo como si no lo supiera —dijo Jude, sus brazos se tensaron.

—Jude —le advertí.

—Vaya, tranquilo, chico grande —dijo Sawyer, levantando las manos y retrocediendo—. No fue mi intención ofenderte, sólo quería explicarte mi parte e ir a almorzar. —Mirándome, su sonrisa creció—. Nos vemos en el quinto periodo, Lucy.

Le saludé mientras se volvía y empujaba la puerta.

—No creía que pudiese odiar más a ese gilipollas, pero debí imaginarme que una polla de su tamaño no tiene límite de odio. —Jude miró a la puerta por donde Sawyer había desaparecido.

—¿Alguien ha mencionado que podrías tener problemas de ira? —dije, mirándolo. Por la mirada de odio en sus ojos, cualquiera pensaría que nunca había odiado a nadie más.

El rostro de Jude se suavizó un poco. —Sólo unas pocas docenas de veces al año desde la pubertad.

Poniendo mis dedos entre los suyos, di otro mordisco a la manzana. —¿Qué te ha hecho Sawyer Diamond para que te moleste tanto cuando

le ves? —dije, masticando el trozo de manzana—. Porque, además de tener un ego demasiado inflado y una sonrisa tan blanca que no se registra en la paleta de colores, no parece ser tan malo para mí.

Jude me encaró, sus ojos oscureciéndose al negro. —Sawyer Diamond es lo que sucede cuando Dios gira la cabeza durante un segundo. Un tipo así no merece una segunda oportunidad, ni misericordia, ni comprensión, en especial de una chica como tú, Luce, porque lo retorcerá en algo con lo que pueda manipularte. —Sus manos se aferraban a mis brazos, apretándome—. Quiero que te alejes de él, Luce. No le hables, ni le mires o reconozcas de algún modo. ¿Me entiendes? Porque puede negarlo cuanto quiera y pretender que nos anima, pero te quiere tan malamente que es probable que ahora mismo esté en el vestuario de chicos masturbándose.

—Ew, Jude —dije, haciendo una mueca—. Grosero.

—Sólo mantente alejada de él, Luce —dijo—. Conozco esa polla desde hace diez años y puedo decir cuando trama algo. Y está tramando algo.

La campana del almuerzo sonó. Los dos gemimos, lanzando nuestros almuerzos medio comidos a la basura. —Tengo tres clases con el chico, ¿cómo se supone que lo evitaré? —pregunté, mientras Jude agarraba nuestras mochilas y se las echaba a la espalda.

—Quiero que le des una patada en las bolas cada vez que le veas —dijo, y sin rastro de burla en su voz—, y después de unas cuantas de esas, permanecerá lejos de ti.

—Ahora, ¿por qué no se me habrá ocurrido eso? —dije, golpeándome la frente con la mano.

—Porque eres dulce e inocente y no tienes ni idea sobre cosas siniestras como capullos desesperados —dijo, abriendo la puerta del patio para mí—. Déjame el trabajo sucio a mí, Luce. Tú sigue siendo así.

—¿Y golpear bolas no es considerado un trabajo sucio en tu mundo?

—Si estamos hablando de patear las pelotas de Sawyer Diamond —dijo, sonriendo para sí mismo—, es pura diversión.

16

Traducido por perpi27

Corregido por Panchys

Pasaron unas semanas, y la imagen se abrió camino hasta la parte inferior de la pila de drama mientras la comidilla de la ciudad se desplazó al nuevo quarterback de la escuela Southpointe.

Jude había convertido sin ayuda a un equipo históricamente maldito en el equipo mejor clasificado en la tabla. Estábamos a cuatro y uno, y el perdido pasó durante el primer juego de la temporada antes de que obligara a Jude a unirse.

Le dije que esperaba la mitad de sus ganancias cuando fuera un gran quarterback de la NFL. Me dijo que podía tenerlo todo. Lo irónico fue que al día siguiente me dijo que, el entrenador A les dijo que una carga de basura de entrenadores estarían en el juego el próximo viernes. Todos los chicos del equipo se jactaban de ello, sugiriendo a sus novias y padres un viaje completo a la Pac-10²⁹ se encontraba en camino, pero todo el mundo sabía que la única razón de que una docena de entrenadores asistieran a un partido de Southpointe era debido a Jude Ryder.

—No eres tú una visión de lentejuelas de oro y lycra carmesí —dijo detrás de mí una voz que había evitado durante semanas.

Exhalé, buscando a Jude. Era mucho mejor un corrillo de niños escolares aparentemente pequeños de altura, en este momento.

Así que respondí—: Hola, Sawyer. —Podría haber sonado más entusiasmada, pero lo había evitado por una razón. Si Jude dijo que era alguien para mantenerse alejado, eso significaba que era alguien que evitar.

—¿Qué? —dijo, deslizándose hacia mí—. ¿Eso fue una respuesta verbal real? No puede ser.

—Me estás recordando por qué he estado verbalmente ausente a tu alrededor —dije, estirando mi top hacia abajo. Al igual que la mayoría de los equipos de baile de secundaria, Southpointe está adscrito al lema

²⁹ **Pac-10:** Es una conferencia de deportes de la División I de la NCAA en Estados Unidos.

menos es más en cuanto a la vestimenta de danza y, hasta que los ojos de Sawyer se deslizaron por mí, no me había importado la falta de cobertura.

—Lo siento —dijo, golpeándome con el hombro. Di un paso al costado—. El humor es defecto de mi ego cuando está herido. —Cruzó sus brazos, buscando en el campo los equipos alineados. Di otro paso al lado en caso de que Jude alzara la vista antes de la caminata. Sabía que iba a marchar del campo de juego si veía a Sawyer acercándose furtivamente contra mí—. ¿Cómo está Jude? —preguntó con fuerza.

Miré hacia él, mirando intencionadamente a su camiseta metida en sus pantalones vaqueros. A continuación, el lugar que ocupaba en el banco. —Pateando traseros.

Sawyer se echó a reír, mirando a la pizarra. —Puedo ver eso. Desde mi punto de vista, si sigue aniquilando el resto del juego, va a obtener una veintena de becas de fútbol mañana por la mañana. —Mirando hacia arriba en las gradas, se concentró en el grupo de entrenadores que se presentaron. Una docena se habían convertido en dos docenas y hasta el último de ellos no habían dejado de poner sus ojos en Jude esta noche.

Babeaban por él, y me sentí tan malditamente orgullosa, que había hecho arreglos especiales para esta noche. Muy a mi pesar, Jude había insistido en que tomáramos las cosas con calma durante las últimas semanas, pero con la ropa interior que había elegido y lo que tenía en mente, él juraría lento para siempre.

Olvidé que Sawyer seguía allí hasta que se aclaró la garganta. —Te he echado de menos, Lucy.

Maldita sea, no necesitaba esto ahora. El equipo de baile se encontraba a punto de golpear el terreno para el show del medio tiempo y yo estaba bastante segura de que Jude había captado sólo un vistazo de Sawyer a mi lado. Yo tejía más en el grupo de mis compañeros de baile.

—¿Por qué me evitas? —preguntó Sawyer, deslizándose justo a mi lado otra vez—. ¿Qué fue lo que dijo Ryder que te hizo ser anti-Sawyer Diamond?

Me había resistido durante tres semanas, pero veía muy de cerca seguir las palabras de advertencia de Jude y patearlo en las bolas.

—Estoy evitándote porque Jude dijo que no eres alguien con quien debería estar alrededor —dije, sin sentir necesidad de explicarme, pero se sentía bien gritarle un poco.

—¿Haces todo lo que Ryder dice que hagas?



Bien, ahora yo era un hervidero. Dando a entender que no tenía columna vertebral y que mi novio es quien encendía el interruptor de temperamento.

Girando, di un paso hacia él y luego otro, hasta que fue arrinconado contra la valla. —Escúchame, tú, arrogante trasero —dije, apoyando las manos en las caderas para no abofetearlo—. Estoy evitándote porque no me gustas. No me gusta la forma en que me miras, o la forma en que me sonríes, o la forma que tienes este sentido de la verdad. No me gusta la forma en que te paseas por los pasillos de la escuela como si fueras el dueño del lugar, y realmente no me gusta la forma de tirar granos de maíz en la mesa de banda cada día. Eres pretencioso, astuto, y grosero —dije, dispuesta a disparar sólo un centenar más de insultos cuando oí el timbre que anunciaba el fin del trimestre—. Y feo —añadí, sabiendo que era lo que le picaba más a un tipo como Diamond.

—¿Ya le preguntaste sobre Holly? —dijo Sawyer de pronto, empujándose fuera de la valla y dando un paso hacia mí.

Di un paso hacia atrás. —No lo necesito —dije—. Confío en él. Verdad, Sawyer. Es posible que desees mirar la palabra en el diccionario y usarla un día.

—Y tal vez tú y tu confianza deberían seguirle un día a un remolque abandonado en Valley View Park —dijo, deambulando de nuevo a la banca—. Podría ser que encuentres que Jude tiene que buscar la confianza en el diccionario.

Esperé hasta que Sawyer se volvió antes de dejarme caer sobre la hierba. No podía respirar. No me podía mover. Y tenía que bailar una rutina completamente nueva en tres minutos. Me enojé conmigo misma por dejar que Sawyer llegara a mí, y aún más por dejar que cayera la semilla de la duda en mi mente de nuevo. Podía confiar en Jude. Confío en él.

Entonces, ¿por qué sentía el corazón en la garganta? ¿Por qué mi estómago se siente como si estuviera a punto de explotar? ¿Por qué odiaba el nombre de Holly?

El grupo de baile hacía un círculo a mí alrededor, todo el mundo se arrodilló a mí alrededor, preguntándome si necesitaba un poco de agua. Negué con la cabeza, mirando hacia donde Jude se hallaba al frente del equipo fuera del campo. Podía confiar en ese hombre. Me estaba enamorando de ese hombre.

Como si pudiera leer mis pensamientos, me miró en ese momento, sus ojos cayendo sobre mí, con una sonrisa ya en posición hasta que tomó un buen vistazo de mi cara. Se detuvo abruptamente cuando una ola de



jugadores lo pasó. La sonrisa desapareció de su rostro mientras corría por el campo hacia mí.

Ahora no, ahora no, me dije. En el entretiempo cuando él tenía veinte de los mejores entrenadores del país que lo observaban, aquí no era el momento para que aparezca Holly. Más tarde, después del partido, así podía poner a descansar el fantasma de Holly que me perseguía.

—Luce —dijo, deslizando su casco—. ¿Estás bien? —Levantando las manos, las pasó por encima de mi cara.

No, era la respuesta honesta, pero sí era la respuesta que necesitaba dar. Tal vez sea necesario revisar los puntos más finos de la confianza también.

—Estoy bien —dije, apoyando mi mejilla en su mano—. Sólo un poco insolada. Me olvidé de comer la cena de nuevo —le dije, rodando los ojos como si estuviera desesperada.

—Que alguien le traiga un poco de agua —gritó Jude—. ¡Y una barra de granola o algo así! —Volviéndose hacia mí, me besó suavemente—. Maldita sea, mujer, significa mucho para mí. Come, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, tomando el vaso de plástico de las manos de alguien.

—Tengo una línea defensiva que necesita una paliza en sus lenguas, así que mejor a ponerse en marcha. —Me besó en la mejilla y se levantó.

—Y un par de docenas de entrenadores para impresionar —añadí, tomando otro sorbo.

—Eso ya ha sido atendido —dijo, poniéndose nuevamente el casco.

Sonreí. —Está bien, engreído, vete. Voy a esperarte después del partido. Tengo algo planeado —dije, levantando mis cejas.

Se detuvo y miró hacia atrás, su cara ilegible. —Oye, Luce, lo dejamos para después esta noche, ¿de acuerdo? Me duele como el infierno y ya voy a tener suerte si puedo llegar a casa en posición vertical. ¿Mañana por la noche?

Esa sensación de estómago explotando alcanzó su punto máximo. — ¿No necesitas que te lleve?

—Meyers se ofreció a llevarme a casa —dijo, mirando por el campo—. De esa manera no tendrás que esperar por mí y escuchar a un bebé grande llorando por hielo y analgésicos.

No podía hablar.



—Me tengo que ir, Luce —dijo, corriendo hacia atrás—. Te llamaré mañana. —Dándose la vuelta, se dirigió hacia el equipo de Southpointe—. Ahora te toca patear traseros con algún baile en ese campo, Luce —gritó por encima del hombro—. No me defraudes.

Incliné mi cabeza sobre mis rodillas. —Tú tampoco.



17

Traducido por Max Escritora Solitaria

Corregido por KatieGee

Yo escenificaba un replanteo en mi propio novio. Esto en cuanto a la confianza que tenía en él hace un par de horas.

Southpointe, según lo previsto, borró el equipo que encabezaba la serie en la conferencia, por lo que Southpointe era, por primera vez en su historia, el número uno. Jude volvió de medio tiempo como posición veinticuatro, guiando era inexcusable, la ampliación de la brecha por otros veinte y uno. Era como ver a un equipo de los Dioses jugar contra un equipo de los mortales, Jude en el papel de Zeus.

Me las arreglé para aguantar y mover el culo durante el medio tiempo antes de correr hacia el vestuario de las niñas y cambiarme para que me pudiera integrar en el rebaño de los entusiastas fans en las gradas. Supe que me buscaba, incluso herida no me encontraba abajo en el banquillo animándolo a él, pero no me sentía de humor para celebrar. Ni siquiera en un estado de ánimo de pretender animar y no podía darle ninguna razón para sospechar que algo no iba bien.

No podía tenerlo comprobando encima de su hombro a su novia, identificando su capucha y agachándose detrás del volante de su coche. Porque entonces, como la buena novia y de confianza que no era, no podía seguirlo para ver dónde se dirigía realmente esta noche.

Se acercaba la hora que marcaba el final del juego, cuando los coches de casi todos los jugadores se habían ido, cuando salió de los vestuarios. Scottie Meyers no iba con él, ni ningún otro jugador, iba solo.

La gente aconseja acerca de momentos clave como éste. Momentos en los que tienes dos opciones, y la elección de una. Un camino para bajar sin vuelta atrás. Opción número uno: podía saltar fuera de mi coche, correr y arrojarme en sus brazos, y seguir jugando al tonto. Eso era atractivo en casi todos los niveles.

Y la elección numero dos: podía quedarme y seguirlo a donde quiera que me lleve, esperando llegar al fondo de esta situación de Holly o el descubrimiento de que Sawyer era un saco de mentiras de mierda. Esta elección no me atraía en absoluto, pero era la única que tenía que hacer.

Porque no era una de esas chicas que podía hacer la vista gorda mientras su novio bordeaba por la ciudad. Porque no era una de esas chicas que pensaban que la confianza era una condición abierta a la interpretación de hecho. Porque era una de esas chicas que necesitaban saber si mi novio se follaba a algunas ex detrás de mi espalda para que pudiera terminar destrozada, miserable, pero, al menos, informada. Supongo.

Jude saltando el estacionamiento, se abrió paso a través de la maleza. En dirección sur. Como en SouthView Park.

Dondequiera que iba, viajaba a pie, lo que significaba que seguirlo en el Mazda sería imposible. Probablemente se haría un poco sospechoso si un vehículo en mi marca y modelo lo siguiera a unos pocos autos de distancia detrás de él en un ritmo de cinco millas por hora.

Así que peleé fuera del aparcamiento, en dirección al lugar que fue más probable que se dirigiera y el lugar que más quería que no se presentara.

Yo no conocía el camino exacto para llegar al parque de casas rodantes, no era un lugar que hubiera frecuentado durante mis veranos pasados en el lago, pero unos pocos giros equivocados seguido por un par de vueltas más adecuadas y la ayuda de un empleado de la gasolinera, y me dirigía a un remolque de SouthView Park, donde la vista es mejor aquí abajo, de acuerdo con la señal.

No era un gran parque, a sólo dos filas de remolques corriendo por un cuarto de milla más o menos de camino. No había vista que pudiera ver, a menos que cuentas las paredes oxidadas de remolque de tus vecinos, y no había ni una sola maceta de flores o una cesta colgante para ser vista. Me di cuenta por qué era el primer año que no había tenido flores en nuestros escalones de la entrada. Las personas que se preocupan por el pago de sus facturas de electricidad y poner los fideos japoneses en la mesa no compra flores.

Era un pensamiento extraño haber dado todo lo que pasaba por mi mente, pero me quedó grabada.

Aparqué en el extremo del parque en un lugar donde las farolas no iluminarían mi coche, esperando que no me descubriera aquí. Con la esperanza de que no iba a aparecer en absoluto, porque si lo hacía, si tenía que verlo oscilando en el remolque de otra chica tarde un jueves por la noche, me gustaría saber la verdad. Me gustaría saber que todo lo que yo había creído que teníamos era falso. Dudando de todo el amor y todo lo que había experimentado en el futuro.

A pesar de conocer mejor, me aferré a un globo pasado de la esperanza que me había equivocado y Jude no iba a venir a llamar a la puerta de Holly después de las once de la noche.

Dejé que ese globo flotara ni un minuto más tarde cuando vi una forma familiar cortar a través de un par de senderos y avanzar por el camino de malezas forrado en mi dirección. Pasó por debajo de las luces de la calle, la luz parpadeaba, oscuro, un par de bolsas de plástico colgando de la muñeca.

Fue casi al final de la carretera, el Mazda se encontraba sólo a un par de longitudes del remolque de distancia, en la oscuridad, cuando me di cuenta de que no había venido aquí para hacer una visita de remolque, que estaba aquí por mí. Había alcanzado a verme abrimme paso alrededor de la ciudad como una mujer con una misión y de alguna manera me siguió hasta aquí e iba a hacerme entrar en razón. No me importaban las preguntas que él hiciera o las explicaciones que tendría que dar, porque él se hallaba allí para mí. Sawyer podría empujar su confiada información y metérsela en el culo.

Recordé cómo sonreír cuando Jude pasó el último remolque. Me encontraba a punto de abrir la puerta, tirarlo en el suelo, y besarlo cuando se volvió una esquina cerca del último remolque. Saltando por las escaleras de moho teniendo la oportunidad en frente de mí, llamó a la puerta.

Mi corazón se rompió. En realidad se rompió. Los rayos X lo confirmarían.

No podía respirar mientras esperaba en el coche para ver quién abriría esa puerta, aunque a estas alturas ya sabía.

La puerta chirrió abierta, iluminando a Jude en luz amarilla suave. Me dije que no era el hombre por el que me enamoré. Y entonces una chica, justo de mi edad, apareció en la puerta con un vestido de verano bonito y una sonrisa más bonita. Su carácter se parecía al mío, pero su pelo no se había quemado hasta los hombros.

Echó los brazos alrededor de Jude y él hizo lo mismo, levantándola de sus dedos de los pies.

Esto no sucedía, era un sueño, una pesadilla. Me gustaría, en algún momento fuera de juego, estar dormida y que este fuera el resultado de una noche pasada agonizante que mi novio veía a alguien a mis espaldas.

El aire en el coche comenzó a sofocarme, así que zumbó por la ventana, aspirando bocanadas de aire fresco.

—Llegas tarde —dijo la chica, que sabía en mi corazón era Holly, después de que Jude la bajó.

—Caminar unos pocos kilómetros a pie después de haber jugado el último partido puede hacer que un hombre tarde —dijo él, echándose hacia atrás en la barandilla de la escalera—. Lo hice bien, ¿no?

Holly frotó el brazo de Jude, que la miraba como si fuera el sol, la luna y las estrellas. Conocía esa mirada y, después de esta noche, yo nunca la tendría de nuevo.

—Siempre lo haces —dijo Holly, mostrando una sonrisa tímida—. ¿Cómo estuvo el juego?

—Bien —respondió Jude—. Le pateamos el culo a Valley.

—Valley necesita conseguir sus culos pateados —dijo ella, deslizándose fuera de su suéter. Ambos brazos se hallaban cubiertos de tatuajes intrincados, desde la muñeca hasta el hombro. Eso me haría sentir mejor si ella hubiera estado encabezando la escala de feos, pero no. Era bonita, más bonita que yo—. Desearía poder haber llegado, pero eso es mucho drama, no estoy preparada para hacerle frente todavía.

—Sí, probablemente es lo mejor.

Luego un grito corto a través de la puerta, interrumpiendo la noche tranquila. Un grito que hizo el hoyo en mi estómago expandirse.

—Un momento³⁰ —dijo, levantando un dedo y desapareció en el remolque.

Jude se quedó allí, mirando hacia el cielo nocturno, cuando de repente, se puso tenso. Empujando la barandilla, miró hacia un lado, luego al otro. Estuve a punto de darme la vuelta y despegar el infierno fuera de este lugar cuando Holly volvió a aparecer en la puerta con algo en sus brazos.

Un bebé.

Esta fue la parte en la que sabía que tenía que saltar del coche, marchar por las escaleras en mal estado y dar a Jude Ryder un pedazo de mi mente y de la palma de mi mano. Pero no lo hice porque me di cuenta que Holly y el bebé habían llegado mucho antes que yo. Habían tenido el reclamo de Jude antes de que yo hubiera sabido que quería uno.

—¿No se supone que este chico dormía ya? —dijo Jude, haciendo una cara divertida al bebé. El niño gritó de alegría, agitando las manos pequeñas.

—Dentición³¹ —dijo Holly, suspirando.

³⁰ **Un momento:** En español original.

³¹ **Dentición:** se le llama al desarrollo de los dientes y a su disposición en la boca.

—Dámelo —dijo Jude, dejando caer las bolsas a los pies de Holly y extendiendo sus brazos. Le entregó el bebé y dejó de llorar de inmediato cuando Jude empezó a saltar y acariciar su espalda.

—Gracias por recoger pañales y leche de fórmula, Jude —dijo ella, recogiendo las bolsas—. Me acercaba peligrosamente a la rotura de mis sábanas en pañales improvisados.

—Por supuesto —dijo Jude, besando la parte superior de la cabeza del bebé—. En cualquier momento.

—No sé lo que haría sin ti —dijo ella, mirando al bebé, algo triste en su voz.

—Estaría todo bien —dijo, haciendo una cara al bebé—. Pero me alegro de ser capaz de ayudar.

—Bueno, ¿vas a dormir en el porche? —preguntó ella, apoyando una mano en la cadera.

—Prefiero que no. —Sonrió.

—Bueno, ven aquí —dijo, haciéndose a un lado—. Tengo planes para ti esta noche.

—Chico, pequeño Jude —dijo él, sosteniendo al bebé en frente de sí—, tu mamá es mandona.

Holly suspiró, agarrando el brazo de Jude y lo metió. Él cerró la puerta, encapsulando la familia lejos de mí.

Tenía que salir de aquí. Tenía que llegar a casa. Tenía que olvidarme de Jude. Necesitaba un buen grito duro para sacar esto de mi sistema.

Esperé unos minutos más, girando la llave en encendido cuando una luz se apagó en un cuarto trasero. No iba a estar allí cuando ese remolque comience a balancearse.

Me fui del parque remolque, conduciendo las carreteras a casa con la vista borrosa porque no pude mantener las lágrimas contenidas, pero no me sentía dispuesta a dejarme caer. Así que Sawyer tenía razón y yo no. No podía confiar en Jude y nunca debería haberlo hecho. Jude que me había advertido que me alejara, pero no fui lo suficientemente inteligente como para escuchar.

Mi novio, mi ex novio, aunque no estaba segura de si yo pudiera llamarlo así, tuvo una doble vida llena de distancia, en un tráiler de mala muerte. Estas cosas no pasan en la vida real.

Me temblaban las manos sobre el volante en el momento en que llegué a casa. Se encontraba oscura y era lo primero que había salido bien en la última hora.

Entré y subí las escaleras en cinco segundos. Me deslicé en mi cuarto sin hacer ruido, cogí la bolsa con la ropa de compras con los vestidos que había tenido la intención de ponerme, para Jude y lo tiré a la basura. Descansando en mi cama, sabía que si tomaba mi dedo, el dique que contiene la inundación haría pedazos. No podía decidir si tenía que dejarme ir o si tenía que mantenerme a mí misma.

Jude era el tipo de hombre que había pensado, hasta esta noche, era un hombre digno de derramar un lago de lágrimas otra vez, pero después de lo que aprendí esta noche, no parecía la pena más el esfuerzo.

Sentada en la frustración, algo me llamó la atención en mi escritorio. Un sobre amarillo que había permanecido cerrado. Hasta esta noche.

Arrebatándolo de mi escritorio, arrancó el paquete abierto. Mi futuro parecía más fácil de aceptar ahora que me sentía tan triste en estos momentos.

Sostuve la parte superior de la hoja frente a mí, escudriñando el primer párrafo. Contuve la respiración mientras me hundí en el suelo.

Me dormí esa noche con una media sonrisa y un medio ceño en mi cara.

18

Traducido por Max Escritora Solitaria

*Corregido por Suelick**

U nas pocas horas de sueño hicieron regresar mi nivel de emoción de angustia a la ira. Me levanté el viernes por la mañana lista para mandar a Jude al infierno. Tuve que recordarme a mí misma mientras me preparaba para la escuela que lo odiaba, pero tenía la esperanza que después de muchos recordatorios, este sentimiento podría volverse algo natural. Me puse un lindo vestido de verano y me di cuenta de que se vería muy parecido a Holly, así que cogí un Jersey de mi armario por si me arrepentía.

Mamá ya se había ido y papá estaría en treinta minutos en el restaurante así que eso me hizo salir rápido de casa sin chocar con él. Durante el recorrido hacia la escuela, ensayé lo que iba a decir. Qué palabras le harían daño, qué expresiones me harían lucir desesperadamente enojada.

Sabía lo que tenía que decirle, se hallaba todo en la palma de mi mano, hasta que entré al estacionamiento ingresando en mi lugar, sólo para encontrar a alguien de pie en la hierba delante de mí, esperándome.

Jude saludó con la mano, sonriéndome. Un hombre no debería ser capaz de sonreír así, a una chica a la que engañaba.

Por un momento se me hizo un nudo en la garganta, mirando lo que iba a perder, pero rápidamente me recordé que no era mío como para perderlo en primer lugar.

Respiré profundo, y luego abrí la puerta.

—Te ves bien —saludó Jude.

—No me mires de esa manera —le dije, dándole un portazo a la puerta—. Por que tú no me quitaste este vestido.

La sonrisa desapareció y su rostro se contrajo mostrando confusión.

—¿Alguien se despertó del lado equivocado de la cama?



—Por lo menos no me desperté en la cama equivocada. —Me puse delante del auto, cruzando los brazos.

—Luce —dijo, haciendo una pausa—. ¿De qué diablos hablas?

—No te hagas el tonto conmigo —le advertí—, y no trates de hacerme quedar como una idiota, me dejé engañar por ti un buen tiempo pero ya no puedo mas.

—Oye —dijo, levantando las manos y caminando hacia mí—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enojada? —Trató de abrazarme, pero lo empuje.

—Puedo contestar ambas preguntas con una sola palabra —le dije, frunciéndole el ceño—. Holly

Sus ojos se abrieron en un segundo. —¿Qué pasa con Holly?

Resoplé, tratando de no mirarlo para poder enojarme más.

—He llegado a mis propias conclusiones acerca de Holly, pero ¿por qué no me cuentas tu historia? estoy segura de que es muy interesante.

Envolvió sus manos alrededor de su cuello, mirando el cielo.

—Holly es mi amiga.

Me eché a reír.

—¿Una amiga que te invita a entrar en su remolque cargando a un bebe? ¿Una amiga que te saluda con un lindo pequeño vestido y se abre de piernas para ti? Después que el bebé se queda dormido, por supuesto.

—Fuiste allí anoche —dijo, para sí mismo—. Tuve esa sensación de que te encontrabas allí y resulta que tenía razón —dijo mirándome directamente.

—Sí, tienes toda la razón, estuve allí anoche —le dije—. Y lo vi todo.

—¿Y por qué fuiste ahí? —preguntó, manteniendo la calma—. ¿Por qué me sigues?

—Porque alguien me había estado diciendo durante semanas que tú y Holly me engañaban a mis espaldas, pero lo ignoré porque pensé que podía confiar en ti. —Hice una pausa mordiendo mi lengua porque me encontraba apunto de llorar. No podía dejar que viera el dolor que me había causado—. Nunca he tenido problemas en toda mi vida por un chico.

—Vamos a ver si lo entiendo, porque estás hablando como loca en este momento y se me hace difícil entenderte. —Jude exhaló—. Alguien te dijo que Holly y yo te engañábamos a tus espaldas? alguien te dijo dónde vivía y que golpeaba su puerta? —preguntó cambiando de posición—. ¿Y

le creíste? —Su voz tembló, como si estuviera herido, pero no me engañaba. Este hombre había perfeccionado sus actos, todos sus actos, con el fin de jugar con varias mujeres.

—Estoy contenta de haberlo hecho —le respondí—. Resulta que tenía razón. —El estacionamiento se había llenado de más personas, por lo que habíamos atrapado demasiada atención de la que realmente queríamos.

—¿Quién te habló de Holly?

—Eso no importa —le dije, mirando a un grupo de chicas tratando de quedarse al alcance de nuestra conversación.

—Confía en mí, cuando se trata de Holly, sí importa.

La defendía, de mí. Eso era lo que necesitaba para estar más enojada.

—Sawyer me dijo, ¿de acuerdo? —le dije.

El rostro de Jude se veía sombrío, y con la mandíbula forzada.

—Sawyer Dickhead Diamond te dijo que te engañaba con Holly. —Hizo una pausa tragando saliva—. ¿Y tú le creíste? —Su cara lucía adolorida, como si se hubiera hecho un corte profundo, y el dolor no se podía ir.

Me mordí la mejilla y asentí.

—¿Por qué no me lo preguntaste?

¿Por qué no se lo había preguntado? Esa era una pregunta que no me había hecho, y era algo que no podía contestar. Así que respondí cualquier cosa.

—Por que me habrías mentido.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza caída.

—Así que ¿le crees más a Sawyer, en vez de confiar en mí?

Ayer esas palabras las hubiera respondido, aunque me hicieran sentir como si estuviera en el infierno, pero no hoy y lo sabía con seguridad, así que dejé que mi cabeza respondiera asintiendo, con un gesto triste.

—Entonces supongo que no hay nada más que decir —dijo sin mirarme.

—Oh, hay mucho más que decir —le dije cruzando los brazos.

—Parece que hay una sola cosa que decir —dijo cambiando nuevamente de posición y mirándome como si no me reconociera.

Sabía que ahí es donde a todo esto nos llevaba, pero no me sentía lista. No podía decirlo todavía.

—No te preocupes por mí, nena. He visto tantas espaldas alejándose de mí que esto es algo viejo —dijo, encogiéndose de hombros como si esto no le importara como a mí.

—Dilo —dijo con voz temblorosa.

Me mordí la mejilla. Quería respuestas, explicaciones.

—¡Dilo! —gritó, mientras los tendones de su cuello se estiraban a través de su piel.

Tragué saliva y cerré los ojos.

—Adiós, Jude. —Volteé y corrí a través del estacionamiento, advirtiéndome no mirar hacia atrás.

Rara vez escuchaba mis advertencias, con todo este lío que se había creado. Mirando hacia atrás, me lo encontré de pie en el mismo lugar, sin moverse, luego se dio la vuelta y se alejó.

El rumor se esparció desde la mañana del viernes y se hizo eco por todo el pasillo. Cuando camine a través de los detectores de metales, todo el mundo actuaba como si nada hubiera sucedido, como si mi mundo no se acabara de romper frente a sus ojos. Era un día más para ellos, cuando me sentía como si mis días se hubieran terminado. Me quedé allí, sin poder moverme. Un río de estudiantes caminaban hacia mí, mientras otros me ignoraban, se sentía como si estuviera en una repisa frente a todo el mundo a punto de saltar, y otros me miraban por encima del hombro como si fuera una exhibición de zoológico.

—¡Dios mío, Lucy! —dijo Taylor apareciendo junto a mí—. ¿Qué paso ahí contigo y Jude? ¿Simplemente rompieron? ¿Acaba de dejarte? Sólo se fue de la escuela y siguió su camino, ¿Qué está pasando? —preguntó sacudiendo el brazo, transmitiendo otra oleada de preguntas que yo no era capaz de responder.

—Lucy —dijo, chasqueando los dedos delante de la cara—. ¿Qué te pasa?

Me ahogaba, realmente quedándome sin aire. Tenía asma cuando era niña, no era nada serio pero lo supere antes de la escuela media, pensando que había dejado esto atrás. Mis pulmones se sentían como globos desinflados que no se podían llenar y mi respiración se volvía corta, haciéndome entrar en pánico, no quería estar aquí en este momento, no podía hacer esto.



Necesitaba una manera de salir de este lío, con el que me había encontrado. Alguien agarró mi mano desde atrás, haciéndome girar.

—Vamos a salir de aquí —dijo Sawyer tirando de mí brazo y guiándome hacia la salida.

—Sawyer, ¿Qué demonios pasa? —gritó Taylor detrás.

—Déjala en paz, Taylor —murmuró empujando la puerta abierta.

El aire fresco me ayudó de inmediato. Mi respiración seguía siendo lenta, y sentía como si faltara aire en a mis pulmones. Una lágrima finalmente se deslizó, liberándome.

—Te tengo —dijo Sawyer, agarrándome en brazos mientras me llevaba a su brillante coche blanco frente a nosotros. Me puso dentro del coche, abrochándome el cinturón de seguridad, y reclinando el asiento.

Cubrí mis ojos con mis brazos, dejando escapar otra lágrima.

Sawyer se arrastró a mi lado, prendió el auto y salió volando del estacionamiento. Bajó mi ventana, permitiendo que otra ráfaga de aire llenara mis pulmones, permitiéndome respirar normalmente otra vez.

—Gracias —dije después de un rato. No sabía a dónde íbamos, pero más allá de mi preocupación, no me importaba que condujera en dirección opuesta de Southpointe.

—Sí —respondió suspirando—. Es lo menos que podía hacer, ya que soy el responsable de que te sientas así.

—¿Cómo vas a hacer el responsable de que me sienta como una mierda?

—Porque fui el que te dijo sobre Holly —dijo regresando por un camino de piedras.

Me puse tensa al oír ese nombre.

—Tú no eras el que tenía sexo a ella.

Sawyer se rió con fuerza.

—No que recuerde.

Dando vueltas, paramos, me quité los brazos del rostro y me senté.

—¿Estás destronando a Bon Jovi o algo así? —le pregunté, mirando la McMansión delante de nosotros. Era como el lago, pero la diferencia era que la cabina se encontraba conectada con este, al parecer era una combinación de cabina con esteroides.

—Esta es mi casa —dijo encogiendo los hombros y abriendo la puerta.



No me moví, no había previsto que Sawyer me trajera a su casa. Esto no me hacía sentir nada bien, apareciendo en casa de otro tipo durante la escuela, treinta minutos después de haber terminado con mi infiel novio. Si esto se salía de control, sería conocida como una zorra, por saltarme clases con un chico, y estaría etiquetada como una rechazada oportunista.

—No te preocupes, mis padres no están —dijo confundido, mientras capturaba la expresión de mi cara.

El hecho de que estábamos totalmente solos en este mini-hotel, no alivio a mi mente, pero no quería estar en el coche todo el día, quería volver a la escuela, aun así salí y cerré la puerta.

—¿Así que este es tu lugar? —le dije usando mi mano para protegerme de los rayos del sol, para poder mirar un poco más de cerca—. ¿Entonces tu papá es Bon Jovi?

Sawyer se rió.

—Nop. Mi padre no es tan genial que digamos. Sólo posee un par de concesionarios de automóviles en el estado.

Eso explicaba el coche de lujo que Sawyer conducía.

—Vamos —dijo inclinando la cabeza hacia la casa—. Voy llevarte a una terapia de helado, y luego hablaremos.

—Te puedo garantizar aunque tu casa este llena de helado —le dije siguiéndolo—, no será suficiente terapia para curarme.

—¿Qué te parece si entramos y dejamos el helado para después? —dijo, agarrando mi mano y tirando de mí hacia la casa.

Por alguna razón de no tener otro lugar a donde ir, lo seguí.



19

Traducido por LizC

Corregido por Chio

Tu helado se está derritiendo —dijo Sawyer, mirando la taza entre nosotros.

Deslicé mis dedos profundamente en la arena, envolviendo mis brazos alrededor de las piernas. —Te lo dije adentro, no estoy de humor para el helado.

—¿Algo tan malo que el helado no puede arreglar? —dijo, lanzando una piedra en el lago—. Bueno, vamos a hablar.

—No estoy de humor.

—Por supuesto que no —dijo—. Es por eso que lo necesitas. Una vez que lo saques de tu sistema, te sentirás mejor.

—Lo dudo. —Hablar no cambiaría lo que había visto.

—Vamos a darle una oportunidad. Incluso voy a guiar la conversación. —Deslizó sus lentes de sol a la parte superior de su cabeza y respiró hondo—. ¿Supongo que esto tiene algo que ver con Jude y Holly?

Escuchar sus nombres juntos era diez veces peor que sólo escuchar el nombre de ella. —¿Es esta la parte donde te burlas de mí al decir te lo dije? —espeté—. Porque te voy a ahorrar la molestia. —Lo miré—. Sí, tenías razón. Me lo dijiste. Jude sigue con Holly. —Ese nudo en mi garganta regresó. Me harté tanto de eso que quería llegar a mi garganta y removerlo manualmente.

Sawyer suspiró, sacudiendo la cabeza. —¿Cómo te enteraste?

—Seguí al bastardo hasta el parque de su casa rodante anoche. Tiene un hijo, Sawyer —dije, agarrando una piedra y lanzándola hacia el lago—. Tienen un hijo y no sintió la necesidad de mencionarme esto. —Mi voz se rompió, a punto de estallar y las lágrimas fluían finalmente—. Tienen un lindo, dentado, bebé pequeño y no me lo dijo. —Cada palabra era su propia sentencia, ya que sollozaba mientras trataba de hablar.

—Ah, diablos, Lucy. —Sawyer envolvió su brazo a mí alrededor—. Lo siento. Esta es exactamente la razón por la que traté de decirte desde el



principio sobre ella, antes de que tú y Jude se involucraran demasiado. Sabía que iba a acabar contigo cuando te enteraras.

—Confiaba en él, Sawyer —exclamé—. Confiaba en él. Y me mintió. ¿Qué clase de jodida mierda es esa?

Deslizó mi cabello mojado y enmarañado detrás de mi oreja. — Algunas personas sacan provecho de manipular a los demás, ¿sabes? Buscamos por algo más profundo, una explicación honorable, pero algunas personas están simplemente jodidas.

A pesar que cuando dijo las palabras sabía que deberían ser ciertas, alguna parte de mí no podía aceptarlas. Jude no era del tipo cruel, me había mentido por alguna razón más profunda, pero no podía invertir el tiempo necesario para descubrirlo. Me sentía oficialmente exhausta de sus cosas. No tenía otra opción más que cortarlo y seguir adelante. Y jamás había querido más tomar de nuevo una decisión.

—Bueno, tenías razón. Me equivoqué. Y Jude y yo terminamos —dije, consiguiendo asirme a mí misma—. Ese es un capítulo del libro de mi vida que quiero cerrar y nunca abrir de nuevo.

—Suenas como que necesitas un nuevo comienzo —dijo, dejando caer su brazo ahora que el único efecto de la histeria era una cara roja, hinchada.

—Necesitaré dos —le dije, limpiando el rimel manchando probablemente bajo mis ojos.

—Sé que esto puede parecer repentino, pero escúchame —comenzó, dando vuelta en la arena para mirarme—. El baile de Sadie Hawkins es el fin de semana que viene y ya le he dicho a tres chicas que no porque mentí y dije que ya iba con otra chica.

Tenía razón, esto iba alrededor de cien millas por hora demasiado rápido. —Sawyer —le advertí, a punto de ponerme de pie.

—Espera —dijo, agarrando mi rodilla—. Sólo escúchame en esto antes de decir nada.

Me senté y esperé.

—Así que ahora estoy en un atasco porque si no me presento, estas tres pobres chicas sabrán que les di un sacudón y si aparezco con otra chica, van a saber que mentí.

—Espera —le dije, entrecerrando los ojos—. ¿Con quién fue exactamente que les dijiste que irías?

Ya sabía la respuesta. —Tú —dijo, teniendo la decencia de parecer avergonzado.

—Sawyer —gemí, meciéndome en la arena—. Mi vida es bastante complicada sin que la compliques más.

—Lo sé y lo siento, pero aquí está la segunda parte de que me escuches. —Tomó una bocanada de aire y cuadró los hombros—. Me gustas, Lucy. Más de lo que debería y un infierno de mucho más de lo que te gusto. He esperado mi momento, esperando que te despiertes y husmees el dolor que es Jude y ahora que lo has hecho, sé por lo menos que media docena de chicos van a estar de pie en línea en tu casillero mañana por la mañana. —Hizo una pausa, juzgándome por mi reacción, pero todavía no me sentía segura de cómo reaccionar—. ¿Quieres hacerme el favor de darme una oportunidad? Una oportunidad e ir a lo de Sadie Hawkins conmigo. Juro que me comportaré como si fuéramos nada más que amigos y tal vez, si te sientes de la misma manera, podríamos resolver esto juntos.

Cada respuesta aceptable se escapó de mí.

—¿Por mí, Lucy? Sólo esta única cosa y si todavía se sientes como lo haces ahora, te prometo que te dejaré en paz. —Por primera vez, la piel bronceada de Sawyer no se veía tan dorada. Lucía pálido, asustado y vulnerable—. No quiero vivir mi vida con remordimientos y sé que lo lamentaría cada maldito día de mi vida si no nos diéramos por lo menos una oportunidad.

Mi vida se convirtió oficialmente en una telenovela diurna.

Debido a que Sawyer era un amigo y había cubierto mi espalda desde el principio, a pesar de mí yendo por él en numerosas ocasiones, y porque me sentía en deuda, le dije—: Está bien. Iremos a lo de Sadie juntos.

El color regresó de nuevo a su rostro. —Vamos a pasarla bomba, lo prometo —dijo—. Y te puedo asegurar, no tengo hijos amorosos que esté manteniendo en secreto.

Lo puse en su lugar con mi feroz mirada.

—Lo siento —dijo—, eso fue de mal gusto.

—Excepcionalmente.

Agarró mi mano, sus dedos entretejiendo a través de los míos. —Vamos a darle a esto una oportunidad, Lucy. Agradable, lenta, y ver qué pasa.

—Agradable. Y. Lenta —reiteré, porque sabía que Sawyer tenía todo en papel. Era el que llevaba a las mujeres a pelearse entre sí, a beber y desmayarse. Lo tenía todo: apariencia, dinero, personalidad, pero no tenía una cosa todavía. Y ese era mi corazón.



CRASH

Nicole Williams

A novel

—Vamos a caminar antes de correr —dijo, apretando mi mano—.
Vamos a caminar antes de correr.

Página 178



away
walk

Libros del cielo



20

Traducido por Lucia A.

Corregido por Max Escritora Solitaria

Sawyer y yo fuimos juntos a lo de Sadie Hawkins. Estábamos todavía juntos en noviembre y empujando y trotando a doce minutos los kilómetros en diciembre. Para los estándares de Sawyer, estaba bastante segura de que se encontraba listo para correr, tal vez incluso llegar hasta el final, pero yo ni cerca de eso.

Sawyer no sería mi primero, pero yo también sabía que no quería que fuera mi último, y entonces, ¿cuál era el punto? No llegué a la cama con un chico sólo porque habíamos llegado a esa etapa en nuestra relación. Tenía que sentir; tenía que ser capaz de verme a mí con él, meses o quizás incluso años más adelante.

Podría ser novia de Sawyer, pero me imaginaba la cara de alguien más cuando me sujetaba contra un sofá. Veía otra cara cuando lo miraba en clases. Jude faltó a clases unos días después de nuestra explosión en el estacionamiento, luego apareció una noche en un partido de fútbol y no se había perdido un día desde entonces.

Lo vi todos los días en los pasillos y un par de veces alrededor de la ciudad, pero él no me veía. No había escatimado una mirada en mi camino desde ese día, y yo nunca había sabido que ese tipo de rechazo podría lastimar de la manera en que lo hacía. Me recordé a mí misma cada mañana sobre lo que mintió y había fallado en mencionar, y cada noche terminaba pensando en la forma en que sus ojos se aligeraban justo antes de que me besara.

Jude Ryder se instaló en mi alma y no podía encontrar una manera de desalojarle.

La canción en la radio llegó a su fin, esa maldita canción que los DJ's repetían a propósito porque alguien en la estación sabía que me hacía toda nostálgica y anhelante por Jude cuando la tocaban.

—Te voy a arreglar —dije, bajando la mirada para golpear la radio.

En el espacio de una mirada desviada, un trozo de madera rebotó fuera en la parte de atrás de algún camión destartado, aterrizando en mi



carril. Sin nada de tiempo para reaccionar, el Mazda se estrelló con el trozo de madera, y casi de inmediato lo sentí.

—Mierda —maldije, incapaz de comprender cómo una astilla de madera de la longitud de un brazo podría derribar una pieza de dos toneladas de metal en movimiento. La naturaleza luchaba contra la industria, un neumático a la vez.

Y luego un familiar sonido de caída de caucho contra metal hizo eco a través de la cabina.

—Doble mierda —dije, sabiendo que tenía un repuesto en la parte de atrás, pero eso era todo lo que sabía acerca de cómo cambiar un neumático. Por eso Dios inventó el hombre, para que las mujeres no tuvieran que conseguir grasa bajo su manicura.

Entrando en un arcén, escudriñé de arriba y abajo la carretera, buscando algún tipo de tienda para autos o cualquier cosa. Alguien debe haber estado sonriendo hacia mí porque ni siquiera a cincuenta pies de distancia había un cartel en el que decía Reparación Auto Premier delante de un edificio pintado de azul y gris con tres plazas abiertas.

—Muchas Gracias —ofrecí a quien estuviera escuchando.

Forzando el Mazda hacia adelante, encogiéndome mientras el flop-flop-flopping se hacía más fuerte. Realmente esperaba que mi rueda entera no fuera a salir volando, pero si lo hacía, al menos los profesionales se encontraban cerca.

Un hombre de unos veintitantos años, luciendo una camisa de bolo, salió de una de las plazas.

La mayor parte de su rostro se veía cubierto de grasa. Agitando su mano, me hizo señas, apuntando a la primera plaza vacía.

Un taller de auto cerca y un empleado muy útil. Acababa de recibir una llamada desde la red de milagros.

Una vez el Mazda estuvo dentro, salí, con ganas de inspeccionar los daños.

—Déjame adivinar —dijo el tipo, limpiándose las manos con un paño. No se veía bien por ningún lado—, el otro chico ganó. —Agachándose para echar un vistazo a mi rueda, sacudió la cabeza.

—Un afilado proyectil lanzándose hacia el blando y sintético material generalmente lo hace —le contesté, arrodillada junto a él.

—Palabras de vida —dijo, golpeando el neumático y poniéndose de pie—. Vamos a conseguir cuidar a este por ti, cariño.

—Muchas gracias —dije, de pie—. No hay prisa, pero ¿tiene una idea de cuánto podría tomar esto? —Había estado en camino hacia el estudio de danza, con la esperanza de lograr un sábado lleno de baile, pero parecía como si mis planes podrían estar cambiando.

—Vas a estar dentro y fuera en un santiamén, cariño —dijo, haciéndole gestos a alguien dentro de la zona de oficinas—. Voy a poner mi mejor hombre en ello.

Y luego, inexplicablemente, la piel de gallina se levantó en mis brazos, y todo a mí alrededor fue cálido y brillante.

—Oye, Jude —vociferó el tipo—, trae a tu culo aquí y ayuda a esta linda pequeña cosita a salir.

Pude verlo a través de las ventanas traseras, su espalda al garaje, hablando por teléfono con alguien. Colgó el teléfono y se dio la vuelta. Nunca antes había visto una sonrisa desaparecer tan rápido. Fue un récord mundial, gracias a mí.

Entonces, cuadrando los hombros, salió de la oficina, rodeando la parte trasera del coche.

—¿Cuál es el problema, Damon? —preguntó Jude, mirando al coche, negándose a mirarme.

—La chica tuvo un encuentro con un desagradable pedazo de basura —gritó Damon, con su cabeza escondida en el capó de una camioneta junto a nosotros—. Repara lo que sea que necesites hacer. Es de la casa.

—Oh, eso no es necesario —grité por encima a Damon.

Dándome un vistazo, me miró con determinación. —Sí, lo es.

Habría seguido una y otra vez unas cuantas rondas más con él, pero cuando Jude llegó despreocupadamente hacia mí sin siquiera un Hola, sabía que mi lucha era necesaria en otra parte.

—Hola, Jude —dije, caminando unos pasos hacia donde se encontraba de espaldas a mí, inspeccionando la llanta.

Empujándose de pie, pasó junto a mí, los labios sellados herméticamente y los ojos muertos por delante. Hizo saltar el baúl abriéndolo y jaló el repuesto libre.

—Realmente tienes todo este asunto silencioso ahí abajo —llamé después de él—. Bien por ti, has demostrado tu punto de rotundo desdén hacia mi... —Desdén podría haber sido un pelín generoso por la forma en que Jude me ignoraba—... pero ¿realmente no vas a decir hola?

Haciendo una pausa al final de una plaza, agarró una palanca. —Hola —dijo sin ninguna inflexión—. Ahora corre al infierno de nuevo para que pueda llegar a arreglar tu llanta y puedas seguir tu camino.

Guau. Fue peor de lo que pensaba. Jude no me desdeña—me odia. Sin embargo, no le odio y no voy a pretender que lo hago.

—Escuché que tienes una beca completa a casi cualquier Universidad de tu elección —dije, gritando por encima del ascensor mientras el Mazda se elevaba.

Viendo el coche, respondió con un encogimiento.

—Incluso oí al Entrenador A mencionar que algunos equipos de la NFL están interesados.

Otro encogimiento, esta vez con el otro hombro.

—La NFL, Jude. ¿No serías, digamos, uno de los primeros chicos nunca en ser reclutado directamente de la escuela secundaria?

El elevador se estremeció hasta detenerse, y Jude marchó por la llanta pinchada. Miró a donde me encontraba apoyada contra la pared y miró hacia otro lado muy rápido. —Estoy seguro de que aquello son sólo rumores o exageran. Además, incluso si llego a ser seleccionado, podría acabar en el Banco o conseguir ser lesionado por jugar con chicos mayores de cien libras.

No pude detener la sonrisa que apareció. Jude me hablaba de nuevo. —¿Eso fue sólo una frase completa dirigida a mí? —pregunté, inclinando mi oído.

Levantando una herramienta desde un banquillo, comenzó a sacar las tuercas. —En realidad, eran dos.

—¿Y qué he hecho para merecer dos oraciones completas de ti? —No me importaba.

—Estás hablando con mi lado bueno —dijo, mirándome y dándome a duras penas, pero lo suficiente de una sonrisa.

Nunca imaginé que estaría agradecida por un pinchazo, pero lo añadí a la lista. —No pensé que tuvieras uno.

—No —dijo, quitando la última tuerca—. Pero maldición si no intenta emerger cada luna azul. —Elevando lo que quedaba de la llanta y la rueda del eje, lo bajó al suelo.

Maldita sea si no era la cosa más sexy que había visto en mucho tiempo. Tal vez nunca.

—¿Cómo has estado?

—Es una pregunta capciosa —dijo, levantando una ceja hacia mí—. ¿Cómo esta Diamond? —preguntó tan desposeído de emoción como Jude era capaz cuando hablaba de Sawyer.

—¿Acabas de responder una pregunta con otra pregunta?

Rodando la rueda de repuesto por un lado, levantó la mirada hacia mí nuevamente. Esta vez por todo un largo segundo. —Simplemente compensaba tu pregunta con una propia. No deseas responder a mi pregunta más de lo que quiero responder la tuya —dijo—. Así que estamos igualados ahora.

El hombre tenía el sentido más jodido de lo justo e igualado.

Y, porque yo era la idiota que era, toqué un tema que ya sabía lo molestaría. —Jude —empecé, mirando mis manos—, lo siento por todo lo dije e hice.

Su cuerpo ya lucía tenso mientras levantaba la rueda de repuesto en el eje, pero se flexionó al menos el cincuenta por ciento más. —¿Puedes ser más imprecisa?

No voy ponerme a la defensiva. No voy ponerme a la defensiva. —¿Fue una solicitud o un pinchazo? —me puse a la defensiva

—Si estás pensando acerca de recordar ciertos temas —comenzó, apretando una tuerca como si le hubiera hecho un mundo de mal—, entonces eran las dos.

Trágate el orgullo. Discúlpate. Mi diálogo interno me guiaba a través de esto. —Lo siento, te seguí esa noche a lo de Holly —tragué, algo sobre ese nombre solo no se sentía bien al decirlo—, y siento como fui contigo a la mañana siguiente.

—No me importa nada de eso —dijo, apretando la mandíbula.

—¿No? —Crucé mis brazos—. Entonces ¿por qué estás aún tan malditamente cabreado conmigo que vas a soplar tu tapa? —Ser alguien propenso a los ataques de temperamento sobrecargado, podía afectar a otra persona cerca de diez pasos.

Jude exhaló, apoyando su frente en el neumático. —Maldita sea todo este infierno —murmuró, golpeando con su llave el carrito de metal detrás de él—. Porque —comenzó, desplazando sus ojos sobre mí—, porque tomaste su palabra sobre la mía.

Eso me dejó sin palabras. En todas mis medianoches analizando lo que paso, no había nunca llegado a esta conclusión. —¿Y me equivoqué? —dije lentamente—. Porque resultó que Sawyer tenía razón.

—¿Tenía razón acerca de qué? —dijo Jude en un tono que era aterradoramente controlado.

—Tú y Holly. —Hombre, odiaba decir ese nombre. Termine. Ella ahora sería referida como la vagabunda que no será nombrada.

—Yo y Holly, ¿eh? —Sujetó otra tuerca en su lugar—. ¿Así que pensabas preguntarme acerca de ella antes de que decidieras vigilarme? ¿No escogiste confiar en él sobre mí?

—Jude —suspiré en frustración. Él no lo entendía, o yo no lo hacía. Uno de nosotros definitivamente no lo entendía y ninguno de los dos hablaba el mismo idioma—, resulta que no tenía ninguna razón para confiar en ti.

—Y sabes esto de hecho ¿porque? —preguntó, fijando la última tuerca en su lugar. No me sentía lista para decirle adiós; estar cerca y discutir era mejor que pasar de él y ser ignorada.

—Porque te vi, Jude —dije, preguntándome cuánto necesitaba explicar para que él lo entendiera—. Te vi con Holly y... —tragué—... y el bebé. Lo vi todo.

—Me viste con Holly y el bebé —repitió asintiendo con la cabeza con cada palabra—. Y ¿Por eso no puedes confiar en mí?

Esto debería ser más obvio de lo que era para él. A menos que engañar a espaldas de uno se haya convertido en una práctica moralmente aceptada recientemente. —Creo que prácticamente lo resume —dije, preguntándome si me perdí algo. Algo que obviamente pasaba por alto.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo, andando zancadas a la pared opuesta—. Estamos en un callejón sin salida nuevamente. Ninguno de nosotros confía en el otro. —Presionando la palanca, el Mazda bajó a tierra.

No me quería ir, quería averiguar qué diablos pasaba entre nosotros. Que vacíos habíamos sido descuidados en llenar. —Lo tengo, todavía estás cabreado conmigo y yo todavía estoy un poco cabreada contigo también —dije, siguiéndolo a la parte de atrás—. Pero ¿crees que podemos superarlo y ser amigos otra vez?

Se rió en una nota baja, empujando la llanta pinchada al maletero.

—Te extraño, Jude. Extraño tener un amigo que realmente cuida mi espalda y no lanza dagas cuando me doy la vuelta.

Se detuvo, manteniendo su espalda a mí. —Lo siento, Lucy. Tú y yo no podemos ser amigos. —Asumiéndolo por mí, fue hasta la puerta del conductor y la abrió.

—¿Desde cuándo me llamas Lucy? —pregunté, sintiendo una nueva profundidad de desamor.

—Desde que dejamos de ser amigos. —Estiró su cuello hacia el lado, haciéndome gestos hacia el coche.

No sería empujada. Plantando mis pies, crucé mis brazos. —No puedes tomar esa decisión por nosotros dos —le dije, mirándolo—. No quieres ser mi amigo, bien, eso es realmente maduro de tu parte. Pero no me digas que no puedo ser tu amiga. Así que jódete y aguántate. —Hola, temperamento, encantada de verte elevar tu fea cabeza otra vez.

Su rostro ni siquiera se suavizó como solía hacer cuando yo explotaba sobre él. —Los personas como tú y yo no podemos ser amigos, Luce —dijo, mirándome como lo hacía antes—, y tú también lo sabes.

—¿Qué sé qué? —le pregunté, esperando. Y esperando—. Vamos —dije, marchando hacia él—. ¿Qué sé qué? —Porque, por enésima vez, no tenía ni idea.

Apretó sus labios mientras trataba de deslizarse a un lado. No lo dejé. Bloqueando su camino, empujándolo hacia atrás. —Vamos, Ryder. ¿Qué diablos sé?

Sus ojos resplandecieron, reuniéndose con los míos. —No puedes ser amigo de la persona con la que se suponía fueras a pasar tu vida —dijo, sus ojos oscureciéndose—. Así que sigue adelante con tu vida y vive el infierno lejos de la mía. —Empujándome, corrió saliendo del garaje y siguió su camino.

Y lo que lamenté, más que haber jodido mi viaje junto a Jude, era que no fui tras él.



21

Traducido por Mery St. Clair, Madeleyn & Vero

Corregido por KatieGee

Todos los días del resto del año escolar, me arrepentí de dejarlo marchar ese día en el garaje. Me arrepentí de no haberlo perseguido y abrazarlo hasta que me explicara exactamente qué diablos trató de decir. En frases concisas y detalladas que una mujer pudiera comprender.

Los meses que siguieron después de nuestra críptica conversación me dejaron deseando el trato de silencio de nuevo, porque ahora cuando Jude pasaba a mi lado en el pasillo, ya no le ignoraba intencionalmente. Era como si yo no existiera.

Pasé de ser algo que despreciaba a algo que ni siquiera notaba, lo cual sólo traía más preguntas.

Cumplí dieciocho el mes pasado y me graduaría la próxima semana, y en otoño podría ser estudiante de primer año en Juilliard. Era un momento para celebrar, debía mirar al pasado con nostalgia y hacia el futuro con esperanza.

Me era difícil implementar esa idea, aunque nunca admitiría abiertamente la razón por la cual me sentía como si fuera un barco perdido en la noche, pero la parte más importante de mí, la que me decía que estaba bien y mal, la verdad y el amor existían, ya sabía el por qué.

—Voy a hacer que te diviertas al máximo esta noche, Lucy —gritó Taylor sobre el ruido de la música a todo volumen, sonaba una canción sobre el verano y amigos y fiestas. Era realmente una terrible canción cliché, pero supongo que era para crear el ambiente para la noche—. Esta noche no habrá nada que se interponga en nuestro camino y evite que disfrutemos del momento.

Sabías palabras viniendo de una chica que hablaba de su brillante futuro.

—¿Y a que te refieres con disfrutar el momento es que te besarás con el primer pedazo de hombre que veas?

Taylor gruñó.



—Y pensé que yo era una cínica.

Bajando el volumen, tiré hacia abajo del dobladillo del vestido que Taylor me había prestado. Cubría sólo la mitad de mis pechos y apenas todo mi trasero.

—Lo siento. Venía en el paquete cuando decidiste vestirme como una puta barata.

—Llevas pendientes de perlas, por el amor de Dios, Lucy —dijo—. La última vez que supe, las putas no usaban perlas.

—Bien —dije, mirando mi reflejo por tercera vez. ¿Si le añadiera otra capa de rimel a mis pestañas se quebrarían por la mitad?—, una puta que va de camino a la iglesia.

Taylor rió, mirándome de reojo cuando llegamos a un semáforo.

—Joyas, ¿eh? —Me dio una mirada escandalosa—. Alguien debió de ser muy bueno, o debiste de haber sido muy complaciente, para conseguir un par de aretes de perlas como regalos de graduación.

—Tu depravación nunca deja de sorprenderme —dije, sacándole la lengua—. Y los aretes son un regalo de graduación de mis padres, no de Sawyer.

Gracias a Dios que no me había dado nada de joyas aún, porque no quería recibir ningún regalo de él.

La luz verde brilló y Taylor avanzó con su pequeño Volkswagen.

—No tienes por qué sentirte culpable por eso. Los chicos les dan joyas a las chicas como una recompensa por sexo. Es un simple hecho de la vida.

—Una vez más, eres depravada —dije, bajando la ventana. Donde realmente quería estar era en el estudio, preparándome para los siguientes cuatro años bailando con y contra los mejores. No quería estar metida en un pequeño auto con la zorra dramática del colegio, dirigiéndome en una fiesta de graduación donde el alcohol sería interminable y las inhibiciones estarían en todas partes, y yo estaría bajándome a cada rato el vestido como una mojigata.

—Dado a que no veo pendientes de diamantes, ni pulseras de oro, ¿deduzco que Sawyer aún no se ha acostado contigo? —La mierda de esta chica comenzaba a hartarme. Sería divertido si no fuera cierto.

—No es asunto tuyo.

—Entonces, no —asumió, girando el auto en una carretera de grava.

—Entonces, por supuesto que no —corregí, ya que seguiría sacando conclusiones si no le respondía.

—¿Por qué no? —preguntó mientras saltábamos por los baches—. Han estado “saliendo” desde Sadie, y salen oficialmente desde el baile de invierno. ¿Están tomando las cosas con calma o alguna mierda estúpida como esa?

—Estoy tomando las cosas con calma —dije mientras la fiesta quedaba a la vista. Me sentía familiarizada con el lugar, la mansión en el lago. Los padres de Sawyer se encontraban fuera de la ciudad en alguna subasta de automóviles, por lo cual él decidió hacer la fiesta de graduación más épica que nadie pudiera olvidar. Sus palabras, no las mías. Desde el final de la calle, la casa parecía estar llena de hormigas. Hormigas borrachas.

—¿Y Sawyer? —preguntó Taylor.

—Sawyer es un chico. ¿Desde cuándo alguno de ellos toma las cosas de ese aspecto con calma?

—Nunca —dijo, respondiendo la pregunta quizás más retórica conocida por las mujeres.

Encontramos un lugar vacío en la hierba, Taylor apagó el motor y untó otra capa de brillo labial en sus labios. Los satélites serían capaces de identificar esos labios si ella añadiera otra capa de brillo.

—Taylor, realmente no me siento cómoda —dije, agarrándola del brazo—. Entramos y salimos. No me voy a quedar allí mientras te veo echándote un polvo.

Arqueó sus cejas hacia mí, humedeció sus labios.

—Exactamente.

—Siento que debería darte un sermón sobre las chicas con baja autoestima y los chicos que se aprovechan de eso —dije, saliendo del auto y volviendo a bajar el dobladillo del vestido. Cuanto más lo bajaba, más sobresalían mis pechos.

—¿Cuál es tu punto, aguafiestas? —dijo Taylor, entrelazando su brazo con el mío.

—No seas una chica más —dije, mostrándole una sonrisa exagerada.

—¿Y convertirme en una de esas chicas quienes se quedan solas mientras sus ricos novios se van a la universidad al sur de California en otoño? —dijo, tirando de mí hacia la casa que retumbaba con la música.

—Sería bueno verte así —murmuré.

—Terminan quedándose viejas, solas y amargadas con una manada de gatos y nada más que telarañas entre las piernas.

Echando mi cabeza hacia atrás, gruñí.



—Agrega retorcida a depravada y creo que tenemos las dos principales características de Taylor Donovan.

No llegábamos ni siquiera al jardín delantero y ya teníamos una gran cantidad de silbidos de adolescentes en nuestra dirección.

—Una hora —dije, sintiéndome generosa—, y nos vamos de aquí.

—Tres horas —respondió Taylor, dándole una insinuante sonrisa a un chico que se encontraba en la escalera principal que me hizo sonrojar—, y no te olvides que eres el conductor designado, por lo tanto no te emborraches.

Interpretar el papel de chaperón y ser conductor designado de mis amigos me aseguraba de que estarían con vida esta noche y en una sola pieza, pero desearía que Taylor le hubiera pedido eso a alguien más, porque ella estaría hablando y bebiendo con todo el mundo mientras yo sería la antisocial en una esquina.

—Ya era hora de que llegaran a la fiesta —gritó Morrison sobre la música, su mirada subiendo y bajando sobre nosotras como si estuviera usando sus manos.

—La fiesta comienza oficialmente ahora —dijo Taylor, sintiéndose como la reina de la fiesta por todas las miradas que le dirigían. Supongo que cuando llegas a una fiesta llena de ebrios, vistiendo apenas un trozo de tela y un montón de maquillaje, las miradas vienen en el paquete.

—¿Qué quieren de beber, damas? —preguntó Morrison, señalando hacia el área de bar instalada en el buffet italiano de la madre de Sawyer. Explotaría de coraje si viera lo que le hacían a su preciado mueble.

—Que sea un destornillador —le gritó Taylor.

La boca de Morrison se curvó.

—Creo que puedo cumplir esa petición.

Y todavía tenía que aguantar dos horas y cincuenta y nueve minutos de ese hedonismo. Parecía que tendría que pasar mi tiempo sola cerca del agua.

—¿Lucy? —gritó Morrison.

Yo era lo suficientemente inteligente como para saber que no debería aceptar una bebida abierta de un chico, sobre todo alguien como Lucas Morrison.

—Estoy bien —dije, levantando mi pulgar hacia arriba. Inclinándome hacia Taylor, dije—: Pórtate bien y dime si alguien intenta sobre pasarse. Buscaré aire fresco.

—Más vale que alguien intente sobre pasarse conmigo —replicó, sonriéndome mientras Morrison hacía su camino a nosotras con una bebida en la mano.

—Recuerda no ser una más del montón —dije, en dirección a la puerta trasera—. No eres sólo un cuerpo.

—¡No me convertiré en una vieja bruja con telarañas! —gritó detrás de mí.

Zigzagueando en el laberinto de estudiantes en la cocina, tuve que empujar a una pareja manoseándose para poder abrir la nevera. Había una lata de refresco detrás de toda la cerveza, y eso es lo que debería beber un conductor designado.

—¡Sexy vestido, Lucy! —gritó alguien desde algún lugar de la cocina. No me giré para responder.

—Sawyer ha estado buscándote. ¡Alguien debe decirle, morirá de felicidad cuando te encuentre!

No podía esperar para irme a la playa con rapidez. Afuera se hallaba tranquilo y casi vacío, salvo por la pareja que estaban haciéndolo en la hamaca de la Sra. Diamond. La noche era cálida y el agua tan silenciosa que parecía que podía caminar sobre ella sin hundirme.

Caminé descalza quitándome los zapatos de Taylor y fui hasta el final del muelle. Tendría mi propia fiesta privada aquí. Sólo yo y el Sr. Refresco. Abrí la lata y bebí un sorbo. ¿Qué diablos iba mal en mí? ¿Cuándo una chica que solía amar ser el alma de las fiestas se convirtió en la chica que buscaba un rincón tranquilo sólo para ponerse de mal humor?

Como la mayoría de las preguntas que me planteaba a mí misma en estos días, la respuesta se reducía a lo mismo. El mismo nombre.

—No es realmente lo que me gusta hacer, tampoco.

Salté tan fuerte que derramé un cuarto de mi refresco de limón en todo el vestido de Taylor. Sería la última vez que me prestaría algo de su armario, y eso me puso feliz.

—Sí, tampoco a mí —dije, limpiando las gotas brillantes de color champán de la ropa—. Obviamente.

—Nada es obvio en ti, Lucy Larson.

Con esas palabras y esa voz, atrapó más mi atención que eliminar la posible mancha de refresco. Incluso su voz era más bonita que la mía.

Mirando por encima de mi hombro, vi a Holly, usando unos vaqueros oscuros y una camisa blanca, mirándome. No sabía si debía ofrecerle un asiento, o lanzarla al lago para que nadara a la orilla más alejada de mí.

Desconocía lo que sabía de mí, si sabía algo de mí y Jude, y estoy bastante segura de que yo no quería hablarle sobre mi relación con Jude.

Al final, decidí ser civilizada.

—Hola, Holly —dije—, siéntate.

Era evidente que me había seguido, esto no era un encuentro fortuito, así que tenía algo que decirme. Quería terminar con esto pronto para así poder intentar avanzar con mi vida.

Se sentó, dejando su vaso de plástico rojo a un lado y arremangó sus vaqueros.

—Pensé que sería difícil encontrarte sola —dijo, metiendo los pies en el agua—. Escuché que te convertiste en la chica Southpointe del año.

No quería pensar en dónde escuchó eso.

—Si te refieres a los rumores y medias verdades que dijeron de mí sobre un club de desnudistas, entonces sí, supongo que me llevo la corona a la chica del año. —Sonó más defensivo de lo que quería, pero tenía una conversación con la chica que mi ex novio tuvo un encantador hijo. Estar a la defensiva no era tan malo.

Asintió, mirando hacia el lago.

—Lo siento, no tuve la oportunidad de entregarte mi corona personalmente. Mi reinado terminó el año pasado y olvidé que debía regresarla.

No supe qué decir. No me encontraba dispuesta a ser simpática con ella y debería ser capaz de ser educada, pero tenía un problema con los modales.

—¿Jude está aquí? —pregunté, inmediatamente quise golpearme por preguntar. Si no creyera ya que soy una perdedora desesperada, esa pregunta confirmaría sus sospechas.

—No estoy segura —dijo, tomando un sorbo de su vaso.

—¿En casa con el bebé? —Era una pregunta simpática que sonó como si yo fuera una perra.

—No. —Holly se puso rígida, sus brillantes ojos azules parpadearon—. Esta noche mi madre está de canguro.

—Holly, lo siento —dije, deseando haberme contenido, así no estaríamos teniendo una conversación tan incómoda—. No estoy tratando de ser una perra.

—¿Simplemente es algo natural? —agregó, dándome una sonrisa falsa.

—Me merezco eso.

—Sí —concordó, tomando otro sorbo.

Nos quedamos en silencio por un tiempo, tanto que no estuve segura si esperaba que yo dijera algo o si se armaba de valor para poder hablar.

Así que solté algo que ninguna de nosotras esperaba.

—¿Es un buen padre?

Parecía tan sorprendida por mi pregunta como yo.

—Estoy segura de que lo será algún día.

Una desagradable comprensión me golpeó como un látigo.

—Espera —dije, girándome hacia Holly—. ¿Dices que algún día, no hablas en presente?

Mordió su labio, pensando en algo más.

—No sé cuánto es lo que debería decirte, pero...

—Dímelo todo —interrumpí, acercándome—. Porque nadie más lo hará.

Miró bajo sus pestañas.

—Esto debería ser innecesario, pero sacaste tus propias conclusiones antes de hacer preguntas.

Contuve mi aliento por un sólido minuto.

—¿Estás lista para hacer las preguntas ahora? —dijo, echándose hacia atrás con su mano—. ¿Las preguntas correctas?

Asentí.

—Pregunta —dijo.

¿Que quería saber? ¿Quería que confirmara o negara mis conclusiones en este mismo instante? Cuando un rostro eclipsó mis pensamientos, uno con una larga cicatriz y unos ojos grises, tuve mi respuesta.

—¿Es Jude el papá de tu bebé? —Hice la pregunta principal para comenzar.

—No.

Oh, Dios mío. La culpa llegó de repente.

—¿Tú y Jude tienen algún tipo de relación?

—Sí —respondió, tomando un sorbo—. Ha sido mi mejor amigo desde que estamos en primer grado.



Una vez más, quería abofetearme en la cara y al mismo tiempo quería saltar y gritar de alegría.

—Aquella noche lo seguí hasta tu casa —dije lentamente tratando procesar todo—. Te trajo pañales y leche y lo abrazaste diciendo que tenías grandes planes para él. —Reviví la escena, pero desde una perspectiva diferente. Desde otros ojos que eran menos propensos a sacar conclusiones sin hacer preguntas.

—Y pensé que Jude tenía problemas de confianza —murmuró, mirándome como si quisiera retorcerme el cuello—. Lo llamé temprano ese día porque no tenía dinero y el bebé necesitaría pañales y comida en unas doce horas si tenía suerte. Jude ha sido un apoyo para mí desde el principio ya que su verdadero padre no quiere saber nada de él.

Tragué saliva, recordando las cosas que había pensado y las cosas que le había dicho esa mañana. Entendí por qué me ignoró de esa manera y lo seguía haciendo ahora.

—Nos abrazamos porque, vamos, hemos sido amigos toda la vida. —Holly contaba cosas con sus dedos, mirándome como si este fuera un juego de niños—. Los planes que tenía para él esa noche incluían fijarme una cuna que había encontrado en una venta de garaje ese día, y sí, se quedó esa noche —dijo, arqueando una ceja—. En el sofá, en caso de que tu pequeña mente ya esté saltando a conclusiones equivocadas.

Dejé que todo lo que Holly acababa de decirme se hundiera en mi piel.

—¿Por qué diablos no me dijo nada acerca de ti? —susurré—. ¿Por qué no negó todo cuando me acerqué a él la mañana siguiente?

Metió los dedos de su pie en el agua, jugando en la calma de la superficie.

—Porque le pedí que no le dijera a nadie acerca del pequeño Jude. Sabe quién es el padre y el pedazo de mierda del padre sabe quién es él, pero yo no quería que nadie más conociera la verdadera razón por la que dejé la escuela. Los esparcidores de rumores de Southpointe habrían hecho un día de campo con ese jugoso chisme —dijo, sonriendo en la noche—. Y sólo Jude puede decirte la razón por la que no te dijo la verdad esa mañana. Tal vez porque no le habrías creído aunque te lo dijera.

Todo en lo que podía pensar era en la expresión de sus ojos esa mañana cuando lo enfrenté, diciéndole que confiaba más en Sawyer que en él. El dolor y la traición que ensombreció su rostro.

—Soy la peor persona del mundo —le dije, más para mí que nada.

—Esa mañana cuando Jude llegó, pensé que habían arrancado el corazón de su pecho, entonces me contó lo que pasó —dijo, sin mirarme.

—Ahora entiendo —dije—. Entiendo por qué me odia. —Merecía ser aborrecida.

Holly se rió entre dientes, una risa oscura y gutural.

—Tú realmente eres una perra despistada, Lucy —dijo, arrojando el resto de su bebida en el agua—. Jude no te odia. Ese hombre, en contra de todo lo que sabe y le digo, todavía te ama.

Sólo había una sola explicación. Acababa de cruzar un universo alternativo.

—¿Todavía me ama? —susurré.

—Todavía y siempre lo hará —dijo, sacudiendo la cabeza.

Tenía que levantarme y encontrar a Jude. Tenía que disculparme y pedirle perdón y saber si lo que ella decía era cierto, ya que, a pesar de que había tratado de enterrarlo a dos metros de profundidad, todavía lo amaba demasiado.

—Gracias, Holly —le dije, mirándola a los ojos.

Levantó su hombro, mirando hacia el lago.

—No hice esto por ti. Lo hice por él, así que no hay necesidad de que te sientas en deuda conmigo.

Le sonreí, la chica que había asumido que Jude amaba, la chica quien era, en efecto, su mejor amiga y la chica que había puesto todas las cosas claras.

—Holly —dije, sentándome a su lado—. ¿Quién es el papá del pequeño Jude?

Se quedó sin aliento, como si la hubiera atrapado con la guardia baja. No era asunto mío, y esperaba que me mandara al diablo pero entonces soltó un suspiro.

—Bueno, si son las mujeres más hermosas que alguna vez han pisado Southpointe High.

La voz de Sawyer me hizo gemir en voz baja y puso a Holly toda rígida y silenciosa. El muelle crujió bajo sus pies mientras se acercaba hacia nosotras, vestido con sus pantalones caquis y el polo de marca.

—Oye, hermosa —dijo él, inclinándose para besarme. Su aliento era asqueroso con el alcohol y el jugo de arándano—. Y la señorita Holly —dijo, mirándola fijamente—. Siempre es un placer estar en tu compañía. ¿Cómo

está el pequeño bastardo? —Cubrió su boca, sus ojos saltaban con diversión—. Quiero decir ¿el bebé?

Ella se levantó rápidamente, mirándolo ceñuda.

—Por lo que a mí respecta nunca lo sabrás —dijo, empujándolo hacia un lado con su hombro antes de correr y desaparecer en la multitud.

—Puede que quieras tener en cuenta que pierdes el tiempo con Lucy —dijo él, sacando una bebida gratis de su bolsillo—. Las mujeres con su reputación no ayudan a chicas con tu vieja reputación.

—Sawyer, nos graduamos en una semana. No estoy preocupada por mi reputación —le dije, levantándome, porque no me gustaba la forma en la que me miraba con esa sonrisa de borracho—. Y fue una mierda lo que le dijiste a Holly. ¿Qué ganas llamando a su hijo bastardo?

Levantando su copa dijo—: Cada quien juzga por su condición. Está en la sangre del niño. —Terminó su bebida de un trago y la arrojó al lago.

—Lindo —dije, cruzando los brazos—. ¿No estás de buen humor esta noche?

—Sólo estoy tan malditamente herido, Lucy —dijo apretándome en un abrazo, moldeando sus manos en mi trasero—. Necesito liberarme. —Deslizándolo mi cabello hacia un hombro, pasó sus labios por mi clavícula—. Y la forma en la que estás vestida para mí esta noche, me dice que finalmente estás lista para eso.

—¿Qué demonios, Sawyer? —dije, empujándolo lejos de mí, mucho más difícil de lo que pensé, pero no tan duro como se merecía. No sé si fue el alcohol o mi fuerza sobrehumana, pero Sawyer se tambaleó hacia atrás cayendo en la oscuridad del lago.

—Maldita sea, Lucy —gritó, saliendo a la superficie.

—Que tengas un buen baño —le dije, pisando fuerte por el muelle.

—¡Lucy! ¡Vuelve aquí ahora mismo! —gritó, haciendo un ruidoso chapoteo.

—Ten una vida agradable masturbándote —dije para mí misma, cogiendo los zapatos de Taylor y corriendo hacia la casa.

La fiesta había crecido y ahora me encontraba de pie en la única habitación. La gente podía ser increíblemente creativa cuando no había una superficie de repuesto para extenderse. Estaba a punto de apoderarme de Taylor Morrison para llevarla de vuelta a casa y desgarrar la ciudad en busca de Jude cuando algo demasiado tentador como para ignorarlo saltó a mi mente.

Esquivé un cuerpo mientras subía por las escaleras hasta el segundo piso. La habitación de Sawyer se hallaba al final del pasillo, probablemente, la única habitación de la casa que no era utilizada desde que Sawyer tenía una cerradura instalada para mantener a sus padres y adolescentes calientes fuera de follar en su cama cuando hacía este tipo de fiestas.

Sin embargo, como su novia, me contó la ubicación de dónde guardaba la llave de repuesto, probablemente con la esperanza que un día me encerraría allí como una sorpresa de cumpleaños. Nunca había estado tan feliz de haberle dicho que no a un chico bien parecido antes.

Me agaché en el banco al final del pasillo, sacando la llave de su ubicación. Me levanté e introduje la llave en la cerradura, giré y empujé la puerta para abrirla.

—Pensé que nunca lo preguntarías. —Uno de los defensa del equipo arrastro las palabras tambaleándose hacia mí.

—Sí —le dije, deslizándome detrás de la puerta—. Nunca podría estar tan borracha.

Cerré la puerta y corrí al baño de Sawyer. De pie en la habitación de Sawyer, no podía recordar lo que había visto en él. Sin duda, algo debía saltar a mi mente después de pasar casi seis meses con un chico, pero no había nada.

Nada más que una corriente de pesar y alivio me imaginé que mejor más pronto que tarde.

Tiré la toalla del anillo de metal, abrí el pequeño armario de su baño. No tuve que buscar a tientas en todos los productos de higiene masculina que allí había para encontrar lo que buscaba. Estaba justo en la parte superior.

Corriendo fuera del baño, fui a su escritorio y cogí una pluma, papel adhesivo y escribí mis palabras de despedida. Ni siquiera traté de ocultar mi sonrisa. Giré la toalla antes de soltarla en el centro de su cama, luego coloque el lubricante al lado de ella, y guardé la nota en la botella casi vacía. Di un paso atrás para admirar mi obra.

Sawyer nunca se calmaría lo suficiente como para leer las palabras de nuevo. Me hubiera gustado ver la expresión de su rostro.

Iba a salir de la habitación, para bien, cuando escuché el susurro de la puerta siendo abierta. Volteándome lentamente, me encontré con Sawyer, empapado, las llaves en su mano y mirándome como si yo acabara de tropezar con su trampa.

—¿Me has echado de menos? —preguntó, cerrando la puerta detrás.

Además de ser un hijo de puta caliente, Sawyer nunca había hecho nada que me hiciera sentir amenazada, insegura o asustada. Sentí todas esas cosas ahora.

—¿Qué es esto? —preguntó, cruzando la habitación hacia su cama—. ¿Un regalo?

No respondí. Todos los instintos de mi cuerpo se dispararon, diciéndome que saliera de esta habitación. Poco a poco comencé a caminar hacia la puerta.

Al ver la nota en la botella, los ojos de Sawyer se entrecerraron.

—“Diviértete liberándote tú mismo”. —Leyó, una lenta sonrisa se extendió en su rostro. Dejando caer la nota sobre la cama, su cabeza se giró hacia donde mí haciendo mi camino hacia la puerta.

—Oh, bebé, lo tengo planeado.

Fue en ese momento, que la expresión de su cara, aún más que sus palabras, hizo que la adrenalina en mi cuerpo viajara a toda velocidad. Corrí hacia la puerta. No era lo suficientemente rápida.

—¿Ya te vas? —dijo Sawyer, agarrándome por detrás. Maldita sea, era fuerte para ser un borracho tambaleante. El baño en el agua fría del lago debió haberlo serenado—. Pero si acabas de llegar.

—Déjame ir, Sawyer —le advertí, tratando de liberar mis brazos de donde los había clavado a mis costados.

—¿O qué? —se burló, arrastrándome de vuelta a su cama—. ¿Vas a llorar por la perra de tu madre, o quizás por el imbécil de tu padre? ¿O tal vez por todos tus amigos que eran míos antes que tuyos? —Llegando a un lado de la cama, me tiró sobre el colchón, montándose encima de mí—. Sé una buena perra y compórtate. —Miró a propósito en su mesita de noche donde yo sabía que mantenía algún tipo de arma de fuego. Me había explicado que era para protegerse de los intrusos, pero al parecer, era también muy práctico para amenazar a una chica a hacer lo que él quisiera—. O voy a tener que hacer que te comportes.

—Dios, Sawyer. ¿Quién demonios eres? —le dije, agarrando la botella que rodaba sobre el colchón y lanzándola hacia él—. ¿Tú realmente has engañado a todo el mundo, no?

—No a todo el mundo —dijo, sacando la camisa mojada por su cabeza y arrojándola a un rincón—. Holly y Jude más o menos tienen mi número, pero mira cómo esta su reputación. Si yo fuera tú, después de esta noche, no iría llorando por las calles para contarle a la gente que soy una

especie de monstruo. —Sonrió, con los ojos muy abiertos por la excitación—. Porque, cariño, no van a creer tu historia sobre la mía.

Me deslicé hacia el lado de la cama, calculando la cantidad de tiempo que me faltaría para llegar a la puerta, preguntándome si podría llegar más rápido que Sawyer. Puesto que se encontraba de pie entre la puerta y yo, las probabilidades no me favorecían.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué meses después de ser un "paciente" novio estás haciendo esto ahora?

—Porque puedo —respondió, con las manos sobre el cinturón—, y porque quiero. Esa es toda la justificación que necesito.

Tenía que intentarlo. Tenía que hacerlo funcionar, porque de cualquier manera, Sawyer no se iba a detener.

—Ese es tu brillante plan, violar a una chica con la que acabas de pelear en presencia de doscientas personas.

Traté de apelar a su inteligencia, la poca que tenía en su estado de embriaguez, enloquecido.

—No, mi brillante plan es tener relaciones sexuales consentidas con mi novia que se va a ir en el otoño y quiere tener una noche romántica antes de separarnos —dijo, tirando de su correa.

Mierda. Él había pensado en esto. Y yo sabía que en un tribunal de justicia, su historia sería la que creerían. Ahora era el momento de correr.

Luchando en la cama, corrí hacia la puerta y antes de dar tres pasos, una cuerda rodeó mi cuello. Caí al suelo, tosiendo, sintiendo como si me estuviera ahogando en mi propia garganta.

—No te recomendaría que lo intentaras de nuevo —dijo Sawyer, de pie junto a mí, con el pelo goteando gotas de agua en mi cara.

Volviendo la cabeza hacia otro lado, traté de recuperar el aliento.

—Un día, Sawyer Diamond —dije entre respiraciones cortadas—, alguien va a estar sobre ti de la misma forma en la que estás sobre mí ahora y te dará una patada en el culo. —Y voy a tener un asiento de primera fila.

Se dejó caer sobre mí, aplastándome con su peso. Empujando mis piernas con las rodillas, pasó la lengua por mi cuello hasta la punta de la oreja.

—Tal vez mañana —susurró en mi oído—, pero no esta noche. Nadie va a venir esta noche a rescatarte.

Sacudiendo las piernas, tratando de liberarme de su agarre, levanté mi cabeza.



—No, Sawyer —le dije muy cerca de su oreja—, nadie va a venir en tu rescate. —Y entonces las clases de defensa personal que mis padres me obligaron a tomar cuando tenía trece años pagaron su peso en oro. Hundiendo mis dientes en su oído, moví una pierna libre y lancé el pie una vez, dos veces, y una tercera vez en su entrepierna.

Rugió de dolor, con una mano agarrando su oreja y la otra agarrando su hombría.

Luchando para sacar el resto de mi cuerpo de debajo de él, me deslicé a lo largo de la alfombra, sabiendo que si no llegaba a la puerta antes de que él llegara a la mesita de noche, las clases de defensa personal no importarían.

Entonces cuando me arrastraba hacia la puerta, ésta fue abierta de golpe, parte del marco roto. Estallando a través de la puerta, se encontraba Jude, echó un vistazo a la escena ante él y se puso furioso. Animales rabiosos tenían mejor dominio de sí mismo que la furia que brillaba en sus ojos.

Sin decir una palabra, Jude se tiró encima de Sawyer, con los puños golpeándolo incluso antes de que Sawyer se diera cuenta de que había alguien más en la habitación. Volteando a Sawyer sobre su espalda, Jude se colocó a horcajadas sobre él, enfocando sus puños en su rostro.

Cada golpe aterrizó en una herida, liberando cada vez más sangre. Descifrar qué gruñidos eran de Jude o Sawyer era imposible. Cuando se hizo evidente que Jude no pensaba en darle una lección, sino quitarle la vida, me levanté del suelo y tropecé hacia ellos.

—Detente, Jude. —Mi voz temblaba casi tanto como mis piernas—. Detente. —Extendiendo mi mano, la apoyé en su hombro.

No se detuvo, pero sus golpes disminuyeron y su frecuencia decreció.

—Sí, es posible que desees escucharla —dijo Sawyer, escupiendo sangre por la boca sobre la alfombra—. A menos que quieras que te encierren de nuevo. ¿Quién va a estar aquí para cuidar a Lucy cuando la arrincone en alguna otra habitación, Ryder? —Sawyer miraba hacia Jude con una sonrisa sangrienta, desafiándolo como si tuviera un deseo de muerte.

Los músculos de Jude se tensaron debajo de mi mano, sus respiraciones subían y bajaban sus hombros quince centímetros cada vez.

—Me dije a mí mismo que la próxima vez que escuchara sobre ti haciéndole esto a otra chica, iba a arrancarte la polla y metértela en la garganta. Pero como la chica con la que te encontré es Luce... —Me miró, su rostro delineado antes de inclinarse por lo que su rostro quedó a una pulgada de Sawyer—: Te voy a matar.

Y la cosa más aterradora que había sucedido hasta el momento esta noche fue esa amenaza. Porque no era una amenaza, me di cuenta por el tono de su voz que hablaba en serio.

En lugar de arrastrarme hacia ellos, me arrastré lejos, colocando mi cuerpo delante de la mesa de noche de Sawyer. Dudaba que Jude supiera si y dónde tenía un arma Sawyer, pero también sabía que él buscaría, y la mesita de noche sería la primera cosa en donde buscar.

Empujándolo hacia arriba, Jude se puso sobre Sawyer, hirviendo hacia él.

—Luce —dijo, con los ojos fijos en Sawyer—, ¿te importaría alejarte de allí, así puedo terminar con este hijo de puta?

Tragué saliva. Él ya sabía.

—No —le dije.

—Luce, esto es entre él y yo en este momento —dijo, con la espalda temblorosa—. Muévete.

Mi pelea había cambiado de evitar que Sawyer me violara, a evitar que Jude lo moliera a golpes, y ahora a Jude de asesinarlo. Debería haber llegado a mi punto de agotamiento desde hace una puerta rota atrás, pero era una chica con mucha fuerza dentro.

—No —repetí, mi voz más fuerte.

—Maldita sea, Luce —gritó Jude—, ¡se merece esto!

Me levanté, dando un paso hacia él.

—Lo sé —dije, dando unos pasos más hasta que pude poner mis manos alrededor de una de las suyas. Esperé que me mirara, y cuando finalmente lo hizo, vi el conflicto en sus ojos—. Pero tú no.

Sus ojos se cerraron, la rabia aún rodando fuera de él.

—Voy a quedarme encerrado para siempre un día, y no puedo imaginar una mejor razón para cumplir una sentencia de cadena perpetua que por llevarme un bastardo como él. No me importa, Luce.

Levantando una mano a su mejilla, incliné su rostro hacia el mío.

—Pero a mí sí.

Me miró, truenos retumbando a través de sus ojos, y luego hacia abajo a Sawyer. Todo su cuerpo se tensó de nuevo.

—Quiero matarlo, Luce. Quiero matarlo más de lo que he querido nada. —Una ondulación recorrió su espalda—. No sé cómo alejarme.

—Déjame ayudarte —le dije. Esperaría el tiempo que fuera necesario. No me iba a alejar, hasta que se alejara conmigo.

Debajo de Jude, Sawyer se rió entre dientes, escupiendo otro chorro de sangre.

—El delincuente y la zorra cabalgando hacia la puesta de sol juntos —dijo riendo—. No vamos a tener que aguantar la respiración para ese felices para siempre.

Jude se estremeció, pero no lo dejé ir.

—No desperdicies tu vida en este bastardo —le dije, negándome a mirar a Sawyer porque estaría bien si nunca tuviera que mirar esa cara de nuevo. Le sonreí a Jude—. ¿Por qué no la desperdicias conmigo en su lugar?

Las líneas se suavizaban en su rostro mientras sostenía mi mirada. Y, finalmente, sonrió.

—Aceptaré ese acuerdo.

Asintiendo hacia la puerta, empujé su mano.

Otra risa provino de Sawyer.

—Por lo menos alguien va a recibir un pedazo de ese culo esta noche.

Gemí. Sawyer no tenía sentido de auto-preservación.

Agarrándolo por el cuello de la camisa, Jude lo levantó.

—Tú no sabes cuándo callar —dijo Jude, levantando su puño apretado—. Deja que te ayude. —Condujo su puño cuadrado hacia la boca de Sawyer, enviándolo a estrellarse de nuevo en el suelo—. Luce. —Jude me miró, su cara serena—. Espérame en el pasillo —dijo—. No voy a matarlo —añadió, respondiendo mi mirada preventiva.

—Jude. —No lo iba a dejar solo con Sawyer.

—Mírame —dijo, esperando por mí—. Estoy bien. No lo voy a matar. —Y luego, me miró todo significativo—. Confía en mí.

Esta era mi oportunidad. Mi oportunidad para mostrarle la confianza que le había negado. La confianza que había merecido que yo sentía que no tenía. ¿Cómo podía decir que no y esperar que tuviéramos alguna vez una oportunidad de luchar?

No quería, no me gustaba, pero era necesario.

—Está bien —concordé.



Esa sonrisa que no había visto en su cara en mucho tiempo que pensé que había desaparecido para siempre, apareció.

—Estaré afuera pronto —dijo—. ¿Podrías llamar a Holly? Está esperando en el pasillo y creo que va a querer ver esto.

Confía. Confía. Confía.

—Está bien. Voy a esperar afuera —le dije—. No me hagas esperar demasiado tiempo. —Caminando hacia la puerta, alisé la espalda de mi vestido en su lugar, tratando de hacer lo mismo con mi pelo.

Apoyada contra la pared, Holly obviamente había estado colocada allí para asegurarse de que nadie tratara de interrumpir a Jude mientras se ocupaba de golpearle el trasero a Sawyer.

Sus ojos corrieron sobre mí, con el rostro ensombrecido.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí, acercándome a ella—. Jude pregunta por ti ahí.

Asintió, empujándose de la pared. Volviéndose hacia mí, sus manos encontraron las mías.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo mientras un silencioso intercambio tenía lugar entre nosotras. En un nivel básico, lo entendí, la entendí, y ella me entendía también. Éramos como la hermandad de chicas que Sawyer atacó y, aunque no era un denominador común para estar orgullosas, sí era un vínculo para estarlo.

—Sí —le contesté, mirándola a los ojos.

Dándole a mis manos un apretón, se dirigió hacia el dormitorio.

—Eres un hueso duro de roer, Lucy Larson—dijo, mirándome desde la puerta—. Entiendo lo que Jude ve en ti.

Yendo en contra de cada impulso de correr nuevamente dentro de esa habitación, no lo hice. No había confiado en Jude, no le había dado el beneficio de la duda antes. Ahora lo haría.

Obtuve un par de miradas de reojo de algunas chicas sentadas en la parte superior de la escalera, pero el segundo piso se encontraba prácticamente vacío. O bien la fiesta terminaba o Holly sabía cómo redirigir el tráfico.

Juguetear con el enigma que era el vestido que llevaba para pasar el tiempo, me di por vencida. Ninguna cantidad de tirones y alisados podrían mágicamente crear más tejido para cubrir las partes de mi cuerpo que preferiría mantener cubiertas, y parecía que le debía a Taylor un vestido nuevo, ya que, gracias a Sawyer, tenía una abertura en la parte frontal que coincidía con una en la parte posterior.

Otro minuto pasó y me reasegué que todo iba bien, porque no había gritos que helaran la sangre ni disparos habían salido de la habitación al final del pasillo, pero todavía me sentía ansiosa como el infierno. Así que enterré algo de esa energía nerviosa paseándome por el pasillo como una leona enjaulada.

En mi quinta vuelta camino a la escalera, Jude y Holly salieron de la habitación de Sawyer, la expresión de Jude ilegible, pero Holly sonrió para sus adentros.

—¿Está todo bien? —le pregunté, corriendo por el pasillo a su encuentro.

Jude echó un vistazo a Holly.

—Lo está ahora —dijo, abriendo sus brazos para mí. Me acurruqué contra él, sintiendo como partes de mí se derretían contra él. Los seis meses de no sentirme bien se convirtieron en humo.

—¿Qué pasó? —pregunté contra su pecho.

—Reivindicación —respondió Holly, dándole palmaditas a su sobredimensionado bolso—. Me voy de aquí. He hecho lo que vine a hacer y mamá va a estar enojada si me quedo toda la noche.

—Nosotros también —dijo Jude, empujándome debajo de su brazo y dirigiéndonos hacia las escaleras—. Tengo que llevar a Luce a casa.

—Espera. —Me detuve—. Traje con Taylor. Soy la conductora designada esta noche.

Jude se quejó.

—Oye, Holl, ¿te importaría encontrar a Taylor Donovan y darle un aventón a su casa?

Su rostro se torció.

—Si te refieres a la mujer que me llamó por todos los nombres en la guía de maldad femenina, entonces sí, me importa —dijo Holly detrás de nosotros, serpenteando por las escaleras—. Pero ya que tú eres el que pregunta, voy a poner en mi modo de niña grande, de bragas no muy amargas y llevaré a la perra a su hogar. No voy a acompañarla hasta la puerta principal sin embargo.

—Eres una santa —dijo Jude, guiándome por las escaleras, empujando a un tipo a un lado que casi derramó su cerveza sobre mí.

—¿Alguien ha visto a una perra delirante con cabello bonito? —gritó Holly en la parte inferior de las escaleras.

Todos los que la oyeron señalaron una dirección diferente.

—Parece que haré el trabajo por mí misma —dijo ella, sumergiéndose en la multitud—. Nos vemos más tarde.

—¡Oye, Hol! —gritó Jude tras ella.

Echó un vistazo hacia atrás, casi fuera de la vista.

—Mis felicitaciones por tu trabajo allá arriba.

Ella nos dedicó una deslumbrante expresión y desapareció entre la multitud.

—Vamos —dijo Jude, manteniéndome cerca—, vamos a salir de aquí.

Al salir por la puerta principal, me di cuenta de que nunca había estado en algo tan malo después de otra fiesta, pero mientras Jude me condujo por las escaleras, también sabía que me alegraba haber venido. Vestida como una zorra estática, una incómodamente esclarecedora conversación con Holly, y Sawyer tratando de aprovecharse de mí a un lado, tenía a Jude junto a mí, tomando mi mano como si nunca fuera a permitir que se vaya otra vez.

Soportaría una suerte mucho peor por sostener esta mano.

—Entonces, ¿a qué trabajo te referías allí? —le pregunté, sacando las llaves de Taylor de mi bolso.

No respondió.

—Oh, Dios. ¿Qué tan malo es? —Ni siquiera dejaría ir a mi imaginación.

—Nada menos de lo que se merecía —dijo Jude, abriendo la puerta del acompañante para mí y tomando las llaves—. Sólo puso una etiqueta de advertencia sobre él. —Cerró la puerta y se tomó su tiempo rodeando la parte delantera del coche.

—¿Qué clase de etiqueta de advertencia? —le pregunté tan pronto como la puerta del conductor se abrió.

Haciendo clic con el cinturón de seguridad en su lugar, Jude me lanzó una mirada tímida.

—Del tipo que está tatuado en su entrepierna con una lista de las enfermedades de transmisión sexual que tiene.

Me atraganté con mi saliva.

—¿Qué? No hablas en serio.

Al girar la llave otra vez, me miró con una expresión que sangraba seriedad.

—Oh, Dios mío. —Suspiré—. Mierda, ¿tiene una lista real? —Tenía incluso más cosas que agradecer a Jude.

Se encogió de hombros.

—Otra chica nunca tendrá que averiguarlo —dijo, dando la vuelta y bajando por el camino de entrada.

—¿Algo más? —le pregunté, temiendo la respuesta.

Las esquinas de los ojos de Jude se arrugaron.

—Podríamos haber pegado con Krazy Glue³² su mano a su polla y el dedo índice de la otra mano a su nariz.

Mi boca se abrió. Era tan impactante como divertido, así que me reí. Me imaginé todo el evento, comenzando con el tatuaje para terminar con Krazy Glue, sintiéndome totalmente... reivindicada. Holly lo había dicho mejor.

—¿No es posible que ustedes se metan en problemas por eso? —le pregunté cuando me calmé.

—Probablemente —dijo, su propia risa oscureciéndose—, pero no hay manera en el infierno que Sawyer lo vaya a denunciar.

Sawyer siempre me había parecido el tipo que iba haciendo crecer los chismes en clase.

—¿Por qué no?

—Porque Holly amenazó con decirle a sus padres que el pequeño Jude es su hijo y luego se convertiría en un escándalo auténtico —dijo, regodeándose—. Una familia como los Diamond no puede darse el lujo de recibir un golpe público como ese si esperan seguir vendiendo minivans caros y todo eso.

Holly no había tenido la oportunidad de decirme, pero me lo imaginé. El intercambio silencioso en la sala me dijo todo lo que necesitaba saber sobre quién era el padre del pequeño Jude.

—Ustedes dos tenían todo esto planeado.

Respondió con un encogimiento de hombros a medias.

—¿Cómo estás? —preguntó, cubriendo mi mano con la suya.

—¿Después de casi ser forzada a tener relaciones sexuales con mi novio? ¿O después de enterarme, que mi novio no es solamente un bastardo, sino un padre? ¿O después de enterarme de que había estado toda equivocada sobre ti y no dijiste nada que me haga pensar lo

³² **Krazy Glue:** sustancia usada como adhesivos de fraguado rápido, por lo que se las conoce también como supercementos.

contrario? —Quería culpar a alguien más, o a las circunstancias por lo menos, pero la única persona a quien señalar con mi pequeño dedo juzgador era yo misma.

—¿Cómo te sientes acerca de todo eso? —preguntó, con voz suave, con tal contraste a lo que yo sabía que era capaz de hacer—. Dame una puntuación media.

—Me siento como una mierda —le contesté, y luego lo miré. No sabía si era sólo por esta noche, o simplemente como un amigo que cuidaba mi espalda o como sólo un poco más de lo que había sido para mí estos últimos seis meses, pero él se encontraba aquí—. Y un poco como genial también. ¿Y tú?

Me miró, sus ojos iluminados y cálidos.

—Estoy un poco como genial también.

Apagando Sunrise Drive, llevó el coche de Taylor hasta la cabina. Los dos nos quedamos mirando la estructura oscura, esperando. Podría ser apresurado, podría ser de mal gusto, pero esta mujer agarraba lo que quería y sin mirar atrás.

—¿Quieres entrar? —Tragué, esperando una aceptación tanto como un rechazo.

Hizo una pausa, sus ojos inspeccionando el lugar como si estuviera fuertemente custodiado. Conocía aquella mirada en un hombre, de preocupación.

—Mis padres no están en casa —le dije—. Mamá tenía un viaje de trabajo y arrastró a mi papá.

Jude abrió su puerta. El corazón me dio un vuelco.

—¿Tu mamá sacó a tu padre de la casa? —preguntó, cuando salí del coche.

—Después de mezclar sus huevos con algunos narcóticos fuertes —le contesté, caminando hacia donde me esperaba.

Tenía la vista fija en la cabina de nuevo, masticando algo fuera en su labio inferior. También conocía esa mirada en un hombre: vacilación.

—Está bien si no quieres —le dije, esperando a su lado—. Entiendo.

—Si quiero, Luce —dijo, mirando a la ventana de mi dormitorio—. Sólo no estoy seguro de si debería hacerlo.

El hombre que podría patearle el culo a cualquiera con las manos atadas detrás de su espalda. El mismo hombre al que no le importaba si todos en Southpointe anunciaban al mundo que había dormido con todas

y cada una de las mujeres solteras en el estado. El mismo hombre que deliberaba sobre venir dentro de una casa sin padres conmigo.

Era una dicotomía andante.

—Bueno, estoy segura, por lo que mi certeza anula tu incertidumbre.
—Lo agarré del brazo y tiré de él por las escaleras—. Por aquí.

Suspiró, pero me dejó conducirlo hasta la entrada y la puerta principal. Las tablas del suelo se quejaban debajo de nuestros pies, haciendo eco a través de la casa en silencio.

—¿Quieres algo? —le pregunté, encendiendo la luz de la cocina.

Negó con la cabeza, sus ojos ahora uniéndose al juego vacilante.

Queriendo poder ver un piso cercano a la salida más conveniente, lo empujé hacia las escaleras, ni de cerca dejando ir su mano.

—Tengo que cambiarme —le dije, dando a su mano otro tirón.

Funcionó.

No estaba segura de lo que hacía mientras llevaba a Jude a mi habitación, pero no era porque mis intenciones eran puras o impuras. No tenía ninguna intención en este momento, sólo iba a lo que se sentía bien.

—¿Cómo sabías lo que sucedía conmigo esta noche? —pregunté, tirando de la cadena de la lámpara en mi tocador. Sabía que tenía que estar preocupada con una montaña de preguntas en este momento, pero la única razón por la que las hacía era llenar el silencio.

—Holly los vio a Diamond y a ti tener una pelea, vino y me llevó. Y cuando se trata de predecir los próximos movimientos de Diamond, todo lo que tienes que preguntarte a ti mismo es qué haría un imbécil y multiplicarlo por diez y tendrás tu respuesta. —Se apoyó en la puerta, inspeccionando mi cuarto como si no fuera real.

Lo miré de la misma manera.

—Gracias, Jude. —Hice una pausa en mi camino al baño y lo miré. Había creído y asumido cosas horribles sobre él. Me había convertido en otro miembro de la mafia dejando que la peor mierda le pegara. Esto hizo mi garganta arder—. Y lo siento —dije, esperando que pudiera leer en mis ojos lo que mis palabras no podían expresar—. Holly me explicó todo y estoy tan, tan arrepentida, Jude.

Empujando la puerta, dio un paso dentro.

—Lo sé, Luce. —Me dio una sonrisa triste.

Desaparecí detrás de la puerta del baño, pijamas en mano, con lágrimas en los ojos.

—No creía que tu habitación sería tan... femenina. —Su nariz se hallaba apretada por el tono de su voz.

Deslizándome del vestido de envoltura de salchicha, saqué la cabeza.

—¿No nos conocemos mejor ahora para asumir cualquier cosa el uno del otro? —Alzó una ceja y me sonrió.

Se rió entre dientes.

—Espero que sí —dijo—. ¿Estás diciendo que esto sería un mal momento para hablar de los otros cinco hijos que he engendrado con cinco mujeres diferentes? ¿O es que me has seguido a todos sus tráileres ya?

Tiré el vestido por la puerta, golpeando su rostro.

Quitándolo de su cara, lo arrugó. Si se tratara de un indicador de la poca tela en que consistía, él fue capaz de hacerlo caber en la palma de una mano y meterlo en el bolsillo de su chaqueta.

—Me quedo con esto como un recuerdo, Luce. Te veías increíble.

—Como si estuvieras mirando el vestido —le grité, deslizándome en mi camisón.

—Si te pones un vestido así, Luce, aquí hay un señalamiento. Los chicos no van a estar admirando el material.

Todo se sentía como antes. De vuelta a la normalidad. Pues bien, lo único normal que Jude y yo podríamos ser alguna vez, pero era nuestro, y suficiente. Pasé un cepillo por mi cabello un par de veces, sólo para que no se viera como si tuviera un aspecto andrajoso, y volví a entrar en el dormitorio.

Jude se encontraba recostado en mi cama, hojeando mi manual del estudiante.

—He oído que conseguiste entrar —dijo, poniéndolo de nuevo en la mesita de noche—. Juilliard, Luce. Incluso con lo estúpido que soy he oído lo suficiente para saber que es algo para estar orgullosos.

Doblé la rodilla por debajo de mí y me senté a su lado.

—Oí que conseguiste entrar en casi cualquier universidad que desees. Es decir, si no vas detrás de la cosa de las siete figuras de NFL³³.

Inclinó la cabeza contra el cabecero.

³³ **NFL:** National Football League (en español: Liga Nacional de Fútbol Americano), mejor conocida por sus siglas en inglés, NFL, es la mayor liga de fútbol americano profesional de los Estados Unidos.

—Sí, supongo.

—¿Has tomado alguna decisión?

—Todavía no —dijo, como si no fuera la gran cosa. Como si tener una beca completa para cualquier escuela que eligieras no fuera un gran logro. Si eso no lo era, era difícil imaginar lo que Jude consideraba un gran logro.

—Jude —dije, plantando mi mano sobre su estómago—. ¿Por qué no me dijiste acerca de Sawyer? ¿Por qué no me dijiste que no eras el padre? —Era una de las muchas preguntas que ni siquiera podía comenzar a responder.

—¿Me habrías creído? —preguntó, con voz tensa.

Yo sabía la respuesta, pero no quería darle aire.

—Y también sabía que si asumías que era el padre de Jude, y que había mentido sobre eso, sería suficiente para que terminaras conmigo para siempre. Era la única manera que conocía para mantenerte a salvo de mí.

Alcé mi mano de su estómago.

—Así que ¿planeaste esto? ¿Durante todo el tiempo que estuvimos juntos, tramabas alguna forma de meter la pata soberanamente así te dejaba en paz?

—No, Luce —dijo agarrando mi mano—. Así yo te dejaba en paz.

—Esa mañana cuando te confronté sobre Holly y el bebé, no lo negaste.

—Pero, ¿lo confirmé?

Entrecerré los ojos.

—No negándolo, lo hiciste.

Deslizando su gorro abajo, cerró los ojos.

—Eso es porque sabía que era la única manera de salvarte de mí. No lo planeé de esa manera, pero cuando me confrontaste sobre Holly esa mañana, sabía que si iba a ser un hombre y dejarte ir, esa era mi única oportunidad. Y por suerte para mí, tuve las pelotas para hacerlo ese día.

—¿Qué? ¿Mentirme? —le pregunté con un borde en la voz.

Jude negó con la cabeza.

—Alejarme de ti.

Toda esta cosa entre Jude y yo había sido cuidadosamente manejado malentendido orquestado por él. Me sentía herida, y enojada, incluso entendía por qué, pero sobre todo, había terminado con ello.

—¿Terminaste de alejarte de mí, ya? —le pregunté, agarrando una almohada y arrojándosela a la cara.

Arrojó la almohada de vuelta.

—Indeciso sobre eso.

Si no supiera por qué se encontraba indeciso, esa respuesta podría haber dolido.

—¿Por qué estás aquí ahora, entonces?

—Porque quiero estar aquí —dijo, confesándolo como si fuera un pecado.

—¿Y no querías estar aquí antes? —Me acerqué más, deseando que durante dos malditos minutos, pudiéramos estar en la misma página.

—Sí —dijo, mirando al techo—. Estoy cansado de luchar contra eso en estos momentos.

Allí apareció, la brecha que esperé. La luz roja había cambiado.

—Hazme un favor y no luches contra eso de nuevo.

Se incorporó y me miró. Su mirada era paralizante.

—Lo haré, Luce. Voy a seguir luchando porque no te mereces un tipo sin salida con mi pasado arruinando tu vida.

Levantando mis brazos, exhalé. La humildad era algo bueno, pero ser un mártir era tan malo como creer que eras un don de Dios. Terminé con la rutina.

—Si dejaras de hablar acerca de todas las razones por las que no deberías desearlo, tal vez te gustaría escuchar que no me importa —le dije. Bueno, le grité—: Conozco lo peor de ti y conozco lo mejor de ti. —Hice una pausa para respirar un poco—. Y te amo.

Algo brilló en sus ojos antes de que desviara la mirada. Apretó la mandíbula mientras miraba la puerta y, justo cuando contemplaba levantar una barricada lo cerró con mi cuerpo, me atrajo hacia él, su boca encontrando la mía.

Me besó como si estuviera tratando de consumirme, como si estuviera recuperando la mitad de todo un año de momentos perdidos, y como si estuviera peleando lo que yo sabía que era una pelea inútil.

Acunando mi rostro entre sus manos, me besó más fuerte, tan fuerte que no podía respirar, pero si besar así requería la falta de aliento.

renunciaba al oxígeno para siempre. En el momento me consumió, encapsulándome en nada más que el aquí y el ahora. El pasado, las mentiras, el dolor, nada podría romper el mundo que estábamos creando en estos momentos. Tampoco quería que lo haga.

Sacándole su camisa, lo empujé sobre su espalda y la arrojé al suelo. Era la primera vez que me había dejado quitarle la camisa, pero mis manos contra su piel no eran suficientes. Quería el resto de su cuerpo contra el resto del mío.

Justo antes de que lo hiciera, Jude deslizó sus manos por debajo de mi camión, tirándolo hacia arriba por encima de mi estómago, mis pechos, y luego mi cabeza. Sus ojos vagaron sobre mí, inspeccionando mi cuerpo como si estuviera grabando cada línea, declive y curva en la memoria. Sabía que debería haber sido incómodo, sentarse desnuda y expuesta delante de un hombre que había visto su cuota de mujeres y podría tener su selección de cualquiera de ellas, pero no había manera de sentirse insegura con la forma en la que me miraba.

Me sonrió cuando sus ojos hicieron el último viaje hacia los míos. Su mirada plata silenciosa, su respiración superficial, su cuerpo listo. Yo sabía que nunca querría a nadie más como lo deseaba a él.

—Jude —le dije—, yo...

Las dos últimas palabras se perdieron mientras su boca se aplastaba en la mía, sus manos clavándose en mis caderas justo antes de que de un tirón me moviera de vuelta a la cama. El calor de su piel calentaba la mía, creando una capa de sudor entre nosotros. Su boca se movía hacia mi cuello, sus manos a mis pechos, y me sentía a punto de caer por el borde del mundo. Pero todavía quería más, necesitaba más.

Me encontraba tan lista para él que podía sentirlo todo el camino hasta los pies.

Deslizando mis manos entre nosotros, agarré sus pantalones, tirando del botón de sus vaqueros. Se abrió y deslicé mi mano dentro. Gimió, con la frente apoyada en la mía mientras su cuerpo se movía contra el mío. Deslizando mi mano, sacudió mis caderas hacia él. Otro sonido escapó de él.

—Maldición —gimió justo antes de que su boca cayera sobre la mía otra vez. Su lengua separó mis labios, tocando la punta de la mía, mientras sus dedos se deslizaron por debajo de mi ropa interior. La quitó en un movimiento sin fisuras, su lengua nunca dejando mi boca.

Me encontraba en otro mundo. Un mundo que era ajeno y un mundo que quería hacer mi casa. Era apasionado y había calor. Del tipo



que era tan profundo que lo absorbías. Del tipo que era tan profundo que se convertía en una parte de ti.

Me sentía tan cerca de perderlo todo que retorció en mi interior, sabía que no podría aguantar mucho más con la forma en que me tocaba. Con la forma en que me consumía.

Ahora, totalmente desnuda, envolví mis piernas alrededor suyo, arqueando las caderas contra él, balanceándome arriba y abajo. Su respiración se detuvo cuando cada músculo de su cuerpo se tensó en la superficie.

—No así —susurró, golpeando la almohada detrás de mí.

Todo dentro de mí gritó.

—No así ¿Cómo? —le dije entre jadeos irregulares, dejando mis piernas a su alrededor. No iba a abandonar cuando estábamos tan cerca.

Cerró los ojos.

—No justo después de que casi fuiste violada por Sawyer Diamond —dijo, echándose hacia atrás.

Su piel ya no presionaba contra la mía, un frío se arrastró sobre mí casi de inmediato.

—Jude, estoy bien —le dije, apoyándome sobre mis codos, no dispuesta a dejar que el momento pase.

Moviendo sus piernas fuera de la cama, se inclinó hacia abajo.

—Pero yo no lo estoy.

—¿Por qué?

Barrió las manos sobre su cara.

—Porque esto está mal en todas las formas ahora.

Eso dolió.

—No se sentía mal para mí —le dije, tratando de no pensar en el hecho de que era probablemente la única mujer con la que el legendario Jude Ryder no iba todo el camino.

Recuperando mi vestido del suelo, lo sostuvo para mí, con los ojos hacia abajo.

—Esa es la cosa. No se sentía mal para mí tampoco —dijo, mientras le arrebatava el vestido de su mano. Quería tirarlo a través del cuarto para probar un punto, pero me lo puso en su lugar—. Así es como sé que estaba mal.

—¿Podríamos ahorrarnos las perturbaciones mentales para la mañana? —dije, metiendo los brazos a través del vestido—. Estoy corriendo un poco lento en la comprensión de este momento.

—Estoy haciendo un trabajo de mierda para explicarme a mí mismo —dijo tirando de su gorro, en silencio durante un minuto—. Mi concepto del bien y del mal está en tan mal estado, Luce, que mi "mal" es para todo el mundo el "bien". Y mi "bien" es el "mal" de todos.

Quería envolver mis brazos a su alrededor y confortar cualquier confusión que experimentaba pero todavía me sentía un poco demasiado rechazada para ello.

—¿Así que estás diciendo que porque lo que estábamos haciendo se sentía bien para ti, tiene que ser algo malo? —Esta era todas las definiciones de confusión.

Asintió, mirando por encima de mí.

—Necesito una recalibración del bien y el mal, Luce, y hasta que no sea capaz de dejar mi mierda al descubierto, tengo que tener cuidado contigo.

Me dejé caer de nuevo en la cama, tapándome la cabeza con una almohada.

—Cuidado, no era lo que yo tenía en mente para esta noche —gimoteé, mi voz ahogada.

—Lo sé —dijo, frotándose la pierna—. Pero es lo correcto para hacer. Levantando la almohada, alcé una ceja.

—¿Lo correcto para Jude o para todos los demás? —le pregunté con una sonrisa inocente.

Mi mueca no tuvo efecto sobre él.

—No estoy seguro —dijo—, y tengo que estarlo antes de que terminemos... —Miró a la cama significativamente—, de hacer lo que estábamos haciendo.

—Bueno —le dije, sentándome y arrastrándome cerca—. Date prisa y descubre tu mierda, Ryder. —Presioné mis labios contra los suyos, retirándome, mientras todo en mi interior empezaba a hervir.

—Sí, señora. —Sonrió, recorriendo con su dedo mi mejilla—. Sólo quiero que se sienta bien, ¿de acuerdo? Quiero que sea perfecto.

Eso estaría bien si viviéramos en un mundo perfecto.

—Si estás esperando que todo se sienta bien y perfecto, te voy a ahorrar el suspense y te diré que nunca va a pasar —le dije, entrelazando

mis dedos con los suyos—. Pero si puedes mirarme y decir que quieres estar conmigo y puedo mirarte y saber que quiero estar contigo, entonces carpe diem³⁴, bebé. Porque eso es lo más perfecto que alguna vez conseguirás.

Asintió, dándole a mis dedos un apretón.

—Eres tan condenadamente inteligente Luce —dijo, besando mi frente mientras se levantaba—. Te veré en la mañana.

Ahora esto sólo se ponía absurdo.

—Sí —dije, agarrando su mano—, lo harás. —Di unas palmaditas en el espacio junto a mí, tirando las mantas hacia abajo.

Jude estudió la cama como si fuera una ecuación.

Deduje qué ecuación trataba de descifrar en su mente.

—¿Correcto o incorrecto?

Uno de los lados de su rostro se levantó.

—No estoy seguro —confesó.

—Bueno, yo sí —dije, tirando de su mano.

Se detuvo un segundo más, pero rindiéndose a mí o decidiendo por su cuenta, se metió en la cama junto a mí y enrolló sus brazos a mí alrededor con tanta fuerza que no podía respirar del todo bien.

No había experimentado un sueño tan tranquilo desde ese día, hace casi cinco años atrás a la fecha.

³⁴ **Carpe Diem:** Vive la Vida.



22

Traducido por Majo_Smile ♥

Corregido por KatieGee

Era temprano. Al igual que el sol ha pensado en levantarse temprano. Una mañana de domingo, solía dormir otras tres horas, pero éste no quería hacerlo. Dudaba que pudiera tenerlas de todos modos.

Me desperté con el mismo hoyo en el estómago que tenía cada uno de los últimos cuatro años en el día de hoy, esa sensación de que no estaba segura si iba a vomitar o desmayarme. La sensación de ese día sucediendo de nuevo, y entonces el brazo de Jude se enrolla alrededor de mí un poco más apretado en su sueño, y hoy todo parecía más fácil de manejar.

Se había quedado. Toda la noche. No me había dejado ir una vez.

Gimió algo indescifrable en su sueño, metiendo su cara en mi cuello.

Su gorro todavía lo tenía puesto. Desnudo y dormido, el hombre aún conserva aquel gorro viejo en su lugar. Eso no podía ser bueno para una cabeza, necesitaba respirar cada pocos años. No sé por qué me sentí como si estuviera haciendo algo que no debía, deslicé el gorro de su frente y se lo quité.

Tenía el pelo tan corto y tan ligero que casi parecía calvo. Y entonces, me di cuenta de arrugas y cicatrices de la piel desde la coronilla de su cabeza hasta el cuello que conocía. Las cicatrices que habían estado a unos centímetros de tener en mi pelo. Cicatrices de quemaduras. Pasé los dedos por encima de ellas, deseando poder borrarlas de su piel y el suceso que le hacía a su ánimo.

Pasando mis dedos por su cuello, bajó la mirada hacia su espalda y, a la luz casi de mañana, el laberinto de cicatrices repartidas por todo el camino por la espalda miró hacia mí. Cicatrices blancas sobresalían por su espalda, otras pequeñas, más grandes, como si hubiera sido desgarrado de cien maneras diferentes y cerrado de nuevo por alguien que no sabía cómo usar una aguja e hilo. Dudaba que los cadáveres salieran con menos cicatrices.



Me sentía enferma, enferma de lo que había experimentado despertando a este día, mientras mis dedos trazaron una línea sobre cada cicatriz levantada, no pude o no quería imaginar qué había pasado con el hombre que dormía a mi lado.

De repente, se sacudió despierto. Sus ojos eran pacíficos durante el menor segundo antes de que notara la expresión de mi cara y lo que yo tenía en la mano. Agarrando una de mis muñecas, lo apartó de un empujón antes de salir de la cama, agarrando su gorro de lana gris al mismo tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó, ajustando el gorro sobre su cabeza. Se veía enojado y herido.

—¿Qué pasó? —dije en voz baja, sentándome en la cama.

Se lanzó a través del cuarto, agarrando su térmica gris de manga larga y tirando de ella por encima de su cabeza, sin responder.

—Ellos hicieron lo mismo contigo —supuse, deseando que estas conclusiones no eran tan fáciles de sacar—. Esos chicos te quemaron también.

Jude puso sus manos detrás de su cabeza, apretando la mandíbula.

—No son los mismos, pero unos pocos como ellos —dijo, con la voz tensa—. Cuando me mudé a casa de los chicos —dijo, forzando cada palabra—. Hace unos cinco años.

—¿Por qué? —Me incliné hacia delante, tratando de agarrar su mano.

Se apartó.

—Fue un regalo de bienvenida.

—Oh Dios mío —suspiré, preguntándome si la devastación en el pasado de Jude nunca se acababa—. ¿Y las cicatrices?

Los ojos de Jude se establecieron en mí. Lucían negros.

—No quieres saber.

Tenía razón, pero también se equivocaba.

—Sí, quiero —susurré.

—No quiero decirte —respondió, su pecho subía y bajaba.

—Está bien. —Tragué, aceptando que Jude tenía otras tantas cicatrices internas que llevaba en su piel—. Lo siento, Jude.

—No quiero tu compasión —dijo—, y no quiero hacer una repetición de mi infancia mientras haces aquella mierda de psicoanálisis de chica.

Soy cáncer, Luce. Te lo dije desde el primer momento. No necesitas saber los detalles desagradables para aceptar esto.

—Sí —le dije, yendo en contra de todo instinto gritándome para ir abrazarlo—, se necesitan los detalles para que sepa cómo curarte. Deja que te ayude —le dije, tratando de alcanzarlo otra vez.

—Maldita sea, Luce —dijo, dando vueltas por la habitación—. No soy uno de tus proyectos favoritos. No soy un perro que puedes rescatar de ser sacrificado. No necesito ser salvado y seguro como el infierno que no quiero ser salvado. —Hizo una pausa y por fin me miró—. Así que deja de tratar tan condenadamente duro.

Sabía que este era el punto que debería retroceder, pero no pude.

—No —dije con firmeza.

Me miró.

—No quiero ser salvado.

Me mordí la lengua para evitar cualquier signo de lágrimas.

—Sí, así es.

Sus ojos brillaron.

—No. —Su voz temblaba—. No lo hago. —Alejándose de mí, golpeó el borde de mi tocador, derribando una caja de almacenaje que había sacado desde el ático ayer.

Se estrelló contra el suelo, su contenido extendiéndose por la alfombra. Salí de la cama y recogía los artículos antes de que él se diera la vuelta.

La cabeza de Jude cayó hacia atrás para mirar al techo antes de agacharse para ayudarme. Sus ojos se pegaron a algo en mi mano, su cara caída. Agarrando la foto de mis dedos, se levantó, mirando la foto como si no fuera real.

—¿Cómo conoces a este tipo?

Una respiración profunda.

—Era mi hermano.

—¿Tu hermano era John Larson? —dijo, sin parpadear.

Ahora lloraba. Esta mañana se había convertido en demasiado para la mujer de acero mantener las lágrimas a raya. Levanté la vista hacia la imagen entre los dedos de Jude. La foto de último año de fútbol de mi hermano. Sólo siete meses antes de que hubiera sido asesinado. Hace cinco años hoy.

—Sí —le dije, limpiándome la cara.

La foto cayó de la mano de Jude, con el rostro blanqueado.

—¿Y el nombre de tu padre es Wyatt?

Asentí con la cabeza, agarrando la foto que había caído al suelo.

Jude se dio la vuelta, lanzando un puñetazo a la pared. Destruyó a través de los paneles de yeso, mientras una nube de polvo blanco entró en erupción.

—¿Cómo pudiste mantener algo así de mí? —gritó, volviéndose hacia mí, todo su cuerpo temblaba.

Me sentía tan confundida, tan molesta, no sé cuál más.

—Te dije que mi hermano murió —le dije, colocando la foto de John en mi regazo—. Lo siento si no proporcione los detalles sangrientos.

Se movió hasta la ventana, Jude miró por ella, sus hombros subiendo y bajando con su respiración.

—Los detalles habrían estado bien en esta situación —dijo, con la voz a punto de quebrarse.

—¿Qué diablos estás hablando, Jude? —susurré. Todo caía a pedazos, desmoronándose a mí alrededor, y no sabía que había tirado del hilo.

—Mi nombre completo es Jude Ryder Jamieson —dijo, volviéndose hacia mí.

Ese nombre me golpeó como un tren. El impacto fue tan repentino, tan poderoso, que no podía hablar.

—Mi padre —dijo, agarrando el alféizar de la ventana—, fue a la cárcel por matar a tiros a un joven.

Negué con la cabeza, azotando mi pelo hacia atrás y hacia adelante.

—Detente —le dije, ahogándome con la palabra. Todo se encontraba fuera de control y me quería fuera de este viaje.

—El nombre de mi padre es Henry Jamieson. —Hizo una pausa, mirando por la ventana como si estuviera bien escapar por ella o conducir su puño a través de ella—. Mi padre asesinó a tu hermano.

El cuadro que sostenía se deslizó de mis manos, volteado hacia abajo sobre la alfombra. Me sentía como llorando, mi cuerpo necesitaba la liberación de los sollozos, pero me sentía demasiada aturdida para moverme. Me repetía a mí misma que esto no era real, no era posible. No

me había enamorado del hombre cuyo padre había matado a mi hermano. Dios no era tan cruel.

—Tu papá —comencé, no estaba segura si podía sacarlo—, arruinó mi familia.

Jude golpeó el alféizar de la ventana.

—¡Y tu papá es el culpable de poner en marcha la cadena de la maldición del conjunto de los acontecimientos! —gritó, dándose la vuelta—. Después de trabajar para una de las empresas de tu padre durante diez años, mi papá fue seleccionado al azar para una prueba de drogas, fracasó, y el gran Sr. Wyatt Larson recibió la llamada final. Lo despidió.

—Jude, tenía cocaína y metanfetamina en él. Estuvo a punto de matar a un hombre en el lugar de trabajo —le dije, recordando cada palabra que se decía, cada imagen presentada durante el juicio. Mis padres se encontraban demasiados entrados en su pérdida para decidir que dejando a su hija de trece años sentarse en el juicio por asesinato de su hermano no era la mejor cosa para permitir, pero no quería quedarme en casa. Ocultándome debajo de una manta cuando el asesino de mi hermano era juzgado se sentía mal. Yo había estado ahí para él, incluso en la muerte.

—¡Debido a que mi mamá acababa de salir en libertad bajo fianza! —gritó, los tendones de su cuello saltan a la superficie—. Pasaba por una mala racha, pero él habría salido de ello, y como premio a una década de servicio, tu padre lo despidió. El banco ejecutó la hipoteca de la casa dos meses después y nos quedamos sin hogar. Me dejó en casa de los chicos el mismo día que le disparó a tu hermano.

Quería salir corriendo, pero no pude. Seguía esperando a despertar de esta pesadilla con el cuerpo dormido de Jude cubierto sobre el mío.

—Él mató a mi hermano —repetí las palabras agrias e incorrectas en mi boca.

—¡Se suponía que iba a ser tu padre! —explotó, todo saliendo de él. Sus hombros rodaron hacia adelante, con la cabeza caída—. Se suponía que iba a ser tu padre —dijo en un susurro.

—No —mis extremidades temblaron—, se supone que era yo.

Jude se quedó inmóvil, mirándome como si fuera su enemigo.

—¿Qué diablos quieres decir?

Me deslicé contra la pared, necesitando el apoyo.



—Mamá me pidió que le llevara el almuerzo a mi padre. Ese domingo trabajaba día y noche para conseguir ese proyecto a tiempo, pero estaba siendo difícil y dije que no quería hacerlo. El sitio de trabajo se encontraba cerca de nuestra casa y podía ir en bicicleta. —Cerré los ojos, mientras todo se reproducía en mi mente—. Así que John dijo que lo haría, y esa fue la última vez que lo vi con vida. Ese es quien tu padre puso tres balas en cuanto se presentó en el lugar de trabajo ese día. Debería haber sido yo, esperando dentro de la oficina móvil de papá, haciendo girar la silla, cuando Henry Jamieson, que se hallaba tan arriba en metanfetamina que no era capaz de distinguir quién se encontraba en esa silla, disparó y mató a mi hermano. —Todo dentro de mí se desinfló. No era más que la cáscara de un globo, cayendo al suelo—. Se suponía que iba a ser yo.

Todo quedó en silencio, pero un silencio que era tan fuerte que quería taparme los oídos.

Por último, Jude pasó por delante de mí, deteniéndose justo antes de que se fuera.

—Siento que no lo eras —dijo, en voz baja—. Porque realmente podríamos haberlo hecho sin toda esta mierda.

Cerrando la puerta detrás de él, sus pasos retumbaron por las escaleras, hacia la puerta, y fuera de mi vida para siempre esta vez.

Cuando la puerta mosquitera se cerró de golpe, lloré el mar de lágrimas que había aferrado por cinco años.



23

Traducido por Jo

Corregido por KatieGee

Me paré al frente del espejo, estudiando a la chica que se reflejaba. Lucía como yo, pero no era la misma chica que recordaba. Algo se había separado en las horas desde que Jude se fue, y debió haber sido vital a quien yo era una vez.

Me sentí plana, incapaz de manifestar cualquier tipo de emoción, y me sentí perdida, como si todo por lo que había trabajado y logrado me hubiera llevado a un callejón sin salida. Por primera vez en mi vida, me pregunté si el mundo alrededor de mí que había intentado salvar valía la pena.

—¿Lucy en el cielo? —Un suave golpe sonó fuera de mi puerta—. ¿Estás lista?

No, era mi respuesta, pero eso no es lo que salió porque cuando se trataba de mi hermano, nunca decía no. No lo hice cuando me pidieron hablar en su funeral, y no lo había hecho cada año en el aniversario de su muerte cuando papá y yo visitábamos su tumba. Era el único día en que todavía podía demostrarle que lo amaba y que pensaba en él cada día.

Di una última mirada a la chica en el espejo antes de sacudir mi cabeza y girarme. Esa chica ya no era yo.

—Hola, papá —saludé, abriendo mi puerta. Como las cuatro veces anteriores, papá vestía su traje negro y hasta se las había arreglado para anudar casi bien su corbata—. ¿Sólo nosotros dos de nuevo? —pregunté, mirando el pasillo. Mi mamá nunca nos acompañaba a la tumba de John, y por lo que sabía, nunca había vuelto a ir luego del día en que había sido bajado a la tierra.

—Tu mamá lidia con ello en su propia manera —dijo, secándose las palmas en su chaqueta—. Nosotros lidiamos con ello en nuestra propia manera.

La mayoría de los días deseaba que pudiera lidiar con eso en la manera de mamá.



—Vamos, se está haciendo tarde. —Giró y se dirigió bajo las escaleras. Tomé mi bolso y lo seguí—. Tú manejarás —dijo innecesariamente mientras cerraba la puerta principal. La última vez que había estado detrás del manubrio de un auto fue el día en que John murió.

El cementerio se encontraba a una hora manejando de la cabaña, pero cuando ibas sentada al lado de tu padre en completo silencio, parecía más un día completo sin paradas de descanso. Esta sería mi sexta vez en el cementerio. Venía una vez al año porque era lo correcto que hacer, pero no podía hacerlo más que eso. Además, nada de lo que amaba de John se hallaba enterrado bajo esa lápida.

Papá miró afuera de la ventana del lado, pensando lo que sea que fueran los pensamientos de un hombre que había dejado de vivir aquí, y yo miré fijamente el camino adelante, intentando no pensar porque mis pensamientos sólo me llevaban en una dirección.

Como cada otro cementerio, se encontraba vacío. Deteniéndome, miré a papá. Se veía congelado, todavía mirando fijamente por la ventana.

—Papá —puse mi mano en su hombro—, ¿estás listo?

Se estremeció, sus ojos aclarándose mientras volvía a la vida.

—Listo.

Me deslicé fuera del auto y caminé al frente. Esperé.

Y esperé.

Era una práctica en paciencia que había aprendido hace cinco años. Una que había perfeccionado.

Papá se paró afuera de la puerta del pasajero, inquietándose e inquietándose con sus demonios. Tomó un montón de mí venir a ver a John, pero el tipo de tortura de papá que solía envolverlo en un casi derretimiento era el tipo de enfermedad mental a las que dedicaban libros.

Nunca lo he cronometrado, pero adivinaría que quince minutos era el promedio. En este tiempo, él echaba sus hombros hacia atrás y alisaba su chaqueta en su lugar luego de sólo cinco. Caminando hacia mí, miró por encima.

—Vamos a decir hola —dijo, ajustando su corbata por quinceava vez. La lápida de John no quedaba lejos, pero sabía que se contendría. Siempre lo hacía.

Nunca dijimos nada, pero siempre sentí que John escuchaba lo que quería decir. Los pájaros piaban, el sol brillaba, y saqué mis recuerdos

favoritos de John a la superficie, intenté llenar los de Jude yéndome para siempre. La vida lentamente se volvía un desastre enorme, y no estaba segura si era porque de alguna manera me encontraba maldita de por vida o si la vida sólo avanzaba por naturaleza. Me había estado comprando por completo lo de que una persona puede marcar la diferencia en todo este tiempo sólo para descubrir que, al final, el mundoapestaba.

—¿Te gustaría contarme qué está mal? —preguntó papá silenciosamente, poniendo su mano en mi regazo.

Me sobresalté, ya sea por su toque o por el silencio roto, no lo sabía.

—Estoy bien. —¿Cómo era tan difícil hacer que mi voz suene normal?

—Lucy, nunca te he escuchado alguna vez decir que estás bien. Tú dices o maravilloso u horrible o exhausta o explosivamente enojada o algo más, excepto bien —dijo, mirando el horizonte—. Eres una persona apasionada. Saliste a mí en ese departamento —dijo, una sonrisa ensombreciendo su rostro—. O al menos la persona que solía ser. —Se detuvo, tomando un par de respiraciones, luego se giró para enfrentarme—. ¿Qué está mal?

—¿Cómo supiste? —pregunté, pensando que de todas las personas en el planeta, mi padre sería la última persona en detectar que algo se hallaba gangrenoso bajo la superficie.

—Cuando dejas de permitirte sentir tus propias emociones como yo lo hice, hay más espacio para sentir las de los demás —dijo—. Es uno de los muchos lados de convertirse en un silencioso reservado.

Esta era la primera conversación de significado que mi papá y yo habíamos tenido en cinco años, y el día y el lugar en que ocurría me hacía sentir que John tenía su mano en eso.

—Es sobre Jude —dije, jugando con el borde de pasto bordeando la lápida de John.

—Pensé que no se veían más. —Papá aclaró su garganta; hacía esto realmente. Teniendo una conversación de padre preocupado con su hija adolescente.

—No lo hacíamos, pero como que nos tropezamos con él anoche. — Mi papá puede estar mostrando un margen de fortaleza, pero temía que contarle sobre el evento que llevó la reunión de Jude y yo lo enviaría a otros cinco años de absentismo—. Arreglamos las cosas y entonces esta mañana, nos enteramos de que había algo más entre nosotros que nunca funcionaría. —También sabía que esta información podría enviar a mi papá a un espiral descendente, pero se sentó frente a mí luciendo mucho

más como el faro de fortaleza que recordaba cuando niña. Como un hombre que nada podría derribarlo.

Asintió.

—¿Y qué era eso?

Dejé salir mi aliento, las letras grabadas en la lápida de John poniéndose borrosas.

—El apellido de Jude es Jamieson. —Aún cuando lo dije, todavía no podía creerlo. Todavía no quería creerlo.

Papá suspiró, girando sus hombros.

—Lo sé.

Mi cabeza se levantó.

—¿Qué?

—Lo sé, nena —repitió—. Lo he sabido desde el principio.

Bien, papá tenía un momento. Otro descanso de la realidad, pero este lo llevó a mentir a través de los dientes.

—¿Estás diciendo que supiste desde la primera noche que llevé a Jude a casa, que su padre era Henry Jamieson? —lo modulé un poco más claramente.

—Lo sabía —dijo—. Me tomó un tiempo, pero sí, lo resolví.

No estaba segura de cuan bajo en el agujero del conejo podía caer.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque eras feliz y porque Jude no es su padre y porque sabía que un día, si los dos seguían juntos, lo resolverías.

—Lo resolvimos. —Enterré mis dientes en mi labio.

Papá palmeó mi pierna.

—¿Y estás deseando que no lo hubieran hecho?

Incliné mi cabeza.

—¿Porque te preocupabas por él y querías estar con él?

Otro asentimiento mientras me concentraba en contenerme. Este día torcía mi mente muy lejos, esperaba que se partiera en cualquier momento.

—Deberías haberme dicho.

—Tal vez debería, pero no lo hice. Jude no debería ser juzgado por quién es su padre —dijo, tomando mi mano—. Lo que Henry Jamieson hizo



es imperdonable, pero eso no significa que Jude no merece felicidad. Perdimos a nuestro John, pero él perdió a su padre. —Su voz tembló, pero la contuvo—. Todos perdieron algo ese día, y me sentía feliz de ver una semilla levantarse de las cenizas.

Esa semilla había muerto en las cenizas. Era una semilla que nunca había echado raíz.

—Él te culpa.

—Y tú culpas a su papá —dijo, sus ojos moviéndose entre mí y la lápida de John.

—Eso es porque mató a John —dije—. Tengo todo el derecho a culparlo. —La culpa era lo de menos por asesinar a mi hermano.

—No importa a quién hay que culpar y a quién no cuando se trata de ti y Jude, cariño. Lo que importa es lo que ustedes dos quieren. Los dos están buscando una salida fácil de esto porque les asusta —dijo, mirándome a los ojos con una real emoción y presencia que creí que se había ido hace tiempo—. Preocuparse por alguien es aterrador porque ustedes dos saben cómo se siente perder a alguien en el lapso de un latido del corazón. Pero no puedes dejar que ese miedo dirija tu vida o terminarás como yo. No vivas la vida escondiéndote detrás de tu pasado, vive para ahora. Cuando encuentres a alguien con quien quieras pasar el resto de tu vida, no los dejes ir, ya sea si ese para siempre resulta ser un día o un año o cien años. —Descansó su mano sobre la tumba de John—. No dejes que el miedo de perderlos te contenga de amarlos.

Allí se encontraba Wyatt Larson, quien podía hablarle a cualquiera sobre cualquier cosa, el hombre que había manejado la compañía de construcción comercial más grande en los estados antes de que su mundo entero llegara a su fin, sermoneándome sobre vivir para el momento y no dejar que el pasado te hiciera temer el futuro. Sabía que no era un hipócrita, eso era lo que él creía; sólo era incapaz de vivir así ahora.

—Lo perdí, papá —confesé, preguntándome si alguna vez tuve a Jude.

Papá miró en la distancia, su expresión endureciéndose.

—Siempre me sorprende cómo cuando estamos seguros de que hemos perdido algo para siempre, nos termina encontrando.

Sonreí. Era una triste sonrisa, pero aún así contaba. Mi papá había dicho lo mismo numerosas veces cuando era más joven y perdí un juguete favorito. Había tenido razón. Tan pronto me rendí al hecho de que Teddy se había ido, de alguna manera apareció en el lugar más obvio.



—Aún si terminamos volviendo a estar juntos —dije—, ¿cómo podremos superar algo así? ¿Cómo puedo mirar más allá de su padre siendo Henry Jamieson? ¿Y cómo puede él ver más allá de mi familia siendo la razón por la que perdió a su papá? —Esa pregunta no tenía respuesta, y no esperaba una.

—Soy lo suficientemente tonto de corazón para creer que el amor puede superar todo —admitió, levantando un hombro.

Me reí un poco, pero sonó bajo ya que intentaba no llorar.

—Eres tonto de corazón —dije, mirándolo. Sus palabras y voz estaban bien, pero sus hombros y cabeza todavía empujadas hacia adelante. Era una fracción del padre que había sido. Pero yo tomaría una fracción—. ¿Qué te pasó, papá?

Levantó la mirada, revisando las nubes. Buscando formas o respuestas o un escape, no estaba segura, pero revisando por algo.

—Cuando un hijo muere, un padre pierde una parte de sí mismo —dijo—. Tu mundo entero deja de existir y no eres más que un cascarr de la persona que una vez fuiste. Tu mamá ha lidiado en su propia manera, yo en la mía, y tú en la tuya —dijo, levantando su mano de la lápida de John y levantándose—. Tu mamá odia el mundo, yo lo evito, y tú intentas salvarlo.

—Intenté y fallé —murmuré, no a punto de contar las maneras.

—Sé por qué intentas salvar el mundo, nena —dijo, extendiendo su mano hacia mí—. Porque tratas de compensar a John. Compensar la culpa que sientes por no haber sido tú ese día.

Miré abajo a las fechas de la vida de John. Una vida acortada porque fui una malcriada e hice que mi hermano mayor le llevara a papá su almuerzo.

—No he salvado nada.

—Te salvaste a ti, Lucy —dijo, su frente arrugándose—. Me salvaste a mí. Ese primer año, la única cosa que me hizo salir de la cama en la mañana eras tú.

Miré fijamente su mano estirada, sin ser capaz de aceptarla.

—No salvé a John.

—Oh, cariño. John no podía ser salvado por ti —dijo—. Yo no lo salvé. Dios no lo salvó. ¿Cuánto tiempo más vas a dejar que la culpa del pasado dificulte el presente?

Levanté la mirada hacia él, encanecido, arrugado y triste. Había envejecido treinta años en el paso de cinco.

—Podría preguntarte lo mismo.

—Lo sé —dijo, extendiendo su mano de nuevo—. Pero eres más fuerte que yo, mi Lucy en el cielo. Eres más fuerte de lo que te das crédito.

Tomé su mano, dejándolo levantarme.

—También lo eres, papá —respondí, inclinándome y besando su sien—. También lo eres.



24

Traducido por munieca

Corregido por LuciiTamy

Los dos últimos días previos a la graduación estuvieron repletos de desayunos para los del último curso, distribución de togas y birretes, cruceros por el lago, y firmas de anuario. Había decidido no participar en nada de eso. A pesar de papá y mi charla "motivadora" en el cementerio, yo parecía no poder aceptar sus palabras como ciertas. Los padres se hallaban destinados a fomentar y creer que sus hijas eran criaturas infalibles. Sabía que papá creía en lo que me había dicho, pero fue porque, como padre, era incapaz de mirarme con una luz imparcial.

Era su niña. Su Lucy en el cielo. Eso era todo lo que veía cuando me miraba, no podía ver en lo que me había convertido. Pero tenía razón en una cosa—yo no podía salvar al mundo. No cambiaría lo que había sucedido y no traería John de vuelta. Sin embargo, habiendo aceptado eso, ya no sabía qué hacer conmigo misma. Mi vida se sentía un poco vacía y patas arriba, y eso no era una receta para celebrar con un montón de gente que había conocido hacía menos de un año y con los que no estaría en contacto en una semana.

Yo había estado en silencio en mi silla plegable de metal asignada, esperando que esta cosa acabe así podría poner este año de mi vida en una estantería y olvidarlo. El resto de los 300 más graduados llegaban, todo el mundo abrazándose y sonriendo y hablando efusivamente acerca de cómo permanecerían amigos para siempre y nunca, jamás perderían el contacto.

Todo era demasiado ruido de fondo y chorradas para mí.

Unos minutos más pasaron, y la mayoría de los asientos se llenaron. Mordí mi borla. Quince minutos más, dos horas para pasar de bla, bla, bla, nuestro futuro es brillante, bla, bla, bla, puedes ser lo que quieras, bla, bla, bla.

Bla.

Uno de los últimos rezagados que quedaba se abrió camino a través de la fila de unos pocos frente a la mía. Sawyer se movía un poco



torpemente, como si algo no funcionaba del todo bien, o algo así como que su mano se había pegado a su polla. Ni siquiera traté de evitar la risa que se liberó.

Algunas cabezas se volvieron, incluida la suya, pero tan pronto como vio que era yo, su cabeza se apartó bruscamente como si acabara de golpearlo justo en la mandíbula. Había besado a esa porquería. Había hecho más que darle un beso. Eso fue suficiente para hacer que una chica renuncie a los hombres para siempre. Sobre todo una chica a punto de dirigirse a la universidad donde había oído que los chicos que habían sido unos cretinos en la escuela secundaria se convertían en pendejos de calidad, y los pocos buenos ya estaban ocupados para cuando llegaba el otoño. Las perspectivas en el departamento hombre eran desoladoras, por lo que sólo fingía que no había departamento con ese título. Mejor sola y marginalmente feliz que en pareja y positivamente miserable.

El Director Rudolph apareció desde detrás de las cortinas de color borgoña y se dirigió al podio. Esto iba a ser doloroso. De hecho, me sentí mal por mis padres, ambos se hallaban en la asistencia, sonriendo y saludándome cada vez que miraba en su área general.

—Estudiantes, padres, profesores —comenzó, pasando por toda la cosa ominosa que no funcionaba para él—, este es realmente un momento para celebrar el pasado, el presente y el futuro.

¿Qué pasaba con estos discursos de graduación? ¿Hay alguna ley de que todo tenía que ser la misma cosa, vieja, cansada?

—Me gustaría aprovechar esta ocasión para... —El director Rudolph se congeló en su lugar, con la boca y ojos muy abiertos. Abriéndose camino hacia el escenario, Jude corrió por él, tendiéndole la mano a Rudolph.

Agarró el micrófono más fuerte, sacudiendo la cabeza, por lo que Jude se lo arrebató justo fuera del apretón de muerte de Rudolph. No había visto a Jude desde el domingo por la mañana, y todo en él era diferente. Tenía el aspecto de un hombre en paz. Un hombre que había descubierto todos los misterios de la vida. Un hombre que todavía, a pesar de todas las revelaciones y las palabras, hacía que mi corazón palpite.

—Todo el mundo, disculpen tan sólo un minuto —dijo Jude, rodeando el podio. Las cabezas giraban, mirando a sus vecinos para ver si lucían igual de confundidos—. No es una sorpresa que no estoy hoy aquí hablando como un valedictorian ³⁵, pero creo que todos están

³⁵ **Valedictorian:** es un título académico conferido al estudiante que entrega el cierre o la discurso de despedida en la ceremonia de graduación, suele ser el estudiante con la calificación más alta entre su clase de graduación.

sorprendidos de que me estoy graduando del todo, así que estoy interrumpiendo este pequeño festival de aburrimiento. Desde que comenzamos el año conmigo arrancándole el micrófono de las manos al director Rudolph, también podríamos terminarlo de la misma manera. — Una ronda silenciosa de risas recorrió los graduados—. Y en realidad tengo algo importante que decir, al contrario que el resto de estos genios bastardos aquí abajo, en la primera fila.

Todo el mundo susurraba a su vecino, o trataba de retirar su boca del suelo, o miraba al escenario como que esto era inexcusable. Sin embargo, Lucy Larson sonreía. Viendo a Jude allí arriba en su toga y birrete, a punto de graduarse, continuando con algún futuro que involucraba al fútbol, justifica una sonrisa. Me sentía feliz por su éxito.

—Este año no fue como cualquier otro anterior —empezó a decir, mirando hacia la multitud—. Aprendí más sobre mí mismo y la vida e incluso el amor que lo tuve antes de mis diecisiete años.

Una docena de cabezas se dieron vuelta y me miraron cuando Jude dijo la palabra con "A". Me revolví en mi asiento. No tenía idea a dónde iba Jude con este discurso de graduación de desnudar el alma, pero sabía que iba a significar vergüenza, en el mejor de los casos, para mí.

—Aprendí que no soy la mierda que a todos les gusta creer que soy. El pedazo de mierda que yo creía que era —dijo mientras el director Rudolph pasaba una mano por el brillo de sudor formándose en su frente—. Alguien me dijo eso una y otra y otra vez, y me tomó la mayor parte del año, pero creo que finalmente le creo. —Sus ojos se posaron en mi dirección por el segundo más corto—. Porque no necesito creer que donde he estado es donde me dirijo. Y no necesito creer que una tragedia puede dar forma al futuro. —Hizo una pausa, aclarándose la garganta—. Sólo yo puedo hacer eso. Ahora lo veo.

Otra pausa, y ahora en la habitación no volaba ni una mosca.

—También sé que en el proceso de mí, aprendiendo esto, la persona que me lo enseñó perdió su fe en mí, y tal vez incluso en sí misma, y en todo el maldito mundo. —Sus dedos se apretaron alrededor del micrófono, ya no mirando alrededor de la multitud, me miraba directamente a mí—. Yo podría ir a la cárcel un millón de veces y nada sería peor que lo que le hice a ella. Me enseñó a amar, incluso me dio oportunidad tras oportunidad para demostrarle que yo era capaz de hacerlo. Y le fallé cada vez. —Su rostro se arrugó en una mueca de dolor parcial, pero no apartó la mirada de mí—. Te amo, Lucy Larson. Y siento que tuve que arruinar todo lo que teníamos para reconocer eso. Y entiendo por qué te perdí y nunca voy a tenerte de vuelta.

Mis ojos se cerraron, era demasiado. La confesión, la emoción detrás de las palabras, todos en el auditorio mirándome, todo lo que sentía.

—Tú me salvaste, Lucy, y no te devolví el favor. Y lo siento —dijo, su voz baja—. Sólo quería que lo supieras.

Al abrir los ojos, me obligué a mirarlo mientras se alejaba del escenario, dándole el micrófono de regreso al director Rudolph con la cara roja. Me sonreía, el Jude que estaba reservado para ocasiones especiales, y devolví esa sonrisa.

En medio de todo estando muy mal, algo bien fue abriéndose paso a través. Algo se levantaba de las cenizas.

Levantando la mano, saludó antes de volverse y caminar fuera del escenario, dejando a su pasado atrás y yendo en pos de ese brillante futuro.



25

Traducido por Deeydra Ann'

Corregido por Panchys

Mi piel no tuvo oportunidad de broncearse antes de que estuviera empacando y moviéndome por todo el país. Había pasado las breves semanas bailando, reconectándome con mis padres y bailando un poco más. Era la clase de verano que podría ser considerado casi perfecto. Excepto por una cosa.

O, más bien, una persona.

Jude se marchó de la casa de los chicos la mañana después de la graduación y nadie supo de él de nuevo. Por supuesto, más que unos pocos rumores circularon, pero después de ser víctima del circuito de rumores, me prometí que nunca le daría ningún crédito a otro. Algunos decían que se encontraba en el campamento de verano para algún gran equipo de la NFL como el más importante agente gratuito en la historia. Algunos dijeron que había huido del país tras retener un banco en el sur y dispararle a uno de los cajeros. Y algunos dijeron que Jude tuvo una ruptura total e irreversible con la realidad y se lanzó del Puente Highman.

Me gustaba creer que, donde sea que estuviese, era feliz y, por fin, en paz consigo mismo y con su pasado.

Era algo que había deseado para mí después de la graduación y había hecho algunos progresos hacia ello. Feliz era una exageración, pero me incliné más hacia el contento, que el espectro infeliz, y eso era una victoria. Mi pasado seguía todavía allí, cada mañana y cada noche, listo para atormentarme si lo permitía, pero la mayoría de los días no lo hacía. Me acordé de John por la forma en que estaba destinado a ser recordado, no por cómo había muerto.

Y en cuanto a la salvación del mundo, no había dejado que toda la molesta idea altruista se fuera. Al principio, había firmado para ser una profesora de baile en un estudio en la ciudad donde las chicas de bajos ingresos no tenían que pagar para aprender a bailar. Incluso un alambre se había puesto a un lado del fondo por lo que no tenían que comprar zapatos de ballet y medias. Así que bailé, enseñé y aprendí.



Pero todavía faltaba algo, o tal vez me perdía de algo. De cualquier manera, un agujero me dolía y tuve que luchar para superarlo todos los días. La mayoría de las veces, gané esa batalla, participando en discusiones en clase, sonriendo a mis nuevos amigos en los momentos adecuados, pero otras veces el dolor era demasiado profundo para que estuviera al día con el ritmo de la vida.

Era una buena vida, y me sentí culpable por pensarlo, pero sabía que podía ser mejor.

—Lucy, ¿vas a ponerte ese pendiente o acariciarlo toda la noche?
—India, mi compañera de cuarto, gritó por encima de mí, dándose una última mirada en el espejo.

—¿A dónde me estás arrastrando de nuevo? —pregunté, deslizando el aro de plata en su lugar.

Rodando los ojos, me lanzó mi bolso. —A una fiesta en Siracusa. Hay chicos, alcohol y música. Se supone que debe ser divertido. —India era la reina de la diversión, de verdad. Su familia había patentado unos veinte juegos de mesa, impulsando la tendencia de diversión nocturna en familia. Como ventaja, tenía un innato sentido de la aventura, puede convertir una mañana de examen sorpresa en un buen momento, y ser invitado a la fiesta de todos y cada uno en el estado.

—¿Y necesitas que vaya porque...?

¿Otra ventaja de ser un rico embajador de la diversión? Nunca tienes que preocuparte de moverte solo para nada a menos que quieras.

—Porque trabajas muy duro y juegas muy poco y esa clase de ética de trabajo Luterano está seriamente desordenando el zen de nuestra habitación.

Tomando mi chaqueta colgada en la silla, la seguí hacia la puerta. —Perdóname por confundir la universidad con algo tan tabú como el trabajo duro —dije, golpeando mi hombro en ella mientras caminábamos por el pasillo—. ¿Cómo puedo ajustar bien el sagrado zen de nuestra habitación?

Me sonrió. —Puedes ponerte borracha. Puedes subirte en una mesa y sacudir tu trasero. Y puedes echarte un polvo con el más fino y dulce hombre que Dios tuvo la audacia de crear.

—Oh —dije, agitando mi mano en el aire—, si eso es todo.

—A veces, lo juro —dijo al salir de la residencia de estudiantes—, el creador olvidó instalar un botón de diversión en ti. —India hizo clic en su llavero y las luces de su coche brillaron. ¿Otro de los beneficios de crecer

en una familia de empresarios millonarios? Consigues conducir lo que sea en el infierno que quieras.

—Y alguien se olvidó de instalar un filtro en ti —dije, abriendo la puerta del copiloto y arrastrándome dentro.

India gruñó, saliendo del estacionamiento. —Lo bueno es que es un corto trayecto en coche porque tú, mi amiga, estás seriamente en la necesidad de un poco de alcohol, baile en una mesa y hacer dulce amor esta noche.

—Bueno —dije, inclinando mi cabeza contra el asiento—, conduce rápido.

Era como afirmar lo obvio porque India hacía todo rápido, sobre todo conducir y, en este viaje, no me defraudó. Al ritmo que íbamos, podríamos haber estado en Canadá en menos de una hora.

—Así que —dije, mirándola—, ¿quién es el chico? —Sólo había conocido a India por un par de semanas, pero no había tomado mucho tiempo para darme cuenta que, si íbamos a alguna parte, un hombre siempre se encontraba involucrado. India mantenía una firme creencia de que los hombres eran el condimento de la vida. Basada en los hombres con los que la había visto, le gustaba su vida picante.

Se encogió de hombros, mirando por la ventana como si tuviera algo que se moría por decir. —Ya verás —respondió.

Su acto misterioso fue totalmente molesto. —Bueno, si estás conduciendo para verlo, tiene que ser caliente. Posiblemente el chico más bueno que ha sido mirado lascivamente por las mujeres.

Sus labios se juntaron, haciendo una cara de tal vez.

—Pero debido a que eres quien eres, no sólo extiendes la alfombra de India por una cara bonita. Así que debe ser inteligente, ingenioso y rico como un seductor.

Levantó un dedo. —La riqueza no es un requisito —dijo, como si fuera ofensivo que incluso lo hubiera insinuado—. La riqueza se puede crear. El ingenio y la inteligencia no.

—Está bien, Freud —dije mientras nos movíamos a Siracusa—. Y yo que pensaba que te especializabas en música.

Frenando hasta detenerse, India apagó el auto afuera de lo que parecía ser una residencia universitaria. —Sólo sal del auto, ¿quieres? —dijo, abriendo la puerta—. Antes de que también arruines el zen de mi bebé.



Salí y esperé a que India llegara alrededor del coche. —¿Qué es esto? —pregunté, mirando a la pequeña cantidad de estudiantes en el interior del edificio, donde las luces de neón parpadeaban en las ventanas del primer piso.

—Es una especie de bienvenida estudiantil de inicio de año —explicó agarrando mi brazo y jalándome detrás de ella.

—¿Me trajiste a una patética bienvenida? —dije, lista para girarme y salir corriendo—. Creí que la razón por la que nos graduamos de la preparatoria era para que no tuviéramos que sufrir más de estas cosas.

—Son un poco diferentes en la universidad —dijo, caminando hacia la entrada.

—¿En serio? —dije—. ¿Así que no habrá ningún chico excitado tratando de presionarse sobre lo que sea que se mueva?

Me lanzó una sonrisa tímida.

—¿Y no habrá ninguna música lame cerebros que no lleva siquiera una pizca de ritmo para bailar?

Una sonrisa tímida más pronunciada.

—Eh, India —me quejé—. Si yo quería ir al infierno, sólo hubiera subido a la puerta principal y preguntar por Satanás.

—¿Por qué mi compañera de cuarto es tan condenadamente difícil? —dijo mientras comenzábamos a abrirnos paso a través del edificio lleno—. Te gustará esta bienvenida —me gritó sobre la música, sip, la defectuosa música sin un ritmo para bailar—. Confía en mí en esto.

Nos abrimos camino al pasillo donde, sip, algunos chicos excitados se deslizaban hasta mí y comenzaban a follar mi pierna antes de que pudiera empujarlo a un lado, grité—: ¡No puedo darte confianza hasta que te la ganes, India!

—Dios, necesito un trago —dijo, jalándome detrás mientras iba directo hacia lo que supuse que era la mesa de bebidas.

—¡Sólo sírreme algo! —gritó India sobre la música al chico que manejaba la mesa de bebidas. Hizo un gesto de arma con su mano antes de mezclar algo que vino a lucir demasiado rosa y demasiado fuerte.

—¿Qué para usted, bella dama? —me preguntó después de darle la bebida a India.

—¿Tienes ahí atrás algo que no me haga torcer la cara con dos sorbos? —Por el aspecto de la multitud, era dudoso.

Otro gesto de arma y abrió una nevera y retorció la tapa de una cerveza. El golpe atronador de la canción llegó a un abrupto fin en medio

del odioso coro y luego, una lenta y muy familiar canción se abrió paso a través de la habitación.

—¡Oye, amigo! —le gritó a alguien por encima de mi hombro—. ¿Qué te sirvo?

—No estoy seguro de si puedo tener lo que quiero —respondió una voz familiar como la de Paul McCartney haciéndose eco en las paredes.

El aliento se me fue de los pulmones. Bajando la cerveza, me giré lentamente.

—Hola, Luce.

Era él. Realmente él. Sonriéndome con esos ojos de plata líquida.

—¿Jude? —dije—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No es mi mejor momento. Con todas las preguntas que jugaron en mi mente durante el verano, esta no era una de ellas.

Dando un paso más cerca, su sonrisa creció. —Como que voy a la escuela aquí. —Por encima de su hombro, India se escabulló lejos, lanzándome unos pulgares arriba y una sonrisa de complicidad.

—¿Así que rechazaste totalmente la NFL? —dije, acercándome más, queriendo alargar la mano y tocarlo para confirmar que se encontraba realmente aquí.

—La NFL no se irá a ninguna parte —dijo, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón. En sus pantalones azules. De hecho, nada era gris en él. Incluso había perdido el viejo gorro. Se veía completamente diferente, pero también totalmente igual—. Pero algunas cosas sí.

Sí, sabía que insinuaba algo, pero no tenía idea qué.

—¿Y no saltaste la frontera para evitar ser encerrado de por vida?

Se rió entre dientes, cambiando su peso. —Nop. He estado libre de crímenes desde hace un tiempo.

—¿Entonces por qué estás aquí? —pregunté—. ¿No hay una docena de escuelas en las que podrías haber entrado con mejores equipos de fútbol?

—Tal vez —respondió, alzando los hombros.

—Entonces, ¿por qué aquí? —Sabía que hacía preguntas tontas, pero no podía parar.

Frotando su nuca, miró hacia el techo. —Tenía la esperanza de que sería un poco obvio.

Nada sobre ahora, o algo de Jude y yo, había sido obvio.



—Estoy aquí por ti, Luce —confesó—. Mierda, si Juilliard tuviera un equipo de fútbol y realmente me quisiera, me gustaría estar ahí.

Abrí mi boca. Nop, las palabras me fallaron.

—Detén ese pensamiento —dijo, levantando su dedo. Por una vez, parecía casi nervioso—. He estado practicando esto durante un tiempo y tengo que sacarlo antes de que me des una bofetada y me pases de largo. ¿Lista? —Cuadrando los hombros, inhaló—. Hola, soy Jude Ryder Jamieson —comenzó, extendiendo su mano. La tomé, sacudiéndola. Se aferró a ella cuando traté de quitarla—. Mi mamá se fue cuando tenía trece años. Mi papá está cumpliendo una sentencia de cadena perpetua por matar a un chico. He pasado los últimos cinco años en un hogar para hombres siendo intimidado, golpeado y abusado por los chicos, el personal, y hasta el maldito perro. Vendí drogas. Hice drogas. Me arrestaron. Mucho. He follado con un montón de mujeres sin rostro. —Hizo una pausa, aspirando una bocanada de aire—. Y entonces, conocí una cuyo rostro no podía olvidar. Me enamoré de ella. La lastimé porque me enamoré y tenía miedo de que me dejara de la manera en que todos los demás lo habían hecho. —Levantó su otra mano, sosteniendo la mía entre la suya—. Todavía la amo.

No era capaz de sacar el aliento a este punto de la conversación, así que tuve suerte porque pude hacer algún tipo de respuesta. —Jude —dije en voz baja, sin saber que decir después. Tuvimos tanta historia, historia que hizo la peor clase de cimiento para construir una relación.

—Te amo, Luce —continuó. Claramente él no iba a parar hasta que me dijera lo que necesitaba—. Y lamento haber arruinado todo lo que teníamos antes de que pudiera reconocerlo ante ti. Antes de que pudiera admitirlo a mí mismo. No me hiciste una mejor persona, porque nadie puede hacer eso. Me hiciste querer ser una mejor persona. Creíste en mí y me apoyaste. Cuidaste de mí cuando nadie más lo haría. Me hiciste alguien mejor, Luce. Tienes razón, una persona puede hacer la diferencia. Una sola persona puede cambiar el mundo entero de otra persona para bien —dijo, con toda la cara en llamas con sus palabras—. Una persona arruinó mi mundo, y ese fue mi papá, y una persona salvó el mío, y esa fuiste tú. —Levantando sus manos, las puso en mi rostro—. La misma tragedia puso de patas arriba nuestros mundos. La misma tragedia nos ha traído aquí hoy. No dejes que nos separe.

Señal de lágrimas, porque esas fueron las palabras que arrasaron mis defensas. —Jude —comencé, determinada a conseguir más de una palabra—, ¿cómo podemos siquiera comenzar a avanzar cuando el pasado siempre estará ahí para recordarnos lo que hemos perdido a causa de la familia del otro?

Su pulgar recorrió mi mejilla. —Porque sé que nunca voy a amar a nadie como te amo a ti. Eso es lo que va a superar al pasado cada vez que intente alzar su fea cabeza. —Se acercó más—. Así que es tú y yo o yo y yo, Luce. Y realmente no me gusto, así que espero y escojas la opción de tú y yo.

Di otro paso hacia él, nuestros cuerpos uniéndose. —No me gustas mucho, tampoco —dijo, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello—. Te amo.

La larga cicatriz corriendo por su mejilla desapareció en una sonrisa. —Ya era hora —dijo, inclinando la cabeza hacia abajo—, porque no voy a dejarte ir nunca más. Te quiero para siempre, Luce.

Entonces me besó, exhibiendo la paciencia de un hombre que considera el futuro, y con la urgencia de un hombre que vivió para el ahora. Fue, sin duda, el mejor beso de mi vida.

—Baila conmigo —dijo, enrollando sus brazos alrededor de mi cuello, jalándome cerca. Colocando su boca frente a mi oído, comenzó a tararear el coro.

—Pensé que odiabas esta canción —dijo, balanceándome contra él.

—Lo hacía.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Sonrió, inclinándose hacia el suelo. —Tú —respondió.

Luego, levantándose, su cabeza cayó hacia atrás y abrió la boca. —¡Una vez deje a Lucy Larson entrar en mi corazón! ¡Pude tomar mi triste y jodida canción y hacerlo mejor! —cantó, fuera de tono y de volumen. Algunos de los estudiantes a nuestro alrededor inclinaron sus cabezas hacia él, algo se rompió durante el coro “Nah, nah, nah,” y algunos lo miraban como si fuera un loco.

Pero sólo me reí, ya sabía que él estaba loco. Y lo amaba por eso. —Creo que eso se llama tomarse libertades creativas con las letras.

—Realmente no me importa lo que sea —dijo—, porque después de todo lo que ha pasado en mi vida, puedo llegar a meterme en la cama contigo todas las noches.

Echándose hacia atrás, estudié esa cara por la que había caído un día caluroso de verano hace más de un año, y ahora me había enamorado del resto del hombre detrás de esa cara. —¿Cómo es que un chico como tú le promete a alguien un para siempre a los dieciocho años?

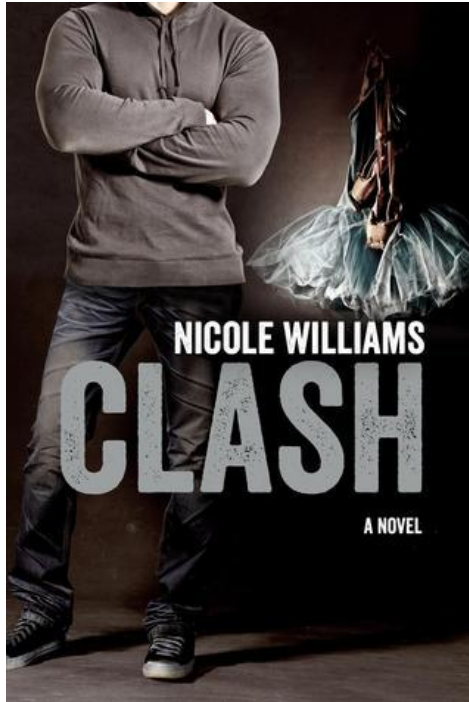


—Fácil —dijo, presionando un suave beso en la comisura de mi boca—. Encuentra a una chica como tú.

FIN



Clash



La única cosa fácil en la relación de Jude y Luce es su amor entre ellos. Todo lo demás es difícil.

Especialmente cuando se trata de refrenar el temperamento de Jude y los celos cada vez más fuertes de Luce por la animadora que lo sigue en todas las maneras que una chica puede. Sintiendo el estrés por salir con un chico malo por excelencia mientras se convierte en la bailarina principal de su clase, Luce sabe que algo tiene que terminar. Ella quiere a ambos. Necesita a los dos. Pero si no toma una decisión, corre el riesgo de perderlo todo.

Para Lucy Larson y Jude Ryder, amar puede no ser suficiente.



Traducido, Corregido & Diseñado en:



<https://www.librosdelcielo.net>

